



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985)*. México.

Datos de la revista:

Año XLIV, Vol. CCLX, Núm. 3 (mayo-junio de 1985).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

3

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Av. Coyoacán No. 1035, Col. del Valle
Delegación Benito Juárez, 03100 México, D. F.
Teléfono: 575-00-17

* * *
Asuntos Administrativos:
Srita. Angelina Padilla Valero

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG
SUBDIRECTOR
MANUEL S. GARRIDO

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S. A.
Av. Coyoacán No. 1035
Planta Baja

AÑO XLIV

3

MAYO-JUNIO

1985

INDICE

Pág. 3

No nos hacemos responsables de los ejemplares de la revista "Cuadernos Americanos" extraviados en tránsito a su destino.



Nafinsa está aquí

Lo mismo en los ingredientes más sencillos de un platillo, que en las modernas plantas empacadoras donde se envasan los alimentos que nutren a su familia.

Nafinsa trabaja para México porque canaliza sus recursos económicos y proporciona asistencia técnica, impulsando los proyectos que incrementan la producción de la industria alimentaria.

Nafinsa está aquí, trabajando en el mejor de todos nuestros proyectos: ¡México!



NACIONAL FINANCIERA S.A.
LA BANCA DE FOMENTO INDUSTRIAL

**EN SERVICIOS
BANCARIOS
Y FINANCIEROS**



Somex le dice cómo

Desde cómo manejar una cuenta de cheques o sus inversiones, cómo obtener un crédito bancario, hasta cómo contratar un fideicomiso.

Impulse sus empresas personales o de negocios con los servicios bancarios y la asesoría profesional de SOMEX.



BANCO MEXICANO SOMEX

Servirle es nuestra empresa

Novedad

*Alejandro Rossi,
Fernando Salmerón,
Luis Villoro y Ramón Xirau*

José Ortega y Gasset

José Ortega y Gasset (1883-1955) ilustró con su propio ejemplo la posibilidad de hacer filosofía en lengua castellana a la exigente altura de los tiempos. Los cuatro ensayos que aquí se reúnen, escritos en ocasión del primer centenario de su nacimiento, explayan diversos aspectos de su obra a la vez que dibujan, con rigor y certeza, algunos horizontes centrales del quehacer filosófico hispánico en el mundo actual.



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

BANPECO

PRESENTE EN LA MODERNIZACION COMERCIAL

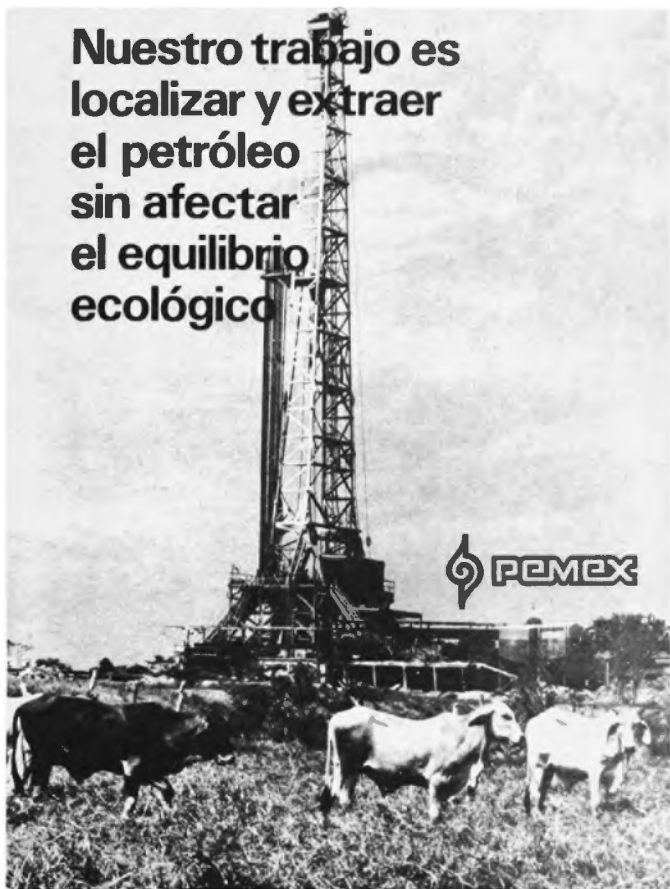
BANPECO

EL BANCO QUE TIENE EL CREDITO Y EL SERVICIO
A LA MEDIDA DE SU COMERCIO

BANPECO

PARA ATENDERLE, TENEMOS A SU DISPOSICION 94
SUCURSALES EN LAS PRINCIPALES CIUDADES DEL
PAIS.

**Nuestro trabajo es
localizar y extraer
el petróleo
sin afectar
el equilibrio
ecológico**



**Algunas publicaciones del
Banco Nacional
de Comercio Exterior, S.A.**

Comercio Exterior

revista mensual de distribución gratuita

Colección de documentos para la historia del comercio exterior (\$60.00 cada uno):

- *El contrabando y el comercio exterior en la Nueva España* / Ernesto de la Torre Villar, nota preliminar;
- *Protección y libre cambio: el debate entre 1821 y 1836* / Luis Córdova (comp.); nota preliminar de Luis Chávez Orozco
- *Reciprocidad comercial entre México y los Estados Unidos (El Tratado Comercial de 1883)* / Matías Romero (nota preliminar de Romeo Flores Caballero)
- *Del centralismo proteccionista al régimen liberal (1837-1872)* / Luis Córdova (comp.)

Miguel Lerdo de Tejada / *Comercio exterior de México. Desde la conquista hasta hoy* (Edición facsimilar a la de 1853)
\$60.00

Anuarios del comercio exterior de México

- 1971 \$ 70.00
- 1972-1973 \$ 70.00
- 1974-1977 \$250.00

PEDIDOS

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S.A.

Departamento de Publicaciones

Cerrada de Malintzin 28, Colonia del Carmen,

Coyoacán, 04100, México, D.F.

Tels. 549-3405 y 549-3447



Oriéntese en el Atlántico.

En el Banco del Atlántico nos esforzamos más para ofrecerle la atención personal que usted necesita.

Nosotros entendemos que cada cliente es diferente. Por eso, le brindamos una atención especial y una respuesta específica a sus necesidades bancarias y financieras. En el Banco del Atlántico, nuestros empleados y funcionarios conjuntan su experiencia y profesionalismo para

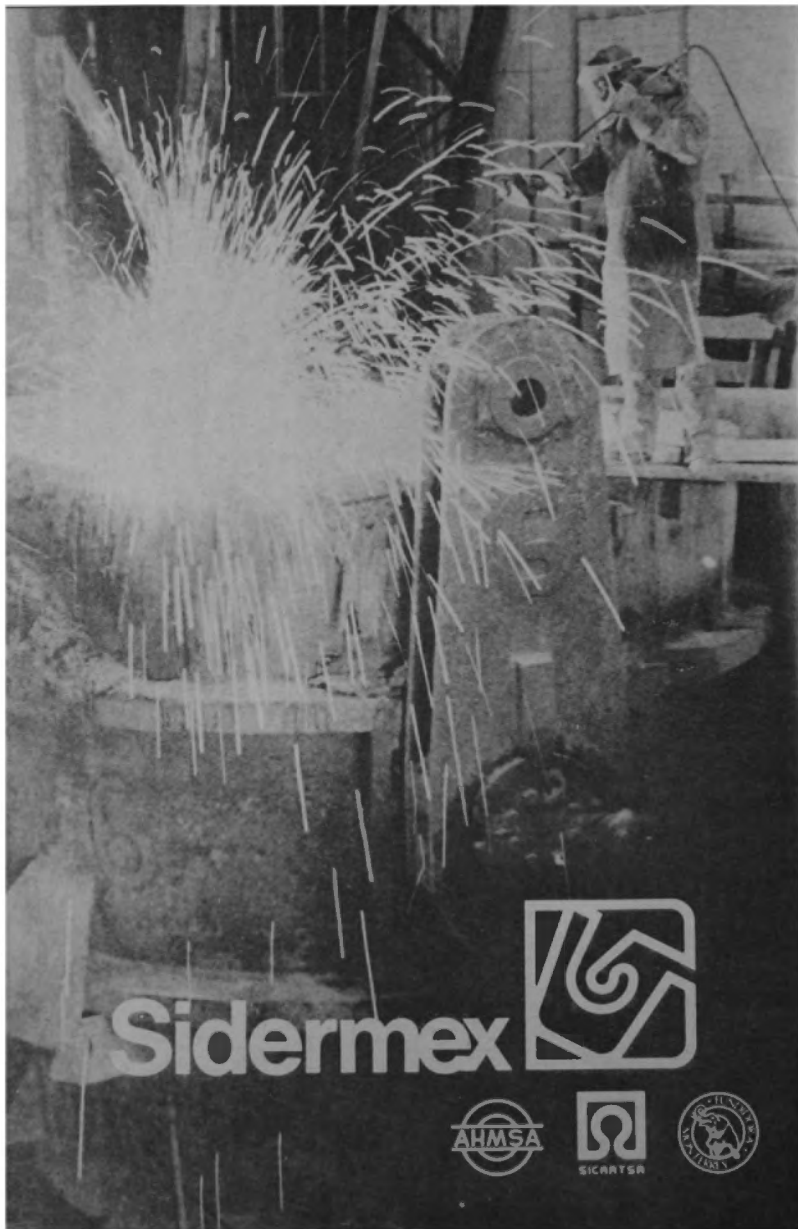
orientarle en más de 90 servicios bancarios que tenemos a su disposición.

La orientación del Atlántico y su capacidad de crédito están a sus órdenes. Consultenos.

En el Banco del Atlántico queremos ser diferentes, nos esforzamos más.



BANCO DEL ATLÁNTICO
Queremos ser diferentes:
nos esforzamos más.



Sidermex



Un grupo inteligente para sus servicios bancarios

 **CréditoMexicano**

C.N.B.y S. of No. 601 II 45564
29 Agosto 1983



**siglo
veintiuno
editores**

informa

novedades

**EDUCACIÓN COMO
PRAXIS POLÍTICA**

Francisco Gutiérrez
184 pp 390.00

**LOS FACTORES DEL
CAMBIO
DEMOGRÁFICO EN
MÉXICO**

Instituto de
Investigaciones Sociales
424 pp 1 790.00

**HEGEMONÍA Y
ALTERNATIVAS
POLÍTICAS EN
AMÉRICA LATINA**

Julio Labastida, Coord.
488 pp 1 690.00

**ESTADO,
LEGITIMACIÓN Y
CRISIS**

León Olivé
280 pp 880.00

**LA EUROPA
TRANSFORMADA
1878-1919**

Norman Stone
520 pp 1 200.00

**LA CULTURA DEL 900
vol. 2 Literatura. Teatro.
Lingüística y
Semiótica**

Coords: Alfonso
Berardinelli/Gianandrea
Piccioli/Costanzo Di
Girolamo
280 pp

aparecerán la próxima
semana:

**RELIGIÓN Y POLÍTICA
EN MÉXICO**

Coords. Martín de la
Rosa/Charles A. Reilly
376 pp

EL TIEMPO VIVIDO

Ramón Xirau
120 pp

en
prensa:

**RELACIONES
INTERNACIONALES
DE PRODUCCIÓN, LEY
DEL VALOR Y
DISTRIBUCIÓN
SOCIAL DEL TRABAJO**
Gonzalo Pereira

**LA LUCHA POR LA
SALUD EN CUBA**
Coords. L. Araújo/J.
Lloréns

entre lo
recientemente
aparecido:

**ME LLAMO RIGOBERTA MENCHÚ Y ASÍ ME NACÍO LA
CONCIENCIA**

Elizabeth Burgos

El gran testimonio sobre la vida de la América dominada

EL GRANO DE LA VOZ Roland Barthes 2a ed

LA CASA Y EL LADRILLO Mario Benedetti 10a ed

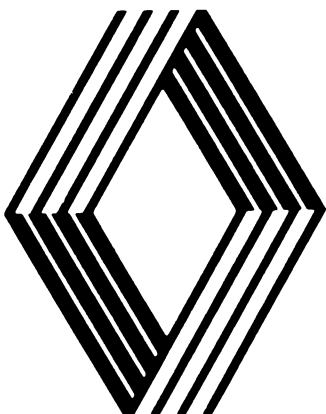
ANATOMÍA DE LA DESTRUCTIVIDAD HUMANA Erich
Fromm 9a ed

ESCRITOS I Jacques Lacan 12a ed

Hacia la sociedad igualitaria

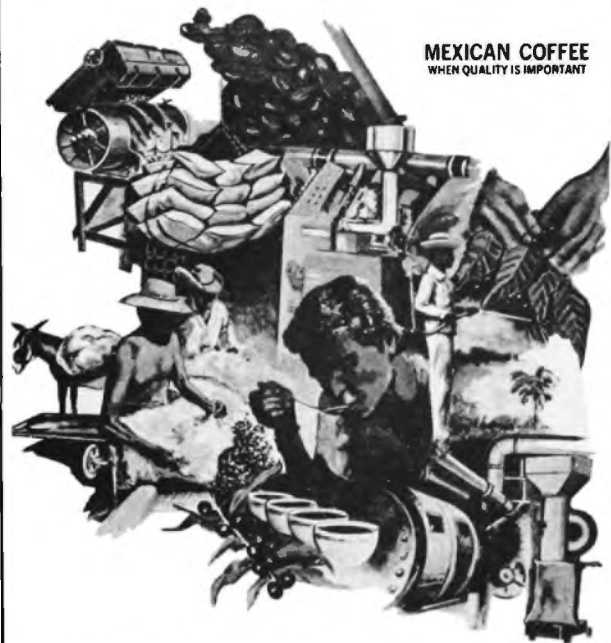
BANOBRAS
EL BANCO DEL FEDERALISMO

AUT. CNBS 601-II-10571



CUANDO PIENSE EN RENAULT
PIENSE
EN
AUTOS FRANCIA, S. A.
MEXICO

MEXICAN COFFEE
WHEN QUALITY IS IMPORTANT



MEXICAN COFFEE MEANS QUALITY COFFEE.

OUR MILDS CREATE A RICH, FLAVORFUL COFFEE,
AND BRING SUPERIOR FLAVOR TO ANY BLEND.

QUALITY IS ALWAYS IMPORTANT. THAT'S WHY
YOU SHOULD USE THE COFFEE KNOWN FOR ITS
CONSISTENT EXCELLENCE, MEXICAN COFFEE.



inmecafé
mexican
coffee

FOR SELLING AND EXPORTING OUR PRIME BEANS AND HIGH GROWNS BY THEIR DIFFERENT BRANDS, APPLY FOR INFORMATION AT THE COMMERCE
LATION AND INTERNATIONAL AFFAIRS DIVISION OF THE INSTITUTO MEXICANO DEL CAFE, AVE. PASO DE LA PERLA 300, 12TH FLOOR, MEXICO S.
D.F. TEL. 529 66 32/336. CABLE INMECAFE. AS WELL AS IN OUR REPRESENTATIONS IN NEW YORK, 2 WEST 37TH STREET 6TH FLOOR, NEW YORK, N.Y.
10018. TEL. (212) 753-4180. TELEX 127418 INMECAFE NYR IN LONDON (ENGLAND), 1ST FLOOR 60/61 TRAFALGAR SQUARE, LONDON, W02 3BB. TEL.
930 60 91/99. TELEX 914372



financiera nacional azucarera, s.a.

institución nacional de crédito

**FINANCIAMIENTO A LA AGROINDUSTRIA
AZUCARERA NACIONAL**

INSURGENTES SUR 716

TEL. 687 22 44 CON 24 LINEAS

EXPORTAR

Es la Alternativa

Abastecer nuestro mercado interno y mantener una presencia constante de manufacturas mexicanas en el mercado internacional, es el reto de México. Enfrentarlo significa utilidades y prestigio para los productores.

Señor Industrial; produzca artículos de calidad y amplíe sus posibilidades de éxito.



IMCE

INSTITUTO MEXICANO DE COMERCIO EXTERIOR

AVE. ALFONSO REYES No. 30, BISHO MEXICO, D.F. TEL. 211 00 36 IMCEC. CABLEGRÁFICA AMCEMEX TELEEX 01774 532



**ASI COMO LOS JAROCHOS VIVEN Y
GOZAN VERACRUZ, USTED TAMBIEN
VENGA Y...**

¡VIVA VERACRUZ!

Disfrutando de novedosos y económicos paquetes turísticos

Consulte a su Agente de Viajes.

GANE

**con
inversiones**

BANPAIS
Institución Nacional de Banca Múltiple



CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Presidente: JOSE ANTONIO MARAVALL
Director: FELIX GRANDE
Jefe de Redacción: BLAS MATAMORO
Secretaría de Redacción: MARIA ANTONIA JIMENEZ

Nº 415
Enero de 1985

Centenario de "LA REGENTA"
Poemas de FERNANDO QUIÑONES y HORACIO SALAS
Relatos de ARMONIA SOMERS y FELIX GRANDE
Centenarios de AMADEO MODIGLIANI y ANTONIO GARCIA GUTIERREZ

Nº 416
Febrero de 1985

Inéditos de JULIO CORTAZAR y JAROSLAV SEIFERT
JORGE EDUARDO ARELLANO: El Guéguence
JORGE USCATESCU: La otra cara de la libertad
BLAS MATAMORO: Sartre y la moral
Poemas de HUGO GUTIERREZ VEGA

Dirección, secretaría literaria y administración:
INSTITUTO DE COOPERACION IBEROAMERICANA
Avenida de los Reyes Católicos 4, Madrid 28040
Teléfonos: 244-06-00, extensiones 267 y 396

Un año (doce números)	3.500 pesetas	30 dólares USA
Dos años	6.500 pesetas	60 dólares USA
Ejemplar suelto	300 pesetas	2,50 dólares USA

NOTA: El precio en dólares es para las suscripciones fuera de España

PAQUETE INTEGRAL DE DESARROLLO AGROPECUARIO

PIDA... y se le dará.

PIDA es el Paquete Integral de Desarrollo Agropecuario creado por Banca Cremi para dar apoyo técnico y financiero al agricultor y al ganadero a través de asesores especializados que le ofrecen:

- Asesoría técnica agropecuaria • Orientación financiera.
- Financiamiento organizado • Créditos via fondos de fomento
- Todos los servicios de Banca múltiple.

Obtenga el máximo rendimiento de sus cultivos, de su ganado y de su dinero para optimizar los recursos generados por su esfuerzo:

PIDA la colaboración de un Ingeniero Agropecuario Cremi en la oficina de Banca Cremi que está junto a usted.

PIDA... Banca Cremi está junto a usted en su campo.



SOCIEDAD NACIONAL DE CREDITO



Obras
Maestras
del
Museo de
Xalapa



OBRAS MAESTRAS
DEL MUSEO
DE XALAPA

Miguel León-Portilla
afirma:

En este libro como en un antiguo Códice de Mesoamérica se nos tornan presentes algunas de las más extraordinarias creaciones prehispánicas de olmecas, totonacas y huastecos. Perduran ellas en un gran recinto, bajo techo unas, y a la luz del sol otras, en esa moderna forma de espacio sagrado que es el museo de Xalapa.



Imágenes del
excepcional libro
editado por el
Gobierno de
Veracruz



SERVIMOS SUSCRIPCIONES DENTRO Y FUERA DEL PAIS
 A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos
 ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece
 a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1942	410.00	10.35
1943	410.00	10.35
1944	410.00	10.35
1945	410.00	10.35
1946	410.00	10.35
1947	410.00	10.35
1948	Número 1	410.00	10.35
1949	410.00	10.35
1950	410.00	10.35
1951	410.00	10.35
1952	Números 1, 4 y 5	410.00	10.35
1953	Números 1, 3, 4, 5 y 6	410.00	10.35
1954	Números 1 y 6	410.00	10.35
1955	Números 2, 5 y 6	410.00	10.35
1956	Números 1 al 6	360.00	8.70
1957	Números 1 al 6	360.00	8.70
1958	Número 6	360.00	8.70
1959	Números 1 al 6	360.00	8.70
1960	360.00	8.70
1961	Números 2, 5 y 6	360.00	8.70
1962	Números 3 al 5	360.00	8.70
1963	Números 1, 2 y 6	360.00	8.70
1964	Números 2 y 6	360.00	8.70
1965	360.00	8.70
1966	Número 6	360.00	8.70
1967	Números 4 al 6	360.00	8.70
1968	Números 1 y 5	360.00	8.70
1969	Número 6	360.00	8.70
1970	Números 4 al 6	360.00	8.70
1971	Número 6	330.00	7.20
1972	Números 3 al 6	330.00	7.20
1973	Números 4 y 6	330.00	7.20
1974	Número 6	330.00	7.20
1975	Números 1 al 5	330.00	7.20
1976	Números 1 y 5	330.00	7.20
1977	Número 1	330.00	7.20
1978	Números 1, 5 y 6	330.00	7.20
1979	Números 1, 2 y 6	330.00	7.20
1980	Números 1 al 6	330.00	7.20
1981	Número 5	330.00	7.20
1982	Números 1 al 6	330.00	7.20
1983	Números 1 al 6	330.00	7.20
1984	Números 1 al 6	330.00	7.20

SUSCRIPCION ANUAL 1985

México	1,500.00	
Extranjero		35.00

EJEMPLAR SUELTO

México	300.00	
Extranjero		7.00

LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyoacán 1035

Col. del Valle

Delegación Benito Juárez

03100 México, D. F. o por teléfono al 575-00-17

Apartado Postal 965

06000 México, D. F.



Banamex

**Experiencia
que da confianza**



Banamex
Banco Nacional de México

EDICIONES DEL NORTE
anuncia la publicación de dos obras de

LA SERIE RAMA

colección de ensayos críticos sobre la tradición intelectual
hispanoamericana



Angel Rama LA CIUDAD LETRADA

Ariel Dorfman HACIA LA LIBERACION
DEL LECTOR LATINOAMERICANO



EDICIONES DEL NORTE
BOX A130 HANOVER, NEW HAMPSHIRE 03755 USA

CUADERNOS
AMERICANOS
AÑO XLIV VOL. CCLX

3

MAYO-JUNIO
1 9 8 5

MÉXICO, D. F. MAYO DE 1985

JUNTA DE GOBIERNO

Juan Carlos ANDRADE SALAVERRIA

Rubén BONIFAZ NUÑO

Israel CALVO VILLEGAS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Fernando LOERA Y CHAVEZ

Porfirio LOERA Y CHAVEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Jesús Silva HERZOG

Ramón XIRAU

Leopoldo ZEA

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Subdirector
MANUEL S. GARRIDO

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia
No se devuelven los trabajos
enviados a la redacción

Autorización por la Dirección General de Correos:
Registro DGC Núm. 017 0883. Características 2 2 9 1 5 1 2 1 2
Autorización por la Dirección Gral. del Derecho de Autor N° 1686
Certificado de licitud de contenido N° 1194
Certificado de licitud de título N° 1941

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A.
AV. COYOACÁN 1035 COL. DEL VALLE 03100 MÉXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

Número 3

Mayo-Junio de 1985

Vol. CCLX

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
MANUEL S. GARRIDO. Jesús Silva Herzog: Un pensador de Nuestro Tiempo	11
JESÚS CAMBRE MARIÑO. América Central frente al inter- vencionismo imperialista	28
CESÁREO MORALES. Política y economía en la Cuenca del Caribe	39
JULIO ORTEGA. Conversaciones en San Juan	50
MIGUEL DE LA MADRID. En América Central se juega el destino de América Latina (Documento).	64

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

RAFAEL ALBERTI. La arboleda perdida	71
GUTIERRE TIBÓN. Jerusalén y México: Convergencias arquetípicas	98
JOAQUÍN SÁNCHEZ MACGRÉGOR. Repensar el marxismo, repensar la sociedad	100
FERNANDO BURGOS. La modernidad de la novela hispa- noamericana	111

PRESENCIA DEL PASADO

FERNANDO ALEGRÍA. Para una biografía de Salvador Allende	133
JOSÉ FERRER CANALES. Acercamiento a Bolívar	153

DIMENSION IMAGINARIA

	<i>Pág.</i>
[Poesía Bimestral]	
RAFAEL ALBERTI. Roma, peligro para caminantes . . .	173
HUGO GUTIÉRREZ VEGA. Meridiano 8-0	182
ALFREDO CARDONA PEÑA. Temas precolombinos . . .	191
ALMUNEDA MEJÍAS ALONSO. La narrativa de Rosario Castellanos y el indigenismo	204
HERNÁN CASTELLANO-GIRÓN. Ciudad existencialista, ciudad surrealista	218
Nota sobre los Autores	237
Libros y Revistas	238

Nuestro Tiempo

EN este volumen hemos de reconocer —sin alternativa— el hecho doloroso que significa la desaparición física de nuestro Director y fundador acaecido en la ciudad de México el pasado 13 de marzo de 1985. A nuestros lectores, suscriptores, colaboradores y amigos comunicamos el duelo que embarga a *Cuadernos Americanos*, cuyas páginas significaron para él la gran pasión de su vida, un esfuerzo de hondo interés desinteresado, el pan y la palabra —lo que da y recibe la garganta, a medio camino entre el corazón y el cerebro. En ellas quiso Don Jesús, junto a grandes intelectuales de su tiempo, durante casi medio siglo, enfrentarse con los graves problemas que plantea la continuidad y la cultura. Mas hoy diría lisa y llanamente: la continuidad del hombre, porque en la actual crisis histórica, nunca como hoy la inteligencia obliga de manera terrible, con incesantes remordimientos de razón.

Comunicamos asimismo que por acuerdo de la Junta de Gobierno, tomada el 29 de abril del año en curso, la revista *Cuadernos Americanos* no cerrará sus páginas. Como un homenaje vivo al vigoroso ideario humanista crítico, pacifista activo y libertario, sostenido por Don Jesús, continuará su camino sembrando y cosechando en el continente que Darío llamó porvenir del mundo.

Es también un acuerdo dedicar el volumen número 5, correspondiente a los meses de septiembre y octubre de este año, a la memoria del insigne pensador y maestro de Nuestra América. Cumplimos con invitar a nuestros amigos y a sus amigos a formar parte de ese homenaje entregando sus reflexiones, recuerdos, testimonios y valoraciones antes del 30 de julio del año en curso.

Con el maestro Jesús Silva Herzog desaparece el último sobreviviente de aquella historia de tres sobremesas de octubre de 1941, integradas por León Felipe, Juan Larrea, Bernardo Ortiz de Montellano y Alfonso Reyes en las que se decidiera fundar la Revista del Nuevo Mundo.

Con Don Jesús se abrió y se cerró una de las más lúcidas, fecundas y hermosas tareas emprendidas por el hombre en esta tierra. Grande fue su talento, profunda la inteligencia, vigorosa la voluntad, recio el carácter y serena la pasión que despertaban sus convicciones, sus verdades, sus errores y sus dudas. Ese grito —noblemente volteriano— mexicano, con raíces universales en Erasmo, Moro, Campanella, Croce, los filósofos clásicos griegos y latinos, los Padres de la Iglesia, Descartes, Hegel, Marx y Engels y tantos otros, voz, grito iracundo, insatisfecho, inconforme, palabra de *philosophe*, no conocerá el silencio y será en la historia por venir de sus *Cuadernos* una especie de lejanía —al decir de Bergamín— más íntima por más lejana.



Jesús Silva Herzog

JESUS SILVA HERZOG: UN PENSADOR DE NUESTRO TIEMPO

Por *Manuel S. GARRIDO*

DON Jesús Silva Herzog fue objeto —en vida— de numerosos homenajes. Las paredes de su casa en Monte Líbano y las de *Cuadernos Americanos* en la avenida Coyoacán guardan lacónicas la historia de una historia, inquietante, sostenida por un movimiento permanente de revolución, misteriosa en su complejidad total: diplomas, medallas, preseas, condecoraciones diversas de instituciones universitarias, culturales y políticas, de los más variados órdenes del intelecto y la praxis humana confieren a unas y otras cierta solemnidad que invita al silencio, a pensar como acto de ceremonia, a oír antes que a ver o mirar.

Los homenajes llegaron a ser parte de su vida cotidiana, y quizás por eso se constituyeron como un objeto de reflexión fecunda. Don Jesús —sin esquivar ninguno (“los homenajes no se solicitan, pero tampoco se rechazan”)—, al filo del final de su vida llegaría a trazar un lazo de vigorosa trama entre la adulación como lacra social y política de la sociedad mexicana —denunciada por él como forma de gobierno, vinculada a la corrupción en sus diversas manifestaciones— y los premios y homenajes en cuanto que protocolos refinados de una praxis fetichizada, cuyo propósito encubierto es la fabricación de individuos en serie o la domesticación de la sociedad civil frente al Estado.

Conviene recordar que hace poco más de un año quiso enfatizar su voluntad de oponerse a ser tratado como gloria nacional, monumento que camina, modelo a seguir, arquetipo de futuras generaciones: “Yo —me decía—, que pienso la libertad del individuo como excelencia de su dignidad ¿cómo he de aceptar que me hagan dogal que frena toda invención subversiva y crítica? No nací para (ser) dios. Ya ve usted, los homenajes no hacen a los hombres pero los pueden deshacer”.

Silva Herzog llegaba así al final de lo que llamó un largo camino sin reposo, habiendo aceptado todos los homenajes, y por eso, al mismo tiempo, dispuesto a un ajuste de cuentas con ellos, con la serena convicción de que tocan al hombre en una de sus zonas más

vulnerables —su propio yo, soberbio y orgulloso— con una estocada que puede ser mortal.

Le dije que la vida es tiempo y espacio, es decir cuestión de velocidad. Así es también la historia. Le recordé a Croce. *Claro, es una hazaña de la libertad; y yo agregué hace tiempo que es hazaña también de la inconformidad. Pero es un drama.* El hombre quiere y corre —y por eso corre riesgo, es ventura o aventura de persecución. Hablamos de la vieja *Teogonía* de Hesíodo, donde Cronos es ese dios dependiente y necesitado de una cadena infinita de generaciones a quien devorar. *No, no soy una leyenda, no me hagan monumento, no soy un ídolo.* Sabía que las paredes guardaban una historia múltiple: la suya —la del hombre que quiere y corre— inquietud sin tregua; la historia de esos documentos, que tienen su propia historia; la gran historia —acaso inevitable del hombre— que se sueña a sí mismo con la pasión profunda de la vanidad constituida en fuerza moral, en virtud o excelencia ética...; y seguramente otras historias.

Hablamos del *entusiasmo* que despiertan los homenajes, y con eso entramos finalmente al meollo de todo el asunto. El entusiasmo, ese es el problema, muere el hombre y se hace dios; la estocada mortal: muere y devora. Ante el monumento, el hombre queda inerte. *Piense cuánta sustancia humana —subversiva y crítica— necesitan nuestros ídolos para mantenerse como tales. Ya escribí hace varios años algo como esto cuando recordé que nuestra revolución había devorado a sus mejores hombres. ¿Cuántos más devorará y por cuánto tiempo será insaciable Nuestra Señora la Revolución?* —Don Jesús: ¿es compatible el héroe con la democracia? Esa —me dijo— es otra historia dentro de la historia que guardan estos pergaminos.

Sé que más de un pretendido elogio acabó por ofenderlo en lo más íntimo de sí. *Aquella vez sencillamente bajé la cabeza, fatigado, aburrido. Escuchaba a los oradores decir al público —ante mi presencia— quién era yo, qué es lo que pensaba y qué había escrito. Resultó que yo ya no dije lo que dije, sino que dije lo que esos oradores querían decirle al Presidente.* Es que, paradójicamente, el homenaje —por su función política— ya no apela a la memoria, sino a la amnesia: trabaja con hombres ya hechos como tales, los deshace, y arma con sus restos un ejército de consumidores igualados: esta es también una democracia, técnicamente impecable.

Sé también que Don Jesús tocó a la puerta (la que en la entrada con letras luminosas dice: "Entra viajero y reposa de tu largo viajar") sin sufrir dolores. Su cuerpo, sano, vigoroso, siempre erguido, respondió hasta el último minuto. Su dolor fue de otro or-

den: lúcido también hasta el fin luchó con esfuerzos de intelección —que yo calificaría de heroicos— contra todo y la más mínima manifestación de ausencia de pensamiento. En las últimas semanas, de un modo a veces imperceptible pasaba del sueño a la vigilia, de la palabra al silencio, nunca a la mudez, sólo silencio, a veces muy prolongado, hasta que de pronto volvía desde una especie de más allá hasta el más acá de un mundo a punto de estallar... quiso recordar fragmentos de Erasmo... Se obligó a llegar al final sin concederle el más mínimo lugar al ocio.

Hombre de pensamiento, preocupado —pensador de oficio, siempre más auditivo que visual—; poeta —ser que existe porque resiste, hombre de palabras y de palabra—; filósofo, hubo de confesarse un día, sin embargo cuando el silencio se prolongó más de lo habitual, que había llerado "a algo así como a un paradero". —¿Está dormido, Maestro? ¿Está pensando? *Estoy pensando. Pienso que ya no sirve para nada pensar.* Este dolor —acaso el más grande y amargo para un hombre de la moralidad de Don Jesús— es sin duda de otro orden. No es un dolor físico, y con él a cuestas, abrazado su rostro de generosa ternura, se decidió a dormir. Puede decirse que Jesús Silva Herzog murió, pero yo creo que el Maestro pertenece a esa rara clase de hombres que han abolido la muerte, o que han hecho de ella una cuestión sin importancia. Al fin y al cabo sólo sobrevino *después*, cuando no era necesaria, una vez que decidió dejar de pensar. Creo que si algún sentido tiene la inmortalidad de este humanista insigne de Nuestra América radica quizás en esa inquietante e inquebrantable virtud o fuerza avasallante de la vida.

En consecuencia, hemos de ofrecer las páginas que siguen sin cobijar pretensión alguna de entrar en el círculo viciado y ocioso del homenaje, mucho menos si es o parece póstumo. Nos importó su vida, la del fluir diario tejida y destejida desde la fuente de su cuerpo hacedor de ideas, afectos, entusiasmos, preferencias, opciones, gustos y creencias; nos importan los frutos reales de un hombre preocupado, subversivo, herético, independiente, decepcionado y a la vez esperanzado e inconforme; un hombre que dice unas verdades que asume con espíritu incierto y con una prudencia que hace de las mismas una cuestión de interrogantes abiertas y de él un individuo cuya riqueza la constituyeron sus dudas, los varios posibles que asoman su rostro como almas sedientas de ignorancia (Sócrates le apasionaba) y una sola forma de la soledad: la que aún no se sabe como soledad y que hace de todo lo humano desde entonces un problema. Un hombre, en suma, cuya voz se sitúa en el centro de la problemática actual del género humano, al borde

del abismo, y que busca en las contradicciones de la cultura, la civilización y la política una grieta, una hendidura donde hacer con otro barro otra humanidad.

HABLO de un intelectual que tiene plena conciencia de que reflexiona en una sociedad de clases en lucha, lo cual plantea desde el principio interrogantes fundamentales acerca de su nexos con las clases en conflicto, su origen social, la pertenencia y/o la representación de un grupo o de una clase social, etc. Es claro que nos preocupa el problema del lugar desde el cual piensa Jesús Silva Herzog; pero también su inserción dentro de una vasta gama de mediaciones intelectuales.

Parece obvio que se trata de un intelectual que, considerado conforme a su origen social, *pertenece* a la pequeña burguesía mexicana; mas esto hace la confirmación de un hecho innegable de la sociedad contemporánea: la mayoría de los teóricos o pensadores de todas las clases que la componen proceden de este grupo específico. Sin embargo, el problema no lo constituye la cuestión de la pertenencia, sino aquella que se formula con la interrogante cuyo objeto alude a la clase que *representa* por sus ideas. Terreno en el que Silva Herzog enseñó desde muy temprano una primera opción interesante: enfrentado —en medio de la lucha revolucionaria de México a comienzos del presente siglo— a la ausencia de perspectiva histórica de su estamento social originario asume una responsabilidad que lo convierte en intelectual que elabora sus reflexiones desde una posición en la que son determinantes los intereses, los fines, las aspiraciones y las posibilidades de emancipación del proletariado (en tanto que destacamento avanzado de todos los oprimidos y explotados).

Desde ahí observa a la sociedad concreta, su crecimiento y desarrollo: su historia, la guerra y la paz, la cultura, la crisis de la civilización occidental, América Latina, México, el socialismo realmente existente, y las posibilidades de su opción socialista democrática; desde esa situación, que no deja de ser también una toma de posición ante el mundo.

Una situación que se comporta como marco necesario de la obra de Silva Herzog, mientras que él mismo puede ser considerado —en su diversidad, en su desigualdad, en sus desajustes, pero sobre todo en su totalidad (categoría que no es lo mismo que *todas las cosas*)— herramienta de los explotados para la comprensión de la realidad y para su emancipación.

Precisa advertir que no hablamos de un militante revolucionario.

rio en el sentido tradicional que la izquierda ortodoxa da a la militancia; así como que nos ocupamos de un intelectual tradicional que rompe ciertos dogmas doctrinarios hoy en crisis. En efecto, a partir de una reflexión autónoma, no dogmática, abierta, ecuménica (sospechosa de indefinición, utopismo ambigüedad, no comprometida) y recogiendo "fragmentos ideológico-prácticos" producidos por los explotados, contribuirá de un modo fecundo (no reconocido hasta hoy por la izquierda ortodoxa) a la formulación de conceptos de lo real histórico, político, filosófico que apuntan hacia una emancipación auténtica en el sentido político y en todos los demás sentidos.

Ahora bien, hay ocasiones en las que cuando se trata a Silva Herzog resulta un moralizador abstracto. Es pensado (¿pensado?) de tal manera que la exaltación de su incuestionable conducta moral —pública y privada— acaba por reducir su significado profundo, despojándola del sentido que procesa la totalidad que forman su hacer y su pensar. He aquí que el homenaje de la exaltación constituye en absurdo la conducta moral (algo semejante ocurre con lo que Silva Herzog denomina *lacas* de la sociedad mexicana contemporánea. Volveremos a esto más adelante). La verdad es que colocado en una posición moralizante pura, o exaltado de un modo unilateral en este sentido, pierde toda su eficacia revolucionaria si no es comprendido en relación con sus juicios de "hechos".

Es claro que yo no podría afirmar de modo categórico si nuestro pensador orienta sus pasos conscientemente de acuerdo con las consecuencias que implica una lectura cómplice del texto de la célebre Tesis XI de Marx sobre Feuerbach. Ciertamente la idea de que el conocimiento del mundo no puede separarse del proyecto de transformarlo significa la unidad entre ciencia de la realidad y toma de conciencia; o, si se prefiere: entre comprensión y explicación de lo real y crítica o valoración de lo real mismo. Pero tampoco es sólo con Marx con quien comienza esta idea: en los tratados clásicos desde Herodoto el estudio histórico es *también* proceso que selecciona, valoriza, juzga, aprueba y condena.

Sea ello como fuere, hallamos en Silva Herzog una escritura en la que a primera vista aparecen "mezclados" hechos y valores. Mas, lo que cabe preguntar es si aquello se trata efectivamente de una "mezcla", de una suerte de confusión implícita de estos elementos, de confusión inconsciente; o si responde más bien a la unidad de momentos específicos en un solo movimiento del pensar, en virtud del lazo *social* que relaciona ciencia y socialismo; comprensión y explicación del mundo y emancipación.

Nuestras convicciones proceden de estos problemas: estamos

ante un pensador militante justamente porque no separa interpretación, descripción, ciencia de la sociedad e imperativo ético o deber moral. Todo lo cual tiene, por cierto, una profunda raigambre cultural en México, con José Vasconcelos en el que hallamos un pensamiento que distingue que el repudio de la realidad y la lucha para destruirla no se basan en la ausencia de fe, sino en la sobra de fe en las capacidades humanas, en la convicción firme de que nunca es permanente ni justificable el mal. Observamos asimismo cierta filigrana que une a Silva Herzog con Mariátegui, para quien la idea de corregir la realidad, si bien es pesimista en su protesta y en su condena del presente, es profundamente optimista en cuanto a la posibilidad de cambiarlo. Demás está decir que Silva Herzog conoció y conoce a Vasconcelos. No es tan ocioso indicar que fue colaborador de *Amauta*, donde se encuentran Croce, Vasconcelos y Mariátegui, que dedicó páginas importantes a México y su revolución durante los años 20 al 30. Mucho menos inútil será reconocer a Silva Herzog como lector de la reivindicación del sentido ético de *El capital*, justamente en Benedetto Croce.

Por último, hablo de un pensador cuya militancia viene rompiendo desde los años 40 —en el apogeo del dogma staliniano y en los comienzos de un giro radical de la revolución mexicana— con el espíritu de *secta*, con la práctica común que convierte a la organización política en un fin en sí misma (lo que la enajena de sus tareas sociales y la convierte en fin en sí misma): con la institucionalización del movimiento, de la vida, de la historia, del pensamiento.

Su discurso muestra una no-preocupación por esa vigilancia permanente cuyo propósito consiste en producir y mantener el trazo de una frontera rigurosa entre lo "propio" y lo demás. Razón por la que la ecumenicidad de su pensamiento se procesa en consonancia con una militancia en el *partido* que forman todos los explotados. Pienso que difícilmente encontraremos aquí otro partido que no sea aquel que rompe con la *secta* que divide y subyuga debido a la imperiosa tarea que tiene de mantenerse con vida en sí mismo.

¿Cuánto debe esta concepción a la idea de partido formulada por Marx, tanto en el *Manifiesto*, como en *Miseria de la filosofía*, así como en su "Carta a Freiligrath" del 29 de febrero de 1860? Por lo pronto sabemos que los intereses que defiende Silva Herzog son intereses de una *clase* social, y que al hacerlo participa de hecho en el proceso de lucha de clase contra clase, y que, en consecuencia, no sólo se compromete activamente en una lucha política, sino que a través de tal defensa contribuye a la toma de conciencia revolucionaria de los explotados, sin dejar de apuntar re-

flexiones candentes acerca de nuevas formas de praxis política en nuestro tiempo, que implican un sentido de esa emancipación que se recorta en el interior mismo de lo caduco.

Esta es la militancia de Silva Herzog —vigente en el mundo contemporáneo—, contra todo espíritu de secta; aquél es su partido, en el "gran sentido histórico del término"; y ésta, la conciencia revolucionaria, entendida como aspiración a cambiar radicalmente el sistema económico-social existente. Es claro que de aquí se desprenden consecuencias fecundas en torno de la crítica, la unidad, las alianzas, la alternativa única, la posibilidad, etc., todo lo cual —por razones de espacio— apenas será aludido. Me limitaré a esta cuestión: Silva Herzog es un intelectual militante y revolucionario que defiende, a la vez que unos intereses de clase, un pensar independiente de la presión política. Mas no en nombre de la libertad abstracta del pensamiento o de la ciencia o de la filosofía, sino justamente en nombre de aquellos intereses de clase.

EN política, como hombre de izquierda y como pensador revolucionario Silva Herzog procesa una disidencia herética, no pagana. Hombre de izquierda desde que se sumó a la brigada del General Eulalio Gutiérrez en 1914, en pleno desarrollo del proceso acaudillado por Madero, es desde 1943 el sepulturero de la revolución mexicana. El se explicará en 1972 con una fórmula concisa, a la manera de los habitantes de Laconia: "Lo que me ha ocurrido es que a medida que me he hecho más viejo me he hecho más de izquierda".

Acaso podamos caracterizar los esfuerzos políticos e intelectuales de Silva Herzog —por espacio de medio siglo— como un intento cuyo propósito radica en derribar en la vida política de México lo que, a su juicio y desde los años 40, se presenta como una tradicional extorsión ideológica que no deja otra salida que no sea pensar el pasado como actualidad.

Hijo de una revolución popular, campesina y nacionalista, formado en ella y por sus demandas; miembro, pues, de ese destacamento, no duda declararla en crisis enfrentando la acusación que lo empuja inevitablemente hacia el bando de los reaccionarios, condenándolo —a partir de un concepto que lee en el progreso una *norma* ética o política— a una posición de derecha o contrarrevolucionaria. Sin embargo, desde el punto de vista de la revolución, Silva Herzog tiene de suyo un rasgo perdido en los revolucionarios: la independencia. Desde ahí se encuentra hoy, tanto

más próximo a la revolución cuanto más adopta una actitud crítica ante la praxis política y el Estado post-revolucionario.

Por eso digo que no se trata de un pagano: no critica la revolución desde fuera de los intereses que la hicieron existente. Hablamos de una disidencia herética, cuyos ataques permiten defenderla en su realidad. Demás está decir que para eso es necesario ser cada vez más izquierdista, a fin de pensar la búsqueda de nuevas constelaciones sociales, no sólo como apremio intelectual, sino también como fuente que hace una disidencia práctica, en franca ruptura con la *secta*. Ciertamente, en Silva Herzog no hay crítica desde cierto *más allá*; pero la hay desde el *más acá* de la verdad: fuera de los límites del argumento sectario.

Cabe llamar la atención acerca de la importancia que revisten sus reflexiones sobre la revolución mexicana en relación con los esfuerzos intelectuales y políticos de estos últimos tiempos en el mundo contemporáneo. Pensar, por ejemplo, los intentos para superar en la vida política tradicional aquella otra extorsión ideológica de "izquierda" que durante tantos años se lleva a cabo con ayuda del argumento de la alternativa única, estrechamente ligada a la desaparición de la crítica o, cuando menos, a la condena que la hace inevitablemente reaccionaria. Es evidente que invito a leer en Silva Herzog no sólo lo que se expresa directamente como crítica de cierto acontecimiento histórico determinado en la vida de México. Hasta ahí —que no es poco— no hace las condiciones que nos llevan a considerarlo pensador en el sentido ecuménico del término. Interesa también, sobre todo, leer en esa condena lo que procesa como esfuerzo para lograr un renacimiento del movimiento emancipador general, como trabajo para rehabilitar ese movimiento, durante tanto tiempo desacreditado por el espíritu de *secta*.

Es indudable que reflexionando a propósito de la sociedad mexicana extiende una crítica rotunda hacia un fenómeno clave de la *secta*, aquí y acullá: el oportunismo leal. Con ello reivindica, no sólo el derecho, la necesidad de la crítica, íntimamente ligada a la función social de la organización, a tal punto que la preserva con vida más allá de sus "fronteras", nada más y nada menos porque acaba con las fronteras; sino —lo que es tanto o más importante— reivindica su consistencia siempre subversiva contra el concepto maneado por el "realismo político" que la presenta como contrarrevolución efectiva, empujándola (con los hombres que implica) hacia las fuerzas verdaderamente reaccionarias y en su beneficio.

Leyendo a Silva Herzog en este sentido tal vez nos aproximemos a su concepto *dramático* de la historia (leído en Croce); aquí la unanimidad nacional —bajo la categoría de rebaño = *todos*—

es apenas comedia que acaso dura unos cuantos días en la vida de una generación. Todo lo demás son contradicciones lacerantes.

“**H**ACE algo más de 6 años (1943) creía que (la revolución mexicana) podría salvarse y continuar su marcha hacia adelante en provecho del pueblo mexicano. Ahora, después del tiempo transcurrido, pienso... que la revolución mexicana ya no existe”. Conclusión tajante una vez elaborada la advertencia de que el proceso está paralizado “porque lo contienen las fuerzas de la burguesía, que desde hacía varios años jalaban hacia atrás sin lograr sus fines”. Ya no se trata entonces de una crisis de crecimiento, sino de agonía; el fin de un ciclo histórico.

¿Qué es lo que ha pasado? Jesús Silva Herzog responde a este problema con un discurso, que por ahora llamamos directo, fundado en los hechos históricos de la vida cotidiana; y con otro que denomino alusivo porque, más allá (o más acá) de lo que interesa a México, implica reflexiones universales que conciernen a todos los pueblos que luchan por su emancipación como fuerzas *sociales*. Por cierto no se trata de 2 escrituras, como de momentos del pensamiento incluidos en un solo texto que no permite separaciones radicales y en el que la alusión general (universal) encuentra su propia lógica articulada con las *razones* y las *opciones* fundamentales de su autor.

En efecto, la crítica de la *secta* —aquello que, por una parte, hace los fundamentos de su no-militancia en la organización exactamente delimitada—, se dirige hacia la pérdida de la capacidad creadora y procreadora del organismo social. Desde el momento en que la organización se convierte en un fin en sí misma, cierra sus puertas, delimita sus fronteras y sus habitantes y desconoce las tareas sociales a las que debe su existencia. Sólo abraza una meta: prolongar su vida (autoconservación), y sin embargo, paradójicamente, por eso se condena a desaparecer. El presente será cada vez más agonía, mientras el pasado —que se pretende actual— sólo puede presencalizarse como biografía.

Quien lea atentamente ese discurso alusivo no dejará de advertir también este concepto del proceso de la revolución mexicana. Un concepto que encuentra en la categoría de neoporfirismo una herramienta teórica para comprender su devenir *secta*, clase cerrada en sí misma, “poderosa, emprendedora, agresiva y fuertemente ligada por lazos de solidaridad y comunidad de intereses... Una (nueva) burguesía que se fue fortaleciendo y mezclándose algunos de sus miembros con los hombres de los gobiernos revoluciona-

rios... minorando en ocasiones y a veces neutralizando la acción revolucionaria”.

Pero este discurso, obviamente, no lo dice todo. Al fin y al cabo, toda obra es inevitablemente incompleta. *Caetera desiderantur*. Lo demás se desea. ¿Cuáles son los límites aceptables de la institucionalización por un proceso revolucionario sin comprometer su propia naturaleza? ¿Todo aparato organizado engendra necesariamente una parálisis de la creatividad o una alteración senil de la capacidad procreadora? No olvidemos que nuestro pensador procede también de un anticlericalismo radical, erasmiano y evangelista (jesucristiano), sugerente de una alternativa crucial: cristianismo o Iglesia; Evangelio o religión organizada.

Pensemos un momento otra “clave” del discurso alusivo: *Cuadernos Americanos*, fue definido por Silva Herzog, desde su fundación en 1941-42, como milagro de la amistad. Ciertamente podríamos pasar por alto esta declaración por adjetiva. Pero si no lo hacemos es por alegórica, lo que la hace sustantivo, sobre todo si volvemos a la cuestión de la herencia cultural cristiana, cuyo acervo anticlerical le ayuda también a comprender y criticar el mundo tradicional de la praxis política, exclusivista e intolerante, confesional y comercial, cada vez más Iglesia y menos Evangelio.

Es claro que aquí la amistad no puede ser más que milagro. Donde opera la religión del Antiguo Testamento nos manejamos conforme tratados comerciales. ¿Hace falta decir que estos últimos prescriben la amistad, esa unión invisible de los hombres que no necesita orden legal, aparato de poder, Iglesia, Partido, secta, burocracia que la obligue sino confianza?

No parece casual que Silva Herzog recurra a una categoría religiosa para definir la fundación de *Cuadernos Americanos*, cuya vitalidad de casi medio siglo radica en su oposición radical al espíritu de *secta*, y cuya palabra es ante todo ofrecimiento de la voz y del voto al otro, sin el menor asomo de considerar su amistad o su alianza como *conversión* del interlocutor.

He aquí que la vocación ecuménica de *Cuadernos Americanos* le permite no escindir el mundo entre *ellos y nosotros*, sino extenderlo y recuperarlo como serie continua y discontinua de proposiciones. No elige entre el cielo y el infierno. Por eso no conoce tampoco la adulación (“arma de lacayos”). Tiene miles de amigos. Vive todavía como actualidad.

Espero que esta aparente digresión no signifique ataque por sorpresa. Pienso que la obra de Silva Herzog y *Cuadernos Americanos* proceden de una misma matriz de pensamiento. Y reconozco que es una trivialidad afirmar que ciertas características y principios

fundamentales de la revista constituyen otras tantas posibilidades para observar desde ahí los procesos históricos. Es una trivialidad, y quizás por eso merezca una reflexión. ¿Cuánto hay en la crítica de la revolución mexicana como crítica de un error? ¿Cuánto como denuncia de un indicio de muerte del organismo social? "Ahora sabemos que nosotras, las revoluciones, también somos mortales" (1949). Preciso decir finalmente que tampoco se trata de desandar lo andado. En la historia hay que dejar que los muertos descansen en paz. No se trata de resucitar, sino de volver a nacer: "Lo nuevo, siempre lo nuevo en el Nuevo Mundo" (1947).

PUEDE afirmarse que la obra de Jesús Silva Herzog en *Cuadernos Americanos* se caracteriza, aparte lo antedicho, porque constituye un discurso de reflexiones medulares acerca de la guerra y contra la guerra. Y al mismo tiempo porque a través de todas ellas clava en el corazón de su escritura una incontenible esperanza: "El hombre se salvará de la tragedia y el olvido por su necesidad de vivir y su anhelo de superación" (1948): "El hombre, terco en el error, bestia admirable e imperfecta se salvará por su esencial inconformidad" (1947).

Recuerdo sus palabras al cumplir 80 años: "Es ya largo el camino caminado y ya no es largo el que me queda por caminar. Estoy a punto de llegar a algo así como un paradero. Me imagino que en la puerta con letras luminosas dice: '8 décadas, entra viajero y reposa de tu largo viajar' ". En seguida agrega: "Yo voy a entrar, pero no voy a reposar. Voy a entrar por una puerta y a salir por la otra... y entonces tomaré otra vez la vereda izquierda, por la que siempre he transitado" (1972).

Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate (Dejad toda esperanza, vosotros los que entráis) escribió Dante a las puertas del infierno. Yo no sé si la puerta en cuestión sea la del infierno de Dante; pero creo saber que cuando Silva Herzog anuncia su propósito de entrar por una y salir por otra manifiesta todo ese indomable espíritu esperanzado que le prohíbe quedarse si con eso deja la esperanza.

Acaso pueda criticarse a Silva Herzog porque parece no tener más argumentos que la esperanza. Mas, ¿dónde radicaría la debilidad? ¿No nos obligamos a tener que pensar la relación que existe —en momentos de agudos combates bélicos que comprometen la existencia misma del hombre— entre lo que puede decir como diagnóstico y pronóstico la sana razón humana y aquello que, con independencia de toda consideración filosófico-histórica, y hasta de un modo irracional, sostiene la convicción inquebrantable de un

mundo más allá de la guerra? Ciertamente la sana razón humana puede levantarse contra la esperanza. Pero ¿quién ha medido la importancia de los "juicios" de esta última en el desarrollo de la historia? ¿Hasta qué punto la sana razón humana asume la representación del *fatum* histórico y conduce a la derrota inevitable? Por otra parte, ¿qué posibilidades tiene la certeza de la esperanza de ser factor esencial de victoria?

Recordemos que en ciertas coyunturas de la última guerra se llegó a *pensar* seriamente en la victoria hitleriana; sin embargo, la convicción intelectual que ello presupone *optó* —como Silva Herzog— constituyendo una coexistencia contradictoria con la responsabilidad moral: ésta levantó entonces el argumento de la esperanza. ¿Quién podía predecir en aquellos momentos, de un modo científico y racional, el desenlace de la guerra? Nadie. Pero las fuerzas antifascistas trabajaron también el combate con el arma de la esperanza. Hasta hoy, entre los misterios de su ser que el hombre no ha resuelto todavía de una manera cabal, acaso el de la importancia de tal argumento espere aún nuevas reflexiones.

Pues bien, que se condene la posesión del argumento de la esperanza en nombre de la pobreza de espíritu. Pero no olvidaremos que sin ella *entramos* al reposo absoluto, a eso que es contemplación *inteligente* de la historia. Y entonces ¿quién nos salvará de la tragedia?

Desde que Jesús Silva Herzog hizo suya la sentencia de Paul Valéry: "Las civilizaciones no son inmortales", tampoco se dejó engañar por aquella especie fascinante de filosofía nueva que surgía en occidente considerando al Estado nazi *fatum* histórico, a punto de reemplazar —aun en su barbarie— la civilización en crisis. No. Consideró la guerra y a Hitler expresiones acabadas de la misma. Y aunque lo anterior, en cierto modo implica una justificación de Hitler en nombre de la necesidad histórica —cuestión que se concluye de su inserción en la crisis de la civilización occidental—, no por la *comprensión* de la necesidad histórica se exime del deber moral que lo impulsa a luchar en contra. Estoy cierto de que si entonces se le hubiera criticado en nombre de la realidad, hubiera contestado sin vacilar: ¡peor para la realidad! Esto y no otra cosa dijo cuando sostuvo que reconocía que, en las condiciones objetivas de México, le había costado mucho trabajo no hacerse millonario.

Del mismo modo, por el carácter histórico-necesario del socialismo en la Unión Soviética, no exime su responsabilidad moral para asumir un punto de vista crítico y pensar otras constelaciones sociales, otros modelos, proyectos y alternativas de sociedad para

América Latina. Entre necesidad histórica y deber moral, media, pues, la *razón* y la *opción* del individuo.

Está claro que no se trata aquí de la tesis que divorcia opciones éticas humanas y situaciones sociales. Se trata de comprender que el lazo que une premisas en indicativo y conclusiones en imperativo es de naturaleza *social*, y no *lógica*. Por lo mismo que el acto moral no es una deducción propiamente hablando, como que es una opción.

Silva Herzog defiende siempre el concepto de que la historia se mueve en la dirección del progreso. Para él, es un proceso que avanza. Parecería indicar que cada situación histórica es "mejor" que la anterior. ¿Se trata entonces de apoyar —como deber moral— todo fenómeno, todo gobierno, sistemas sociales, doctrina, por su necesidad progresiva? Si la situación actual es, desde el punto de vista del progreso necesario históricamente, "mejor" que la anterior ¿por qué condenarla? A quien así lo hiciere ¿no cabe llamarlo reaccionario? Tal vez ahora dispongamos de otros elementos para comprender mejor aquella firme defensa de Silva Herzog acerca del carácter realista y revolucionario de su crítica, contenida en esa especie lacónica y herética, híbrida, por la conjunción de dos términos considerados como dios y el demonio, así de excluyentes: "Hay que confesar el fracaso de la revolución".

Evidentemente no *deduce* del progreso históricamente necesario un criterio de valoración ética, por más que reconoce que la historia se mueve inevitablemente en la dirección del progreso. Pero si el progreso histórico implica de suyo un bien para la humanidad ¿qué mejor criterio de valoración moral puede hallarse que no sea apoyar la obra del progreso histórico?

Silva Herzog colocará en este punto una cuestión decisiva: distingue entre progreso y desarrollo. De tal manera que, si el progreso (privilegio de la cantidad) es inevitable, no se sigue un inevitable desarrollo, entendido como justicia social: esto último es *posibilidad*. La distinción entre uno y otro recupera el planteamiento correcto del problema, puesto que lo inevitable niega por sí mismo todo valor moral al comportamiento humano. ¿Qué otra cosa le queda al individuo que no sea "apoyar" lo inevitable? ¿De qué *deber* se habla? Mas, cuando la determinación histórica del progreso es de suyo indeterminada y no incluye una pre-determinación del desarrollo con justicia social, ahí, justamente ahí, ante la posibilidad y las alternativas, se dan las condiciones de la moralidad, entendida como no-indiferencia.

Recordemos que en relación con estos problemas suele citarse el texto ya célebre de Marx sobre la colonización británica en la

India, en el que hay comprensión y explicación del hecho y, al mismo tiempo, repulsa moral. Es interesante ver que en "Países ricos y países pobres" (1972) Silva Herzog comienza sus reflexiones con la cuestión de la colonización británica en la India, y que aquí, como en toda su obra, no existe la moral como instrumento de la gran historia. Los crímenes inevitables del progreso histórico siguen siendo crímenes. Y la historia sigue siendo la más cruel de todas las diosas, capaz de conducir su carro triunfante por encima de montones de cadáveres.

¿En qué medida, con qué matices y en cuáles sentidos hay aquí elementos o la doctrina toda que afirma la responsabilidad absoluta del individuo y la no-moralidad de los procesos históricos? Y luego: ¿Hay posibilidad de valoración ética de las decisiones políticas? Silva Herzog considera con Croce la historia como drama. Esto significa que, por una parte estamos forzados a tomar decisiones; y que, por otro lado, ellas pueden ser objeto de valoración moral, a pesar de que a la hora de tomarlas estemos poseídos por un profundo desconocimiento acerca de sus resultados. El individuo es responsable. El proceso histórico no. ¿Será necesario recordar que, si bien el proceso se inicia de conformidad con determinados fines e ideas, casi nunca se puede prever el rumbo y los límites de la acción histórica? (S. H. 1943).

El drama consiste, pues, en esa incertidumbre. Y sin embargo la ignorancia no exime de responsabilidad. Este es un problema que Silva Herzog deja planteado de un modo provocador en su "México 68" (1972), con una riqueza de elementos que apuntan a la espionosa cuestión que dice: hay situaciones en las que tenemos el deber moral de conocer. O bien: no es posible trazar el límite entre la ceguera voluntaria y la ignorancia inocente. Pienso que a través de esta problemática pasan todos los grandes acontecimientos históricos. Por lo pronto se me ocurre pensar en Chile entre 1970 y 1973.

Pero es precisamente aquella incertidumbre —que hace el contenido dramático de la historia— lo que da valor político a la esperanza (porque implica posición de clase) y sentido ético (porque ni se opta por una causa perdida ni a partir de una inquebrantable certeza de victoria). De aquí que la esperanza en Silva Herzog sea una de las fuerzas dominantes de las revoluciones e insurrecciones, conectada de un modo inseparable con la inconformidad: "Yo no voy a reposar... voy a seguir siendo hombre de izquierda... entraré por una puerta y saldré por la otra". ¿Habrá hombre mejor dotado de tal incontenible esperanza subversiva?

SILVA Herzog establece que a partir de 1940-41 surge en México un Estado que, inscrito en las tendencias del desarrollo de un capitalismo monopólico, genera contradicciones y choques agudos entre sus medidas e instituciones y las demandas populares. Señala que cuando la revolución entra en crisis, agoniza y se dirige hacia la muerte, sus pormenores históricos prestan condiciones para el desarrollo de una nueva clase en el poder, misma que cancela definitivamente el proceso iniciado por Madero en 1910.

Es interesante hacer notar que la revolución no muere por un error, sino porque la historia procesa un fenómeno que la paraliza. Por su parte, el Estado mexicano post-revolucionario es consecuencia de esta transformación estructural de las relaciones de clases y de la naturaleza misma de la clase en el poder. No hay, pues, interpretación causal "espiritualista" de la historia, como podría suponer quien se asome apresuradamente a la exaltación que hace Silva Herzog sobre aquello que denomina "lacras espirituales" y a las que considera causas fundamentales de la realidad del México actual.

Ciertamente habrá que entender la exaltación, así como la categoría misma que emplea, en el contexto de la totalidad de su pensamiento, contra lo cual amenaza el hecho de que sus reflexiones aparecen por lo general dispersas en artículos, ensayos, discursos improvisados y conferencias, siempre vinculados a ciertas coyunturas específicas. Esto mismo da a sus elaboraciones teóricas una aparente unilateralidad, más aún si se las acomete de un modo simplemente acumulativo. Aquel lector no llegará más allá de un reconocimiento del hecho empírico que representa la conducta moral de Silva Herzog; y, por otra parte, no hará más que adjudicarle un carácter moralizador abstracto a su denuncia histórica de la corrupción y el espíritu de lucro.

Contra tal lectura interesa decir que las llamadas *lacras*, en lo substancial, Silva Herzog no las localiza antes de que México viera nacer el proceso que le da origen, si bien no podría aceptarse que tal espíritu no existía de una cierta manera. Empero, a partir de 1910 y de las transformaciones consecuentes a que fue dando lugar el proceso histórico, se engendran condiciones para el surgimiento de la corrupción y del espíritu de lucro, la incompetencia y la adulación en gran escala. De modo que si las llamadas *lacras* son incompatibles con la vitalidad de la revolución y su carácter popular, nacionalista y campesino, serán compatibles con las nuevas relaciones que la detienen.

Pienso que nada autoriza a leer en Silva Herzog una crítica de la corrupción, el espíritu de lucro, la incompetencia y la adulación, a partir de una concepción puritana o moralista utópica; menos aún

desde el realismo político, de corte fatalista, donde incluso la apuesta ética queda excluida.

A propósito de aquella "cierta manera de existir" del espíritu de lucro *antes* de la revolución, no dejaré de señalar en todo momento el papel que juegan los intereses norteamericanos en la sociedad mexicana, en particular en aquellos momentos en que Huerta se hace del poder. Todo lo cual indica que el "espíritu" del mercader tampoco apareció de la nada en el suelo mexicano, sino impulsado también por las condiciones de una mentalidad cuya fuente es el país capitalista más poderoso del mundo.

Para nuestro pensador esta pasión por acumular dinero —que se manifiesta en la corrupción, la incompetencia y la adulación— es ante todo consecuencia históricamente necesaria de la transformación de la sociedad, a partir de un proceso que presta condiciones para el nacimiento de una nueva burguesía, en consonancia con el desarrollo de un régimen político nuevo/viejo que Silva Herzog sintetiza en la categoría de neoporfirismo.

Se observará que el concepto de esencia humana en Silva Herzog encuentra su fundamento en la sociedad, a tal punto que, si de lo que se trata, por ejemplo, es de comprender (y ya no condenar) las llamadas lacras, éstas no son tanto manía individual como mecanismo o dispositivo de dominación que enajena a los hombres de sus tareas sociales. Dispositivo necesario —por consenso cómplice— para la producción y reproducción del sistema. De ahí la paradoja de que afecte al poder del Estado cuando crecen lo mismo que cuando disminuyen.

A partir de entonces, su crítica a la corrupción es para que ésta se ataque como forma de gobierno y como modo de acumulación de capital. Sentido que contiene un cuestionamiento radical de lo existente: ¿es posible que siga la corrupción sin que se produzca una crisis nacional; es posible impedirla sin producir una crisis de la actual estructura de poder y acumulación? No cabe duda de que con esto Jesús Silva Herzog está muy lejos de plantear el problema en los términos de una moral abstracta o de cierto autoritarismo patriarcal.

Después de estas consideraciones generales, abiertas a la discusión, no me resta más que invitar al lector a disfrutar uno de los discursos más fecundos que ha producido México y América Latina durante todo el tiempo transcurrido en el presente siglo.

Yo no creo haber abordado aquí más que algunas, acaso inquietantes, cuestiones de la obra de este insigne maestro mexicano a lo largo de su ineludible trayectoria magisterial como universitario, hombre público, intelectual y amigo, favorecido por un pri-

vilegio que no dejo de reconocer y que me hizo su colaborador más próximo en la última década: lapso a través del cual mi lectura de su obra se ha visto acompañada y enriquecida por el pensamiento que se recorta en el libro y que generosamente me ha dicho en voz alta. Lejos, pues, de un elogio que su personalidad no necesita me he obligado al homenaje que exige pensarlo.

AMERICA CENTRAL FRENTE AL INTERVENCIONISMO IMPERIALISTA

Por *Jesús CAMBRE MARIÑO*

EL pasado 20 de enero se inauguró el segundo periodo presidencial de Ronald Reagan al frente de los Estados Unidos. Es previsible que durante los próximos cuatro años el *cow-boy* gobernante de la potencia hegemónica mundial tratará de seguir poniendo en práctica los puntos fundamentales de la política agresiva que caracterizó su primer periodo de mandato.

Uno de los objetivos prioritarios del presidente mediante es restaurar "la grandeza y el poderío" de los Estados Unidos en el mundo. Esta preponderancia se había ido resquebrajando durante la década de los setenta, tanto por la pérdida de competitividad del capitalismo norteamericano a escala mundial, lo que forzó dos sucesivas devaluaciones del dólar, como por la desastrosa intervención en la Guerra de Vietnam. Además, el desprestigio norteamericano se acrecentó con el escándalo político de Watergate que obligó a la renuncia del presidente republicano Richard M. Nixon. Por último habría que mencionar las revelaciones sobre infiltración y actividades corruptas, encubiertas y delictivas realizadas por la CIA y otros servicios secretos norteamericanos, tanto en los propios Estados Unidos como en diversas partes del mundo, que llevaron la imagen de la potencia campeona del "mundo libre" al nivel más bajo de su Historia.

Dentro de los planes de fortalecimiento del "prestigio norteamericano" que abraja Ronald Reagan, América Central ocupa un lugar muy importante. Además de que esa parte del mundo siempre ha sido considerada por los yanquis como una especie de "patio trasero" (*back yard*, dicen textualmente en inglés) de los Estados Unidos, Ronald Reagan pretende pasar a la Historia como el presidente que logró detener la "penetración soviética" en el Hemisferio Occidental. Para acreditar esa pretensión Reagan exhibe como un brillante triunfo, y como un anticipo de lo que debería hacerse en otros lugares, la exitosa invasión de la isla de Granada efectuada en el mes de octubre de 1983. La implicación para Nicaragua, principalmente, es una amenaza constante que pende como espada de Damocles sobre la Revolución Sandinista.

Cabe puntualizar que la supuesta penetración soviética no es más que un subterfugio argumental con el cual el centro de poder washingtoniano pretende descalificar todo proceso revolucionario intentando justificar al mismo tiempo su constante intervencionismo en América Latina. Eso ha quedado demostrado históricamente, entre otros casos, por las múltiples intervenciones realizadas en Panamá, a principios de siglo; en Haití y Santo Domingo, poco después; en la Nicaragua de Sandino, en los años veinte; en la Guatemala de Jacobo Arbenz, en los años cincuenta; en la República Dominicana de Juan Bosch, en los sesenta, y en el Chile de Salvador Allende, en los setenta.

Lo que los círculos de poder norteamericanos no están dispuestos a tolerar es que los países iberoamericanos instalen gobiernos que intenten afirmar la verdadera independencia nacional, acabar con la explotación imperialista de sus recursos y romper la tutela neocolonial ejercida desde Washington. No importa que se trate de regímenes democrático-reformistas de estructura burguesa o marxista-revolucionarios. Lo que resulta determinante para la CIA, el Pentágono y el Departamento de Estado es que un gobierno latinoamericano, cualquiera que sea, se atreva a poner en cuestión los sacrosantos "intereses vitales" de los Estados Unidos.

Tenemos que recordar que el delegado especial de Ronald Reagan para cuestiones de América Latina y ex subdirector de la CIA, general Vernon Walters ha caracterizado la actitud norteamericana hacia Nicaragua de "ambigüedad constructiva".¹ Considerando la realidad de la amenaza que se cierne sobre el país centroamericano, con amagos de bloqueo naval y ataques por tierra, mar y aire, además de una estrategia de presiones y coacciones dirigida a lograr su estrangulamiento económico, los propósitos del espía, militar y diplomático norteamericano no hay duda de que encierran una gran dosis de cinismo.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que el tenebroso Henry S. Kissinger, ex secretario de Estado de Richard M. Nixon, al escribir recientemente sobre las dopadas oportunidades que tiene ante sí Ronald Reagan, ubicaba a Nicaragua y a toda América Central entre los intereses vitales de los Estados Unidos.² Poco después, el secretario de Defensa Caspar Weinberger ha puntualizado en un importante discurso destinado a sentar doctrina estra-

¹ Petra K. Kelly, *Lucha por la esperanza. Sin violencia hacia un futuro verde*. Cit. por José Luis L. Aranguren, "La izquierda y el poder", *El País* (18 de noviembre 1984).

² Henry S. Kissinger, "Reagan, una oportunidad de oro", *El País*, edición internacional (26 noviembre 1984), p. 3.

tégica para la actuación externa de las fuerzas armadas norteamericanas, que si los Estados Unidos deciden intervenir militarmente en determinado lugar del planeta debería hacerse bajo ciertas condiciones. Entre éstas señala que la intervención debe ser lo suficiente masiva para que resulte decisiva y contundente. Esto sería necesario para evitarle a los Estados Unidos un desgarramiento interior y la posibilidad de una humillación internacional como la sufrida a consecuencia de la Guerra de Vietnam.³

Se desprende de todas esas tomas de posición, y ello no es ninguna sorpresa, que la decisión de intervenir sólo estaría pendiente de que Washington determine la forma y el momento oportunos. Es decir, la posible intervención norteamericana en América Central sólo es una cuestión de "timing".

El Pentágono, centro neurálgico del aparato militar norteamericano, está empeñado en un proceso de transformación de las fuerzas armadas de los Estados Unidos para adaptarlas a las necesidades tácticas y estratégicas del futuro. El mundo está sumido en una profunda y larga crisis que los especialistas reconocen que será muy prolongada. Las fluidas condiciones internacionales propician el surgimiento de situaciones conflictivas, movimientos revolucionarios y múltiples focos de tensión en diferentes partes del Planeta. Una de las zonas más conflictivas, desde el punto de vista del poder imperial, es la región centroamericana.

Ante ese cuadro mundial, los estrategas del Pentágono están conscientes de que la defensa de los intereses del imperialismo (intereses vitales de los Estados Unidos, según la terminología washingtoniana) exigirán la intervención militar yanqui en muchas partes. De ahí se deriva la necesidad de poner a punto unas fuerzas armadas no convencionales adaptadas a las circunstancias y dotadas de la capacidad operativa adecuada para poder hacer frente a las nuevas tareas que se vislumbran en el futuro inmedito. El Pentágono trata de responder al "reto" de la nueva situación con la creación de unidades especializadas de "intervención rápida", al estilo de la que empezó denominándose *Rapid Deployment Force* y más recientemente adoptó la designación de "Comando Central de los Estados Unidos" (U.S.C.C.).

En lo que atañe a la problemática centroamericana, la "exitosa" intervención militar yanqui en la isla de Granada ha fortalecido la posición de los que, dentro del pentágono, proponen el desarrollo y potenciación de las llamadas "fuerzas no convencionales" por considerar que resultan muy apropiadas ante la posibilidad de una intervención. Aquel incidente intervencionista en la pequeña isla

³ *The New York Times* (29 noviembre 1984), p. 1.

del Caribe ha infundido nuevos ímpetus a las actuales tendencias predominantes en el aparato político-militar norteamericano hacia la ampliación de las unidades de "operaciones especiales" con una finalidad claramente imperialista.

Enfrentados a una proliferación de situaciones conflictivas y movimientos revolucionarios en América Central y en otras partes, los estrategas washingtonianos piensan que la mejor medicina contra lo que ellos denominan "ascenso marxista" y "penetración soviética", es la intervención militar abierta o solapada. Para esto se hace imprescindible la urgente preparación de suficientes "fuerzas especiales". Las profundas causas sociales, políticas y económicas que alimentan la efervescencia revolucionaria en América Central y, en toda América Latina no son objeto de la debida consideración por los gobernantes norteamericanos. La línea de pensamiento dominante actualmente en Washington es que los movimientos revolucionarios de América Central son de origen externo, promovidos por Moscú y La Habana. Según los consejeros y estrategas reaganianos esa problemática no requiere un tratamiento político sino que debe enfrentarse por la vía militar. En otras palabras, los problemas de América Central deben resolverse con el uso de la fuerza aplicando la vieja y desacreditada "política del garrote".

Ante el complicado panorama que presenta el mundo desde la óptica imperialista, el gobierno del presidente Ronald Reagan ha decidido reconstruir las fuerzas no convencionales de los Estados Unidos facilitando los fondos presupuestarios que se necesiten para su fortalecimiento. Hay que recordar que las fuerzas no convencionales norteamericanas habían sufrido un debilitamiento de su potencial con posterioridad al conflicto de Indochina. Ahora el Pentágono pretende poner a punto unidades de fuerzas especiales procedentes de los distintos servicios armados (Ejército, Marina, Fuerza Aérea y Cuerpo de Infantería de Marina) llevándolos a un alto grado de disponibilidad operativa. Ello se considera factible sin realizar un gran dispendio de recursos económicos debido a que, según expertos del Pentágono, las operaciones especiales se distinguen por tener una gran "efectividad de costos". Lo que vale decir que con una pequeña inversión comparativa se puede obtener un gran incremento en la potencialidad militar. A juicio de los estrategas norteamericanos, todo eso quedó demostrado en las operaciones efectuadas en Granada.

Sin embargo, algunos analistas del Pentágono insisten en que el "éxito" obtenido en la operación intervencionista de la pequeña isla caribeña no debiera hacer olvidar a los responsables de la polí-

tica militar norteamericana las serias deficiencias que aún aquejan a las fuerzas armadas del coloso del norte. Entre esas deficiencias se destaca la escasa capacidad de transporte aéreo y marítimo para poder situar con rapidez tropas y material en puntos conflictivos de ultramar. Para subsanar esas carencias el aparato militar norteamericano requerirá nuevas y jugosas asignaciones presupuestarias. En lo que toca a la revalorización de las fuerzas no convencionales impulsada por la Administración Reagan, ese enfoque favorece también un incremento de las operaciones encubiertas realizadas por la CIA. Se sabe que dicha agencia secreta utiliza los recursos de otros organismos norteamericanos, inclusive unidades militares especiales. Eso es precisamente lo que está ocurriendo en la "guerra sucia" que viene soportando la Nicaragua sandinista con sabotajes, bombardeos y ametrallamientos.

En el documento titulado "Defense Guidance", que firmó el titular del Departamento correspondiente Caspar W. Weinberger en marzo de 1982, se establecían los objetivos de las fuerzas armadas norteamericanas para los próximos cinco años y se diseñaban las misiones propias de las operaciones especiales. Ese documento, revelado por un diario neoyorquino, afirma: "Debemos revitalizar y engrandecer las fuerzas de operaciones especiales para proyectar el poderío de los Estados Unidos allí donde el uso de las fuerzas convencionales sería prematuro, inapropiado o no factible". El documento recalca que los Estados Unidos deben tener fuerzas que "puedan cumplir toda la gama de operaciones especiales en situaciones conflictivas. Las unidades que se revitalizarían incluyen las fuerzas especiales del Ejército denominadas *Boinas Verdes* y *Cazadores* ("Rangers" o "Black Berets"), el *Ala de Operaciones Especiales* de la Fuerza Aérea, y los *SEALS* ("Sea, Air, Land Service") de la Marina. Estas unidades, además de los paracaidistas de la Infantería de Marina ("Marines") entrenados en operaciones de comando, se destinan a misiones dentro de las líneas enemigas.⁴

Una de las innovaciones propuestas recientemente en el ejército norteamericano es la creación de una división de infantería ligera, lo que representaría una novedad en la historia de ese instituto armado. Con una dotación de diez mil hombres, de los que la mitad serán de infantería, piensan los estrategas washingtonianos que dicha unidad estará capacitada para combatir en cualquier terreno y situación que pueda presentarse. Aunque los expertos del Pentágono consideran que esa fuerza alcanzará su mayor utilidad cuando tenga que intervenir en los conflictos tercermundistas para salvaguardar los intereses de Washington. La primera de esas divisiones

⁴ *The New York Times* (19 julio 1982), p. 1.

será estacionada en Fort Drum, Watertown, localidad situada en el norte del Estado de Nueva York a unos cien kilómetros de la frontera canadiense. Una segunda división será ubicada en Alaska más adelante.⁵

Ya en el verano de 1982 informaba la prensa norteamericana que las fuerzas armadas de la nación habían empezado a reconstruir calladamente las unidades de operaciones especiales. Estas se fueron deteriorando en los años anteriores debido a los cortes de fondos presupuestarios para esos fines después de la Guerra de Vietnam. La Administración Reagan, por instrucciones del Secretario de Defensa Weinberger y el presidente del Estado Mayor Conjunto, general John W. Vessey, trataba de desarrollar la capacidad para la realización de operaciones de guerrilla, sabotajes, asaltos clandestinos y otras formas de guerra no convencional, todo esto según funcionarios del gobierno norteamericano y oficiales militares.

Más recientemente, el general John A. Wickham, Jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos ha declarado que se trata de escoger entre un gran ejército al modo convencional y un pequeño ejército mejor equipado, mejor entrenado y más preparado para combatir. Es decir, un ejército altamente especializado y profesionalizado. Al parecer, según se desprende de las declaraciones del general norteamericano publicadas en la prensa, el Pentágono se decidió por la segunda alternativa. Por lo tanto, en la actualidad, la política militar norteamericana es la de establecer dos tipos de fuerzas. De una parte están las fuerzas "pesadas" que incluyen las divisiones acorazadas y mecanizadas de infantería, destinadas especialmente a operar en Europa o como refuerzos en el Viejo Continente. De otra parte estarán las fuerzas "ligeras", dotadas de una gran movilidad. Estas incluyen las "Fuerzas Especiales", los "Cazadores" o "Rangers" y divisiones no mecanizadas de infantería. Dichas unidades están siendo preparadas para las operaciones en que la agilidad de movimientos resulta más efectiva que la cantidad y el peso del armamento.⁶

A juicio del general Wickham, la tendencia hacia la profesionalización del ejército norteamericano y la modernización de su equipo dio muy buenos resultados en las operaciones de Granada. El militar norteamericano sostiene que la preparación de un ejército menos numeroso pero altamente especializado y mejor preparado demostró en la invasión de Granada que eso es una "decisión sabia". Esas expresiones de un destacado miembro del Pentágono

⁵ *The New York Times* (19 febrero 1984) y (12 septiembre 1984).

⁶ *The New York Times* (16 noviembre 1983).

muestran con meridiana claridad que la intervención granadina, al margen de sus específicos objetivos políticos, fue concebida y ejecutada por el aparato militar norteamericano como un ejercicio de entrenamiento para una ulterior ofensiva intervencionista en América Central o en otros lugares del Planeta. El caso de Nicaragua y el constante acoso de la "guerra sucia" o "encubierta" que viene soportando la revolución sandinista, resalta de modo singular.

Es indudablemente por esas razones que el Pentágono ha planificado la expansión de sus fuerzas especiales de "contra-insurgencia", tales como los "Cazadores" del Ejército ("Rangers" o "Boinas Negras") y los SEALs de la Marina, las cuales encabezaron el asalto a Granada el 25 de octubre de 1983. Todo eso en adición a los ya famosos "Boinas Verdes". Según el general Robert L. Schweitzer, director de la división de operaciones estratégicas del Ejército, "las unidades que realizan la guerra psicológica y otras operaciones secretas especializadas son la clave para cortar el ascenso del marxismo, particularmente en América Central". Cuando se observa la realidad centroamericana, no es necesario forzar la imaginación para comprender que los anteriores propósitos se refieren especialmente a Nicaragua, aunque pueden hacerse extensivos a toda la región.

En los esquemas del intervencionismo norteamericano en América Central, Honduras es un pivote fundamental como centro de operaciones y como base de lanzamiento. Tras el derrumbe de 1979 de la dictadura somocista en Nicaragua y el afianzamiento de la revolución sandinista en aquel país centroamericano, el *establishment* imperialista perdió una importante baza en el tablero internacional y un preciado punto de apoyo para los manejos políticos de la región. De inmediato el Departamento de Estado y el Pentágono seleccionaron a Honduras para intentar sustituir la servicial satrapía somocista que se había perdido como cabeza de puente de los intereses norteamericanos en América Central.

La operación comenzó haciendo que Honduras sirviese como refugio a los fugitivos sicarios de Anastasio Somoza desde el preciso momento del triunfo sandinista. Desde el punto de vista washingtoniano era de mucho interés que se concentrasen en territorio hondureño, cerca de la frontera con Nicaragua, varios millares de guardias somocistas. De ese modo podrían constituirse como un ejército de reserva y una importante presión contra el sandinismo dado el caso de que la revolución nicaragüense tomase un rumbo contrario a los intereses de Washington. Esa política, seguida por el presidente demócrata norteamericano James Carter en el último año de su mandato, tomó mayor impulso a partir de

1981 cuando llegó a la presidencia de los Estados Unidos el republicano Ronald Reagan quien adoptaría una postura de gran hostilidad hacia la revolución sandinista.

Al asumir la presidencia de Honduras Roberto Suazo Córdova, el 27 de enero de 1982, se le facilitaron mucho las cosas a Washington. El presidente Suazo, hombre de inclinación conservadora que gusta de tocarse con sombrero tejano para mostrar su admiración por los Estados Unidos, dio vía libre a la penetración militar norteamericana en Honduras hasta el punto de convertir a la pequeña república centroamericana en un país ocupado militarmente que funciona como una importante pieza del Pentágono. En territorio hondureño se construyó con financiamiento norteamericano el Centro Regional de Entrenamiento Militar (CREM),⁷ instalación que ocupa unas seis mil hectáreas en Puerto Castilla y que pudiera ser un sustituto de la famosa Escuela Militar de las Américas clausurada recientemente en Panamá como consecuencia de los Tratados Carter-Torrijos. También se pusieron a punto bases militares y campos de aterrizaje como los de Aguacate, Jamastrán y Palmerola donde las poblaciones rurales circundantes que carecen de lo estrictamente necesario como arroz, frijoles y harina, tienden a ver a los norteamericanos como la panacea que pondrá remedio a sus males. Además, en Honduras se vienen celebrando importantes maniobras terrestres y aeronavales denominadas sucesivamente "Big Pine" I y II, "Ahuas Tara" y "Granadero" I, II y III, esta última pendiente de realizarse, cuando se escriben estas líneas, en la primavera de 1985.

Es bien sabido que la presencia militar norteamericana en Honduras, dirigida a amedrentar a los sandinistas y a cualquier otro régimen revolucionario que pudiera surgir en América Central, no se limita a desplegar un agresivo armamentismo. En distintas ocasiones el gobierno nicaragüense ha denunciado ataques terrestres y bombardeos aéreos procedentes de territorio hondureño. Sin embargo, de manera contradictoria y con flagrante cinismo, la Administración norteamericana insiste una y otra vez en que Nicaragua se ha embarcado en una carrera armamentista y abriga intenciones agresivas hacia sus vecinos. Esto no es más que el viejo cuento del victimario que acusa a su víctima y así parece entenderlo la opinión pública internacional. Por otra parte, la decisión del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya al escuchar las denuncias nicaragüenses y ordenar al gobierno norteamericano que cese y desista de sus actuaciones agresivas contra Nicaragua, muestra claramente la realidad de la cuestión. No en balde la Administración

⁷ *El Nuevo Día*, San Juan de Puerto Rico (11 enero 1985), p. 15.

Reagan, viendo el mal cariz jurídico que tenía el caso decidió la salida de los Estados Unidos del Tribunal Internacional de Justicia en lo que se refiere al contencioso con Nicaragua. Esta decisión, adoptada el 18 de enero de 1985 en víspera de la segunda inauguración presidencial de Ronald Reagan, fue criticada como ilegal por expertos y profesores de Derecho Internacional.⁸

Al mismo tiempo que Reagan ordenaba la salida norteamericana del TIJ, los Estados Unidos suspendían las negociaciones con Nicaragua, iniciadas en junio de 1984, y que se habían venido celebrando en la localidad mexicana de Manzanillo. La Administración Reagan justificaba esta decisión, que fue lamentada por el gobierno nicaragüense, aduciendo un supuesto desinterés de Nicaragua en mantener "intercambios serios". Mientras tanto, dando un carácter ominoso a la situación de tensión que vive América Central, el portaaviones atómico Nimitz, junto con otros barcos de guerra estadounidenses, patrullaba en las cercanías de las costas nicaragüenses.

El general Gustavo Álvarez Martínez, ex-jefe de las fuerzas armadas hondureñas, fue tal vez el auxiliar más valioso con que contó la Administración reaganiana para impulsar la militarización de Honduras y llevar a cabo la estrategia de apoyo a los "contras" en sus ataques a Nicaragua. Álvarez Martínez favorecía abiertamente la colaboración militar con los Estados Unidos y también que el territorio de Honduras fuese usado como santuario por los antisandinistas. Esa supeditación de Honduras al papel de una plataforma para la intervención militar norteamericana dio pábulo a un gran resentimiento en los compañeros de armas de Álvarez Martínez, los cuales provocaron su expulsión del país en marzo de 1984. Desde entonces el general Álvarez se unió a otros de su gremio en el exilio dorado de Miami.

Gracias a sus eficientes servicios, como reconoce la propia prensa yanqui, Honduras se ha convertido en la principal base de las actividades militares norteamericanas en América Central. Todavía más, los planes de contingencia del Pentágono consideran que Honduras deberá usarse como el área más importante de despliegue para las fuerzas norteamericanas si llega el caso de que sea necesaria la intervención militar directa de los Estados Unidos en aquella región. Eso al menos es lo que dicen los propios funcionarios de la Administración Reagan.⁹

Esta situación de creciente dependencia y sometimiento a los

⁸ *The New York Times* (27 noviembre 1984), p. 1 y (19 enero 1985), p. 1.

⁹ *The New York Times* (10 diciembre 1984), p. 3.

planes político-militares del intervencionismo norteamericano ha generado un gran descontento entre los sectores patrióticos y progresistas de Honduras al ver cómo los militares yanquis pisotean la soberanía de su nación. Distintos segmentos políticos vienen presionando al gobierno de Suazo Córdova para que trate de renegociar las condiciones de colaboración entre Honduras y los Estados Unidos. El gobierno hondureño, entre otras cosas, aspira a que la Administración Reagan reubique en los Estados Unidos a los *doce mil* rebeldes antisandinistas en caso de que fracasen en su campaña contrarrevolucionaria. Además, Suazo Córdova quiere que los Estados Unidos dejen de seguir tratando a las fuerzas militares norteamericanas como si fuesen personal diplomático que es lo que vienen haciendo hasta ahora.

Por otra parte está el tema de la "ayuda económica y militar" y éste es el pie por donde cojea el gobierno de Suazo Córdova. Durante el año fiscal 1984, la Administración Reagan asignó a Honduras un total de 246 millones de dólares en ayuda militar y económica. Para el año fiscal 1985 Reagan rebajó la asignación ya que Honduras sólo recibirá 202 millones. Esto es lo que está generando fuertes tensiones internas en Honduras. La burguesía criolla que administra el presupuesto gubernamental aspira a una mayor ayuda económica. Por su parte los militares hondureños reclaman un mínimo de 400 millones de dólares en armamento norteamericano para los próximos cuatro años.

Se puede observar por todo lo que antecede que los círculos gubernamentales hondureños no ponen en cuestión la creciente dependencia del país, que se ha ido convirtiendo en un virtual campamento militar extranjero. Lo que se busca es que los yanquis paguen mejor su ocupación armada. Si los norteamericanos están dispuestos a darle más dólares a la burguesía criolla y más ferretería militar a los generales para que puedan jugar a la guerra, Honduras podrá seguir siendo la plataforma privilegiada del intervencionismo en América Central.

Mientras tanto la tensión continúa creciendo en la región y la carrera armamentista prosigue atizada por la máxima potencia imperialista. Esta sigue empeñada en practicar la ya tradicional "política de las cañoneras" al estacionar frente a las costas nicaragüenses del Atlántico y el Pacífico verdaderas flotillas de guerra, en las que sobresale el portaaviones nuclear Nimitz. Todo esto representa el amago de un bloqueo virtual que en cualquier momento puede convertirse en real. Al mismo tiempo se suceden los ejercicios y maniobras militares en el área con un claro significado amedrentador. En ese contexto, los esfuerzos negociadores y las propuestas

del Grupo de Contadora para lograr la pacificación de América Central corren el riesgo de que se queden baldíos al ser torpedeados por los Estados Unidos. Debido a la sumisión de ciertos regímenes centroamericanos a los dictados de la potencia imperial, se ha pretendido introducir cláusulas inaceptables para Nicaragua en el documento de Contadora. El objetivo es desvirtuar las propuestas y hacerlas inoperantes como una base realista para la pacificación de América Central.¹⁰

Por otra parte hay que constatar que hasta ahora ha servido de poco para aplacar la enemistad y la presión yanquis contra la revolución el hecho de que los sandinistas celebren el 4 de noviembre de 1984 las elecciones más limpias que ha tenido Nicaragua en toda su historia, según reconocen distintos observadores. Precisamente, una de las principales críticas que hacía Washington a los revolucionarios sandinistas consistía en que por más de cinco años no habían convocado elecciones desde su triunfo revolucionario en 1959. Pues bien, ya las elecciones se han realizado y ha sido electo presidente de Nicaragua Daniel Ortega. En el acto de su toma de posesión el 10 de enero de 1985, el presidente Ortega se ha comprometido a que Nicaragua seguirá siendo una sociedad pluralista. Además de eso, tratando de sentar las bases para la concordia nacional, Daniel Ortega ha ofrecido una generosa amnistía a todos los rebeldes contrarrevolucionarios que abandonen la lucha armada y estén dispuestos a reintegrarse a la vida pacífica y al quehacer de la nación.

Sin embargo, haciendo oídos sordos a estas realidades, la Administración Reagan hace gala de sus afanes guerreristas e imperialistas y sigue empeñada en acabar con el experimento sandinista en Nicaragua. Por lo tanto, muy lamentablemente, las espadas siguen en alto en América Central.

¹⁰ El Grupo de Contadora lo integran Colombia, México, Panamá y Venezuela.

POLITICA Y ECONOMIA EN LA CUENCA DEL CARIBE

Por *Cesáreo MORALES*

1. *Un cambio cualitativo en las relaciones de Estados Unidos con los países de la Cuenca del Caribe*

EL triunfo de la revolución sandinista, el avance de la lucha democratizadora popular en El Salvador y Guatemala, la consolidación de los gobiernos revolucionarios de Granada y Guyana, son fenómenos políticos que, en 1981 representan hitos en el camino por el que transitan los países de la región y, en cierto modo de toda América Latina para llegar a la solución de su conflicto central: cómo mantener una autonomía política, fundada consensualmente, ante los efectos objetivos de poder producidos por la hegemonía norteamericana. Para la administración Reagan que asume el poder ese mismo año, esos logros en la perspectiva de la autonomía política son considerados como amenazas a los intereses y a la seguridad de Estados Unidos.

Partiendo de ese punto de vista, la administración norteamericana elabora y aplica una política, cuya pieza central es la redefinición geopolítica de la región. El asedio al legítimo gobierno de Nicaragua, la ayuda militar a El Salvador, la complacencia con los excesos del gobierno de Guatemala, la militarización de Honduras, la invasión a Granada y el "boycot" permanente a las gestiones pacificadoras del grupo Contadora, son algunas de las piezas de la estrategia reordenadora aplicada por Estados Unidos. Las fases de esa estrategia, sus implicaciones y los nuevos conflictos que genera, han sido objeto de numerosos análisis que coinciden todos ellos en un punto: la continuación de la estrategia amenaza con precipitar a la región en un conflicto de consecuencias impredecibles para los países que la componen y para toda América Latina.

Este trabajo no se ocupa de esa estrategia. Su preocupación central es la caracterización de otro campo de la política: el económico. En este terreno, por sus riquezas naturales, los países de la Cuenca del Caribe son importantes para Estados Unidos y, sobre

todo, la región es una puerta privilegiada para las comunicaciones y el comercio norteamericanos.

En cuanto a los recursos naturales, Guatemala, Trinidad, Barbados, Antillas Holandesas y Bahamas, poseen yacimientos petroleros. Minerales como ferroníquel, antimonio, barita, cadmio, plomo, oro, plata y zinc, son abundantes en Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Guyana, Honduras, Nicaragua y Surinam. Jamaica y Guyana tienen grandes depósitos de bauxita y aunque su exportación hacia Estados Unidos ha disminuido en los últimos años, representa todavía el 25.5 por ciento de las compras norteamericanas de ese mineral. En conjunto, los países de la región depende de las exportaciones a Estados Unidos en un abanico que va del 18 por ciento, para Guatemala, al cien por ciento para países como Surinam, Bahamas y Antillas Holandesas.

Por otra parte la región se encuentra estrechamente vinculada a los intereses estratégicos, económicos y militares de Estados Unidos. Por ese corredor pasa el 50 por ciento del petróleo importado por ese país; entre las principales rutas comerciales norteamericanas, catorce cruzan por el Caribe; en ese punto Estados Unidos mantiene una red importante de rastreo naval y submarino; igualmente, en Panamá, Puerto Rico y Bahía de Cochinos, existen importantes bases militares estadounidenses; en las islas del este del Caribe se encuentran instalaciones vitales para la navegación aérea y marítima; en Bahamas está ubicado el Centro Atlántico para la evaluación y pruebas submarinas de la Armada. El Canal de Panamá sigue manteniendo una gran importancia económica: anualmente, 78 de las cerca de cien toneladas que lo cruzan, van con destino a Estados Unidos; un alto porcentaje de las exportaciones norteamericanas pasan todavía por ahí: un tercio del maíz y del fosfato, una cuarta parte del carbón, etc.¹ Finalmente, en 1980, los productos refinados del petróleo provenientes del Caribe, alcanzaron el 63 por ciento de las importaciones totales de Estados Unidos en ese rubro: de hecho, las refinerías de la región representan una extensión de la economía norteamericana.

Los datos anteriores son indicativos de una fuerte integración de la región con la economía norteamericana. A partir de 1981 ese proceso va a recibir un nuevo impulso, claramente organizado por la administración Reagan. En forma un tanto burda, pero bastante exacta, la nueva estrategia se resume así: fortalecer al capital

¹ Para una descripción más completa de esta situación, ver Sergio Aguayo-Cesáreo Morales, "El futuro de la Cuenca del Caribe según la administración Reagan", *Relaciones Internacionales en la Cuenca del Caribe*, FESCOL, Bogotá, 1982, pp. 15-70.

privado en la región, sobre todo a la inversión directa norteamericana, para crear economías de mercado eficientes, profundamente integradas a la economía de Estados Unidos y con características tales que eviten las revoluciones, es decir, la penetración de la Unión Soviética. La estrategia económica se subordina, pues, a las nuevas consideraciones sobre la seguridad norteamericana en la región.

La anterior, es una característica general de la política reaganiana: a nivel global, una economía internacional más integrada bajo la dirección (dominación) de la economía norteamericana, se convierte en el segundo aspecto central de la reconsideración doctrinal de la seguridad norteamericana. El primero es la superioridad estratégica sobre la Unión Soviética. La clara postura de Reagan en esos dos puntos explica su triunfo de 1984: el presidente se ha convertido en un heraldo popular de la rehabilitación de la hegemonía norteamericana. Ahora, seguridad nacional de Estados Unidos y hegemonía comunican en forma más inmediata. Si a esto se agregan los mitos norteamericanos reanimados por Reagan y las visiones estrechas, unilaterales e ideologizadas de la mayor parte de su gente de confianza, se tienen los elementos principales de la "Ola Conservadora" que actualmente vivimos: "Una Nueva Era", la llamaron los más entusiastas reaganianos, el 20 de enero de 1985, en el inicio oficial del segundo mandato del presidente. Una "nueva revolución", la ha llamado el mismo Reagan.

En el campo económico, rápidamente el presidente norteamericano dio a conocer a sus aliados cuál era la consigna de la "nueva era": "Estados Unidos ha de volver a ser el primero, los demás lo seguirán". Ese es el resumen de los acuerdos de Ottawa, el 20 de julio de 1981.

Es claro, entonces, que Reagan ha dado una nueva dimensión a la *contención* de la Unión Soviética: la económica. Al proponer a sus aliados, por una parte, una evaluación de los efectos de las relaciones comerciales con la Unión Soviética y, por la otra, una relación económica con los países del Tercer Mundo en la que el sector privado lleve la dirección, se trataría de que la economía capitalista produzca efectos de contención en el nivel de lo político. Estos efectos se sumarían a los de la contención militar y estratégica que busca recuperar la primacía de Estados Unidos en el contexto internacional.²

Esa fue la perspectiva del "miniplan Marshall" y, luego, de la

² Para una exposición más amplia y sistemática de este punto, ver: "El marco político de las relaciones México-Estados Unidos", *Informe: Relaciones México-Estados Unidos*, vol. 1, No. 1, octubre 1984, pp. 42-45.

Iniciativa de la Cuenca del Caribe, hecha pública ante la OEA por el presidente Reagan el 24 de febrero de 1982. La Iniciativa se inspira claramente en el esquema Este-Oeste: hay que salvaguardar a los países de la zona del totalitarismo soviético y de la dictadura comunista; hay que impedir nuevas Cubas, causantes de conflictos, exportadoras de subversión e incompetentes, según Reagan. La consigna se repite: organizar economías de mercado eficientes que alejen el "peligro" de las revoluciones.

Para lograr lo anterior la Iniciativa considera cuatro aspectos principales:³

- Liberación de impuestos para los productos provenientes del Caribe durante los próximos doce años, con excepción de los textiles.
- Incentivos fiscales para las inversiones privadas en la región.
- Asistencia técnica al sector privado.
- Esfuerzos para persuadir a otras naciones a que participen en la Iniciativa.

Las cifras de la ayuda económica de la Iniciativa arrojan un promedio de 350 millones de dólares anuales, a partir del año fiscal 1983-1984. Al ser aprobada por el Congreso norteamericano en agosto de 1983, la Iniciativa dejó asentados con claridad los criterios norteamericanos. Fueron excluidos del beneficio de la Iniciativa, Cuba, Nicaragua, Guyana, Surinam y Granada. Los países que se acojan a ella han de sujetarse a los criterios de la inversión estadounidense directa; deberán comprometerse a colaborar en la lucha contra el narcotráfico, coordinándose con el DEA (Drug Enforcement Administration); celebrarán tratado de extradición con Estados Unidos; evitarán establecer tratados comerciales con otros países que lesionen los intereses comerciales norteamericanos; presentarán a la administración norteamericana, para su aprobación, los programas de producción agrícola.

Conviene recordar que el "Informe Kissinger" sobre Centroamérica se ubica en la misma perspectiva aquí señalada y, en diversos puntos, propone medidas concretas para apuntalar la estrategia reaganiana.

³ C. Morales, "Plan Reagan para la Cuenca del Caribe", *Cuadernos Americanos*, Vol. LXI, No. 4, julio-agosto, 1982, pp. 49-50.

2. *La Iniciativa de la Cuenca del Caribe durante 1984*

Los primeros nueve meses de aplicación de la Iniciativa presentan resultados pobres y contradictorios. Durante ese lapso de tiempo, las exportaciones de los países de la región a Estados Unidos fueron de 6,890 millones de dólares. De esa cifra, sólo 430 millones corresponden a productos regulados por la Iniciativa, apenas un 6 por ciento del total de exportaciones. El monto regulado por el Sistema Generalizado de Preferencias (SGP) fue ligeramente mayor al de la Iniciativa, pues alcanzó 500 millones de dólares.

Entre los productos exportados bajo la Iniciativa, destacan: partes para sistemas de computación (El Salvador, Guatemala, Barbados, Trinidad); carne (Costa Rica, El Salvador, Honduras y Guatemala); ron (Jamaica); tabaco y cigarros (Guatemala, Honduras y Panamá).

Considerando esos productos, los resultados de la Iniciativa durante el primer año de su aplicación son contradictorios. Excepcionalmente las partes para sistemas de computación, los demás son productos tradicionales apenas más elaborados. Es claro, así, que por el momento la inversión norteamericana directa no se ha decidido a hacer negocios en la región. Sólo en los próximos años será posible comprobar si en este punto la propuesta de Reagan es realista. Por lo pronto, los inversionistas norteamericanos no siguen el ritmo político de su presidente: son más realistas y las condiciones políticas y económicas de la región, salvo excepciones, no son las más favorables a sus proyectos.

En este contexto, se puede ya pronosticar que en los próximos años la Iniciativa no cumplirá su objetivo de "modernizar" las economías del área gracias a la inyección de las inversiones estadounidenses directas. Las exportaciones continuarán siendo fundamentalmente de productos tradicionales y de no-tradicionales poco elaborados (perfumería, insecticidas, fungicidas, oleaginosas, etc.). La relación de precios del intercambio de bienes continuará siendo desfavorable para los países de la región, con todos los efectos macroeconómicos negativos que ello implica.

a) *La subregión del Caribe*

En diciembre de 1984, en Miami, tuvo lugar una reunión de representantes de los países del área, durante la cual se realizó una primera evaluación de los resultados de la Iniciativa. La conferencia, a la que asistió el secretario de Estado, G. Shultz, fue auspiciada,

ciada por la "Caribbean-Central America Action", organización privada financiada por la Fundación Rockefeller.

Durante la conferencia, varios países pequeños del Caribe expresaron su punto de vista sobre los primeros resultados de la Iniciativa: por un lado, parecía diseñada con el único objetivo de favorecer a los países centroamericanos en conflicto, por otro, sólo beneficia a los "grandes" del Caribe, como Jamaica y Trinidad. Esos fueron los comentarios de los primeros ministros de St. Kitts y Nevis, San Vicente y las Granadinas y Antillas Holandesas. También Puerto Rico se expresó en el mismo sentido.

Lo cierto es que durante 1983-1984, la Iniciativa tuvo poco efecto en el aumento de las exportaciones de la región. Esto, por dos razones principales: primero, la mayor parte de las exportaciones ya están exentas o bien, caen bajo restricciones que la Iniciativa no suprime; segundo, su diseño responde a las necesidades de las empresas transnacionales norteamericanas y no a las de los países del área.

Concretamente, durante ese año, aumentaron sus exportaciones a Estados Unidos, Costa Rica en forma extraordinaria y, luego, República Dominicana, Jamaica, Guatemala, Honduras y El Salvador. Al mismo tiempo, un buen número de países prácticamente no exporta a Estados Unidos: Bahamas, Antigua, Islas Vírgenes, Gran Caimán, Dominica, Granada, Guyana, Montserrat, Antillas Holandesas, St. Kitts, Sta. Lucía, San Vicente.

En conclusión, ante el bajo crecimiento de los países de la subregión durante 1984, se puede afirmar que la Iniciativa sólo ha reforzado las tendencias aberrantes de sus economías. La administración Reagan intenta repetir, sin aprender de su fracaso, la estrategia aplicada durante los últimos treinta años: papel central de la inversión extranjera que utilizando el trabajo excedente de la región movilizaría al capital interno. Los resultados de esa estrategia están a la vista: economías desintegradas que no pueden generar el empleo necesario y, por tanto, encuentran enormes limitaciones en el lento crecimiento del mercado interno.

En estas condiciones, los gobiernos han de subsidiar al capital extranjero y, en lo político y social, enfrentarse a un desempleo que impide que la demanda potencial se transforme en demanda efectiva. Transformar esas economías en exportadoras y colocar al sector externo como motor del crecimiento, es algo que pretende la Iniciativa. Ahí se encuentra, precisamente, su fracaso mayor: ignorando las condiciones reales de esos países el voluntarismo de Reagan aumenta los desequilibrios económicos de la subregión.

b) *La subregión centroamericana*

La subregión vive en una economía de guerra. En 1984, el crecimiento del PIB fue de cero en Guatemala y El Salvador, de uno para Nicaragua y de dos para Costa Rica y Honduras. Los desequilibrios tradicionales de esas economías se han acentuado: bajos precios de las exportaciones tradicionales, elevado costo de las importaciones, aumento del servicio de la deuda.

El Mercado Común Centroamericano pasa por una situación cada vez más crítica. Así, ante una descapitalización general de estas economías, únicamente el financiamiento externo las sostiene y, sobre todo, la ayuda directa de Estados Unidos. Durante 1984 esta última fue de mil ciento diez millones de dólares, considerando sus tres rubros tradicionales: asistencia militar, apoyo económico y asistencia. El Salvador recibió más del 50 por ciento, Honduras el 25 por ciento y Costa Rica el 15 por ciento.

Para 1985 el crecimiento de la subregión centroamericana será de entre cero y uno por ciento. La subregión del Caribe también crecerá lentamente. Para ese año, la Iniciativa de la Cuenca del Caribe contempla 372 millones de dólares de ayuda directa. Durante 1985, la administración norteamericana dedicará un poco más de mil millones de dólares a la asistencia económica y militar del área.

En diciembre de 1984, el BID concedió algo más de un millón de dólares como crédito no reembolsable para la creación de un Programa de Exportaciones no Tradicionales con destino a Argentina, Colombia, México y Venezuela. Estas exportaciones habían disminuido en los últimos años: del 35 por ciento de las exportaciones totales en 1981 bajaron al 33 por ciento en 1982 y al 32 por ciento en 1983.

Sin una solución política en la región, Estados Unidos deberá financiar, cada vez en mayor grado, a las economías centroamericanas. Por otro lado, como en el Caribe, la subregión centroamericana no se convertirá fácilmente en una economía exportadora. Aún los gobiernos centroamericanos sostenidos por Estados Unidos han visto eso y consideran que las consecuencias de la Iniciativa reaganiana serán fatales para la región. En la reunión del Banco Centroamericano de Integración Económica, del 14 y 15 de febrero de 1985, el ministro salvadoreño de economía manifestó que "el nuevo modelo de desarrollo" impuesto a Centroamérica, convertirá a esos países en "cinco taiwanes" y agregó: "no somos islas, ni tenemos la misma configuración geopolítica de algunos países asiáticos que han logrado su desarrollo bajo ese esquema".

3. *Estrategia Económica de Estados Unidos para la Cuenca del Caribe: un mecanismo político inédito*

EL efecto más general de la estrategia económica norteamericana para la región es la conversión de las economías de esos países en mecanismos directos de defensa de los intereses de Estados Unidos. En esta forma, la economía se subordina ajustadamente a la rehabilitación de la seguridad nacional norteamericana definida como hegemonía.

Este nuevo mecanismo hegemónico entra en conflicto en varios puntos con los intereses de los países de la región.

- a) *Los intereses estratégicos globales de Estados Unidos dominan a las sociedades políticas o Estados de la región, al pretender subordinarlos en forma "instrumental" a esos intereses.*

De hecho, en términos generales asistimos a la desaparición del Estado como sociedad política en cuyo seno se dan las negociaciones necesarias en la perspectiva de los proyectos nacionales. La dominante relación estratégica norteamericana dificulta la existencia de ese espacio de negociación, pues pretende que los gobiernos se recorten estrictamente de acuerdo a los intereses de Estados Unidos.

- b) *El "modelo económico" impuesto a los países del área "instrumentaliza" sus economías, cuestionando la existencia de intereses nacionales autónomos.*

Se trata de economías "instrumentalizadas" por la economía norteamericana. Los desequilibrios externos de esas economías son los indicadores de ese fenómeno. Los actores económicos nacionales, trabajadores o empresarios, enfrentan nuevas contradicciones en la defensa de sus propios intereses.

- c) *La economía de los países de la región no puede ser mecanismo de consenso para sus sociedades.*

Es difícil que una economía "instrumentalizada" por los intereses norteamericanos pueda convertirse en mecanismo de consenso en los países de la Cuenca del Caribe. Por el contrario con una economía de esa naturaleza el proyecto político nacional, consensual y plural, es cada vez más difícil. Se asiste, entonces, a la polarización de la sociedad. Al mismo tiempo en el terreno estrictamente económico, el crecimiento sostenido se convierte en una utopía.

d) *El "modelo económico" impuesto a los países del área dificulta los proyectos regionales de integración.*

Es lo que explica la crisis actual de los diversos organismos que tienen como objetivo la integración centroamericana. En buena medida, el bilateralismo de la relación económica establecida por Estados Unidos explica también las dificultades crecientes del CARICOM.

A contraluz de esos cuatro efectos hay que explicar el nuevo proyecto nacional de Nicaragua y las aspiraciones de los movimientos de insurgencia en El Salvador y Guatemala. Es natural que estos proyectos enfrenten dificultades insospechadas ya que se encuentran ante dos retos enormes:

- Encontrar una forma política inédita de consenso nacional que incluye una economía igualmente inédita.
- Encontrar una relación con Estados Unidos en la que se reconozcan los intereses nacionales autónomos.

Frente a esos retos una pregunta se impone: ¿la administración norteamericana será capaz de distinguir entre intereses nacionales autónomos de cada país y amenazas a la seguridad nacional de Estados Unidos? Hasta el momento la respuesta es negativa.

Estados Unidos tendrá que aprender a hacer esa distinción. Más vale que lo haga pronto. Muchos sufrimientos se evitarán, así, a los hombres de la región y, por su parte, el gobierno norteamericano entraría a una etapa política de mayor coherencia y, también, en la que estarían presentes algunos elementos de moral política. Hasta ahora, la administración norteamericana sólo ha mostrado el oportunismo y el cinismo tradicionales de Estados Unidos en su política exterior. Si la clase política norteamericana no sufre una "conversión" hacia ciertos principios, si continúa pensando que Estados Unidos sólo tiene intereses y que éstos coinciden con los de todos los otros países, la inestabilidad del área será crónica.

No sólo está en juego la democracia en la región: la suerte de América Latina se juega en la evolución del conflicto centroamericano. Los gobiernos norteamericanos han de entender dos cosas. Primero, la "modernización" de América Latina estimula la emergencia de nuevos actores sociales que reclaman su lugar autónomo en el campo político. Esta autonomía no significa que los intereses de los diversos actores sean irreconciliables; han de conciliarse y, de ahí, la necesidad de una sociedad política negociadora a través de la cual se pueda lograr el consenso nacional.

En esa sociedad política las elecciones libres son una condición necesaria para el establecimiento del mecanismo negociador. Pero no son una condición suficiente: la historia ha polarizado los intereses a tal punto que la sociedad política ha de reconocer el juego de las fuerzas sociales como algo natural y, en ese juego, la necesidad del primado de la justicia social, de la equidad. El sistema político norteamericano siempre ha temido a las fuerzas sociales: eso se explica por la propia historia de ese sistema. Los países latinoamericanos viven otra historia, otra estructura social y, así, otra forma política. Esto es lo primero que los gobiernos norteamericanos necesitan aprender.

En segundo lugar, en América Latina el libre juego de las fuerzas económicas en el mercado no puede sustituir a la política. Los mercados de nuestros países están atravesados por la desigualdad: dejarlos como único mecanismo de atribución de recursos sólo tendrá como consecuencia la ampliación de esa desigualdad. Octavio Paz lo ha reconocido en *Tiempo Nublado*, su último libro: "hay una contradicción entre capitalismo y democracia". También esto han de aprenderlo los gobiernos norteamericanos.

En los países de la Cuenca del Caribe, los diversos actores han logrado una mayor fuerza y autonomía: empresarios, trabajadores, campesinos y organizaciones políticas. Esos mismos países han adquirido, ahora, una mayor autonomía, precisamente, por el juego de sus actores internos. Las nuevas fuerzas políticas de esos países están buscando la reconstrucción de una sociedad efectivamente democrática que funde a la nación sobre un consenso político amplio.

La visión distorsionada que de ese proceso tiene el gobierno norteamericano lo lleva a pensar que el camino de la democracia buscado por esos países pone en peligro la seguridad nacional de Estados Unidos. A partir de esa premisa saca una conclusión: es necesario dar todo el apoyo, tanto militar como económico, a gobiernos que puedan detener ese proceso. En la misma perspectiva hay que explicar el hostigamiento al gobierno sandinista.

Estados Unidos está cometiendo así un grave error. Su proyecto de contrainsurgencia que pone el énfasis en la represión e ignora los impulsos transformadores que emanan de las sociedades mismas de esa región, sólo busca volver a una situación anterior. Para esto, el gobierno norteamericano ha configurado alianzas políticas y militares con actores que ya no poseen la capacidad para integrar a la nación.

Al no reconocer esto, la estrategia norteamericana está multiplicando los costos sociales y políticos de la transformación de la región mucho más allá de lo que ellos significarían si se la dejara

librada a su propia dinámica. Estados Unidos tendría que reconocer que los viejos aliados, altos mandos militares, representantes de las oligarquías, partidos tradicionales de derecha, no tienen ya ninguna capacidad de dirección nacional.

Así las cosas, las premisas que inspiran la política norteamericana en la región han de modificarse. Un principio central orientaría esa modificación de perspectivas: la estabilidad en la región sólo puede ser garantizada por gobiernos democráticos y plurales apoyados en un amplio consenso nacional y ese esquema es el que salvaguarda realmente la seguridad nacional de Estados Unidos.

A partir del cambio de premisas deben darse las modificaciones concretas de la política norteamericana, en la dirección de un respeto absoluto de los procesos internos y de la desaparición progresiva del compromiso militar norteamericano. Cualquier esquema de negociación que no vaya acompañada de esos cambios parece sólo condenado a postergar la solución definitiva del conflicto.

Teniendo en cuenta los efectos nocivos que produce el actual compromiso norteamericano en la región y ante la esperanza que esa posición pueda dar marcha atrás se perfila, entonces, una alternativa: gobiernos cada vez más represivos, sostenidos únicamente por la ayuda de Estados Unidos o gobiernos sostenidos por un consenso amplio que se inspira en el reconocimiento de los intereses nacionales autónomos y que se alimenta en una economía que cree consenso: en suma, una economía para la democracia.

CONVERSACIONES EN SAN JUAN

Por *Julio ORTEGA*

PUERTO RICO es una de las experiencias más intrigantes de la vida latinoamericana. Pensar Puerto Rico es formar parte de su interrogación: al preguntar somos preguntados.

Definir la situación puertorriqueña no sólo es difícil por su complejidad, es también un ejercicio sobre el propio discurso, sobre nuestra manera de nombrar América Latina. Porque hablando de Puerto Rico el habla misma se hace un acto político.

¿Quién habla cuando habla de Puerto Rico? Nunca he estado en un país donde la gente hable más de su propio país, con la pasmosa convicción de que el interlocutor comparte la sintomatología. Pero, ¿a quién se dirige este hablante que enuncia este centro sensible de nuestra sobrevivencia? ¿Y qué cuerpo cultural es éste que del colonialismo español (ese anacronismo) pasa al colonialismo estadounidense (esa anticipación)? Si perdemos la dificultad del tema podríamos simplemente creer que Babel, en verdad, es una isla: no porque predomine la confusión de las lenguas sino porque parece que cada uno ha sido obligado a optar en la fragmentación, en la fractura, del sentido colectivo. Así, Puerto Rico sería una isla dentro de una isla dentro de una isla.

Pero si volvemos a la dificultad del tema, encontramos un problema previo: antes de que nosotros lo describamos como un mero objeto histórico de la argumentación, es un sujeto cultural y político quien nos mide en la naturaleza conflictiva que compartimos. En esa redefinición está el acto político de nombrar: tenemos que elegir no en la babelización del sentido, sino entre maneras de nombrar y ser nombrados; esto es, entre posibilidades de encontrar un sentido compatible.

De modo que en Puerto Rico estamos, siempre, eligiendo, y elegir es situarse en una u otra respuesta. Esta es una tensión moral, salvo que nuestra elección no sea ya moral. Entre opciones y tensiones, a su vez aplacadas por la irresolución aparente de las contradicciones, el horizonte natural de la experiencia nacional ya no radica en la historia (que es antinatural) sino en la cultura

(que es lo compartible), condición seguramente característica de la situación colonial.

Por eso, para un latinoamericano, considerar la situación política de la isla como natural equivale a rendir el propio país al determinismo colonialista. Más aún, un latinoamericano que considere que Puerto Rico debería ser un estado más de los Estados Unidos, sólo anuncia su propia conversión. Lo que ocurra con Puerto Rico —aún si “nada” ocurre— será como un ensayo de lo que eventualmente ocurrirá con América Latina. Por lo demás, nuestros países no son menos coloniales que Puerto Rico, lo son de otro modo: ilegalmente; y, en el período de crisis actual, esa ilegalidad colonial nos impone un Estado convertido en agencia bancaria del sistema financiero, un menor índice de vida, una producción incautada por la deuda; además de intervenciones, cambios de gobierno y hasta invasiones. Claro que la “legalidad” colonial de la isla no es menos ilegal, y lo es de modo corruptor, encubierto y represivo. Cuando se haga la tipología de la experiencia colonial, Puerto Rico ilustrará un estado más formal pero más siniestro de la misma.

La temática crítica de la isla es evidente y ha sido documentada: sociedad rural que aceleradamente se transforma en urbana en un proceso de modernización que mejora las condiciones de vida pero cuyos límites generan pronto contradicciones no previstas. anestesiamiento y violencia a un tiempo, corrupción y alienación, vacío de proyecto nacional. La crisis se hace vertebral a la vida social de la isla. Si ello parece hoy inevitable, no lo parecía cuando Luis Muñoz Marín y el Partido Popular Democrático emprendió su gran proyecto modernizador en la década del 40 bajo la fórmula del “Estado libre asociado”, que fue la versión pragmática de una política desarrollista auspiciada por los Estados Unidos. Lo primero que impresiona al llegar a Puerto Rico, aparte de la belleza natural de la isla, es el alto nivel de vida y desarrollo, mayor que cualquier país latinoamericano; y, a poco de vivir allí, el otro lado del fenómeno: el poco nivel de desarrollo de la vida comunitaria, su disgregación, su violencia. Luego, el relativismo de los juicios: se trata de un desarrollo desigual y en proceso de inversión, probablemente el 40% de la población está desocupada; y la extraordinaria salud cultural, tanto popular como tradicional hispánica, preserva espacios de diálogo, valores familiares, islas humanizadas por la comunicación.

Porque Puerto Rico no es declaradamente una colonia, y, por otro lado, uno no podría encontrar un pueblo más anti-colonial, pero lo es en un sentido menos obvio y más incautador: en el hecho de que todas sus opciones —incluso la de su posible inde-

pendencia— pasan por la decisión de los Estados Unidos. En esa sujeción, la vida política, económica y social está decidida por la intermediación: las clases dirigentes son más bien intermediarias. En la balanza puertorriqueña los que no inclinan el plato del anexionismo a la metrópoli, buscan el equilibrio del *status*, el *status quo*. Las burguesías —la tradicional, hispanista; la moderna, desarrollista; y buena parte de la actual, socia menor del capital norteamericano— han sido incautadas por su propio rol intermediario. Se dice que la inexistencia de una "burguesía nacional" hizo las cosas más fáciles a la colonización, pero los procesos de la conversión industrial (del tabaco al azúcar, a la industria ligera, al cemento) precisamente ilustran la formación intermediaria de la burguesía, su imposibilidad nacional. De modo que en el plato de la independencia, después del gran movimiento nacionalista de los años 30 y 50, sólo están sectores de la pequeña burguesía, ésta sí nacional, pero cuyo único medio de producción es el discurso.

Digo que éste es un pueblo anti-colonial, y lo es de modos paradójicos. Están, por cierto, los partidos de la izquierda, que coinciden en un independentismo inevitablemente dividido en matices partidistas, y más institucionalizado que popular. Característicamente, la mayoría de la gente que cree en el independentismo no se siente representada en esos partidos, ni siquiera en el Partido Independentista, de intensa actividad fuera del país. Ocurre que el anticolonialismo no parece necesitar de una expresión política partidaria, y es, en su fase actual, una práctica internalizada de la identidad. Se trata de un nacionalismo muy peculiar, que carece de las connotaciones usuales de gregarismo y chauvinismo, y que más bien es una forma cultural, una forma histórica, que posibilita la inserción del sujeto en su medio de un modo no traumático, de un modo, se diría, saludable. Este nacionalismo infuso está aún dentro de la crítica más acerba a la situación de la isla: es como el espacio tácito de referencias, no un pasado ni un futuro idílicos, sino un presente virtual pero gravitante, ese otro platillo de la balanza que mide las cosas con su medida propia. El anticolonialismo es, entonces, una forma de vida, y aunque en algunos niveles puede haberse hecho del todo difuso, en otros funciona como una actividad política sin instrumentación política.

Lo primero que desconcierta de Puerto Rico es el hecho de que no se parece nada a las imágenes comunes. Uno se sorprende de lo contrario: Puerto Rico está menos norteamericanizado que México o Lima. En México o Lima la norteamericanización de la vida cotidiana parece más violenta, compulsiva y aberrante; el consumo, las costumbres, los valores, los símbolos, las expectativas, bajo la

producción ideológica del mercado y la propaganda, a su vez reforzada por el control de las comunicaciones, se han apoderado de las clases ascendentes, de la clase media expectante, de la clase dominante desnacionalizadora. En la actual fase del capitalismo, incluso la democracia (una democracia sólo electoral, claro) se vuelve instrumento que facilita la incautación colonial y reprime una real emancipación. Reveladoramente, un peruano puede "americanizarse" más cómodamente que un puertorriqueño. El hecho mismo de que el puertorriqueño sea formalmente un "norteamericano" (por el pasaporte, al menos), se traduce en la reafirmación de su cultura, su identidad. Se trata de una cultura puesta a prueba una y otra vez. Nutrida por su trasfondo rural y popular, firme en ciertos valores tradicionales que dan cuenta de su capacidad de resistencia: la función nuclear de la familia, la afirmación regionalista, la conciencia histórica, el cultivo del español frente al inglés; y, en general, la práctica fluida de una sensibilidad cultural realizada.

Esta cultura es una verdadera frontera con la colonización. La personalidad cultural de los puertorriqueños es una lección viva para América Latina. También es una advertencia: esa frontera está siempre amenazada, agredida, rebasada por los valores sistemáticamente en competencia: el individualismo en contra de la vida comunitaria, el consumismo en contra del control de los recursos, la insensibilidad social en contra de la responsabilidad común. También el cinismo utilitario y el filisteísmo en detrimento de la sensibilidad moral y crítica.

No hay que olvidar que en Puerto Rico la situación colonial tiene otra cara: la represión. Esta es una represión directa: la policía ha probado que dispararía sobre independentistas que puedan ser inculpados de "terrorismo". El extraordinario caso de Pedro Albizu Campos (casado con una peruana con fama de brava, dicho sea de paso) sigue marcando los tácitos límites de la experiencia anticolonial: proclamar la independencia a través de la insurrección, aunque sea un acto más heroico que factible, es algo que se paga con la vida. Previsiblemente, el discurso independentista ha sido sistemáticamente descalificado como asociado al comunismo, a la "tiranía soviética", a la "subversión internacional". El independentismo ha sido presentado como antidemocrático, interesante paradoja política. Y ha sido perseguido implacablemente por el mismo Muñoz Marín. Pero la represión va más allá: declararse independentista puede acarrear una serie no prevista de accidentes, como la pérdida del empleo. El estado es aquí una burocracia autoritaria no porque esté prohibida la oposición o la crítica, sino por-

que están penalizadas o, al menos, descalificadas del debate nacional, relegadas a pequeños órganos de prensa. Salvo, claro, que se trate de la oposición mutua que se deben los partidos dominantes, el Popular y el Progresista, actualmente en el gobierno, que proclama la anexión a la unión americana. En ese sentido, la competencia ideológica es tan primaria como en cualquier otro país: la misma noción de verdad es percibida como una versión de los intereses en juego. Me dicen que la competencia política fue menos virulenta en los tiempos de Muñoz Marín, más cerca de la oratoria y el carisma, pero que los anexionistas introdujeron el aparato publicitario millonario y la difamación como método, cambiando el estilo del debate político. "El nuevo día", el diario de los anexionistas, es un ejemplo transparente de manipulación y de pésimo español; su jerarquización, énfasis y calificación de las noticias está al servicio de su anticomunismo. Este periódico prueba bien que la desnacionalización pasa por la fractura cultural, por la incautación de las opciones que la cultura sostiene y nutre. No es casual que la firme y viable propuesta de que Puerto Rico forme parte de la UNESCO fue rechazada por el gobernador: el país ya está representado por los Estados Unidos, alegó.

Y, sin embargo, incluso la independencia de Puerto Rico tendría seguramente que pasar por la decisión de Estados Unidos. Una independencia negociada podría convertir a la isla en un país dominado por una clase intermediaria y autoritaria, sin independencia real frente a la metrópoli. Por ahora, la situación de la isla, su *status*, no está en *issue*, y si bien está en debate constante, es un problema sin solución inmediata, postergado al futuro. Se asume que la independencia es improbable porque la mayoría del pueblo no la quiere: el independentismo, en las elecciones, es una minoría política. Pero, al mismo tiempo, es evidente que el número de gente a favor de una independencia es mucho mayor que esos votos. Es improbable que una independencia sea lograda por la vía electoral, incautada por el aparato millonario de los partidos anti-independentistas que, como los partidos políticos de la precaria democracia nuestra, compiten en el espacio de las comunicaciones tanto o más que en el espacio social. Por la vía electoral el Perú no se habría independizado de España en 1821. También es improbable una independencia a través de la lucha armada (alternativa latente, y a veces heroica), la que reforzaría el aparato militar y policial. La independencia sólo puede ser un trabajo político a largo plazo, y uno que ocupa cada día y cada dimensión concreta de la vida social y cultural. Por otra parte, ¿de qué independencia se trata? Si un puertorriqueño mira hacia la independencia que tienen

los países latinoamericanos, es obvio que no le parezca codiciable. Y aquí radica uno de los problemas: no ha habido un debate político formativo acerca de la independencia posible; paulatinamente, ese horizonte a ido siendo alejado, fuera de la vida cotidiana. Por lo pronto, la vida puertorriqueña parece desarrollarse en un frágil equilibrio: el sistema colonial (destino político incautado) y el nacionalismo internalizado (la parte de la identidad ganada) se toleran, no sin conflictos, no sin un lento deterioro y desgarramiento; si la resistencia de la identidad parece durable se podría suponer que hay un control cultural de los mecanismos de la absorción. Después de todo, el control cultural del malestar social es una especialidad nuestra.

Puerto Rico ya no es tan buen negocio para los Estados Unidos y puede resultar, por el contrario, un problema económico costoso. Quizá ya es tarde para convertirlo en otro Taiwán, porque la mano de obra no es barata y es preferible subvencionar el desempleo con el *welfare*. Y no podría ser otro Hawái ya que no se ha podido desplazar a la cultura local. En los años más heroicos del nacionalismo se logró sentar las bases de esa independencia cultural dentro de la dependencia política: la enseñanza obligatoria del inglés como primera lengua, por ejemplo, que hubiese desplazado al español, fue recusada en la isla y abolida por la corte federal norteamericana luego de un juicio al estado planteado por Nilita Vientós, valiosa independentista. No hay duda de que los mecanismos del sistema han favorecido a Puerto Rico, como posible arbitraje de la misma práctica colonial y autoritaria. Por lo demás, la anexión de la isla a la Unión, aumentaría los costos y crearía imposiciones difíciles para la economía de la isla, en tributación federal por ejemplo, aparte de que perjudicaría a no pocos negocios norteamericanos. Ni siquiera los conservadores republicanos se plantean en serio la anexión que los conservadores puertorriqueños reclaman, aunque sin demasiada convicción. La necesidad que tiene Estados Unidos de prolongar la indefinición (incluso la suya propia) actual es otra: Puerto Rico es una sensible base militar, una verdadera frontera en el Caribe, y la militarización continua de la isla parece inevitable. Puerto Rico no sólo ha provisto de soldados a las guerras estadounidenses sino que ha sido campo de experimentación militar —del agente naranja, entre otros productos nocivos— y es poderosa base naval y aérea, lo que ha afectado no poco a zonas de la ecología isleña. Con el conflicto centroamericano actual, esa base se convierte en una amenaza cierta desde nuestra propia tierra.

Sobre el futuro de la isla se cierne, además, la lenta fractura

de su vida social: la desocupación es enorme, y se subvenciona con el seguro de desempleo y los cupones de alimentación. Este anestesiamiento del malestar es un control artificial, que no deja de generar cinismo y alienación. Por lo pronto, la violencia y criminalidad revelan una suerte de desgarramiento de la vida social, a lo que se suma el tráfico y consumo de drogas y la corrupción administrativa. Los desocupados son parte importante del pueblo y la juventud, y su potencial político es imprevisible, aunque seguramente manipulable por quienes practican la anestesia para extirpar la crítica.

Pero es en la dimensión de la cultura donde se hace patente una respuesta viva al malestar social y político. Esa respuesta es diversa y todavía desarticulada, aunque parece en movimiento hacia formas posibles de consenso, asociación y, tal vez, convergencia de trabajos. Sorprende, en ese sentido, que el trabajo intelectual y la producción cultural se den aisladamente; y asombra que sólo existan dos o tres centros de investigación en las ciencias humanas, a pesar de la alta calidad profesional que puede constatarse en las universidades. Los departamentos de filosofía, historia, sociología y literatura de la Universidad de Puerto Rico, cuentan con algunos investigadores de primer nivel, pero su trabajo es casi totalmente individual, desligado de proyectos comunes y centros de opinión. Es sintomático que aparte de las pocas revistas académicas y literarias, no haya revistas que analicen la actualidad y que promuevan la crítica y la documentación de la vida nacional a través de la convergencia de las disciplinas sociales. Esta desarticulación seguramente ilustra una mayor, del país, y alude también a la misma ausencia de un trabajo común sobre un proyecto nacional, trabajo que supere la actual desmoralización política. Sin embargo, creo que la misma calidad del trabajo cultural hará que un movimiento de coincidencias se abra paso. En la literatura, en las artes visuales, en el teatro, y también en la música y poesía populares, el proceso de una afirmación pasa por la recuperación de lo específico, de la materialidad afirmativa de la cultura popular. No hay aún estudios sobre la calidad comunicativa de esta cultura popular, que tiene entonaciones a la vez carnavalescas y refinadas, texturas hispánicas tradicionales, negroides y urbanas. La vivacidad crítica y festiva de ese lenguaje emerge en algunos de los textos más importantes de la literatura puertorriqueña, desde Luis Palés Matos y Juan Antonio Corretjer (grandes poetas, de sabiduría formal tradicional y de brío y raigambre isleños) hasta Luis Rafael Sánchez y Edgardo Rodríguez Juliá (excelentes narradores, que hacen de la experiencia isleña una forma cultural latinoamericana). De hecho, la experiencia cultural

de los intelectuales puertorriqueños es típicamente insular: abierta al mundo y, al mismo tiempo, enraizada en su roca marina; a la vez cosmopolita y aislada. Por lo primero, vive el culto de la excelencia de los otros, a veces más que de la propia; desde los tiempos del rector Jaime Benítez la Universidad de Puerto Rico ha sido un centro internacional de primera calidad, y no en vano los intelectuales son aquí muy poco provincianos. Pero, por lo segundo, están más aislados de lo que parecería. La literatura puertorriqueña es muy poco conocida en América Latina y, menos aún, en España, cuya política latinoamericanista no pasa, todavía, por la isla. Tendría que ser más difundida y discutida, en razón de sus cualidades y de su peculiar ámbito cultural de experiencia.

Aislamiento también interior: los intelectuales, apartados de los centros oficiales como el Instituto de Cultura Puertorriqueña, repartidos entre el Ateneo Puertorriqueño, las universidades, los grupos independentistas, algunas pocas editoriales, y también en el exilio académico norteamericano, están evidentemente separados de un proyecto común, a pesar de los males comunes, pero así mismo de un diálogo coincidente, y hasta de líneas de pensamiento crítico compartibles. Si hay un espacio intelectual puertorriqueño éste es un archipiélago sin puentes de acceso. Y es que el intelectual parecería atrapado por los discursos políticos y culturales que desde la década del 40 diseñaron opciones para la isla y para el rol intelectual en ella; ahora, esos discursos se han extenuado y en lugar de intentar elaborar otros se han dado nuevas vueltas de tuerca a los mismos, con el resultado de que las hipótesis de antes persisten como repetición simple o revisión costosa, y los más jóvenes no han logrado aún hacer sus propios alegatos. Los grandes temas de la cultura nacional, la identidad cultural, el lenguaje popular, el espacio de la crítica, la revisión de la historia, la discusión del proyecto nacional, y la revisión misma de la experiencia colonial específica, no tienen hoy nuevos enfoques críticos y revisiones fecundas, sino que se insiste todavía en el análisis sociologizante o la interpretación genérica indocumentada. Y no es que la reflexión esté ausente, como lo demuestran los estudios histórico-sociales, sino que está desarticulada, casi neutralizada entre los fondos federales y el espejo de paciencia académico. En la literatura misma, en cambio, se figuran con energía los nuevos debates de la conciencia histórica y popular. Por ahora, el rol intelectual se prueba en su soledad, honestidad y rigor; para que ese rol se amplíe aquellos nuevos debates tendrán que imponerse.

Si el problema es más complejo, sus síntomas exigen un primer acuerdo. Uno de estos síntomas me parece la competencia que se ha ido estableciendo entre el discurso académico y el literario, entre

los profesores y los escritores; una competencia sorprendente para uno porque en la mayoría de nuestros países la universidad es el lugar natural del escritor. Si la universidad no forma parte del proyecto colonial, esa polaridad resulta artificiosa y, a la larga, peligrosa. Las divisiones del trabajo del discurso han hecho que la universidad especialice y ritualice el suyo propio; así, la administración universitaria en Puerto Rico condiciona la enseñanza a la obtención del máximo grado académico, con lo cual limita el acceso, ya bastante limitado por lo demás, a los escritores; si bien no pocos de ellos (como Luis Rafael Sánchez, Edgardo Rodríguez Juliá y Ana Lydia Vega) están cómodamente en el medio universitario. El peligro radica en el aislamiento de la crítica académica, que puede devaluar las letras nacionales al separarse de sus corrientes vivas, tanto como en la subjetividad o el irracionalismo del lenguaje crítico literario. En efecto, algunos escritores enfatizan una crítica impresionista como oposición a la academia, lo cual, a su vez, puede llevar al escritor a confirmar la imagen que de él tienen los poderes: la de artista marginal, autodestructivo, irracional. Nada más anacrónico. Si se entiende que los escritores carezcan de lugar en la modernización capitalista (los que no claudican, claro), no se entiende que no asuman el rigor del discurso crítico. Como es obvio, esta polarización es artificial: tanto el discurso académico como el literario tienen su lugar y responsabilidad, y su sentido no es institucional sino que empieza en su mayor o menor pertinencia.

El ejercicio de la crítica (empezando con la crítica de las imágenes complacientes del escritor y siguiendo con las del propio discurso) es el único camino abierto a la coincidencia, aquí como en la Lima desnacionalizada o en la México subastada. Esa crítica de la condición colonial está en el discurso encendido de Albizu Campos, en la discusión estimulante de José Luis González y Manuel Maldonado Denis, en las novelas de Emilio Díaz Valcárcel y Pedro Juan Soto, y, con nuevas urgencias estéticas, en los textos de Luis Rafael Sánchez (que explora las ambivalencias de la cultura popular), de Edgardo Rodríguez Juliá (que reconstruye una mitología popular como fábula crítica), de Angela María Dávila (cuya poesía da a la emotividad una calidad moral), de Joserramón Meléndez (que fonetiza el español escrito con el habla cotidiana), y de muchos otros que dicen críticamente su percepción de los climas de la isla.

Pero tratándose de esta isla, el sentido también pasa por los sentidos; y, efectivamente, Puerto Rico es de una belleza inmediata: uno no está habituado a tanta placidez. El mar, la campiña, la montaña poseen una luminosidad absorta que debe ser la

parte clásica del barroco tropical. Porque aquí lo tropical es una reducción a escala. Visitando esos pueblos serenos, de limpia brisa, uno cree entender la sabiduría de los taínos, que lo esperaban casi todo de la tierra; eran de risa fácil, anotó Colón, quien en otro de sus viajes llevó unos a España vistiéndolos de indios, en la primera representación barroca de nuestra diferencia. También uno podría medir la dimensión trágica de esta historia colonial, que hizo desaparecer a los taínos, y ha ido negando el espacio, rehusándoles toda clase de lugar, a los patriotas y nacionalistas, que carecen incluso de un panteón común. Por otro lado, el monumento del jíbaro (que no el campesino concreto) fue convertido en símbolo nacional, en un gesto de afirmación más bien hispanista, que descartaba al negro; y es cierto que el componente negro es parte íntima de la configuración étnica y cultural, como lo es el taíno, sólo que ambos paradigmas no son para complacer a nadie sino elementos de una pluralidad históricamente definida por su mayor o menor lugar en esta tierra.

Quienes afirmaron aquí su lugar, y de modo tangible, son las mujeres. Un tácito matriarcado debe haber sostenido a la vida cotidiana tradicional y rural debajo de los aspavientos del machismo criollo. El hecho es que en muy pocos países de América Latina, o en España misma, las mujeres han dado tanto a la vida social y cultural. No conozco estudios al respecto, pero frente a las "dejades criollas" las mujeres deben haber supuesto un principio de orden. Se podría imaginar roles agrícolas taínos reforzados por valores hispánicos tradicionales y expectativas civiles norteamericanas, confluyendo en esta pragmática nuclear femenina. El viejo grito patriota de Hostos ("Civilización o muerte") lo pusieron en práctica aquí las madres —castradoras, según René Marqués. Son, se diría, una primera recusación del trópico y del tóxico.

¿Cómo no decir algo, cualquier cosa, del lenguaje popular? No es un ghetto social, a diferencia de los lenguajes populares de nuestros países, mucho menos democráticos en su vida cotidiana que esta isla dialogante; al contrario, convierte a las gentes en parte de una misma familia. Es un lenguaje que enfatiza las funciones afectivas, en una suerte de comedia del habla donde la norma coloquial abre una representación festiva y sentimental. Las muletillas, dichos e interjecciones se dicen con escándalo y juego, como un bordoneo del ritmo y el tempo de la charla, con ligero arrebatado de admiración. Ese subrayado autorreferencial da a la charla un acuerdo risueño y comunal. El habla es, en verdad, la humanización del espacio, y hay pocos espacios más humanizados que Puerto Rico. Deshumanizarlo con los silencios y pruritos de

la nueva clase media no será fácil, mientras este lenguaje popular siga siendo un acuerdo común.

En el anexionismo hay una profunda limitación: su amoralismo. Para ser anexionista se requiere una falta de buena fe nacional: aquello que se necesita es una carencia. Sobre ese vacío se construye el proyecto de la anexión a los Estados Unidos. Por eso, el anexionismo es una suerte de servidumbre: el culto a lo que pueda llenar ese vacío primero. La prédica anexionista promete beneficios materiales, no puede prometer otra cosa. Al contrario, es muy probable que la identidad, la cultura, el sentido comunitario y regional deban ceder ante la valoración pragmática del bienestar supuesto. Pero si la anexión de hecho es tan improbable como la independencia de hecho, quiere decir que la política es sólo el discurso virtual frente a los intereses reales en juego. Esta política fantasmática tiene la característica de devorar al sujeto, no la de construirlo. Por eso, la crítica de la razón política pasa por la recuperación de la razón cultural; es sobre esta racionalidad que el nuevo discurso político podría restablecer a los sujetos del cambio. Por ahora, el amoralismo anexionista se agota a sí mismo. Carlos Romero Barceló, el gobernador actual, transparenta esa posición: "Uno miraba a Puerto Rico y mira la América Latina y uno dice, ¿cuál es la diferencia nuestra con los países latinoamericanos? Si ellos tienen más riquezas, minerales. La única diferencia que yo veía básicamente era que nosotros éramos parte de Estados Unidos, que estábamos en el mismo mercado, que teníamos el acceso allá a buscar trabajo si teníamos aquí demasiado desempleo. Que teníamos que empezar ya a recibir los provechos de muchos programas federales. La construcción de carreteras, empleos, de fábricas que estaban llegando, todas estas cosas que no podíamos lograr en otra forma... Eso es lo que tendríamos que renunciar para ser libres... Y yo no estoy dispuesto, por el hecho de enarbolar una sola bandera o cantar un solo himno, a que los hijos de mis hermanos pasen hambre" ("El Mundo", 19 de junio, 1983). Me excuso por citar esto pero ilustra bien el *horror vacui* del apetito colonial.

Otra vez me pregunto por el nacionalismo, esa fuerza de origen y destino diverso, que empieza como regionalismo frente a los usos y abusos de grupos usurpadores, y que se hace acción radical pronto penada y, a la larga, sometida por el poder dominante. El nacionalismo —el legítimo, anticolonial, liberacionista, de este mundo tercero nuestro—, a pesar de todas las limitaciones que le imponen las condiciones históricas, es en primer término una conciencia cultural, un lenguaje de la identidad zozobranante, una práctica de

la resistencia de lo propio múltiple frente a la ajenidad sin rostro del mercado capitalista —el mercado de sus valores, productos y supuestas libertades. El nacionalismo puede ser fundacional y, en Puerto Rico, como en varios países nuestros, esa fundación es trágica: ha costado la destrucción de no pocos de los mejores, los más generosos. Pero esa entrega es una suerte de derroche del sentido: un acto que en el mismo pasado no cesa de concluir, una fundación virtual por intacta. Ese espacio casi mítico de la patria posible es una matriz común. ¿Cómo trabajar con esa significación a partir de los signos de hoy? Quizá, dándole a su historia su lugar en el presente. No para meramente actualizar un pasado sino para, sin anacronismo, darnos ese pasado como nuestra tradición. No es casual que el nacionalismo puertorriqueño tenga vínculos ciertos con los procesos nacionales de formación de conciencia latinoamericana: esos vínculos son políticos, y tienen que ver con los proyectos de cambio de la cultura política nacional-popular. Ante los nacionalismos complacientes de las burguesías que buscan restablecer sus controles locales a través del autoritarismo, el nacionalismo tercermundista sólo podría ser una radicalidad capaz de abrir frentes de coincidencia anticolonial. Sobre esa pluralidad se haría patente una unidad mayor, una formación tan universal como cualquier otra.

Si la condición colonial puede ser verificada en distintos niveles del comportamiento social, el consumismo es sólo su parte externa. Porque esta jerarquización del mercado según los usos de la metrópoli es la base o el modelo de la distribución misma de la información. De manera que la información reproduce la versión de un mundo ordenado, natural, según los términos dominantes. Pero, además, estas jerarquizaciones y desigualdades se dan en un contexto de intensas expectativas: el malestar o la restricción es procesado como transitorio porque se presume la fluidez del mercado. Sólo que la violencia del malestar (hoy día) demuestra que incluso las expectativas tienen una mala distribución. No alcanzan ya para todos: en lugar de clientela generan la disgregación del crimen. El nivel de esta violencia es conmovedor, una topología de la pérdida del lugar social en la urbe. La frecuencia de esta violencia prueba la gratuidad de la vida, pero no de la propia sino de la ajena; el hombre que acude a la violencia no es un personaje de la cultura (ni siquiera de la "cultura de la pobreza") sino un exacerbado producto de la sociedad colonial, que llega a su límite: no puede distribuir más (su inversión, limita con los intereses del sistema modernizador) y los que no tienen futuro abren su propio mercado de la violencia. Irónicamente, las leyes del mercado se invierten como una libre criminalidad.

Esta criminalidad tiene su contraparte en la corrupción administrativa. No es casual que varios personajes públicos, incluso jefes de la policía, hayan protagonizado escándalos recientes de corrupción. Algunos de estos escándalos no se habían visto nunca en la isla. Estos delincuentes educados son el lumpen moral, la réplica arriba del lumpen social abajo. Extremos de un vacío cultural que revelan la pérdida del sentido comunitario, del control social, de la autoridad pública. Vacío en ambos polos del sistema: en el control del estado y en su clientela perdida. El estremecedor caso del cerro Maravilla (en el cual la policía dio muerte a dos jóvenes independentistas acusándolos de terroristas, aparentemente luego de haber sido capturados y al final de una maniobra encubierta que los condujo, de la mano de la policía, a su asesinato) puso a prueba al sistema: los congresistas de la oposición (del Partido Popular) iniciaron unas vistas públicas (transmitidas por televisión, de gran impacto popular) sobre este caso, y fueron comprobando las increíbles deficiencias de la investigación oficial; y este proceso (que permitirá reabrir el juicio) fue posible de seguir adelante gracias a la corte judicial norteamericana que, como instancia de justicia fiscalizadora, dictaminó la pertinencia de la investigación del Congreso, a pesar de la clara oposición de la policía y el mismo gobernador. No se puede negar que una investigación pública como ésta (aun si, después de todo, los culpables no son penados) hubiera sido improbable en otro país latinoamericano, y que, en este sentido, el estado de derecho es una instancia superior que se sostiene en el aparato judicial de los Estados Unidos. Lo cual no hace necesariamente más justa o menos autoritaria la acción estatal en la isla pero asegura, si hay un acuerdo político manejable por la oposición, poner en entredicho la arbitrariedad del gobierno. Si este caso demuestra el margen correctivo del sistema, también prueba que la arbitrariedad del gobierno, o de su policía, no se detiene en esos márgenes. Queda todavía por verse qué resolución tendrá este caso.

Otro nivel del colonialismo afecta especialmente a los grupos de opinión y a los intelectuales. Parece ser que el colonialismo impone también una conducta social que sólo se puede llamar disolvente del diálogo. Es posible observar, en no poca gente, una tendencia a restar, en contra de la posibilidad de practicar una suma. Esto es, la agudización de los conflictos se traduce también en la dificultad de sumar opiniones, consensos, cuestionamientos, sumas que podrían articular grupos alternos, conductas de oposición, programas de trabajo. Al contrario, el sistema genera en la misma oposición un atomismo compulsivo: las gentes se separan,

dividen y distancian con facilidad, fragmentando el espacio del diálogo. Aun sin proponérselo, aun estando por la vía contraria, el hombre de la colonia termina emasculando su poder de asociación, su capacidad de acordar la crítica. La condición colonial obliga así a polarizaciones traumáticas. Sobre estas ausencias, los proyectos pierden energía creadora. La carencia abre un hueco en el discurso y devora al sentido ganado, al presente como lugar del diálogo. Sólo parece posible responder desde un espacio acordado como común; y esa ganancia sólo puede ser tierra firme en el trabajo colectivo, en la coincidencia. Al menos, las preguntas son comunes, y éstas no son sino preguntas reiteradas. Si entre ellas asoma más de una paradoja es porque formamos parte de la misma interrogación.

EN AMERICA CENTRAL SE JUEGA EL DESTINO DE AMERICA LATINA

(DOCUMENTOS)

Por *Miguel de la MADRID*

ANTES de proceder a la declaratoria formal, quiero, en primer lugar, en nombre del Gobierno de la República, dar la más cordial bienvenida a los delegados a este Congreso de la Organización Regional Interamericana del Trabajo. Para el pueblo de México, es, sin duda, muy honroso que los trabajadores de América Latina, afiliados a la ORIT, hayan determinado reunirse en nuestro país, en México, que tiene históricamente una permanente vocación latinoamericanista y que ve, además, con gran interés y simpatía que los sindicatos obreros, en una dimensión moderna y contemporánea de su acción, se preocupen por los temas que están afectando la vida de todas nuestras naciones.

En México, el movimiento organizado es parte esencial de nuestro régimen institucional; autor, junto con las grandes mayorías del pueblo de México, de la Revolución Mexicana, ha sabido integrarse a un sistema político en el que es protagonista destacado e importante.

*Se Revierte la Crisis**

SIN duda alguna, los progresos que ha hecho México en los últimos cincuenta años de la etapa constructiva de la Revolución Mexicana se deben a una inserción funcional, útil, responsable, del movimiento obrero organizado. Y ahora también, en estos tiempos difíciles para la economía, reconozco —como Presidente de Méxi-

* Versión estenográfica de las palabras pronunciadas por el Presidente Miguel de la Madrid, al declarar inaugurado el XI Congreso Continental de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, que tuvo lugar hoy en la mañana en el auditorio "Fernando Amilpa" de la CTM, ubicado en Vallarta No. 6 de esta ciudad, México, 17 abril de 1985.

co— que los resultados que hemos podido obtener en nuestra lucha contra la crisis, la reversión de tendencias de agravamiento que había en el país hace tres años, se han debido, en una parte decisiva, a la madurez, al patriotismo y a la sagacidad de los líderes obreros de México.

Creo que todos estamos conscientes que América Latina está pasando una de sus peores crisis económicas. Esta crisis, como lo hemos afirmado, se debe, por una parte, a un orden económico internacional insatisfactorio, pero también se debe —y no debemos olvidarlo— a problemas estructurales de nuestras sociedades y de nuestras economías.

Debemos de seguir luchando en el frente externo, exigiendo las reformas y adaptaciones necesarias al orden económico internacional. Lo hemos venido postulando los países latinoamericanos sistemáticamente, y en los últimos años las reuniones de Quito, de Cartagena, de Mar del Plata y de Santo Domingo han hecho ver, en conjunto, cuál es el diagnóstico, cuáles las tesis y cuáles las propuestas de los países de América Latina.

La Deuda Externa

HEMOS insistido con seriedad, con argumentos y razones, en todos los foros internacionales, en la necesidad de considerar el problema del orden económico internacional. Para nuestros países la deuda externa no puede verse como un problema aislado de las otras variables de la economía internacional; tenemos que ver, conjuntamente, las otras relaciones económicas entre las naciones para poder resolver el problema de la deuda.

Tenemos que superar los obstáculos a un comercio internacional más fluido y dinámico, que venza las tendencias del proteccionismo que prevalecen en los países industrializados. Tenemos que examinar y sentar las reglas que sean necesarias para que la inversión extranjera sea un factor positivo en el desarrollo de nuestros países, que se someta siempre a las leyes y normas que cada nación determine, que coadyuve al desarrollo, que transfiera tecnología, que fortalezca la posición exportadora de nuestros países. Tenemos que examinar todos los temas de la relación económica internacional.

Es alentador ver que esta insistente argumentación de los latinoamericanos empieza a abrir la posibilidad de un diálogo con los países industrializados.

Diálogo Financiero

EN la reciente reunión de la OCDE, que reúne a los países más poderosos de economía de mercado, se reconoció la necesidad de que se abra un diálogo entre todos los países para examinar cuestiones tan importantes como el régimen financiero, el sistema monetario y el comercio internacional.

México, junto con sus hermanos de América Latina, seguirá coordinando su posición en este diálogo que debemos de profundizar, en este diálogo que debe revisar la estructura y el funcionamiento de las organizaciones económicas internacionales, incluyendo el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Es necesario que los países latinoamericanos, con la madurez que hemos adquirido, hagamos planteamientos racionales, sensatos y viables, alejados de posiciones meramente emotivas y mucho menos demagógicas.

La experiencia de América Latina permite que el diálogo con los países industrializados no se convierta en los tradicionales muros de lamentaciones o de desdenes, sino en un análisis serio, racional y responsable de problemas que afectan no sólo a nuestros países, sino a la comunidad económica en su conjunto.

Pero quiero insistir también en que no pensemos que resolviendo problemas de la economía internacional vamos, automáticamente, a resolver nuestros propios problemas.

Las crisis de nuestros países, reitero, obedecen también a fallas e insuficiencias estructurales de carácter interno, a estrategias de crecimiento que si bien pueden explicarse o justificarse inclusive para otros tiempos, ya no son operantes en este momento.

Insuficiente Estructura Industrial

EN América Latina tenemos que revisar nuestras propias políticas de industrialización, porque la estructura industrial que tenemos es todavía insuficiente cuando no, en algunos casos, obsoleta, con grandes vacíos en su estructuración eslabonada, con orientaciones que no responden a las grandes necesidades mayoritarias del consumo interno masivo, con una dependencia excesiva de las importaciones y con una incapacidad estructural para generar dinámicamente las exportaciones que necesitamos.

En América Latina tenemos todavía un sector agropecuario rezagado e improductivo. Hay todavía mucho que revisar en la cuestión agraria, en la organización de los productos, en la tecno-

logía que usamos para nuestros cultivos, en los sistemas de comercialización de las cosechas.

En América Latina tenemos sistemas injustos de distribución del ingreso que paralizan el crecimiento sano del mercado interno y han creado sociedades con grandes desigualdades. Y, con ellas, no vamos a progresar.

En América Latina hemos incurrido en políticas de finanzas públicas insanas y descuidadas. No se puede crecer sanamente con un sistema financiero raquítico y deficitario.

En América Latina tenemos mucho que hacer; y exclamo, que lo oiga el mundo: exigimos un orden económico internacional más racional y más justo, pero reconocemos nuestra propia tarea y nuestra propia responsabilidad y no queremos los latinoamericanos vivir de culpas ajenas o de responsabilidades que no sabemos asumir.

Mayor Participación Sindical

FSTAS tareas tan complejas y vastas, desde luego que corresponde emprenderlas a los pueblos bajo la guía y rectoría de sus gobiernos; de sus gobiernos democráticamente elegidos. Pero no basta, como aquí se ha dicho, la acción gubernamental; para el desarrollo que queremos los latinoamericanos, un desarrollo democrático y libre, se requiere la participación de todos los sectores de la sociedad. Se requiere, por ello, que el movimiento sindical tome una vigorosa participación en el diagnóstico de los problemas, en el diseño de las políticas y en el gran esfuerzo nacional que se necesita para llevar esta magna labor.

De ahí que yo vea con la mayor simpatía que la ORIT y sus organizaciones estén dedicando gran parte de su esfuerzo a examinar estos problemas. Se requiere en las sociedades latinoamericanas una democracia dinámica que incorpore a las grandes mayorías de las naciones, y se requiere —como ustedes lo están haciendo— que en el ámbito obrero también se vuelva en actos concretos la solidaridad de América Latina, y un diálogo abierto y fraterno con los pueblos de toda la tierra.

El mundo vive tiempos ominosos; vivimos en la amenaza de guerras que pueden destruir al género humano; de carreras armamentistas que consolidan el clima del terror y que distraen enormes recursos económicos y financieros, que son también causa de la crisis económica que nos azota; conflictos regionales que ya nos han afectado a los latinoamericanos y que amenazan con quebrar el destino histórico de la unidad de América Latina. Por ello en

América Central no está en juego sólo el problema de los países del Istmo: está en juego el destino de América Latina. De ahí que México sostenga infatigable y firmemente que es a los propios pueblos de esos países a quienes corresponde el derecho soberano de su autodeterminación; que no aceptamos la intervención, venga de donde venga, y que no queremos ver en nuestra América Latina nuevos escenarios bélicos de la confrontación de las superpotencias.

Negociación de los Conflictos

Es a los latinoamericanos a quienes nos corresponde el manejo de nuestro destino; es a los latinoamericanos a quienes nos corresponde coadyuvar a que los conflictos que pueda haber entre países se resuelvan por la negociación, por el acuerdo de que se restablezca la paz.

Los latinoamericanos, por ello —y coincido con Ismarío González—, queremos pan, queremos alimentación, queremos condiciones dignas en la vida de las grandes mayorías latinoamericanas; pero no las queremos a cualquier precio: las queremos preservando y fortaleciendo nuestras independencias nacionales; queremos el bienestar material en la democracia; queremos el bienestar material en la libertad.

Amigos dirigentes obreros de América Latina:

La Agenda de este Congreso, su orientación, su vocación latinoamericanista, me satisface y alienta, y por todo ello me es muy grato hoy, miércoles 17 de abril de 1985, declarar formalmente inaugurado el XI Congreso Continental de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores, de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres.

Aventura del Pensamiento

LA ARBOLEDA PERDIDA

Por Rafael ALBERTI*

I

DE BUENOS AIRES AL TRASTEVERE

YO NUNCA creí que volvería a Europa, después de 19 años sin pasaporte, durante los cuales sólo pude viajar de Argentina a Paraguay, bien en avión, no más de media hora, o en un barco que atravesaba el río de la Plata durante la noche, dejándonos, algo pasado el amanecer, en el puerto de Montevideo. Pero un día, alguien me comunicó que había aparecido la noticia de que el consulado franquista concedía pasaporte a los exiliados, pero únicamente a aquellos españoles "que no tuviesen las manos manchadas de sangre". Yo, que como era natural pasaba siempre por ser un poeta *rojo*, me contemplé al punto las mías, y no considerándomelas en absoluto culpables, ya que el color de aquellas manchas eran tan sólo natural en las manos de *ellos*, recibí, de las del propio cónsul, un flamante pasaporte, que no servía, eso sí, para entrar en España y, menos, en aquellos países donde los oblicuos ojos de Lenin y las níveas barbas de Marx habían inaugurado una era nueva. Así que, instantáneamente, menos España, con aquel pasaporte corrí a visitar todas aquellas naciones que prohibía: Bulgaria, Rumanía, Checoslovaquia, Polonia, la Unión Soviética, China... ¡Qué maravilla poder salir a respirar, después de tantos años, forzosamente prisionero, paralizado en el río de la Plata, en la República Argentina, amada de verdad, pero cada vez más estrecha y preocupante después del peronismo, de aquellos cohibidos Gobiernos democráticos, amenazados, hasta su extinción.

* El poeta Rafael Alberti, de 82 años, inició la publicación de la segunda parte de sus memorias en el diario *El País* de España. *Cuadernos Americanos* publica en esta edición los primeros siete fragmentos de esta importante obra, bajo el título *La arboleda perdida*, que corresponde al de la primera parte de las memorias de Alberti, concluidas en 1959. Agradecemos la autorización que nos permite ofrecer a nuestros lectores los recuerdos y las reflexiones de uno de los más grandes poetas de habla hispana.

por las "engalonadas panteras" militares!, después de allanada mi casa, varias veces y de noche, por la policía; después de encarcelados, entre otros, escritores como el gran novelista guatemalteco Miguel Angel Asturias, cundiendo el pánico en las editoriales, en las universidades, en el teatro, cerrada hasta la posibilidad de viajar a Uruguay, decidimos regresar a Europa para esperar, desde más cerca —¡alguna vez sería!— el posible derrumbe del régimen franquista. Y fue el día 28 de mayo de 1963 cuando, por fin, con mucho más pesar que alegría en el corazón, dejamos Argentina, después de haber permanecido en ella casi más de 24 años, descendiendo del cielo una mañana sobre la ciudad de Milán, pocos días antes de la muerte del venerado Papa *contadino* Juan XXIII. ¡Adiós, Buenos Aires, en donde publiqué más de 20 volúmenes de poesía, estrené obras teatrales, volví a ser pintor, celebrando innumerables exposiciones, recorrí toda la república recitando mis versos, dictando conferencias! ¡Adiós, Uruguay, casa luminosa de Punta del Este, playas de Cantegril, espejeantes de lobos marinos! ¡Bañados del Paraná, pampas inmensas de trigos y caballos! ¡Cielos de pájaros floridos, de cóndores y negros caranchos acechadores de la muerte! Era muy triste e inquietante partir de Argentina perdidos ya la tranquilidad y el gusto entusiasta por el trabajo, tantos años de creación literaria, de nostalgia española, de luchar por aquellos que aún continuaban en las cárceles del régimen, de ilusionada incorporación al proceso democrático argentino, después de los últimos años de descalabro peronista, de corrupción de un régimen, desaparecida la esperanzada estrella de Evita Perón, que supo establecerse dentro de los pantalones de su nada valiente general, dejándoselos vacíos con su temprana muerte.

¿Por qué Italia y no Francia, en donde habíamos vivido tantas veces?, nos preguntaban muchos amigos. Porque ya, en realidad, teníamos algo agotado París, y Picasso, un gran señuelo sobre todo, vivía en la Costa Azul, y yo pensaba en Roma, en la que había pasado, en 1935, 15 días inolvidables con Valle-Inclán, sintiéndome en Italia más cerca, más bañado de la claridad mediterránea, más próximo en espíritu a los litorales españoles, a las costas andaluzas. Después, la explayadora simpatía de gran parte del pueblo italiano y, sobre todo, aquél Alberti, mi apellido, tan ligado a las familias florentinas, al gran orgullo de saber que de ellas habían salido mis abuelos. Y después... ¡Qué sé yo! Una nueva experiencia, una nueva vida, más clara y popular, que se me iba a prolongar —esto lo supe luego— por casi 15 años a las dos orillas del Tevere, el río de tantos misterios, sucio y cruzado de los más bellos puentes, desagües de cloacas, reflejado de centenarios ár,

boles, de cúpulas, de torres, de estatuas y picoteado de voraces gaviotas hambrientas del vecino y contaminado mar Tirreno. Pero... A pesar de Italia, en la que ya me encontraba, mucho había dejado allí, en aquella América, tanto como para desear, a cada hora, en los primeros meses de lejanía, un posible retorno, una segunda vida que me hiciera compartir con aquellos pueblos tan castigados y oprimidos el logro final de sus esperanzas. Y a Roma le pedí, desde el comienzo de mi permanencia en ella, que, a pesar de su maravilla, fuese capaz de darme tanto como había dejado entre aquellas orillas de cielos inalcanzables, cosechas y caballos.

"Dame tú, Roma, a cambio de mis penas, / tanto como dejé para tenerte".

Pero ya vivía en el Trastevere, la verdadera capital de Roma. Ya había descubierto yo a Giuseppe Gioachino Belli, el inmenso poeta sonetista, de originalísima gracia popular y burla casi quevediana. Ya había pasado yo de la otra orilla, Via Monserrato, 20, a la Via Garibaldi, 88, que baja de lo alto del Gianicolo hasta el arco de la Porta Settimiana. Sí, ya vivía en aquel ilustrísimo barrio, resurgimiento de todas las basuras, todas las ratas, todos los gatos, todas las más largas y libres meadas del mundo. Barrio de ladrones, con su Piazza y todo, de pequeños y graciosos rateros, a pie o en motocicleta, bellos como escapados de algún mural de Pinturichio, capaces de robar, huyendo a todo escape, un luminoso pectoral de diamantes a un bien obeso monseñor en el momento de alzar su bendición a una pareja de recién casados, ante el pórtico de la iglesia de Santa María.

Sólo he conocido a dos queridísimas personas de mi mismo gremio —Pablo Neruda y Federico García Lorca— que tuvieran tanto o más miedo que yo a los automóviles. (Luego, más tarde, se nos sumó Jorge Guillén, escribiendo un poema, que me dedicó, contra el peligrosísimo tráfico romano.) Puedo confesar que en mi amado barrio tuve que volverme torero, adiestrándome en ceñirme, en adelgazarme contra los muros, en *salir por pies*, corriendo veloz como ante un toro, al ver llegar aquellas exhalaciones interplanetarias, ciegas y sin aviso, por tan estrechas calles y retorcidos callejones. De ahí nació, a poco más de un año de vida romaneca valerosa, mi libro, titulado con astronómica exactitud: *Roma, peli-gro para caminantes*. Ahora espero que algún día, en alguna fecha de aniversario, el Comune de la Ciudad Eterna estampe en algún *vicolo*, no lejano de mi Via Garibaldi, una placa que diga: "Vicolo di Rafael Alberti (antes del Cinque, del Cedro, etcétera)", porque yo me instalé aquí, me convertí en vecino de este barrio para cantarlo humildemente, graciosamente, rehuyendo la Roma monumen-

tal, amando sólo la antioficial, la más antiguoethiana que pueda imaginarse: la Roma trasteverina de los artesanos, los muros rotos, pintarrajeados de inscripciones políticas o amorosas, la secreta, estática, nocturna y, de improviso, muda y solitaria.

"Ah! cchi nun vede sta parte de monno / Nun za nnemmanco pe cche ccosa é nnato" ("Ah!, quien no ha visto esta parte del mundo / no sabrá nunca para qué ha nacido"), escribió Giuseppe Gioachino Belli con orgullo.

II

EL COMETA HALLEY

CUANDO el doctor Codina, alto y apuesto catalán, me diagnosticó, después de radiografiarme y auscultarme muy detenidamente: "Adenopatía hiliar con infiltración en el lóbulo superior del pulmón derecho", no sabía él lo mucho que iba a acelerar mi vocación poética. Y la razón era que para curarme de aquel mal, diagnosticado de manera tan larga, me recomendaba no estar de pie en lo posible, sino reposando bajo los aires puros de los montes guadarrameños, esos que me llevarían, durante tan interminables y estáticas jornadas, a contemplar, en las intensas noches de verano, los anchos cielos constelados, recorridos del repentino resplandor de las estrellas fugaces. Mi primera vocación pictórica había comenzado a declinar. Escribía ya, después de no muchos incipientes ensayos líricos, algunas canciones del libro que luego se titularía *Marinero en tierra*, al mismo tiempo que vivía absorbido en dibujar por las noches serranas un mapa del hemisferio boreal, con todas las estrellas, planetas y constelaciones que observaba, a veces ayudado de un pequeño antejo, tumbado en mi *chaise-longue* al aire fresco del estío. Los bellos nombres que ya conocía y comprobaba en un atlas celeste recién comprado me llenaban de fascinación, iluminándome: las Pléyades, la Cabellera de Berenice, las Cabrillas, el Triángulo, el Aguila, las Tres Marías, las dos Osas, la Mayor y la Menor, enganchada a ésta la guiadora y mínima estrella Polar, y luego Sirio, Venus, Júpiter, Aldebarán, Vega y la hermosísima Altair y la blanca Luna enredada en la negrura de los pinos... Durante tantos veranos, hasta muy entrado el otoño, seguí yo contemplando el firmamento guadarrameño con toda la millonaria riqueza de sus astros, pero echando siempre de menos el cielo de mi infancia en la bahía de Cádiz, aquel cielo que vi durante varias extasiadas noches, cuando tenía solamente ocho años,

cruzado por el cometa Halley. ¡Qué alto esplendor sobre la plana mar susurrada su inmensa cabellera como de un polvo nítido de hielo plateado, que quizá, desde entonces, la vi todavía más inmensa en mi sueño, enredándomelo, fina y maravillosa, llevándomelo en su órbita, arrastrándomelo por los espacios infinitos, alejados del Sol, para reanudar su visita cada 76 años a nuestro Planeta!

En mi *Marinero en tierra* hay una canción, una breve canción admirativa, entrelazada al nombre de una muchacha —Sofía— que yo veía desde un balcón más alto de mi casa, en Madrid, estudiando en el suyo geografía sobre un atlas coloreado. “Ya era yo lo que no era / cuando apareció el cometa. / Del mar de Cádiz, Sofía, / saltaba su cabellera. / ¡Ay, quién se la peinaría”. Venía entonces, año de 1910, aquel dios de los espacios precedido de una horrorosa fama portadora de las más funestas catástrofes. Casi anunciaba el fin del mundo. Los fenómenos de histerismo colectivo, según se iba acercando el advenimiento, aumentaron, sobre todo en Italia, Francia y España. Mucha gente se encerró en los más profundos sótanos, otra, en cambio, pensó que era mejor morir al aire libre. En España se difundió con rapidez la noticia de que el choque de su cola con la Tierra sería totalmente exterminador, más que nada en la zona de Valencia, habiendo familias enteras que huyeron despavoridas de la ciudad mediterránea. Mucho más tarde, yo, en la Argentina, conocí a una vieja familia valenciana que, con enormes sacrificios, se había trasladado entonces velozmente a Galicia, ya que allí, según la voz del miedo había corrido, se encontraría totalmente a salvo. Pero parece que esta vez el Halley se presentó en su nueva visita terrenal como un cometa bueno, lejos de todo terrorismo, trayendo —¡quién lo puede saber!— un mensaje de paz a nuestro planeta convulso.

Yo lo espero con ansia. Porque mi vida, mis sueños infantiles, desde aquellas noches de mayo de 1910, sentí como si se los llevara, habiéndome hecho vivir estos 74 años como una doble existencia: una, la permanente, natural, aquí, conmigo, y otra, lejana, lejanísima, por otros mundos de paisajes y seres luminosos, de fuegos que no queman, de fríos heladores que en vez de congelar vivifican la sangre. Le escribí, hace ya bastante más de un año, este *Retorno para nuestro* inminente regreso:

“Tú me arrastras, me llevas, / me suspende tu cauda rutilante. / Yo soy tu cola, tu incendiado núcleo. / Tú ya eras yo cuando te apareciste, / como yo tú, llegados / desde los más remotos infinitos. / Te descubrí una noche insomne de mi infancia, / y urdido en tu tendida cabellera, / ascendimos del mar de mi bahía, / solos ya uno, desapareciendo / en los ciegos espacios insondables, /

de incandescentes niños, muchachas y paisajes de altas temperaturas, / durante tantos siglos. / Pero ahora, de pronto, de nuevo nos anuncian. / Estupefactos telescopios hablan / de nuestra aparición en primavera, / cometa peregrino de mi vida, / invisible errabundo / a través de los signos y cifras estelares”.

En estos días, yo, para esperar al cometa Halley en su próxima ojeada a la Tierra, me he comprado un telescopio, que para ser montado tuvo que venir a mi casa un joven amigo mío aficionado a la astronomía. Mi apartamento, mi estudio, en donde vivo, en decimoséptimo piso, tiene una gran estancia con varios amplios ventanales desde los que diviso sobre Madrid casi toda la cúpula del cielo. Pero desde que he instalado el telescopio en mi alto observatorio (lleno de cartas y de libros tirados por el suelo, entre los cuales algunos de la copiosa literatura que está surgiendo sobre la historia y reaparición del Halley), sucede que los cielos últimos de Madrid amanecen y anohecen completamente encapotados o, lo que es peor, la polución de esta ciudad contaminada hace que hasta las noches más límpidas no se vean, y ando siempre esperando que las lluvias y los grandes fríos me las vuelvan favorables para mis primeras investigaciones celestes. Mientras, pocos meses atrás, ha recibido el Premio Nobel de Literatura un gran poeta checo, Jaroslav Seifert, poco conocido, o nada, en España, entre cuyas obras, resumidas en una breve antología por su fervorosa traductora al español, Clara Janés, hay una titulada *El cometa Halley* (1967), que me ha intrigado de verdad y seducido. A Seifert, que pertenece al grupo de otros grandes poetas checos, como Nezval y Holan, ya desaparecido, estoy seguro que lo conocí en 1950, cuando después del Congreso por la Paz, celebrado en Varsovia, estuve en Praga, huésped en el castillo de Dobriz, con Pablo Neruda, José Bergamín y Jorge Amado, el gran novelista brasileño.

Ahora sé que Jaroslav Seifert nació un año antes que yo, en 1901, y que su padre lo llevó una noche a contemplar un fenómeno extraordinario que había aparecido en el cielo: era el cometa Halley, el mismo que yo miraba, tendido sobre el firmamento de mi bahía gaditana, durante las noches de la misma primavera praguense, en 1910. ¡Qué buen punto de partida, qué bella arrancada astronómica para una amistad con un poeta tan lejano que, como yo, se había estado llenando los ojos de su niñez con aquel soberano rey de los espacios, aquella maravillosa aparición que nos arrebataría el sueño, llevándose en su cauda por los desconocidos infinitos, hasta su reaparición, ahora, por vez segunda en nuestra vida, al cabo de 76 años, ahora que tan sólo nos faltan poco más de 15 para que terminemos nuestro siglo!

"No vi nada en aquel momento. / sólo espaldas ajenas, / pero las cabezas bajo los sombreros / se movían con agitación. / La calle estaba llena. / Hubiera preferido subir hincando los dedos en la pared desnuda / como pretenden hacer los bebedores de éter, / pero en ese instante tomó mi mano / una mano de mujer, di unos pasos / y delante de mí se abrieron los abismos / a los que se llama cielo. / Las torres de la catedral, abajo, en el horizonte, / parecían recortadas / en papel mate de plata / y en lo alto, sobre ellas, / se ahogaban las estrellas. / Está allí, ¿lo ves ya? / ¡Sí, lo veo! / En las vedijas de chispas inextinguibles, / la estrella se aparecía irreversiblemente. / Fue una suave noche de primavera, pasado el 15 de mayo. / El aire flagrante se inflamó de perfumes / y yo lo aspiraba / y con él el polvo de los astros. . .".

Desde los cielos de Madrid, yo le mando un emocionado saludo a Jaroslav Seifert, a aquel poeta niño de nueve años en aquella noche de cometa primaveral en las calles de Praga, y lo incorporo, lo meto entre estas nuevas hojas de mi última *Arboleda Perdida*, esa que avanza ya mordién dome, invadién dome con sus ramas desde aquel día que la dejé, un mes de julio de 1959, en los bosques de Castelar de Buenos Aires.

Pero hoy, todos los cielos de la Tierra están inquietos, tan preocupados e insomnes como yo, llenos de sondas buscadoras del más incesante de los cometas, ansiosas de escrutarle sus veloces secretos, todo aquello que no se pudo saber en su última visita, en aquel mes de mayo de 1910, cuando yo era aún un pequeño alumno del colegio de las Hermanas Carmelitas de El Puerto. Una de las sondas que lo busca lleva el nombre del místico y angélico pintor florentino —amigo y retratista de Dante Alighieri— Giotto, que pudo ver al cometa Halley y lo fijó en lo alto del portal de Belén como la inmortal estrella que condujo a los tres Reyes Magos de Oriente, Melchor, Gaspar y Baltasar, cuando presentaron sus ofrendas —oro, incienso y mirra— al Niño Dios recién nacido en un pobre pesebre.

¡Oh prodigiosa y rara maravilla! El cometa Halley reaparecerá en el año 2062 del siglo venidero y yo, que de marinero en tierra pasé a ser un enloquecido viajero del aire, volveré con él entre el polvo de fuego y hielo plateado de su cauda resplandeciente. No lo olvidéis.

III

LUIS BUÑUEL EN VENECIA

Luis Buñuel, / cuando viene a Madrid, / vive siempre en el piso / número 25 de esa pálida torre. / Desde aquí puedo verlo. / Qué salvaje de pronto y genial es, / lo mismo que aquel viejo inmortal sordo / que se metía en la cama / con la joven duquesa / sin sacarse ni el barro de las botas. / Luis: te irás al infierno, en el que crees, / y puede ser que Dios vaya de cuando en cuando a visitarte.

Sí, desde mi también alta torre de la calle de la Princesa puedo mirar la *Torre de Madrid*, aquella en cuyo piso 25 Luis Buñuel me recibió una vez, en los días en que le escribí ese pequeño y divertido poema.

—Ven, por favor, tú solo, sin nadie. No puedo soportar más de dos voces —me suplicó al teléfono.

¿Cuánto tiempo que no le veía? ¿Desde París, después de la Segunda Guerra Mundial, en el hotel L'Aiglon? ¿Desde antes, en la Alianza de Intelectuales Antifascistas de Madrid, al mes siguiente de la insurrección militar, recién regresado yo de la isla de Ibiza, en donde había caído prisionero?

—De todos modos, Luis —le dije, no más abrirme él mismo la puerta—, vengo a saludarte, a darte un gran abrazo, únicamente como antiguo hermano de la Orden de Toledo.

Aunque ni tú ni María Teresa erais hermanos fundadores —me atajó, precisando, con una muy particular cadencia aragonesa—, pues no fuisteis admitidos hasta algo más tarde... Fundadores eran García Lorca, Salvador Dalí, Pepe Moreno Villa, Ernestina González González, no vosotros.

—Lo sé, lo sé. No lo he olvidado.

—Y bien pudisteis dar gracias a Dios —continuó, muy en serio—, pues fuisteis aceptados en la Orden sin pasar por el grado de aprendiz de escudero, que también había...

—Como también había —seguí yo— invitado de invitado de escudero...

—Y hasta grados mucho más menores... ¡Qué bien te acuerdas!

Era algo mágico y maravilloso. Nos hospedábamos en la Posada de la Sangre, donde Cervantes escribió *La ilustre fregona*, lleno su patio, casi siempre, de dormidos arrieros, que descansaban, roncadores, de su constante trajinar por los caminos toledanos. Pasada ya la media noche, salíamos todos los hermanos de

la orden, llevando las sábanas de dormir enrolladas bajo la chaqueta. A esas horas las calles de Toledo parece que se estrechan y alargan, no adivinándose el final, llenas de oscuridad y silencio. Llegábamos a la plaza de Santo Domingo el Real, en donde está una de aquellas iglesias toledanas que en la noche son como descendidas de algún anubarrado y misterioso firmamento del Greco. Buñuel, casi siempre, ya que era el cofrade mayor, hacía del más alto y principal fantasma, rodeado de los demás, todos, como él, cubiertos por las sábanas, en el instante en que se encendían las ventanas de un convento de monjas, llenándose aquella oscuridad, temerosa y escalofriante, de monótonos cantos y oraciones.

Le recordaba yo a Buñuel aquellas fantasmagóricas noches toledanas, como también algunas de sus feroces bromas, entre otras, la de lanzar, a la madrugada, grandes cubos de agua bajo la puerta de las celdas donde dormían Federico, Pepín Bello o Dalí... ¡Tiempos gloriosos en la Residencia madrileña de Estudiantes!

—¡Chico! —me interrumpió, entusiasmado, atenta la mirada, con esa expresión fija, escrutadora, de los sordos—. ¡Qué maravilla que me estés recordando ahora todo eso después de más de 50 años! ¡Qué bueno! No nos hemos renovado en nada. Seguimos hablando de lo mismo.

—Pues de esto otro, Luis, te acordarás ahora mejor que yo: cuando a instancias del público respondiste desde tu palco, al estrenarse *El perro andaluz* en aquel cine-club que dirigía Giménez Caballero: "Se trata sólo de una llamada, una desesperada llamada al crimen".

—Bueno...

Mucha gente se aterroró, otros aplaudimos... Y hasta me acuerdo de aquel poema que publicaste en la revista *Horizontes*. En él había un verso que decía: "Violines, señoritas cursis de la orquesta".

Se ríe, halagado de mi memoria.

—Por ti conocimos, Luis, en aquellos años, las primeras películas de vanguardia (antes de que esta palabra se pervirtiese como ahora) que tú traías de París a la Residencia: *El gabinete del doctor Caligari*, *Entreacto*, *La concha y el clérigo*, *El hundimiento de la Husber*, *Nada más que las horas*... Los nombres de René Clair, Germen Dullac, Epstein, Cavalcanti, audaces autores de aquellas primeras películas inaugurales, se desplegaban ante nuestros ojos en un desfile de metáforas sorprendentes, muy en consecuencia con la poesía y las artes plásticas del momento. Nos entusiasmaron las maestras realizaciones de Dreyer —*Juana de Arco*—,

de Fritz Lang —*Metrópolis*—, de Eiseinstein —*El acorazado Potemkin*—... Y el nombre de Buñuel ondeaba como un estandarte, entre nosotros.

—Es verdad, Luis. Tienes razón. No nos hemos renovado en nada. Aquellos maravillosos años circulan aún por nuestras venas, fecundándonos, cegándonos con deslumbrador recuerdo.

Aunque Luis Buñuel pareciera de pronto brusco, tajante, inflexible en su manera de hablar, era tierno y hasta infantil, de un buen humor casi constante, que le llevaba a uno a quererlo entrañablemente. Yo he sentido hasta las lágrimas que nuestra vieja amistad de aquellos años antes de la guerra civil española se rompiese, se alejase durante tanto tiempo, sabiendo sólo de él por sus películas, que no siempre se podían ver con frecuencia. En mis años italianos, de permanencia en Roma, fue cuando pude asistir al estreno de algunos de sus últimos filmes, todos ellos obras maestras en la sorpresa, la gracia, la violencia, la poesía...

Pero ahora... Luis, ¿en dónde estás? Difícil fue en mi largo destierro encontrarme contigo, poseer una imagen completa, grande de ti. Mas... ¿Qué sucede de pronto? ¿Qué largo y ensordecedor estrépito se escucha? Se estremecen las playas del Lido de Venecia. No se sabe qué pasa. ¿De dónde ha podido arribar este estruendo que hace temblar los muros y casi saltar los vidrios de las ventanas? Los venecianos, los turistas, las gentes que han venido para el festival cinematográfico se miran extrañados, se preguntan, sin comprender de dónde, así, de pronto, en un pacífico lugar de veraneo, ha podido llegar aquel tremendo retumbar de guerra. Sólo yo y unos pocos españoles que asistimos a la bial compremendemos al fin. Habíamos oído algo. Pero no estábamos seguros. Son los tambores de Calanda, los bravos tamborileros del pueblo donde nació Buñuel, que han venido a Venecia, de acuerdo con el Comune de la ciudad adriática y el Ayuntamiento de Zaragoza. ¡Qué ruidoso homenaje para el cineasta aragonés, para su gran sordera, estos tambores que él amó y que solía tocar él mismo cuando volvía a su pueblo! ¡Venecia! ¡Calanda! Como digo, los veraneantes del Lido, los asistentes al festival cinematográfico no comprendían nada. Era como el anuncio de un maremoto, algo catastrófico que se avecinaba en medio de una fiesta como aquella, lejana de todo conflicto bélico. ¡Cuarenta tambores, desgajados de los más de 1 000 que acompañan en Calanda la noche solemne y agónica del Viernes Santo! Llevaban los tambores túnica morada, como la de los penitentes encapuchados de las procesiones andaluzas. No los dejaron entrar así vestidos en el hotel Excélsior. Pero entraron, al fin, en mangas de camisa,

hombres de todas las edades, que abarrotaron el bar del hotel, convirtiéndolo en el acto en una plaza popular de Calanda, llenándolo de gritos, de canciones, de punzantes letras de jota, de alegría. El nombre de Luis Buñuel resonaba por todas partes. En numerosos carteles destacaba por los muros de las calles del Lido, mientras a la mañana, al mediodía, a la tarde, a la noche, se proyectaban, como homenaje del festival, todas sus obras. Así pude yo ver tantas que me faltaban, en salas repletas de espectadores, con la protesta fuera, en largas colas, de los que no podían entrar.

Luis, ahora hace poco más de un año que moriste. Yo, tan sólo un simple hermano —“no fundador”, como me recalcaste— de la Orden de Toledo, te estoy recordando frente al mar, junto a los canales deslizados de góndolas, tantas con parejas de amantes que sueñan con una bella noche de amor veneciana, mientras que tú, “ateo, gracias a Dios”, como te confesabas, estoy seguro que no te encontrarás en el infierno, al que temías, sino en algún desconocido espacio, oyendo unos azules tambores celestiales que te hayan hecho despertar la sordera que tanto te alejó y atormentó, como a Goya, tu genial paisano, tan fino, tan delicado, tan violento y tan brutal, a veces, como tú.

IV

ALGO SOBRE “JAZMIN”, ALMA ERRANTE DE PUNTA DEL ESTE

ME gusta mucho hablar de mis perros, es decir, de mis perras: *Centella*, *Yemi* y *Niebla*, españolas; *Tusca*, *Katy*, *Guagua* y *Muki*, argentinas. Desde hace mucho tiempo todas ellas han pasado a ser, en las constelaciones azules de los perros, estrellas de elegía. Sobre las siete, ya escribí algo, pero de manera dispersa, debiéndoles en su día dedicar los tiernos y amorosos capítulos que merecen en mi *Arboleda perdida*. Perros, hasta ahora, sólo he tenido dos: uno, el *Chico*, un *volpino* italiano que traje conmigo a mi regreso a Madrid (1977), y que no he vuelto a saber de él, pues, siempre algo aventurero, se le escapó a un veterinario amigo que lo había llevado con él a su casa de las afueras y todavía no ha regresado. Pero hoy sólo quiero hablar del otro, anterior a *Chico*, que únicamente me acompañó, infantil, disparado y frenético, durante una corta temporada veraniega en aquellos maravillosos pinares y playas uruguayos de Punta del Este. Pueden reposar tran-

quilas en sus desconocidas tumbas españolas *Centella*, *Yemi* y *Niebla*. Tampoco se me alboroten, bajo su tierra de Buenos Aires, *Tusca*, *Katy*, *Guagua* y *Muki*. No se me preocupe *Chico*, si es que existe, perdido sabe Dios dónde. Voy a hablar de *Jazmín*, voy a recordarlo como si aún estuviera, porque podía ser mío como de otro dueño, porque podía tocarlo y no tocarlo, verlo y no verlo, pero siempre quererle y esperarle como a un muchacho que se le sabe encantador, loco de gracia, irresistible de personalidad, belleza y simpatía. Era, es, lo sigue siendo —ya la mínima flor por la que atiende lo pregona— el hábito errante de los bosques, la brisa del mar o el viento de las playas, el soplo veloz de los caminos, el rayo victorioso de los médanos. Quien le puso ese nombre —*Jazmín*— nunca sabrá, cuando lo hizo, que lo que bautizaba era su alma, vagabunda como un perfume, y no su cuerpo de perrazo lobo, pues lo era, lo es, y bien grande y bien dorado y fuerte, este jazmín canino, el primero en toda la flora capaz de dar ladridos a la luna, correr la sombra en cruz de las gaviotas o lamer el contorno de la espuma al romperse en la arena. Lo conocí, lo vi por vez primera persiguiendo por las calles de Punta del Este a chiquillos, ciclistas y automóviles. Jadeaba, primoroso de línea, la cola en arco, en punta las orejas, la lengua de clavel entre la sierra de los dientes; iba de un lado para otro, atento siempre a algo que seguir o que saltar, en brincos y manazas de espontáneo cariño, de rebosadora alegría. "¡Er, *Jazmín!*", le gritaban los chicos. Y allá flechaba disparado, derribándolos a empujones de lomo o cabezota, lameteándoles la cara y volviendo, incansable, al ataque, sin conceder respiro a los apenas levantados incitadores. Una tarde, ya entre dos luces, apareció de pronto en el comedor de mi casa. Conociendo su simpatía y naturalidad, no me sorprendió nada. Se quedó a comer esa noche y también a dormir. A la puerta del cuarto, en el descansillo fresco de la escalera, amaneció *Jazmín*, empujando su fino hocico y sus ojos castaños, como orlados de humo, la hoja de la puerta en cuanto sospechó que yo estaba despierto. Eran las seis. Me vestí. No se quiso marchar. Bajé a la playa solitaria. Me bañé en el mar manso de Cantegril. Me perdí por los bosques de pinos y eucaliptos. Me fatigué por las pálidas dunas del mediodía. Descansé bajo las sombras paradas de la siesta, volví por las arenas corales de la tarde. Y esto lo hice durante muchos días, pero en todo momento acompañado por su ir y venir infatigable, su relámpago amigo, su delirante juventud fascinadora. Cuando luego me trasladé de aquella casa, que me había dejado un amigo, a la mía recién acabada del bosque, allí continuó él, inseparable,

velándome en la noche, como era su costumbre, ya cerca de la cama o a la puerta del cuarto, sobre el frío de las baldosas. Todo marchaba bien entre *Jazmín* y yo. En el día, no se apartaba de mi lado. Escribía conmigo. Me acompañaba a acarrear pinoche, a sacar yucas de la arena, a colocar el pasto y las piedras de los canteros, a perfilar el jardín. Nuestra amistad era perfecta. Tanto, que pensaba: puesto que me ha elegido por dueño, no debo abandonarlo. Me lo llevaré a Buenos Aires. Como perro hermoso que es, será bien recibido por la *Tusca*. Los sacaré de paseo a Palermo. La *Tusca*, tan enana, y *Jazmín*, tan gigante. . . Una pareja ríuica vista. A este nivel había llegado mi sentir, cuando *Jazmín*, una tarde que estaba en el pinar, recostado a mis pies, se arrancó de improviso a perseguir jamás sabré qué cosa, algún ala quizá de su propia locura, con tan loca carrera, que en menos del correrse de una estrella desapareció de mi vista. Lo esperé sin moverme largo rato, seguro de que, como siempre, reaparecería, brillante de espuma plateada la boca, exhausto de músculos, aunque dispuesto al punto a una nueva arrancada. Pero vino la noche y *Jazmín* no volvió. Cansado de esperarlo al día siguiente, bajé a la ciudad por la playa. Pregunté a los amigos, a los niños de las esquinas. Nadie lo había visto. Cuando ya me volvía para el bosque, un repartidor de pan me dijo: "Lo habrá amarrado su dueño. No saben qué hacer con él. Se escapa siempre. Es un perro muy loco". Y me añadió: "También pueden habérselo llevado a Montevideo". Por la playa, otra vez subí camino de mi casa, pensando en un *Jazmín* cargado de cadenas, una especie de joven Prometeo, lamentando su libertad perdida y —de esto estaba seguro— acordándose de su nuevo dueño, su nuevo amigo español. Pasaron otros días en los que a fuerza de sentirlo llegué casi a alegrarme de que no apareciera. Al fin y al cabo, *Jazmín* tenía un amo, un tirano sin duda, pero que tarde o temprano me lo quitaría con toda clase de derechos. Calmado así con esta y otras consideraciones, volví a acostumbrarme a escribir solo, a andar por los pinares y meterme en las olas sin el perro. A este nivel tranquilo había llegado mi nostalgia, cuando una noche, desatada de lluvia, de truenos y relámpagos, en la que el mar hacía el efecto de haber entrado en guerra contra el bosque, sentí arañar con vehemencia la puerta de mi cuarto. Me levanté en seguida, pues aquel gran ruido me había llevado el sueño, y me encontré en los hombros las manos de *Jazmín*, y dándome en la cara su poética cabeza de lobo de los cuentos, chorreada de agua, parpadeado todo él del verde abierto de los rayos. Había entrado por el marco aún sin cristal de una ventana de la galería. Llegaba escapado, fugitivo. Acababa de

arrancarse las cadenas, aprovechando la confusión y el miedo que trae la tempestad. De esto no cabía duda, y menos de que *Jazmín* detestaba a su amo y me elegía, me reelegía, tomando por testigos las sombras más batidas, su único dueño. Al día siguiente, como era de esperar en perro tan sensible, no me dejó un instante. Bajó de nuevo a la playa, corrió a las gaviotas, pero volviendo rápidamente a mí. Mientras me bañaba, no abandonó mi ropa, custodiándola sentado sobre ella, observándome atento, sin moverse; luego, ya en casa, pensándose pequeño, un verdadero perro chico, volteó varias sillas al intentar sentarse como las personas; jugó sin descanso y con la misma inocencia que siempre; persiguió a los gatos hasta tenerlos horas y horas en las ramas más altas de los pinos, y cuando llegó la noche... cuando llegó la noche, descubrí que *Jazmín* añadía a su personalidad una nueva gracia. Verdad que hacía mucho calor. La tormenta reciente había levantado de la tierra un aliento de horno. Yo apenas si dormía, sofocado, dando vueltas y golpes a la almohada. De pronto, me acordé de *Jazmín*. Estaría allí, velándome dormido, a los pies de la cama o en el fresco de las baldosas. Pero no, en el cuarto no estaba y, síntoma peor, tampoco fuera de él. Lleno de angustia y presentimientos, por la ventana sin cristal me asomé al bosque. Era una noche de un azul rutilante, como si un fuego azul la estuviera abrasando. Una cegadora luna, un violento ojo de extensa cal hirviendo, borrando las estrellas, tendía un espejo solitario en la frente ondulada de los médanos y un plateado incendio en la alta superficie de los árboles. Enteramente deslumbrado, miré más en la luz. Sin moverme, fue perfilándose todo en la callada oscuridad flameadora. Y descubrí a *Jazmín*... que no estaba dormido. Sí. A contraluz, erguidas, aquéllas eran sus orejas, aquél su cuello poderoso. Allí, tumbado en el fresco hoyo de arena que él mismo se había abierto, se le veía absorto, quiero pensar que en éxtasis, pues hasta la palma de la cola conservaba inmóvil. Por la actitud levantada de su cabeza, comprendí que miraba a la luna. Yo la miré también un largo rato, sin decir nada, fijo en el mismo sitio. Y con la visión de *Jazmín* asombrado ante aquella remota rueda blanca encendida, caminando hacia los bosques y ciudades del otro lado del mar, volví a mi cuarto, intentando dormirme. Cuando de día, ya tarde, abrí la puerta, encontré a *Jazmín* en las baldosas, respirando profundo, con los ojos cerrados. Durante aquellas noches sofocantes de luna hizo lo mismo. Y yo, siempre que el sueño me dejaba, me levantaba, sigiloso, para verlo. Su comportamiento en esta nueva etapa fue ejemplar: cada vez más muchacho enloquecido, pero más fiel, más alborotadamente inseparable. Ahora sí que lo llevaría a Buenos Aires, a mi jardinillo

de la calle Las Heras. *Jazmín* ya era mío y lo iba a seguir siendo mientras no se muriese. Se acabó el padecer encadenado, el galopar de un lado para otro divirtiendo a los chiquillos, jugándose la vida tras los coches o haciendo peligrar la de los valerosos ciclistas. Como yo por su libre elección era su verdadero dueño, haciéndole, para su bien, que me obedeciera, un día, una mañana que salí al mar, de pesca, dije en mi casa: "Encerrad a *Jazmín* para que no vea el camino que tomo, pues no lo puedo llevar conmigo en la barca". Me fui. Y volví. Pero ya todo había sucedido en menos de un relámpago. Al cabo de una hora de encierro, en la que *Jazmín* no dio señales de inquietud alguna, le abrieron, y en ese mismo instante corrió veloz hacia los médanos, por donde lo vieron convertirse en una ráfaga de arena. Y esta vez no volvió. Y ni en el Este ni en ninguna parte pudieron decirme nada del perro. Pasados dos meses, en los que me había jurado no pensar más en él, alguien me dijo: "Hemos visto a *Jazmín*. Andaba como loco por la Barra de San Rafael". Pocos días después, otra persona: "Parece que *Jazmín* está viviendo en la casucha de una vieja que le da de comer". Y algún amigo de más confianza: "Te juro que *Jazmín* andaba esta mañana por la playa, jugando con los niños y persiguiendo las gaviotas. . .". Otras personas lo vieron por las calles de Maldonado, flaco y estrábico, pero corriendo los automóviles. ¿Sería verdad? ¿Será verdad? No sé, ni ya casi me importa, porque *Jazmín* hoy para mí ya es algo más que un perro: es el aliento de los bosques, la brisa del mar, el viento de las playas, el sopro veloz de los caminos, el rayo victorioso de los médanos, el alma errante de Punta del Este.

V

LOS OJOS DE PICASSO

DURANTE este madrileño otoño de lluvias, vientos, neblinas y caídos dorados, se ha descrito en un claro salón del Círculo de Bellas Artes una dinámica y bellísima exposición de fotografías tomadas por Roberto Otero a Picasso en los últimos largos y plenos años de su vida. Siempre algo sorprendente en estos múltiples rostros de aquel malagueño universal de la mirada inquisidora, taladrante, insufrible. Una gran parte de estas fotos fue vivida por mí junto a Roberto Otero en aquellos finales años de aquel escondido toro andaluz, bramando y corneando en las alturas de Mougins, en Notre-Dame de Vie, último e inolvidable hogar de Jacqueline y el pintor. Sería injusto no añadir que la esbelta y grácil figura de

Aitana Alberti se movía también en medio de aquellos días tan fotografiados.

Cuando Pablo moría el 8 de abril de 1973, unos meses antes de cumplir sus 92 años, yo acababa de llegar a los 71. Faltaban pocos días para que se inaugurase en el castillo de los Papas de Aviñón la segunda impresionante exposición de Pablo, cuya presentación, lo mismo que de la primera —1970—, fue escrita por mí a petición suya y de Jacqueline.

Pero ¿qué había sucedido, de pronto? ¿Cómo había sido posible que Picasso muriese cuando sólo quedaban 22 días para que el castillo de los Papas franceses abriera sus inmensas naves a los 201 cuadros nuevos, 14 más que en la primera exposición, arrancados con el mismo poder a su libre invención en movimiento desde el 26 de septiembre de 1970 hasta el 1 de junio de 1972 y ejecutados con igual frenesí, idéntico juvenil impulso? ¿Pero acaso no habíamos convenido una vez Picasso y yo, hablando en Notre-Dame de Vie, que ninguno de los dos moriríamos, que tendríamos que aparecer una tarde en la plaza de toros de Ronda, él como primer espada y yo como su mozo de estoque? “¡Picasso ha muerto!”, gritaban en primera página todos los diarios del mundo.

No, no han podido cerrarse los ojos más maravillosos de nuestro siglo. ¿Cómo acostumbrarse ahora a estar sin ellos, sin él? Picasso era la ventana abierta por la que el siglo XX, que él perfiló dándole un nuevo rostro, se nos entraba cada día sacudiéndonos, acusándonos su presencia. Sabíamos que estaba. Era ya un hecho normal, cotidiano, cuando no escandaloso, desde unos años antes de la Primera Guerra Mundial.

“¡Picasso est mort!”

Y sin dudarle ni por un instante, acompañado del pintor José Ortega, me tomé un avión en Fiumicino —yo vivía entonces en Roma— y me presenté en Cannes, con la ilusión de estar más cerca de él o quizá de verlo por vez última. Pero allí, en la Costa Azul, hacía un tiempo espantoso, como jamás se había visto. ¿Por dónde se hallaría aquella mar azul de *la joie de vivre*, en dónde las flautas campesinas de los faunos, la pesca a la encandilada por Antibes, los sátiros y los bañistas allá por Golfe Juan, Cannes, Jean les Pins, Nice... los paisajes de los últimos largos años, aquellos que él iluminó con un signo de paz y esperanza después de los desastres de la guerra? Nos empujaba el viento por las calles. Una lluvia heladora nos pinchaba los ojos. No oíamos lo que hablábamos, De

pueblos y ciudades de la Costa Azul, de toda Europa, del mundo entero, iban llegando gentes —periodistas, pintores, escritores, estudiantes, obreros españoles emigrados en Francia, la televisión, la radio. . .— respondiendo a la inesperada y fulminante noticia. “¡Picasso ha muerto!”. Pero cerrada para todos, la cancela de hierro de Notre-Dame de Vie era la tajante señal de una loable decisión de Jacqueline. A la mañana siguiente me presenté en Vallauris para hablar por teléfono desde casa de Arias, el barbero de Pablo, su gran amigo íntimo, que no encontré.

—Aquí no queda nadie. De aquí todos se han ido —me respondió la voz del jardinero, la única que había quedado en aquel último retiro íntimo de Picasso, en la colina de Mougins.

Me desesperé. Nevaba. Y me acordé de pronto del comienzo de una copla andaluza que pregunta: “¿Dónde estará ese muchacho?/ ¿En dónde se habrá metido...?” No sé por qué... Y se me presentaron, en medio del frío ya oscurecido, las pupilas insostenibles del pintor, cuando se me arrancó en el patio de butacas del teatro Atelier —era en París, 1931— para darme la mano, durante uno de los entreactos de una obra de Shakespeare, a la que asistíamos los dos, sin conocernos.

Era mi primera imagen de Picasso, que no olvidaré nunca y que se me repite y cuento con frecuencia. Cuando al día siguiente, a petición del propio pintor, fui a verle a su casa —23, Rue de la Boecie—, al abrirme él mismo la puerta, volví a sentir, igual que en el teatro, la presencia de un toro, mezclado esta vez —minotauro— con algo de ganadero, un poco de aquel sevillano Fernando Villalón, poeta y ganadero genial, que luchó por lograr una raza de toros que tuvieran los ojos verdes, sino que Picasso era menos bronco, más fino, debido sin duda al resplandor punzante de sus ojos y a la famosa onda, encanecida ya, que le partía, en línea oblicua, la frente. Recuerdo que me pasó primero a una sala oscura, de la que surgió, al abrir los balcones, toda la luz lujosa de una sentada cuadrilla de toreros, llameantes de sedas de colores, desde el naranja más enfurecido hasta el verde más iracundo. Eso parecían, eso eran en realidad, el sofá y las butacas de aquella sala de Picasso.

Después me hizo subir a su *atelier*, una simple buhardilla abarrotada, con un tablero inundado de libros, cartas abiertas y sin abrir, dibujos, lápices. . . Era pequeño aquel estudio, no sobrando al pintor ni el suficiente espacio para trabajar cómodo. En el centro, extendida, grande, como una ventana abierta de par en par a un precipicio la obra en ejecución: uno de aquellos monstruos que metiéndose los por el mango de los pinceles se le pasaban vivos y poéticamente disparatados al lienzo.

Ya era de noche cuando bajamos a la calle. Y fue entonces cuando Picasso sacó a su maravilloso perro afgano para que hiciese pis, perro que, según su dueño, tenía la particularidad de no querer orinar si no se le abrían sobre el pavimento, y al centro de la calle, las páginas del diario *Paris-Soir*.

—¿*Paris-Soir*, precisamente? —le pregunté.

—Sí, sí —me respondió riendo Picasso—. Él sabe muy bien dónde hace sus cosas.

Quedé entusiasmado, feliz, de aquel primer encuentro con el pintor, y sobre todo impresionadísimo de sus ojos, que yo sólo había visto fotografiados, pero no así, al natural, tal como eran, insoportablemente fijos, como dos botones candentes. Muy pronto, desde que comienza la fama de Picasso, se convirtió en un tópico imprescindible hablar de ellos, llegando a ser rara la persona que no quedase fascinada de su fijeza. Ni hasta la extraordinaria y punzadora mirada del búho se le igualaba. Góngora pudo haberle dedicado aquella rara letrilla que comienza: "Mátanme los ojos / de aquel andaluz...".

Muchísimo más tarde, casi 35 años después, en la edad de oro de nuestra amistad, allá durante mis visitas a Notre-Dame de Vie, la misma casa adonde fui a preguntar por él en aquellos días de su muerte, le iba leyendo los poemas a él dedicados, que casi a diario le escribía, y que recogí, luego, acompañados de viñetas y rápidos dibujos que me regalaba, en un libro titulado *Los ocho nombres de Picasso y no digo más que lo que no digo*. Aquella larga retahíla en la que ensalzaba sus ojos, terminaba con esta estrofa en la que le deseaba la inmortalidad: "Todo el amor para esos ojos. / El cielo entero para esos ojos. / El mar entero para esos ojos. / La tierra entera para esos ojos. / La eternidad para esos ojos".

Pero llovía y llovía en la Costa Azul. El mar había desaparecido. Tronaba el cielo, lleno de parpadeantes resplandores y los árboles de la recién venida primavera se doblaban, gimiendo. Parecía más bien un tremendo funeral para Wagner que para Picasso.

... Pero y ahora, Dios mío, se va acercando el año 2000. Y yo habré cumplido en el segundo año de ese nuevo milenio los 100. Pero los ojos de Picasso seguirán aquí, tan insufribles y extraños como siempre. Ellos alcanzaron a ver el desembarco del hombre en la Luna. Pero su aventura fue más grande entre nosotros en la tierra, pues fue tan sólo conducida por una sola mano, mucho más arriesgada, mucho más viva, siendo muy odiada y combatida desde los primeros momentos de su aparición, pensándose que lo que traía era un túnel sin salida posible, cuando en verdad lo que estaba abriendo aquí en este planeta, haciéndolo ascender de su costra, era

otro mundo, un mundo de luz que nadie había explorado, una nueva visión que la propia tierra no había descubierto. Y era entonces la época en que él, sobre todo, hubiera sido quemado vivo en medio de una plaza, toro bravo del sacrificio, humeante de sangre, provocativo tenaz y peligroso. Todo un larguísimo tren sin fin hubiera podido partir de sus ojos, recorriendo el universo entero con su obra. El vagón azul. El vagón rosa. El cubista. El del teatro. El de los toros. El de los monstruos. El de la paz. El de la guerra. El de la poesía. Se permite fumar. Mejor, en pipa. Se puede gritar lo que se quiera. Decir todo: insultos, chufas, palabrotas. Reír hasta retorcerse los nervios. Cantar desde lo más horrendo hasta lo más sublime. Llorar lágrimas como piedras. Hay tiempo para más. El tren no para nunca. Corre a todo correr. A una velocidad desconocida. Sigue y sigue hasta el infinito. Y el infinito no se acaba. No termina nunca. No tiene fin. No muere. Es inmortal.

Ahora, en Madrid, y en una extensa y alegre exposición de fotografías de Picasso, pude revivir, enfrentándomelas, las punzantes pupilas del pintor. Y me repetí, completando aquellos versos de la mágica letrilla gongorina: "Mátanme los ojos / de aquel andaluz. / Háganme si muero / la mortaja azul".

Esa mortaja sería el mar de Málaga, espejeando el cielo sin límites y azul de todo el Mediterráneo.

VI

DE LA AGONIA DE "LAS MENINAS" A SU RESURRECCION

DESDE mayo de 1917, año en que tuve que dejar, con mi familia, mi ciudad natal, el Puerto de Santa María, en la maravillosa y mítica bahía gaditana, para instalarme definitivamente en Madrid, puedo decir, sin exageración, que elegí como mi gran vivienda el Museo del Prado. Yo, entonces, no era poeta, no había despertado aún a la poesía, creyendo ciegamente que sólo *iba* para pintor. Por eso, en cuanto llegué, quise primero dibujar, hacer *academias*, compartiendo mis visitas al Museo del Prado con mis mañanas del Casón, un precioso palacete del rey Felipe IV, en donde llegué a dibujar, aprendiéndolas de memoria, cuantas estatuas griegas y romanas se levantaban en sus salas. Cuando a los pocos meses me sabía el Casón con los ojos cerrados, quise probar cosa que me parecía más difícil: copiar algo en el Prado, yendo a elegir como primer ensayo un san Francisco muerto, atribuido a Zurbarán, que después fue retirado del museo. Quiero ahora recordar, repitiéndomela, la impresión que

tuve de la pintura clásica durante mis primeras visitas, acostumbrado, como estaba, a ver en mi pueblo andaluz sólo malas reproducciones en colores y algunos oscuros paisajes velazqueños colgados en casa de mis abuelos. Deslumbrado quedé de la luminosidad de los azules, los rojos, los blancos, los verdes, los intensos negros y tostados sienas que se me descorrieron de improviso en Tiziano, Tintoretto, Rubens, Velázquez, Zurbarán, Goya. . . Ante mí estaba, ahora, levantando sus enormes patas delanteras el inmenso caballote sobre el que se alzaba el principillo Baltasar Carlos, contra un cielo de azules transparentes y helados blancos guadarrameños. Ante mí se abría también aquella habitación, aquel taller en el que surgía de su área penumbra respirable aquella preciosa y frágil infantina doña Margarita, atendida por sus solícitas meninas, sus azafatas, doña María Agustina y doña Isabel de Velasco, junto a la gran enana Maribarbola y Nicolsito Pertusato, un enanillo italiano, que planta el pie en el lomo del perro adormilado, bajo la mirada de Velázquez, que levanta el pincel, ante un enorme cuadro que no vemos, mirando, seguramente al fondo, la aparición del rey Felipe IV con la reina, que retrata en el espejo que está a su espalda, en el mismo taller en donde ya ha pintado la escena familiar de *Las meninas*. Aquella visión primera del museo llenó mis ojos inocentes de imágenes esplendorosas, entre las que se entrelazaban las ninfas y bacantes de Tiziano con las diosas, repletas de anchos nácares y tornasoles, de Rubens, con las apariciones blancas de Zurbarán, los azufres incandescentes de El Greco, los evaporados de Murillo, las tenebrosidades y relampagueantes escenas populares de Goya. Desde 1917 hasta la insurrección militar de julio de 1936, el Museo del Prado había sido mi casa juvenil, la cita con las novias, con los amigos pintores y poetas, ya en esos años poeta yo, a partir de 1924, pero siempre apasionadísimo de la pintura.

Pero el Museo del Prado cerró sus puertas al público a partir de los primeros bombardeos de Madrid por la aviación franquista, cuyas bombas lo habían alcanzado, cayendo precisamente algunas en la sala de Velázquez, aunque la gran mayoría de las obras ya había sido evacuada a los sótanos, no muy profundos, del museo, que comenzó a ser la gran preocupación del Gobierno, de todo el Madrid intelectual y artístico que amaba y se enorgullecía de poseer una de las pinacotecas más ricas y asombrosas del mundo. También para la Alianza de Intelectuales Antifascistas, de la que yo era secretario con José Bergamín, el inmenso peligro que corría el museo era su mayor, su más permanente desvelo.

Madrid, hacia comienzos de aquel mes de noviembre, era ya una ciudad totalmente en guerra. El Gobierno había partido ya para

Valencia. En Madrid se había creado la Junta de Defensa, presidida por el general Miaja. Los artistas e intelectuales más viejos habían partido también, entre ellos nuestro gran poeta Antonio Machado. Sólo quedaba en Madrid, al lado de cierta población imposible de evacuar, el ejército, que se preparaba para defender nuestra capital de un casi asedio que duraría 27 meses. Y el museo aún estaba allí, esperando. Tarea inmensa, de una infinita responsabilidad. Pero un atardecer de ese mismo mes de noviembre, María Teresa y yo, con un permiso del jefe de Gobierno, Francisco Largo Caballero, entramos en el Prado para iniciar, con un primer envío, el salvamento de las principalísimas obras que el Ministerio de Bellas Artes de la República se proponía sacar de Madrid.

Ya se había recibido la orden de que ese envío lo compusieran dos de los cuadros más insignes y universales del museo del Prado: *Carlos V en la batalla de Mulberg*, de Tiziano, y *Las meninas*, de Velázquez. Nos recibieron dos milicianos armados. El gran museo estaba en soledad. En la larga galería central, más interminable que nunca, se veían sobre las paredes las huellas de los cuadros que habían sido ya descendidos a los sótanos. A ellos bajamos. En la sala de restauración nos aguardaba el subdirector del museo, con varios carpinteros y empleados, mostrándonos nuestra autorización del ministerio para iniciar la evacuación de las obras. Allí pudimos ver, en penumbra, *Las meninas*, que poco tiempo después, con el *Carlos V a caballo*, nos la enviaron a media noche a nuestra Alianza de Intelectuales para que nos encargásemos del envío. Dos inmensas cajas, sujetas por barrotes de hierro a los lados del camión que había de transportarlas, unidas fuertemente por entrecruzados barrotes de madera, levantaban un alto y extraño monumento, protegido por grandes lonas para preservarlo de la humedad y la lluvia. En un auto, milicianos armados del 50. Regimiento y motoristas de la columna motorizada custodiaron, carretera de Madrid hacia Levante, la histórica marcha. Comenzaban a borrarse los perfiles de la ciudad en el momento de partir. Noche aquella sin sueño.

"Motores. / ¡Alerta, milicianos! / Mientras por la interminable neblina / se van perdiendo *Las meninas* / y el *Carlos V* de Tiziano".

Cuando después de más de 39 años de exilio pude regresar a España, al llegar a Madrid lo primero que hice, como lo había hecho en 1917, fue correr al Museo del Prado. Conocía bien la aventura que habían corrido sus principales obras, regresando al fin a su hogar después de haber sido expuestas, con clamoroso asombro, en Ginebra. Me angustiaba por ver aquellas dos que habían salido en una noche oscura de guerra hacia Valencia, bajo nuestra respon-

sabilidad. El *Carlos V* de Tiziano se alzaba, más o menos igual, en un nuevo puesto del museo. Entré en las nuevas salas, provisionales, de Velázquez, perdido el aliento por ver *Las meninas*, colocadas de nuevo en aquella habitación aparte. ¡Dios mío! Si tristes y plomizas me habían parecido ciertas obras velazqueñas —*El príncipe Baltasar Carlos*, *Las lanzas*, *La visita de san Antonio Abad a san Pablo*—, me descendió el alma hasta el subsuelo cuando vi *Las meninas*, agonizantes bajo una espesa costra color ocre, que cubría todo el cuadro, unificándolo, sumergiéndolo en una sustancia de muerte. ¿En dónde estaba la infantina del traje chispeante, la graciosa sirvienta María Agustina, el lazo blanco y gris plata de sus cabellos, aquella tenuidad de armoniosos carmines y suavizados negros, aquel aire que iluminaba la penumbra del taller, donde el propio Velázquez surgía, pincel en alto, en el momento de crear una de las más sorprendentes obras de la pintura de todos los tiempos? Tristeza. Melancolía. Amarillenta oscuridad. Agonía sin fin. Lo dije al día siguiente, a un diario, en una entrevista: "Gran parte de la pintura española está enferma. Y en algunas obras de Velázquez hay signos mortales". Esto lo sabía bien la dirección del Museo del Prado, pero el franquismo se había interesado más en coleccionar, en juntar a los vivos que había matado en la guerra que en salvar tantas maravillosas cosas que estaban agonizando en el país. Y así, hasta estos días, y gracias al tesón de Alfredo Pérez Sánchez, director del museo, no se encontró el dinero, que tuvo que ofrecer generosamente una señora anciana inglesa, judía sefardita, para que *Las meninas* fueran arrancadas de su agonía y volviesen a resucitar, casi como eran, en lo posible, bajo la mano experimentada de John Brealey, el experto internacional más calificado, director del gabinete de restauración del Metropolitan Museum de Nueva York. Y ahora, después de las más largas polémicas en los medios artísticos nacionales, de las críticas más injustas y provincianas, que estuvieron a punto de hacer renunciar a Brealey de su compromiso, el trabajo del gran restaurador de *Las meninas*, con toda la documentación generada por el proceso de limpieza, se está exhibiendo en una sala provisional del Museo del Prado, pudiéndose contemplar la magna obra de Velázquez aún más esplendorosa y vital que cuando yo la vi, por vez primera, aquella mañana del mes de mayo de 1917, hace ahora mucho más de 40 años, recién llegado del Puerto de Santa María, mi ciudad natal, en la maravillosa y mítica bahía gaditana.

VII

EL LIRISMO DEL ALFABETO

Yo, desde muy chico, me sentí subyugado por las letras sueltas del alfabeto, por el abecedario, y luego, por la palabra escrita, pero no por su sonido, su significado, sino por la grafía, por la representación visual de las letras que componen cada palabra. Mucho antes de sumergirme totalmente en el mar de la poesía, las letras me pinchaban los ojos, me lastimaban las retinas. Cuando —1922— hice una exposición en el Ateneo de Madrid, entre las obras, muy de vanguardia que llevé, había una titulada *Friso rítmico de un solo verso*. Este verso decía: "Para la frente blanca de tu caballo blanco". Y era de un joven amigo mío, Celestino Espinosa, poeta que muy pronto dejó de serlo, terminando en su madurez como un conocido cronista taurino. Con ese verso yo quise representar gráficamente el ritmo cambiante, musical, según el salto, o respingo, que me sugería la acentuación de cada palabra, dándome por resultado una como sobresaltada composición lineal, muy parecida al zigzagado de un electrocardiograma. Luego, durante mucho tiempo, me olvidé de todo esto, aunque por debajo me seguían fascinando, comprobándolo al leer, las formas de las letras, su figuración tan llena de fantásticas sugerencias. En 1946, año en que terminó la Segunda Guerra Mundial, sentí que me golpeaba fuertemente mi primera vocación, porque sobre todo la nostalgia del Museo del Prado, en donde había vivido mis más jóvenes años, se me concretó en un libro de poemas titulado *A la pintura*, que me hizo volver a la experimentación de los colores y la línea, pero esta vez entremezclándolos con la palabra, es decir, con el verso y se me ocurrió un título: *Liricografía*, *liricograma*, que, aunque pudiera pensarse, no tenía nada que ver con el caligrama apollineriano. Hice muchas exposiciones en la Argentina y el Uruguay, con excelentes resultados, escribiendo, a veces, brevísimos poemas, para adaptarlos a mi estilo lírico-gráfico. Era ya, aunque yo no lo pretendiera expresamente, un autor de *poesía visiva*, que tanto se llegó a cultivar, más que nunca, en la posguerra. A todo esto, cuando en Argentina la situación se iba poniendo cada vez más peligrosamente militar, tuvimos que regresar a Europa, después del tercer allanamiento policial de mi casa. Y nos instalamos en Italia, en Roma, primero en la Vía Monserratto y luego en la Vía Garibaldi, en el corazón del Trastevere, barrio genial que viene a ser la capital de la ciudad de San Pedro. Yo llegaba ya cargado de unos deseos desasosegantes de aprender a grabar —solamente conocía un poco la

serigrafía—, pues me interesaba dar una consistencia más permanente a mis liricogramas, a mi decidido maridaje de la palabra con el signo. Y mi primer maestro fue un grandísimo estampador sardo, de apellido español, Renzo Romero. Con él aprendí diversos procedimientos de grabar: el aguafuerte, la punta seca, el aguatinta, la xilografía, el linóleo, la litografía y el grabado sobre plancha de plomo, técnica ésta la más fascinante y sorprendente de todas. Yo, paciente más que un monje miniador del medievo —un chino ítalo-arábigo-andaluz—, hice libros, de gran formato, manografiados por mí, con tiradas restringidas, de 10 o 15 ejemplares solamente: *X sonetos romanos*, con aguafuertes y grabados en plomo; *Los ojos de Picasso*, con dibujos al pastel y también grabados en plomo, *Corrida de toros*, con poema manuscrito y seis litografías; *Homenaje a Miró*, con caligrafía a la ténpera y sólo un grabado central en plomo también, etcétera. Al fin, en la V Rassegna d'Arte Figurativa di Roma —1966— me concedieron el primer premio de Grabado, realizado asimismo sobre plancha de plomo, procedimiento éste poco conocido, que me animó a usar el único artista que lo practicaba, el escultor Umberto Mastroianni, tío del gran actor cinematográfico Marcello Mastroianni, protagonista de tantas películas archipopulares.

...Pero el estudio de mi casa trasteverina se amplió, en aquel tiempo, con otro que tomé en lo alto de Anticolo Corrado, un pequeño pueblo maravilloso de los montes Sabinos, en la provincia del Lazio, famosísimo en el siglo XIX y comienzos del XX por sus bellas modelos. En la época en que yo llegué a Anticoli, las que quedaban ya eran viejas, pero aún se podía comprobar lo lindas que habían sido y lo hermosas que eran las muchachas anticolanas descendientes de aquellas abuelas y bisabuelas, retratadas en tantos cuadros y alegorías y, sobre todo, en la fuente Essedra de Roma como ninfas desnudas, audaces y graciosas, abrazadas a caballos u otros animales, recibiendo el chorro de agua más plateado y refrescante de todas las fuentes romanas. Yo estoy contando ahora aquí lo que me contaron, como también que en Anticoli existía aún una bella anciana, muy conocida, que fue modelo de Auguste Rodin, porque ella creo que posaba en la Academia de Francia en Roma, en la Villa Medici, en cuyos jardines pintó Velázquez dos cuadrillos extraordinarios que se conservan en el Prado y que vienen a ser casi los abuelos del impresionismo. Parece ser que un día nevado de invierno, en que se encontraba junto al gran escultor francés, le oyó decir: "Qué hermoso sería ver tendida sobre esta nieve una mujer desnuda". Y entonces, aquella hermosa modelo anticolana se apresuró a contestarle con toda naturalidad: "Maestro, yo deseo dar a

usted ese gusto". Y, desnudándose, se tendió sobre la nieve inmaculada del jardín.

Anticoli Corrado, además de hacerse famoso por la belleza de sus modelos, lo fue también por los grandes pintores que lo visitaron o permanecieron trabajando en los entonces numerosos estudios que había en el pueblo. Subiendo del Valle del Aniene, largo y estrecho río afluente del Tevere, alcanzó un día aquella altura anticolana Corot, el maravilloso "pintor de domingo" francés que tanto amó los paisajes romanos. Otro nombre que se recuerda en el pueblo es el de Boeklin, el creador fantástico de *La isla de los muertos*; también el del escultor Mechtrovic y, entre los penúltimos visitantes, el nombre de Kokoschka, así como también el de muchos artistas de la Academia española de Bellas Artes de Roma. Anticoli Corrado, hoy, no ha perdido del todo la tradición, aunque su edad de oro fue en la época en que los pintores no habían hecho desaparecer de sus lienzos la figura humana, sustituyéndolas por esas divagaciones abstractas, lejos de toda figuración. En la época en que yo llegué a Anticoli tenía su estudio veraniego un excelente pintor inglés, Inlander, muerto no hace mucho, y otro, español, también fallecido recientemente, Mariano Villalta. Queda aún en Anticoli Corrado un extraño y constante pintor, nacido allí, Enrico Gaudenzi, con una bellísima casa señorial en la ladera de la montaña, desde la que se divisa parte del Valle de Aniene, con los pueblos de los Abruzzi al fondo, y el inalcanzable y mágico Cervara di Roma, camino del monasterio de Subiaco, fundado por san Benito y donde se estableció la primera imprenta de Italia. Guardo de Enrico Gaudenzi la visión de aquellos objetos, siempre los mismos, difuntos, que entonces pintaban: una granada reseca, dos arenques completamente metalizados, unas abiertas o cerradas tenazas, dos grandes muñecos articulados, y una enorme muñeca de papel pintado de unos cuatro o cinco metros de altura. Al hablar ahora de Gaudenzi me acuerdo también de Sergio Selva, otro buen pintor anticolano, también desaparecido hace ya tiempo. Por el año en que yo tomé aquel estudio —un gracioso jardinillo agobiado de enredaderas, cuatro malvas reales, una higuera rampante hincada en uno de los muros, un viejo olivo en el centro y una sigilosa hilera de audaces y minúsculos ratones campesinos que entraban y salían de él por un agujerito bajo que había en la puerta—, ya me encontraba yo, más que nunca, alucinado por las letras del abecedario. Un nuevo galerista de Roma, que iba a inaugurar un gran palacio de exposiciones —la Galería Rondanini— me había aceptado la propuesta de crearle un gran alfabeto —50 láminas en total— realizado con las

más diversas técnicas de estampar. La carpeta se titularía *El lirismo del alfabeto*. Me había vuelto la obsesión de las letras. Desde hacía tiempo que sentía como si me atacasen enceguecidas en la noche, cercándome durante el día, tomándome realmente los ojos al asalto, arrancándome el sueño y arrojándome violentamente de la luz a la sombra, de la sombra a la luz, en un claroscuro constante. Yo sabía que Rimbaud le había dado color a las cinco vocales. Pero a mí cada letra —todo el alfabeto— se me exaltaba en un color, se me hacía visible, hasta casi poder tocarlo, su sonido. Era lo mismo que un ejército invencible, en el que las iniciales se alzaban como los jefes de las palabras, unas torres mayúsculas, altos capitanes que en una batalla sin fin, entrelazados, provocaran desde hacía siglos todas las conmociones, desde las más ligeras hasta las más profundas, del ser, del pensamiento. Y dibujé el alfabeto: 25 mayúsculas grandes en color, inicial cada una de una palabra en italiano. Así: A(more), B(ottiglia), C(aterna), D(iavolo), E(ros), F(iore), G(allo), H-, I(ra), J(ota), K-, L(ibertà), M(are), N(otte), O(cchio), P(ace), Q(uercia), R(ivoluciones), S(irena), T-, U(ccello), V(ittoria), X-, Y(o), Z(iz-zag). Cada una de estas mayúsculas iba acompañada de una serigrafía en blanco y negro en la que se repetían, entre múltiples signos y arabescos, palabras, tanto en español como en italiano, que comenzaban con la misma letra de la mayúscula en color. Franco Toppi, genial e imaginativo estampador, ya desaparecido, durante todo el año 1972 realizó aquel trabajo que yo pacientemente había dibujado en Anticoli. Pintura, poesía, caligrafía y música —hojas, estrellas, flores— lucían en aquellas láminas como en un solo ramo.

Cumplía yo mi 70o. aniversario. Del brazo de Joan Miró, que se encontraba en Roma, entré en la Galería Rondanini, para inaugurar mi exposición, titulada *La palabra y el signo*, en la que se exhibía, desplegado en una rutilante y prodigiosa sala, *El lirismo del alfabeto*, toda la paciente obra de ese chino-italiano-arábigo-andaluz que soy yo.

Cuando muy pocos días después volví a Anticoli Corrado, al entrar en la cocina de mi estudio vi cómo cinco o seis ratones, dentro de una gran sopera de loza blanca, luchaban, resbalando, por salir del fondo chorreado de aceite que había dejado como trampa, según consejo eficaz de una vecina. Cogí la sopera, y a todos aquellos encantadores ratoncillos pringosos los solté con vida por una escalerilla del jardín que bajaba a un callejón, camino del campo. Ni qué decir tiene que a los pocos días los volví a ver entrar, ya todos muy aseados, por el mismo agujerillo de la puerta de mi aco-

gedor estudio. Pero yo estaba muy contento. No me pude dormir, porque a la noche escuché, maravillado, cómo todas las letras de mi alfabeto cantaban en todas las antenas.

JERUSALEN Y MEXICO: CONVERGENCIAS ARQUETIPICAS

Por *Gutierre TIBON*

Los adeptos a las tres grandes religiones monoteístas: judíos, cristianos y musulmanes —parte conspicua del género humano que venera al Dios de Israel— considera a Jerusalén ciudad sagrada; los primeros fieles a una tradición tres veces milenaria, por ser la capital de su patria; los demás por los lazos místicos con Jesús y Mahoma. En la cosmología hebrea Jerusalén es el centro del mundo. Dice el profeta Ezequiel: *"Así ha dicho el Señor Yabvé; esto es Jerusalén, pú sola en medio de las gentes y de las tierras alrededor de ella"*. (Ezequiel 5,5). ¿Hay que entender que Jerusalén ocupa el lugar central en medio del disco terráqueo? Esta es la interpretación que dieron al versículo los antiguos exegetas judíos; y así se representa en la cosmografía cristiana durante la Edad Media. Un exegeta cristiano exalta poéticamente a la ciudad santa: *"En Jerusalén soplan todos los vientos del mundo. Todo viento, antes de cumplir con su misión, viene a la ciudad santa para inclinarse frente al Señor"*.

Se sabe que Flavio Josefo, aludiendo a Jerusalén, en lugar de "centro" usa la palabra griega omphalós, "ombliigo", metáfora singularísima, porque el omphalós de los helenos es una piedra, o sea la representación pétreo del centro. La documentación onfálica de Israel es muy amplia. En la Biblia se nombra al monte Gerizim "ombliigo del mundo, tabbur eretz". La ciudad más frecuentemente mencionada en el Antiguo Testamento es, después de Jerusalén, Betel, "casa de Dios". De acuerdo con la tradición, el santuario de Betel se erigió en el punto exacto en que Jacobo vio en sueños la escalera que une la tierra con el cielo; la piedra que le sirvió de almohada era el ombliigo de la tierra. El ombliigo, símbolo inmaterial o pétreo, corresponde al centro cósmico donde es posible la comunicación con las alturas en las cuales mora Dios.

Estamos en presencia de un arquetipo planetario; a enormes distancias de espacio y de tiempo encontraremos los mismos conceptos místicos en la capital de Israel y en la de México. Así la sílaba central del nombre de la ciudad que fue la más grande,

culta y hermosa de la América precolombina es XI, apócope de *xictli*, voz que significa precisamente "ombligo"; la sílaba final, CO, es "lugar", como en Taxco, Acapulco e innumerables nombres más; la primera sílaba ME, representa *metzli*, la 'luna, reflejo de la tierra; pero en varios idiomas indígenas la capital del imperio azteca es llamada "Ombligo del mundo". Pero hay más: la identidad conceptual de la Piedra de Fundación, *ombligo* en Jerusalén y en México. De la de Jerusalén, Even ha-Shetiya en hebreo, dice el Zóhar que grupos de ángeles y querubines revolotean sobre ella; desde ahí la bendición divina alcanza todo el mundo. En el alba los querubines despliegan sus alas y se puede escuchar, tenue e infinitamente dulce, la melodía de su aleteo.

Conviene recordar que la Piedra de Fundación es la roca más pequeña sobre la cual se levanta la cúpula llamada Kubat el-Arwan, "Domo de los Espíritus", en la cumbre del monte Moriah: una de las alturas del monte Sión consagrado desde tiempos inmemoriales a la adoración de Dios. Ahí David erigió un altar y Salomón construyó el más famoso de los templos del monoteísmo. La Piedra de la Fundación de México tiene también una relevancia mística tal, que la convierte en elemento básico de su jeroglifo azteca, emblema de la ciudad que ha dado su nombre a todo el país. Ahora es el escudo de México, el que admiramos en el campo blanco de su bandera, lazo de unión entre el mundo prehispánico y el pabellón moderno. Pero hay más: la piedra, como la de Jerusalén, descansa simbólicamente sobre el agua; además se plasma fonéticamente no sólo en la segunda sílaba de México, sino en la primera de Tenochtitlán, segundo nombre de la capital azteca: *te(tl)*, "piedra". Arriba de la Piedra de Fundación está el árbol mágico de los corazones humanos, el nopal, sobre el cual se posa, en señal de alianza y protección, el Aguila-Sol. Como en Jerusalén, la piedra-ombligo, centro del mundo, representa la comunicación entre el ámbito terrestre y el más alto de los cielos, asiento de la deidad creadora. Con razón en el templo Mayor de México había un adoratorio especial consagrado al Tlalxicco, ombligo del mundo.

Me ha parecido oportuno recordar las imponderables afinidades —que me atrevo a llamar arquetípicas— entre México y Jerusalén, en esta fiesta del espíritu que significa la reunión, en esta antigua ciudad de América, de los amigos de la universidad de Jerusalén.

REPENSAR EL MARXISMO, REPENSAR LA SOCIEDAD

Por Joaquín SANCHEZ MACGREGOR

† Al Maestro Silva Herzog, memorable en vida y pensamiento.

1.

PARA BIEN o para mal, la confrontación entre marxismo y no-marxismo define la época. Sea que funcione a los niveles antagónicos de los bloques de países enemigos, en la arena internacional, o que se de en los marcos tradicionales de la filosofía académica, razonables por definición, o en los grados diferentes de belicosidad manifiestos en las actividades de la vida diaria institucional; esto último en los países capitalistas, sobre todo, porque en los mal llamados socialistas se reprimen las libertades políticas y los derechos humanos imposibilitando, en consecuencia, el no-marxismo, pero también, si bien se ve, el desarrollo del marxismo verdadero, antidogmático.

Como la importancia ideológica del marxismo depende, en nuestros días, de muchos factores reales de poder político-económico, de lucha de clases y anticolonialismo creciente, conviene señalar tales factores en su rol de obstáculos al progreso del marxismo. En efecto, la hostilidad declarada del poder imperialista contrario, ¿no lo predispone a la desconfianza por los intentos renovadores producidos por una imaginación desprejuiciada?

De aquí salen pues pros y contras al hecho innegable que puede expresarse con las palabras de Heidegger y Sartre:

...la visión marxista de la historia supera a toda la restante historia-ción (...deshalb ist die marxistische Anschauung von der Geschichte aller übrigen Historie überlegen.)¹

¹ Martín Heidegger, *Carta sobre el "humanismo"*, 1946. Tr. A. Wagner de Reyna.

...je considère le marxisme comme l'indépassable philosophie de notre temps...²

No se trata, desde luego, de adentrarse en los intrínquilos heideggerianos del *destinarse* (*Geschichte*), a diferencia de la *Historie*. Tampoco de ubicar la *indépassabilité* sartreana del marxismo en su contexto extrafilosófico. Se trata, simplemente, de que no es posible ignorar el marxismo en un planteamiento científico del problema a elucidar, so pena de caer en una pseudotecnificación operacional o en aquel cientificismo huero denunciado en varios de sus libros por el Premio Nóbel de Economía Friedrich von Hayek.

2.

DENTRO de esa visión marxista de la historia que supera a todas las restantes, no cualquier visión marxista, sino precisamente la de los fundadores, hay grandes temas apenas enunciados que permanecen sin desarrollar, lamentablemente descuidados. Uno de esos temas, englobante por naturaleza, es el de la participación, cuya prioridad salta a la vista en los discursos legitimadores que abundan en las democracias occidentales, abarcando también formas de comunicación social y cultura en una sociedad de masas. En fin, cualquier intelectual que se precie de progresista, incidirá en el tema de la participación como mecanismo de valor democrático.

Según puede apreciarse en la Figura 1, se intersecan en un encaje sistémico (inclusive con zonas comunes) los subsistemas sociales político, económico, cultural, de manera que no conviene plantear las estrategias comunicacionales aisladamente, pero quizá sea peor ignorarlas, lo cual acontece en el discurso marxista estereotipado.

Hay una triple meta del esfuerzo participativo:

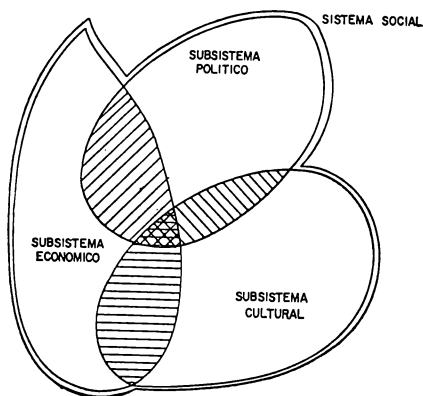
- La extinción gradual del Estado como poder represivo.
- El salto al reino de la libertad.
- La transformación de las masas trabajadoras en el sujeto de la historia.

Aún cuando se trate de una estructura única, totalizante, sus elementos gozan de cierta independencia entre sí, por lo que atañe, sobre todo, a su realizabilidad mediata o inmediata. Es evidente,

² Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique*. (Préface) 1960.

por ejemplo, que el Reino de la libertad³ está fuera de nuestro alcance *hic et nunc*, considerándolo como plenitud o pleroma de la historia. Al tecnificarlo de acuerdo a una estrategia de objetivos a diferente plazo, se desmistifica desabsolutizándose, con lo cual se vuelve viable, relativizado en sí mismo y en función de cada uno de los subsistemas mencionados.

No obstante, a pesar de que los propios fundadores reconocían como incompatibles los conceptos de "Estado" y "libertad",⁴ se continúa insistiendo, por parte de los ideólogos marxistas, en el progreso democrático de la mal llamada "dictadura del proletariado",⁵ con respecto a las "democracias burguesas". De tal suerte, sólo se consigue desalentar los estudios marxistas de la teoría del Estado,⁶ los que se pudieran hacer con base en proyecciones prospectivas.



³ Marx, *El capital*, libro III, sección 7a.

⁴ "...tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir". F. Engels, "Carta a Augusto Bebel" (1875), en Marx-Engels, *obras Escogidas*, T. I Moscú, Edic. en Lenguas Extranjeras. 1952.

⁵ Es sabido que hay una creciente oposición al uso de este engañoso concepto, por parte de las agrupaciones de izquierda, en el mundo entero.

⁶ V. Marcos Kaplan, *Estado y Sociedad*. México, UNAM, 1978; "La teoría del Estado en la América Latina contemporánea; el caso del marxismo", revista *El Trimestre Económico*. México, abril-junio 1983.

También se empaña el examen de los hechos con otro de los tabúes marxistas: la idea, profundamente demagógica, de que la historia la hacen los trabajadores. Olvidan que las batallas las dan los ejércitos pero acatando las órdenes y planes de la oficialidad. El pueblo trabajador ha levantado ciudades y monumentos conforme a los diseños de una élite constructora. Igual en el caso de la civilización entera. No debe confundirse "legitimación" o "ejecución" con "decisión". La historia económica, política, cultural pone en juego todos estos niveles cuyo peso específico no da lugar a dudas. En todo caso hay que evitar la reducción a extremos inaceptables, antidualísticos: ni la historia como hazaña de héroes individuales, ni las clases forjando una historia a la cual asiste sin tener acceso a la toma de decisiones. Claro está que los análisis e interpretaciones de las esferas decisorias en cada subsistema, tienen que atender a los movimientos institucionales, a los condicionamientos varios y dinámicos o a lo que Sartre llamaría *ensembles pratiques*, los cuales se polarizarían en las decisiones de una élite cultural, política, económica, moviendo y movilizando masas en torno de esas decisiones configuradas, muchas veces, en bienes concretos, materiales o simbólicos.

3.

SI el marxismo/paramarxismo/antimarxismo constituye el horizonte ideológico, cuando prima, explícitamente, una ideología, caen por su propio peso los elementos de tensión protagonistas de la crisis actual. Lo que es materia controvertible es el papel que se les atribuye.

Para nadie es un secreto que el destino de nuestro planeta está seriamente amenazado, y no sólo por la contaminación material, sino por la política. Quien dice contaminación política alude implícitamente a la social, esto es, al sistema social incluyendo al político, con lo cual se comprende que las crecientes amenazas de guerra termonuclear zapan y destruyen por anticipado aquello mismo que quisieran conservar: la civilización.

No en balde un libro de Toynbee se llamaba *Civilization on trial* (1948). En él, hace treinta y cinco años, está ya la época actual:

Las contradicciones y paradojas en la vida del mundo de nuestro tiempo (...) aparecen también como síntomas de una seria enfermedad social y espiritual, y su existencia —que es uno de los rasgos

ominosos del paisaje de la historia contemporánea— es otra indicación de que debemos tomar la más desagradable de nuestras alternativas como una seria posibilidad, y no sólo como una broma pesada.⁷

En su breve, pero importante teoría de la cultura,⁸ George Steiner se pregunta si estaremos viviendo en el *Arschloch der Welt*, en la cloaca del mundo. Y Koestler puede iniciar su testamento espiritual diciendo:

“Si se me pidiera que citase la fecha más importante de la historia y prehistoria de la raza humana, contestaría sin vacilación: el 6 de agosto de 1945. La razón es sencilla. Desde el alborar de la conciencia hasta el 6 de agosto de 1945 el hombre hubo de vivir con la perspectiva de la muerte en tanto que *individuo*; a partir del día en que la primera bomba atómica eclipsó el sol en la vertical de Hiroshima, la Humanidad en su conjunto ha tenido que vivir con la perspectiva de su extinción como *especie*”.⁹

En términos menos dramáticos, se trata de una situación problemática de desarrollo¹⁰ donde se restringe la búsqueda de alternativas a dos igualmente inaceptables:

- Alternativa antimperialista
- Alternativa de supuesta convivencia pacífica entre y con los polos del poder mundial.

antiyanqui

antisoviética

4.

No se requiere mucho esfuerzo para percatarse de que son inmaximizables (que todo cambie para que no haya cambio) las posibles decisiones derivadas de dichas alternativas. Sólo una “situación revolucionaria” que le hiciera honor a la frustrada Estasiología o ciencia de las revoluciones, de Jean Baechler,¹¹ y a la

⁷ Arnold J. Toynbee, *La civilización puesta a prueba*. Buenos Aires. Emecé. 1949, pp. 150-151.

⁸ George Steiner, *En el castillo de Barbazul*. Madrid, Guadarrama. 1976. p. 50.

⁹ Arthur Koestler, *Jano*. Madrid. Debate. 1981, p. 13.

¹⁰ Russell L. Ackoff, *Scientific Method: Optimizing Applied Research Decisions*. New York. John Wiley and Sons. 1962.

¹¹ Jean Baechler, *Los fenómenos revolucionarios*. Barcelona, Península, 1974.

instauración de un nuevo paradigma en los términos de Kuhn,¹² sería capaz de suministrar los elementos de una renovación auténtica de las decisiones, optimizable, apoyada en alternativas diferentes de cambio tan concreto y confiable como para conducir:

- A la proscripción y destrucción de las armas nucleares.
- A la radicalización o arraigo de la libertad que equivaldría a la instauración *de facto* de los derechos humanos.

Las estrategias antinuclear, en su aspecto bélico, y libertaria son inseparables, sea que se consideren en su valor instrumental o de objetivos a largo plazo. Su reducción al papel de consignas estereotipadas, carentes de contenido e, inclusive, de estímulos movilizados, constituye una prueba más de ese otro lado de la crisis más próximo: la de la intelectualidad de izquierda, si por esto ha de entenderse, en las ciencias humanas y filosóficas:

...una actitud mental caracterizada por el racionalismo radical del pensamiento, por la lucha decidida contra toda mitología en la ciencia, por la implacable laicización de la concepción del mundo, por un amplio criticismo, por una gran desconfianza frente a las doctrinas construidas y los sistemas cerrados y por una inspiración a la apertura en el pensar...¹³

Obviamente, esta caracterización no es descriptiva, sino normativa. Formaría parte de un programa a seguir para racionalizar/razonar la historia presente, intentando, en consecuencia, la salvación futura.

5.

ESTE programa radical, en todos sentidos, ha de librarse de los planteamientos ambiguos y las tortuosidades manifiestas en la situación conservadora que se vive cuya norma, la voluntad de poder económico, político, cultural, da por resultado una "normalidad" antidemocrática por excelencia.

El concepto de "normalidad" se obtiene de Kuhn¹² al hacerlo extensivo a las instituciones de cada uno de los subsistemas principales: al subrayar, sobre todo, los procesos conductuales de poder

¹² Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*. México. FCE 1971; *La tensión esencial*. México, FCE. 1982.

¹³ Leszek Kolakowski, *El hombre sin alternativa*. Madrid. Alianza Editorial, 1970, p. 22.

que culminan con actos decisorios "verticales", esto es, decisiones de política cultural, económica y estrictamente política (cabe apelar a la autorreferencia lógica) que se toman en las cúpulas correspondientes, de arriba a abajo, respondiendo a la definición bungiiana de poder.¹⁴

Así se pone en obra la democracia-ficción en que consiste la historia universal desde las teocracias antiguas hasta culminar en los "caudillismos" tercermundistas sustentados o no en un régimen de derecho.

Se aclara este "poder", cuyo uso o abuso es la norma de la democracia-ficción en cualesquiera de sus niveles, si se acude a un modelo inspirado en Newcomb,¹⁵ ladeándolo, graficándolo de lado y verticales en vez de horizontales, los polos de la comunicación del poder político, cultural, económico (social, en suma). Véase, en el anexo de la ponencia, la figura 2 que al aplicar un modelo comunicacional simple al fenómeno del poder interseca sectores del conocimiento (en este caso: politología, teorías de la comunicación, de sistemas, de la decisión, etc.) y, desde luego, los procesos sociales correlativos.

En la figura 2 se concentra el poder en el decisor A que lo transmite (impone, en realidad) al súbdito B colectivo o individual, en cualquiera de los tipos X de decisión, orden o estrategia conductual socializada.

El flujo AB es unidireccional porque se trata de representar las relaciones desiguales, asimétricas, del poder, propias de la normalidad institucional de la democracia-ficción.

La concentración del poder simbólico o cultural, económico y político se da a lo largo de la historia en un marco restringido de alternativas cuyas decisiones (no se diga las simples preferencias¹⁶ poseen entonces un vicio de origen, una escasa decidibilidad,¹⁶ algo así como el pecado original o mal histórico. Se trata del reino de la necesidad⁹ que, desde luego, afecta poco a los decisores A de la fig. 2. Al escudarse tras de una plusvalía cultural, económica y política, las consecuencias de sus decisiones recaen en B para todo lo que sea signo de la explotación: desde las guerras de expansión hasta la insalubridad, y el hambre y el posible holocausto nuclear,

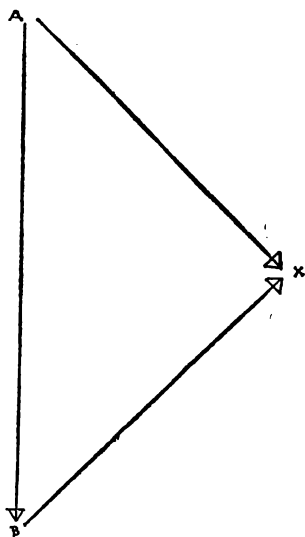
¹⁴ El poder como un sistema social de relaciones desiguales, asimétricas, donde "la influencia en una dirección es mucho más relevante que en la dirección opuesta". Mario Bunge, *Treatise on basic philosophy*, vol. IV *A world of systems*. Dordrecht-Boston, Reidel 1979, p. 225.

¹⁵ Theodore M. Newcomb, "Un enfoque del estudio de los actos comunicativos" en *Comunicación y cultura*, vol. 1: *La Teoría de la comunicación humana* (Alfred G. Smith, compilador). Buenos Aires. Nueva Visión. 1976.

¹⁶ D. J. White, *Teoría de la decisión*. Madrid. Alianza Editorial, 1972.

pasando por el analfabetismo o la escasez (*rareté*) de que habla Sartre en la *Crítica de la razón dialéctica*.

Ahora bien, si se "generaliza" el problema de la democracia-ficción con que se denomina este proceso de decisiones acumuladas en A, será un indicio de que el género humano está en condiciones de resolver dicho problema con lo cual se conjurará la amenaza de extinción.



6.

Aquí se define lo político como un sistema social de poder, esto es, de relaciones desiguales, asimétricas, en el cual "la influencia en una dirección es mucho más relevante que en la dirección opuesta" (Bunge). Y lo económico: sistema intersacado de producción, circulación y consumo de bienes materiales, donde priva la canjea-

bilidad puesta a precio, la mercantilización, el valor de cambio, la plusvalía.

La democracia-ficción político-económica encarna, sobre todo en el Leviatán moderno: el Estado, capitalista o "socialista", cuyas mediaciones democratizantes, de carácter preferentemente verbal, no tocan los centros de poder en la cúpula. Las instituciones democráticas mantienen el poder a salvo de las mayorías privatizándolo, a veces, con exceso, según ocurre con el presidencialismo mexicano u otras formas de gobierno del Tercer Mundo.

El sufragio universal y la representación política originada en las urnas electorales sólo alcanzan a legitimar las decisiones que se toman en la cúpula, las cuales constituyen los marcos de referencia del destino cívico e inclusive del familiar, del porvenir mediato o inmediato de los pueblos. La ley es, entre otras cosas, el marco institucional de las relaciones de dominio. Las prestaciones y beneficios, las conquistas laborales, los derechos democráticos, tampoco alteran el modelo básico del Poder, manteniéndose incólume su estructura asimétrica que consta de "grupos decisorios/masas manipulables".

La prepotencia desvirtuadora, enajenante, propia del Poder es llevada a su máxima expresión en los países del Tercer Mundo carentes de una tradición democrática, con aspectos antieconómicos irracionales, debidos a la privatización ilegal de los bienes públicos expuestos al saqueo de sus "detentadores", que debieran ser sólo sus administradores.

7.

EN la democracia-ficción cultural se trata del poder simbólico, de la cultura *stricto sensu*, no de la que se identifica, en el enfoque antropológico, con el sistema social en su conjunto, sino de la que se define en el trabajo cultural (considerado éste como "modificación de funciones cerebrales"¹⁷), tal como se manifiesta en la producción y realización de los mensajes artísticos, sean de arte culto, de masas o populares, también en la investigación científica, en la educación, en el periodismo de cualquier clase, independientemente del mérito social o individual del mensaje.

El modelo de comunicación cultural tiene que representarse, en las democracias-ficciones, como una línea unidireccional que va de un comunicador A, con su posible dependencia de la fuente emisora,

¹⁷ Mario Bunge, *op. cit.*, p. 198.

al receptor B que aprende a descodificar el mensaje, mas no a producirlo o reproducirlo, o a colaborar en la emisión intercambiando voluntariamente de roles.¹⁸

Se trata de un modelo consumista, análogo al que prepondera en la democracia-ficción politicoeconómica; inspirado, en el capitalismo, en el lucro, mientras que en el "socialismo" lo importante es el consumo ideológico; así pues, dos diferentes tipos de plusvalía explotan, cada una a su manera, a los beneficiarios del negocio y/o prestación cultural.

8.

DE la democracia-ficción a la democracia real mediante el acceso previsto a la toma de decisiones políticas, económicas, culturales. Hay modelos conceptuales que apuntan en esta dirección, desde las utopías sociales clásicas hasta los escenarios ideales de la teoría de sistemas y la prospectiva.

Sin embargo, no es tan fácil instrumentarlos, ni tampoco motivar la decisión sobre el acceso a la toma de decisiones. No se trata de un caso de ingeniería de operaciones o de la búsqueda de políticas minimaximalizadoras. Se trata de modelos concretos de poder alternativo destinados, entre otras cosas, a aminorar los estragos del Poder y a la búsqueda de su sustitución por un Contrapoder capaz de la autocrítica indispensable a fin de luchar por su desaparición.

Están a nuestro alcance la tecnología y los modelos conceptuales para poner en obra el acceso a la toma de decisiones. Lo cual no ocurriría, en cambio, con los propios recursos humanos, si el Estado fuera malo por naturaleza, como parece. Y conste que tales recursos constituyen la base y la meta de la revolución genuina.

La "naturaleza" del hombre moderno se da en función del Estado. Al viciarse éste, inevitablemente, el hombre resultará también malo por naturaleza. Es el mal social avizorado por Rousseau gracias al cual, y a Hegel, sabemos que el hombre no puede ser moralmente bueno si no vive en un Estado bueno.

¿Es posible, entonces, que un agrupamiento político de oposición se salve del mal primordial superando las tentaciones de la

¹⁸ Joaquín Sánchez Macgregor, "Modelos consumistas y participativos de comunicación", ponencia inédita presentada en la II Reunión Nacional de Investigadores de la Comunicación (México, 1982). También Joaquín Sánchez Macgregor y Carlos Gómez Figueroa, *Filosofía y sistema de la extensión universitaria*. Modelo UNAM. México. UNAM, 1981.

voluntad de poder? La respuesta sería negativa, si se atiende a la praxis real de tales partidos y a la experiencia de las revoluciones "socialistas".

Hay gobiernos menos malos, pero el Estado o cualquier otro poder público paraestatal, no puede conquistar lo universal porque está hecho, en lo fundamental, de un Poder que es, ante todo, desigualdad. Le estará vedado el acceso a lo universal a menos que lo instrumentalice instrumentalizándose a sí mismo hasta hacer posible el planteamiento de su disolución necesaria.

Parte de esa instrumentalización serían las mediaciones electorales y de control en los niveles politicoeconómicos, ajustables a los modelos auténticamente revolucionarios de una izquierda verdadera que comenzaría por redefinirse a sí misma, en conformidad con los nuevos criterios decisorios.

Se implantarían, en pleno aquelarre y para terminar con él, soluciones óptimas para la participación, con vías a la extinción gradual del Estado o de cualquier poder equivalente, en las esferas del poder politicoeconómico y simbólico; la paideia comunitaria funcionaría a base de realimentación (feedback, según consta vgr. en Karl W. Deutsch¹⁹) en "circuitos" que estarían reactivando permanentemente la creatividad y ¿por qué no? la recreación el pasatiempo.

La estimulación lúdica, cien por ciento imaginativa, contribuiría a la formación del *hombre total* aludido por el joven Marx. Lo opuesto al robot del mundo actual, trátese del ideologizado o del mercantilizado. En conclusión: al actualizar el discurso sobre el poder, se repiensa el marxismo y la sociedad, rebasando el simple discurso anticapitalista al programar el acceso a la toma de decisiones que, a la vez, abrirá las puertas de la democracia. Entonces, y sólo entonces se permutarán los roles de AB (fig. 2) en los subsistemas sociales: cultura, política, economía, configurándose la transformación revolucionaria con una flecha de doble dirección entre AB.

Lo que resulta claro es que ante la magnitud del reto nuclear, deben replantearse las categorías fundamentales²⁰ que constituyen el horizonte ideológico-filosófico de la época, nuestra cosmovisión.

¹⁹ Karl W. Deutsch, *Los nervios del gobierno*. Buenos Aires. Paidós. 1971.

²⁰ "No existe ningún aspecto de la sociedad contemporánea que pueda ser analizado a la luz de los paradigmas teóricos heredados de los clásicos, independientemente de su enfoque (marxista, liberal, estructural-funcionalista). Es cierto que el estudio de cualquier aspecto no permite eximir la herencia cultural que recibimos de la teoría sociológica, pero todos requieren de nuevas síntesis". Fernando Henrique Cardoso, discurso inaugural del X Congreso Mundial de Sociología, agosto 1982.

LA MODERNIDAD DE LA NOVELA HISPANOAMERICANA

Por *Fernando BURGOS*

Lo que perdura en la obra [es] lo que escapa
muchas veces la red de la palabra misma.

Herrera y Reissig, *El círculo de la muerte*

Clasificar no es entender

Octavio Paz, *El arco y la lira*

ILUSORIO llamó Lezama Lima al intento de diseminar la comprensión del arte y la cultura hispanoamericanas en generaciones. Un concierto, más bien, nos recuerda Carpentier al reescribir una cosmogonía barroca proyectada desde esa imagen extraña, mixta en que la olorosa pitijaya americana unge la mano de la mitología griega y los centauros se confunden con las jutías. Fábula libresca y maravilla americana. Asombro que se prolonga desde *Espejo de paciencia* a *Concierto barroco*, verdadero espacio voltaico de la expresión americana como quería Lezama Lima.¹ Herederos de una tradición greco-latina y anclados a raíz indígena, la heterogénea reunión que captó la atención de José A. Silva: el ídolo quichua y la estatuita griega de mármol blanca. Espacio sincrético desenvolviéndose en una expansión de cruces, de reencuentros, de asimilación y búsquedas, de viaje al centro de lo americano, a la creación brutal, exuberante de la selva y placer del regreso al centro de la ciudad moderna. Señales contradictorias del peculiar modo creativo de la modernidad hispanoamericana.

El complejo desarrollo de la novela hispanoamericana moderna resiste la inscripción de una cronología. Su constante es más bien la

¹ Las afirmaciones de Lezama se encuentran en "interrogando a Lezama Lima", *Recopilación de textos sobre José Lezama Lima*. Selección y notas de Pedro Simón (La Habana: Casa de las Américas 1970), p. 39.

arbitrariedad de una imprecisión, una geología narrativa plural, deseosa de convertir la novela en poema y la palabra en juego; telúrica pero no geográfica, espacial pero no inesencial; revitalizada en la captación sincrética de sus procesos culturales, sensitiva a la búsqueda de un encuentro de vertiente mítica, originaria y utópica. Describir su desarrollo requiere primero del trazado metafórico de una escritura como modalidad dinámica de cruces y distanciamiento, anacronismo y novedad; asimismo, la conceptualización de una escritura como eje y los caracteres de su extensión modal. Recurrir al concepto de modernidad para describir la naturaleza del desarrollo de la novela hispanoamericana implica tanto la comprensión totalizadora de un despliegue cuyo denominador común se llama escritura como la visión parcial y prístina de sus rasgos diferenciales, es decir, los distintos modos de su extensión. En la dialéctica convergente de modos y escritura se sitúa el proceso de la modernidad de la novela hispanoamericana.

Si en relación al curso que ha seguido la novela hispanoamericana se sostiene la idea de un *continuo moderno* cuyo desarrollo no es la homogeneidad que se espera del desenlace de una escuela o periodo sino la múltiple presencia de modos que han diversificado y enriquecido el acontecer de toda una escritura, difícilmente podrá entonces mantenerse la estrictez de una separación que escinde la naturaleza dinámica de una sensibilidad a fijeza. Y sin embargo, corriente se ha hecho la traducción de una historia de la novela hispanoamericana a hiatos. La proliferación de divisiones como las siguientes: novela modernista, postmodernista, indigenista, realista, neo-indigenista, criollista, telúrica, novela de la selva, novela del "boom", novela irrealista, nueva narrativa, etc., nos hace ver como puede instalarse en la falsa pista de la comodidad metodológica a quien comienza a indagar en el sentido y proyección de la narrativa hispanoamericana. La ruptura que Donald L. Shaw admite en el curso de la novela hispanoamericana como dos procesos divergentes puede acarrear también una perspectiva de aparente verdad en relación al desarrollo de esta narrativa, sobre todo si en la relectura se examina con cuidado la presión e importancia de la novela modernista anterior al año 1926. Señala Shaw:

De aquí surge la divergencia, cada vez más evidente, entre dos líneas de desarrollo de la narrativa hispanoamericana. Una de éstas es la novela de observación... Hasta, y aun después del año clave de 1926, es la novela de observación la que va a predominar en Hispanoamérica. La otra línea de desarrollo es la de la novela conscientemente artística... Después de 1926 esta segunda línea de desarrollo

desembocará en la narrativa de fantasía creadora y de la angustia existencial.²

Novelas como *Amistad funesta* (1885) de José Martí, *Sin rumbo* (1885) de Eugenio Cambaceres, *El bachiller* (1895) de Amado Nervo, *De sobremesa* (1887-1896) de José Asunción Silva, *El extranjero* (1897) de Carlos Reyles, *Ídolos rotos* (1901) y *Sangre patricia* (1902) de Manuel Díaz Rodríguez, *La gloria de don Ramiro* (1908) de Enrique Larreta, *El hombre de oro* (1915) de Rufino Blanco Fombona, *Los de abajo* (1916) de Mariano Azuela, *La reina de Rapa-Nui* (1914) y *Alsino* (1920) de Pedro Prado, *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, la narrativa de Rafael Arévalo Martínez y de Roberto J. Payró —sólo por mencionar lo más conocido de la producción hispanoamericana anterior a 1926— no son precisamente novelas de observación ni carentes de fantasía creadora o de una dimensión existencial. El malentendido se deriva en parte de la noción de los términos "ruptura" y "tradición". Si se entiende ruptura como división, emergen estos divergentes modos de desarrollo de la narrativa hispanoamericana, si en cambio, ruptura se considera una forma que el cambio asume en relación a la tradición que este cambio supone y a la novedad que crea, podrá decirse que la ruptura es un fenómeno dialéctico del cambio originado en la interinalidad misma de la modernidad. Al concebir la ruptura como hiato se delinear y sobresalen periodos, escuelas, tendencias; al concebirla, en cambio, como el modo operacional de lo transformacional, surge el proceso entero de la modernidad en una vertiente conjunta de continuidades y discontinuidades. La continuidad es el tono, la articulación de una escritura y de una sensibilidad haciéndose, recreándose, la tradición moderna misma en suma. La discontinuidad es un rasgo vertical de movilidad, sin ello, la modernidad constituiría un bloque, la inscripción de una fijeza. Los modos de esta discontinuidad aseguran la necesaria doble conexión de toda interrupción, ésta arranca de modelos que en el transcurso de varios procesos transformacionales modifican la horizontalidad de la escritura. La tradición de la ruptura implica la doble negación de la tradición y la ruptura mismas, dice Octavio Paz. El movimiento de oposiciones se resuelve en la dialéctica de una modernidad plural; la disimilitud de sus expresiones es el signo que confiere sentido

² *Nueva narrativa hispanoamericana* (Madrid: Cátedra, 1981), pp. 11-12. El año de publicación de *Sobremesa* que siempre se menciona es 1928. También hay una edición del año 1925 en Bogotá. Compuesta entre 1887 y 1896 (re-escrita) se debe considerar una novela modernista.

de totalidad y densifica el acontecer de la escritura moderna hispanoamericana.

La necesidad de regresar al modernismo, origen de la modernidad hispanoamericana, es la necesidad de *vuelta* que sitúa el encuentro y extensión de nuestra modernidad. Modernismo como origen y modernidad como despliegue. Hecho y actuación. El modernismo fue visto por los mismos modernistas como el inicio de una sensibilidad:

Modernismo en literatura y arte no significa ninguna determinada escuela de arte o literatura. *Se trata de un movimiento espiritual muy hondo* a que involuntariamente obedecieron y obedecen artistas y escritores de escuelas desemejantes. De orígenes diversos, los creadores del modernismo lo fueron con sólo dejarse llevar, ya en una de sus obras, ya en todas ellas, por ese movimiento espiritual profundo.⁹

Si empezamos por describir el arco de la narrativa moderna hispanoamericana desde sus primeras manifestaciones y la manera en que sus modos se pluralizan hasta llegar a la novela actual, habría que explicar cómo *Amistad funesta* organiza esa mezcla sincrética de elementos románticos y modernos y ampliar el carácter de prosa poética que Anderson Imbert le atribuyera para sorprender la fundación de una novela de construcción elaboradamente estética y estilística. Ver en ella uno de los primeros intentos de la prosa hispanoamericana donde la irrupción de modalidades estéticas como la figuración de una prosa poética y la abundancia del color generan una narrativa que desplaza a un plano secundario la secuencia de lo argumental. El simbolismo de esta novela, la persistencia en el uso de ciertas imágenes poéticas, el recargamiento en el uso del color tienden naturalmente a la confección de una prosa que dramatiza la historia y se reacomoda poéticamente. En la mención constante de ángulos de lo bello, la proliferación floral, el deseo de trasladar los personajes al marco de una pintura, los usos de una narración breve, fragmentada, la desrealización de ciertos planos físicos —por la carga simbólica y la perspectiva incierta de una narración referencial o de naturaleza pictórica— la conciencia de una realización estética (personajes artistas o sensibles al arte como indica Anderson Imbert), la prosa martiana anuncia toda una preocupación que atraviesa la prosa moderna hispanoamericana: la si-

⁹ La cita se encuentra en el artículo de Manuel Díaz Rodríguez "Paréntesis modernista o ligero ensayo sobre el modernismo". Véase Ricardo Guillón, *El modernismo visto por los modernistas* (Barcelona: Guadarrama, 1980), p. 110.

tuación de un lenguaje poético en la novela que transforma su organización típica como sucesión de hechos.⁴ En el mismo año en que se publica la novela de Martí, aparece *Sin rumbo* de Cambaceres que en un principio fue considerada una novela de rasgos naturalistas teniendo en cuenta solamente el marco de algunas escenas cuya elaboración respondía al uso de elementos grotescos. Análisis posteriores han revelado la fina presencia de recursos narrativos modernos en lo estilístico y en la visión de mundo, por ejemplo, la configuración de un héroe problemático, el transcurso introspectivo de su conciencia y el carácter de un personaje agonista en el sentido existencial del término, con todos los rasgos de una personalidad hostil, violenta, cínica, incontrolable que finalmente llega a la destrucción de sí misma. La prosa es una depuración técnica, simetría en que la densidad de la imagen cierra la novela con la sensación de que su mundo configurado es la transfiguración de una pintura. Hay también usos poéticos como el de la correspondencia o plenamente modernos como el cinematográfico; desplazamientos de unidades cíclicas, transformación, en suma, modétna de los ambientes que se entrecruzan en la novela: ciudad y campo; mientras la ciudad conlleva todos los elementos de una farsa teatral, el campo adquiere el entorno de una pintura.⁵ De otra

⁴ De los análisis sobre *Amistad funesta*, pueden consultarse: Enrique Anderson Imbert, "Comienzos del modernismo en la novela", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII, 1953, pp. 515-525. También el artículo de José Promis, "Martí escribe una novela", *Revista Iberoamericana*, números 112-113 (julio-diciembre 1980), pp. 413-425. Este último artículo —al mantenerse en una línea de análisis generacional— sitúa erróneamente la novela de Martí dentro de una producción naturalista: "Su composición... descansa sobre una estructura profunda de indudables características naturalistas". (p. 425). Mucho más rica e interesante es la percepción de Promis que esta obra de Martí es "una novela que no puede ser adscrita fácilmente a una sola tendencia literaria, sino que, más bien, se presenta como un texto de sensibilidad abierta, capaz de recoger en su interior todos los códigos literarios vigentes en el momento de su redacción". (p. 425).

⁵ Dentro de los análisis revalorativos sobre la novela de Cambaceres se encuentra el de George D. Schade, "El arte narrativo en *Sin rumbo*", *Revista Iberoamericana*, números 102-103 (enero-junio, 1978), pp. 17-29. En su análisis Schade destaca la enorme tensión, imaginación e innovación de los planos narrativos de esta novela, opacados por una crítica anterior que la circunscribía a una óptica puramente naturalista. Su estudio va más allá de esa "superficie naturalista" con que se había caracterizado la novela. Suya es la idea del plano teatral, farsesco de la ciudad en *Sin rumbo*. Otro artículo, de David Ross Gerling "El parentesco literario entre la novela *Sin rumbo* de Cambaceres y una novela contemporánea de Amorim", *Revista Interamericana de Bibliografía*, número 3, 1980, pp. 328-224, relaciona *Sin rumbo* a *El paisano Aguilar* del escritor uruguayo Enrique Amorim, publicada en 1934. La relación supone el carácter naturalista de la novela de Cambaceres y el neo-

parte, el análisis de los planos ideológicos en esta novela de Cambaceres también revela la correspondencia de una novela inscrita en la modernidad hispanoamericana.⁹ La extensión de toda la narrativa que habría que re-estudiar a la luz de este concepto sobrepasa los límites de esta situación referencial sobre la modernidad hispanoamericana, pero es suficiente para detectar que ya desde 1885 y probablemente antes se establece el desplazamiento de una narrativa moderna.

Una re-lectura de las expresiones narrativas de la modernidad hispanoamericana deberá dar cuenta de la manera como se van perfilando una sucesión de elementos nuevos y de especiales recursos que son los que dan el tono de modernidad a la totalidad de esta escritura. La concepción de la novela como una lectura, es decir, como la conciencia interna de que todo acto de narración potencia uno de lectura, por tanto de corrección y ambigüedad en *De sobre-mesa*, unido al carácter subjetivo de un diario que un artista comenta y ordena; el afán persecutorio de un misterio o enigma obsesivo que se resuelve en lo bello en *El bachiller*; la conjunción de historia y el espejismo de aventura, mito y sueño en *La gloria de don Ramiro*; la proposición de la novela como sensación, la extravagancia técnica de lo poético, la novela, un zafiro a pulir, la palabra el origen de un verso, el gusto exótico y el sentido de lo decadente en *El extraño*; el uso de la caricatura en *El hombre de oro* de Blanco Fombona; la construcción de un espacio no cotidiano, de un azul, de un océano, de un espacio maravilloso y sobrenatural que sostiene la metáfora de que toda visión es claridad de la poesía en *Sangre patricia*; la experiencia del artista desarraigado y derrotado en la vivencia de un medio que representa los efectos aniquilantes de una modernidad burguesa en *Idolos rotos*; la dualidad espacial, el detalle impresionista y cinematográfico, la dimensión mítica de los personajes, los efectos de una tensión narrativa fotográfica —en el sentido de la densidad y margen de espacio que tiene la narración para resolverse— que acerca la novela al cuento en *Los de abajo*; el uso de la perspectiva cónica, deformación que es un plano distorsionado consciente del per-

naturalista de la obra de Amorim. Los puntos de confluencia encontrados en ambas novelas resultan en una perspectiva interesante, pero la premisa de un naturalismo hispanoamericano en la narrativa del diecinueve y de su extensión o influencia en la novela de la década del treinta tiene escaso fundamento, a no ser que su uso o incorporación se analice dentro del sincretismo de modos de esta narrativa.

* Es decir la caracterización de modos escépticos e individualistas vinculados a la noción epocal de crisis. La negación a un sistema social de valores en el plano de una búsqueda individual moderna que expresa la alienación y degradación de su paralelo social: la modernización.

sonaje y la narración para revelar la progresiva deshumanización que opera la modernización social y anuncio temprano de una narrativa nutrida en lo transformacional en *El hombre que parecía un caballo*; el desgrave del vuelo y la narración, primicia de una verticalidad poética en *Alsimó*, el inicio del viaje moderno, el encuentro del manuscrito y la búsqueda de un espacio intocado por la modernización social en que la carencia de agua y la falta de tecnología está suplida en el ritmo del baile y los ritos de lo primitivo en *La reina de Rapa-Nui*; la falsa polarización maniquea o el uso de una simbología explícita negadas por los recursos de transformación y complejidad psicológica de los personajes en *Doña Bárbara*; la huida como viaje y el desenlace destructivo en la búsqueda de todo centro, la exuberancia de una creación que transforma la escritura, la alucinación creadora del espejismo en *La vorágine*. Como adelantara, denominaciones como "novela de la revolución", "novela de la selva", "novela telúrica", etc., han ya por años oscurecido las posibilidades de análisis que propongo, sumergen las proyecciones que una obra de arte activa como potencial de lectura y legado transformacional de la cultura. Peor daño han causado las tentativas de un orden cerrado y clasificatorio de la novela hispanoamericana. Valoraciones como "obra maestra del naturalismo hispanoamericano", "representación mundonovista o modernista en el marco de un periodo naturalista", velan la pluralidad de significaciones que abre el espacio de la novela moderna. Por esta razón poca atención se ha prestado a una novela vanguardista hispanoamericana, a veces intensificadora de las direcciones de la primera novela moderna que he mencionado, a veces desgarrada entre la aniquilación de la estructura de la novela misma y la búsqueda de nuevos componentes. Cuando se menciona su existencia se alude a su aislado surgimiento o se vuelve a la práctica de un análisis que sistematiza el comienzo de una narrativa que explora precisamente lo opuesto: el desorden, el anti-sistema, la anti-lógica del discurso. Algunos esfuerzos críticos han podido sí, restablecer la continuidad de una escritura moderna al conectar los procesos del modernismo y la vanguardia hispanoamericana que generalmente era desligado en la brusca e incomprensible antinomia: modernismo-postmodernismo. Al indagar en los vínculos de uno y otro proceso, René de Costa establece que "la dicotomía antagonica del Vanguardismo frente al Modernismo es un postulado crítico negado por la realidad literaria",⁷ nos recuerda asimismo la reveladora afirmación de Borges: "si me obligaran a declarar de dónde proceden mis versos, diría que del modernismo, *esa gran*

⁷ De Costa, "Del Modernismo a la Vanguardia: El Creacionismo prepolémico", *Hispanic Review*, volumen 43, 1975, p. 272.

libertad".⁸ De Costa insta a la modificación de una receptividad crítica que debería adoptar primero una visión integral al estudiar la esencialidad del cambio de todo nuevo desarrollo. Retomar esta labor de vaso comunicante y detectar al mismo tiempo la fisonomía y modulaciones del cambio en relación al transcurso de la modernidad literaria hispanoamericana ofrece el desafío inventivo de una percepción también moderna: la nueva modelación de una creatividad crítica.

La modernidad de la vanguardia hispanoamericana puede leerse en las metáforas de una metamorfosis que inicia *Proserpina rescatada* (1931) de Jaime Torres Bodet, en la niebla poética y transgresiones de una narrativa secuencial de la novela estridentista,⁹ en el desprecio argumental de la narrativa de Pablo Palacio y en el entorno de su atmósfera existencialista; en la construcción de una novela de prólogos o la de-construcción de lo novelesco en *Museo de la novela de la eterna* de Macedonio Fernández. Dice Noé Jitrik al respecto: "El *Museo de la novela de la eterna* es en gran medida el objeto en el que la 'Estética de la Novela' se hace al mismo tiempo forma de una novela",¹⁰ el Belarte, dice Macedonio Fernández es la instancia de quiebre porque conmueve "la certeza del ser de la conciencia en un todo".¹¹ Lucha en contra del

⁸ La cita se encuentra en la nota del texto de René de Costa, p. 262.

⁹ Véase al respecto el excelente ensayo de Merlin H. Forster, *Los contemporáneos: 1920-1932. Perfil de un experimento vanguardista mexicano*. (México: Ediciones de Andrea, 1964).

¹⁰ *La novela futura de Macedonio Fernández* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1973), p. 44. Además del notable y completo estudio de Noé Jitrik sobre la narrativa de Macedonio Fernández, los siguientes textos abren perspectivas originales de análisis y comprensión sobre la obra del vanguardista argentino: Alicia Borinsky, "Humorismo, novelística y obra abierta en Macedonio Fernández". Tesis doctoral, University of Pittsburgh, 1971; Jo Anne Engelbert, *Macedonio Fernández and the Spanish American Novel* (New York: New York University Press, 1978); Germán Leopoldo García, *Macedonio Fernández: la escritura en objeto* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1975); Naomi Lindstrom, *Macedonio Fernández* (The University of Nebraska-Lincoln: Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1981). También, los artículos de Ana María Barrenechea, "Macedonio Fernández y su humorismo de la nada", en *Nueva novela latinoamericana II: La narrativa argentina actual* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1972), pp. 71-88 y de Roberto Echavarrén "La estética de Macedonio Fernández", *Revista Iberoamericana*, números 106-107 (enero-junio, 1979), pp. 93-100.

¹¹ La idea de *conmoción* en todos los estratos de la novela, incluyendo la de su participación, es decir, la del lector, es esencial en la teoría de Macedonio Fernández: "Yo no encontré una ejecución hábil de mi propia teoría artística. Mi novela es fallida, pero quisiera se me reconociera ser el primero que ha tentado usar el prodigioso instrumento de *conmoción* *conciencial* que es el personaje de la novela en su verdadera eficiencia y virtud:

raciocinio: si en *Museo* se lee la conmoción de la conciencia del lector, por lo tanto de la lectura, y la novela como desaprobación de una creación orgánica y autorial, las *Novelas ejemplares* de Huidobro desafían la lógica del lector monocorde y desasocian la cadena del lenguaje. El tiempo se visiona como la multivocidad de un tiempo posthistórico y el recurso de la ironía y la risa no sólo desarmen la estructura del relato, le otorgan también el "orden" de un absurdo.¹² *Don Segundo Sombra* (1926) juega con la dualidad de la imagen móvil del gaucho y la permanencia de un espacio eterno e ilimitado. Entre el uso de un lenguaje poético, el proyecto mítico del personaje y la desrealización aérea de un espacio, Güiraldes incorpora tempranamente los elementos de la novela metafísica en los planos de la modernidad hispanoamericana. La visión cubista de la ciudad y los elementos de una novela de la conciencia en *La luciérnaga* (1932) de Mariano Azuela, la atmósfera irreal, fusión y recreación de sueño y realidad en *La última niebla* (1935) y *La amortajada* (1938) de María Luisa Bombal, la desincorporación del sistema social junto a la alternativa de invención, locura, latrocinio, pertenencia a sociedades secretas o el recruido de la ciudad con la ambivalente angustia moderna del desencanto social y la excitación dionisiaca urbana en *El juguete rabioso* (1926) de Roberto Arlt, constituyen también especiales coordinadas en el desarrollo vanguardista de la modernidad hispanoamericana. Hacia finales de la década del treinta, la publicación de *El pozo* de Juan Carlos Onetti marca el modo como la novela moderna hispanoamericana define y madura una de sus tantas direcciones. Ese *extraño* al medio en el modernismo de Reyes: "no hay duda, soy completamente extraño a los míos", o el sentido de la realidad como "máscara oscura" de José Asunción Silva, el *spleen*, el tedium vitae modernistas, la visión profética y metafórica de Arévalo Martínez, de su personaje asomado al *pozo* para indagar en una condición humana ausente o transformativa,¹³ y la concep-

la de conmoción total de la conciencia del lector. . . Museo de la novela de la eterna (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967), pp. 24-25.

¹² Para un análisis de la prosa de Huidobro en la perspectiva de un nuevo concepto sobre la modernidad hispanoamericana, véase el artículo de Evelyn Picon Garfield, "Tradición y ruptura: Modernidad en *Tres novelas ejemplares* de Vicente Huidobro y Hans Arp". *Hispanic Review*, volumen 51, número 3 (Summer 1983), pp. 283-301.

¹³ El texto *El hombre que parecía un caballo* de Rafael Arévalo Martínez ha sido estudiado por lo general como un cuento largo. En verdad este texto oscila entre los límites de esa forma y los de la novela corta. En este artículo considero esta obra funcional y estructuralmente en las in-mediaciones de la narrativa corta hispanoamericana, específicamente, la novela corta.

ción de la existencia como pura limitación, la imagen de la existencia como *cucho*, el hombre ese "bolo de lodo urbano" que vaga incierto en la ciudad, la trágica certeza de la narrativa de Pablo Palacio: "Después de todo: a cada hombre hará un guño la amargura final",¹⁴ culminan en una construcción modelo y peculiar a su vez de una novela hispanoamericana de brote existencialista. La conjunción, de temáticas como la soledad, la incomunicación, el desarraigo, la experiencia de un tiempo fragmentario, escritas como las memorias de un personaje que ve en la escritura la posibilidad de despojo de esta conciencia rodeada de noche, hacen de *El pozo* la imprescindible referencia de origen de una narrativa hispanoamericana de la vanguardia, la suma de una preocupación moderna que paulatinamente se había venido delineando en los escritores modernistas y vanguardistas que he mencionado, pero que además agrega la conciencia del *medio*: el acto de escribir como acto catártico, afectado también en la forma dubitativa, vacía u omitiva que adquiere su expresión narrativa.¹⁵

Se puede ya entender que la figuración de este *continuo moderno* en una de las tantas vertientes de esta literatura —no progresa linealmente ni se escinde tampoco abruptamente. Es integralmente accesivo como sensibilidad y diferencialmente aprehensible como convergencia y transposición hacia otras coordenadas. En *La vida breve* (1950), Onetti retoma en un giro más profundo el rechazo al absurdo de una existencia cotidiana a través del juego escritura-imaginación, polos funcionales de salvación y desintegración de la identidad; la individualidad y el destino pueden disolverse en un acto de invención. Onetti describe/descubre el juego de la creación, fuera de él está la muerte dice en *El astillero* (1961). El sin sentido de la farsa cotidiana precisa de la creación consciente de otra farsa, en la que el juego creativo de la escritura es la distracción que transitoriamente nos arranca del "último descenso a la ciudad maldita". La ciudad maldita es la ciudad moderna, la doble atracción dionisíaca, creativa y destructiva; "tierra de nadie" y "modelo para armar", búsqueda en el descenso o en la altura de una "región más transparente". En *La invención del Morel* (1940) Bioy Casares evade el ámbito de la ciudad para mostrarnos que ésta y creación son prodigios de invención. La realidad es una sucesión de imágenes: pura proyección. No alcanzamos la sustan-

¹⁴ Pablo Palacio, *Pablo Palacio. Obras escogidas* (Quito: Clásicos Ariel, s.f.), p. 82.

¹⁵ Un excelente análisis de esta novela es el estudio "Origen de un novelista y de una generación literaria", de Angel Rama. Publicado en la edición de *El pozo*. Puede verse la edición de 1969 (Montevideo: Arca), pp. 49-101.

cia del cuerpo porque la materialidad es un poliedro difuso de invenciones y sin embargo la imagen y/o la palabra son algo más que registro, son historia y creación. La revelación de esta dimensión de la ciudad se alcanza en la isla, espacio antitético de la ciudad, pero esta última impone la elección favorita del escritor moderno. Marechal descende a la ciudad, ciudad-infierno, ciudad-atrmentada, pero el viaje es la andanza de un acontecer metafísico que desenmascara la modernidad burguesa de la ciudad, es también la búsqueda de un orden poético; la levedad de Adán, su muerte, transporta no el cuerpo sino "la materia sutil de un poema concluido". En Cortázar, la ciudad moderna se asume completamente, los personajes van por la calle, por el puente, sin búsqueda; ésta se hace en el acto de andar, en la llegada al barrio o a los despojos de la clocharde. En contraste de una ciudad mítica, arcaica o primitiva en la realización de esta narrativa conlleva generalmente los elementos típicos de la civilización moderna: el tren irrumpe en Macondo y el regreso al génesis de la creación en la selva americana de *Los pasos perdidos*, supone la idea de *vuelta* a la ciudad. La publicación de la novela de Onneti que ya mencionara, *El pozo* en el año de 1939, parece un momento clave en las direcciones diferenciales que marca el proceso de la modernidad hispanoamericana. Al estudiar el proceso socio-cultural de las expresiones artísticas uruguayas contemporáneas, Angel Rama elige el periodo que va entre 1939 y 1969 (no como límite sino como instancia referencial) para analizar la inscripción histórica de dos promociones intelectuales que él llama "generación crítica". Muchos de los postulados críticos utilizados por Rama para señalar el contexto de este curso cultural suponen alcances en relación a toda una época cultural que afecta el desarrollo general artístico hispanoamericano. Dice Rama:

Quienes alcanzaron en la década del cuarenta los veintitantos años, cumplieron su adolescencia y su primera juventud *bajo el impacto de una serie de transformaciones del medio cultural de las ciudades latinoamericanas*. . . el crecimiento evolutivo de las ciudades. . . el avance vertiginoso de la tecnología, también amplificado por la guerra, sobre todo en los campos de la información y de la comunicación cultural.¹⁶

Esta universalización de la experiencia cultural extendida a la mayoría de las ciudades hispanoamericanas en rápido proceso de crecimiento y expansión, suponía la realización cultural de lo que la modernidad desde su comienzo —desde el afán modernista ade-

¹⁶ Angel Rama, *La generación crítica 1939-1969* (Montevideo: Arca Editorial, 1972), p. 37.

lante— perseguía. Los elementos de la modernización social a su vez —el avance del complejo tecnológico-comunicativo— contribuían al establecimiento de una búsqueda y de una experiencia artística cosmopolita, la cual en un principio era censurada por su carácter "foráneo".¹⁷ Esta crítica provenía de sectores nacionalistas para los cuales era muy difícil visualizar el proceso transformacional de la sociedad moderna en general y los profundos cambios que habría de producir. Incomprensión de que se comenzaba a vivir lo que Rama (considerando el pensamiento de Mac Luhan) llama "los primeros vagidos de una aldea global".¹⁸

La ciudad convertida en centro, red de comunicaciones de lo nacional e internacional. Todo se agolpa, se densifica en la urbe. El desarrollo de la ciudad moderna crea también el vértigo de veloces desplazamientos y el arte deviene no sólo urbano sino también transformacional; al mismo tiempo, la inquietud de un desajuste nace: el artista alerta prevé el sentido de alienación del hombre contemporáneo en este ambiente. Su integración es crítica, el viaje antitético o el recorrido mítico, o el modo poético de una reconciliación, el transcurso de una búsqueda indefinida. Pieza notable de la narrativa hispanoamericana neovanguardista o contemporánea, en *El pozo* confluyen una serie de temáticas relacionadas a la ciudad, el sentido del hombre moderno en ella, la soledad, la disgregación, la percepción moderna del tiempo, el sondeo de una realidad repugnante, el origen de modos narrativos elípticos, las alternativas del cinismo contemporáneo o del escepticismo, la búsqueda en el descenso "al pozo" como motivo de autenticidad, la incapacidad comunicativa, la dimensión crítica de la modernidad social, la concepción del hombre moderno como abyección, la conciencia de la escritura del arte como radical catarsis. Motivos persistentes y profundizados en la narrativa moderna que le sigue.

La novela neovanguardista de la modernidad hispanoamericana comienza a avanzar en exploraciones desasociativas de lo metafórico que despistan el instrumento analítico a la caza de una realidad representada y el ansia traductiva por descubrir los niveles de asociación o de corporeidad inteligibles de la obra. La novela deviene *suceso*. No ilación o desorden de sucesos, sino suceso, ocurrencia del acto de escribir. La atmósfera enlutada, reseca, espectral y el

¹⁷ Al respecto, indica Rama: "El universalismo, que signó la aparición de la generación crítica, fue en su momento objeto de censuras. Las formularon los sectores nacionalistas de la stirpe tradicional y conservadora, quienes detectaron correctamente el elemento 'modernizador' que ese universalismo comportaba y lo designaron con una palabra que quiso ser peyorativa: foráneo". *La generación crítica*, p. 36.

¹⁸ Rama, p. 38.

movimiento humano contenido, inhibido o reprimido, también desprovisto de *Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez, anticipatorias de la irrealidad ambiental de *Pedro Páramo* se descarga en la intensidad del agua y en la sobreabundancia vegetativa: llueve en Macondo, un día o cinco años; la humedad se atrapa en *Los pasos perdidos*, pero también la naturaleza exuberante atrapa el acto de la creación. La presencia verde de la selva, la pesantez de la raíz y de la hoja destruyen la orientación creativa de mapa, laberinto más que guía. Escritura, espacio y personajes asumen también esta ambigüedad en *La casa verde*, de Mario Vargas Llosa. Entre la desprovisión y la abundancia, sequedad y fertilidad, represión y descontentación, una doble vertiente hispanoamericana mítica fluye: irrealidad y maravilla; ni una ni otra reconocen sistema, pero ambas se construyen en el lenguaje por elipsis o saturación. Ambas escrituras por ausencia o exceso conocen el silencio del ciclo completado o el silencio que precede a la creación y al lenguaje.

La irrealidad de la calle seca, desolada, la falta de aire, la profecía apocalíptica de la ciudad destruida. El caos de la selva, la proliferación que crea el espejismo, el regreso anterior a la creación. Soledad del despoblado o de la destrucción final en una, el gesto y el giro trágico de la ciudad. Soledad como experiencia del origen, devorados en la raíz, en la otra. En ambas converge una pregunta que es profecía en su correlato bíblico y confirmación en la narrativa de Eduardo Mallea; ¿perecerá todo verdor? Sólo que el verdor en ambas escrituras es algo más que fertilidad de la naturaleza: el artificio de la escritura en la ciudad. La epifanía de tal intuición es castigada en el mero acto de su percepción, pero también realzada como producción consciente de un ámbito autónomo, "toda escritura conduce más allá de los límites terrestres", dice el protagonista de *Celestino antes del alba* (1967) de Reinaldo Arenas y la escritura poética del vuelo de *Alsino* se convierte en *Celestino* en una dialéctica de poéticas: lo aéreo y lo telúrico; tan pronto la escritura toca tierra bordea la destrucción, la violencia del hacha, odio y hambre, el desvínculo familiar. Su despliegue es el vuelo hacia la liberación de la poesía. La visión de vida y muerte de *Celestino* ocurrirán por concentración en la liviandad aérea del pájaro. El personaje es la realización vital de un universo poético y la novela la conducción de la escritura al orden de este universo. La simbología constante del hacha y de la herradura en la novela confieren la gravedad y pesantez de una poética destructiva del acto de la imaginación. La simbología del pájaro desgrava el acero del hacha y la atracción telúrica de imán de la herradura: la escritura más allá de su impositiva limitación terrestre

y la agresiva liberación de un desprendimiento. En el centro de una narrativa moderna que paulatinamente invade el eco de la poesía, *Celestino antes del alba*, recorre sin el recurso de la explicación el sentido poético de su propio espacio, las alas de Alsino ya no son una extensión necesaria de los miembros del cuerpo para poder reinventar el espacio de la poesía. La alucinación de una mirada o la concentración desplazan de inmediato el campo de la escritura. En el centro de la escritura moderna, entre *Alsino y Cobra*, *Celestino antes del alba* remite al inicio narrativo-poético vertical de la primera y al desenlace transformacional de la segunda: "los pies de Cobra... esas anclas planas [que] la fijaban a la tierra", no se desgravan en la aplicación de "mecánicas groseras", sino en la descomposición del orden de la escritura; una mutación que asocia cuerpo a escritura y crea el orden distinto de un signo transformándose, la vibración de un cuerpo narrativo que celebra la multiplicación fragmentaria de su propia descorporeización... Desde la narrativa-poética del vuelo modernista transformada en las metáforas de la alucinación y la metamorfosis al desenlace de una invención postmoderna: la significación del signo de la escritura desde el silencio.

Es sólo en la literatura postmoderna hispanoamericana que la palabra del discurso narrativo puede escogerse a sí misma como centro de un sistema metafórico y conducir el lenguaje a la búsqueda de su propio orden poético. Este desenlace supone, sin embargo, los antecedentes de la narrativa moderna que he mencionado y que se resuelve en la búsqueda de otros recursos. El elemento "río" que "cautiva [e] infunde presentimientos de mundos desconocidos", exalta —en *Los ríos profundos* (1959) de José María Arguedas— la musicalidad transparente que confiere raíz profunda a un protagonista internado en la degradación de un mundo hostil y en la vivencia inestable de dos culturas. El río tiene voz y el sonido es una forma de comunicación verbal. Desde la lucha sorda de una producción cultural híbrida la palabra narrativa en Arguedas busca primero convertirse en naturaleza para que desde allí, transformada, hable "para que exalte y no ensordezca". La palabra, onomatopeya de la naturaleza, y la potencial configuración de una narrativa poética buscada en la musicalidad del elemento y de la palabra indígena; sin embargo, lectores de una reproducción-visual occidental, nuestra audición de piedra no puede escuchar el canto fuerte del trompo mensajero: la rotación poética-musical del Zumbayllu.

En *El mundo alucinante* (1969) de Reinaldo Arenas, es el recurso de la hipérbole el que origina la empresa de una narración

del deslímite y la visión de la historia como alucinación. Declara Arenas:

Es el caso de Fray Servando con las cadenas, las cuales se convierten en su propia liberación cuando por tal exceso de encadenamiento se desploma la prisión y él se escapa. Con el hacha en *Celestino* pasa igual. Su proliferación representa un poco su posibilidad de escape.¹⁹

La tipificación de un perspectivismo narrativo y la exacerbación ilimitada de un mismo elemento ultimado hasta el detalle más nimio de la descripción, pluralizan la potencialidad de una narrativa acumulativa. El efecto es similar al de una metáfora involuclable en la lectura de la novela hispanoamericana: el encadenamiento de Fray Servando. No sólo su cuerpo está encadenado, también la extensión de su cuerpo, el espacio y el aire, hasta que el peso del acero se destruye a sí mismo y libera a la víctima de su proceso. Del mismo modo, la conducción recargada a la asfixia del lenguaje y la narración es la manera paradójica de su liberación. El exceso de gravedad es insostenible, se derrumba buscando su redistribución. Al mismo tiempo, la asfixia del encadenamiento libera otro estrato: la visión del artista. La libertad es el proceso de una imaginación que se desboca irreversible. A la concepción de una historia en la cual la marginalidad es devorada por los procesos de totalización históricos, el artista opone la visión alucinante de su propio quehacer: el aherrojo de las cadenas son intangenciales al acto de la imaginación. La marginalidad del artista aun devorada en la justificación de una racionalidad histórica o de un proceso social totalitario dispone de la libertad de concebir a la Historia como el proyecto de un decurso alucinado e irracional. La desmesura de la escritura lleva a la superficie, a la vista casi táctil, el transcurso y proceso de una Historia cuya modalidad alucinante nos hemos resistido a admitir. La acentuación y acumulación de imágenes hiperbólicas —en el doble proceso de lo textual y lo histórico, lo artístico y lo social— desmorona el andamio justificatorio de una Historia construyéndose y desenvolviéndose como sistema o forma de una progresión racional.

La visión de una Historia alucinante en la novela de Reinaldo Arenas, materializará en un intento de lo asombroso y lo imposible: la recuperación verbal de la memoria en *Terra Nostra* (1975) de Carlos Fuentes. "Los labios son la vida, la boca es la memoria. La palabra lo creó todo".²⁰ Necesidad artística e histórica de labios

¹⁹ "Entrevista por Perla Rozencvaig a Reinaldo Arenas", *Hispanérica*, número 28, 1981, p. 42.

²⁰ Carlos Fuentes, *Terra Nostra* (Barcelona: Seix Barral, 1977), p. 548.

tatuados para que éstos recuerden el estigma de lo imborrable; en los labios está la memoria y en su uso desciende la palabra como creación irrepitable. La memoria es aprehensión del tiempo y éste es eterno en la memoria. No hay instancia pasada que no pueda convertirse a presente en la invocación y uso de la memoria transfigurada en palabra creadora:

El poeta abrió las puertas a una memoria científica, independiente de los recursos individuales; *propuso la memoria como conocimiento total del pasado total.*²¹

La memoria como índice taxonómico o recuerdo individual es fútil, pero arte como posibilidad aprehensiva y comprensiva de lo histórico. El poeta es los labios tatuados, su registro; *Terra Nostra* se anuncia y se erige artísticamente como el planteamiento de la memoria hispana. Empresa descomunal de conjunción de pasado, presente y futuro. En lucha con la amnesia negativa de todo futuro, el poeta rodea el enigma de una tragedia: la Historia que se repite, pero no concluye. Los tres niveles de la novela, el histórico-cultural en la polarización de las alternativas de lo unitivo y lo disperso, el filosófico en la potencialidad de una Historia dialéctica no realizada y el artístico en su juego aritmético y aritmico de planos simbólicos, míticos y otros de profusa referencialidad artístico-literaria, se dirigen —todos— a la recuperación mnemósínica de un pasado que supone la comprensión del presente y la realización de su futuro. La alucinación deja aquí de ser visión narrativa para surgir del plano conjuntivo tridimensional mismo de lo histórico. Es también la pregunta de un proyecto imposible: los labios tatuados, el verbo del arte y la palabra del poeta en el dominio de una interpretación socio-histórica que ha de reconstruir artísticamente la memoria del pasado, la de su proyección actual y futura como el acto imaginativo del acervo cultural hispano.

Plural, la modernidad funda su persistencia en la continua búsqueda de rupturas. Origina la tradición de la ruptura como movimiento de búsqueda y no de negación absoluta del pasado que puede ser el de su propia tradición. Cada quiebre de la modernidad debe enfrentarse al de una tradición ya moderna iniciada por los propios desplazamientos de la modernidad. La constante búsqueda de lo moderno, de aquello que convierte a la modernidad cada vez en una *actualidad* se resuelve muchas veces, en el curso de esta pluralidad, redistributivamente o como un signo y giro de *vuelta*. La vitalidad y perduración del barroco americano desde la Colonia a la época contemporánea y que ha concluido en la nece-

²¹ Fuentes, p. 563.

sidad crítica de distinguir entre un barroco y un neobarroco hispanoamericano es el indicador de una redistribución y de una *vuelta* operada por la modernidad. El tránsito de lo barroco (colonial) a lo neobarroco (moderno) y el hecho de su conexión artística, revela el modo continuo y discontinuo a la vez del complejo funcionamiento estético de la modernidad. Lo neobarroco es la manifestación de lo barroco-moderno, del barroco de la modernidad. Este cruzamiento de distanciados espacios temporales o de instancias artísticas disímiles es una característica más de su radical y agresiva estética: el funcionamiento de la metáfora que la significa, lo plural.²²

Una muestra triádica que la profusión del barroco levanta en suelo americano converge en la densa figuración de tres nombres: José Lezama Lima, Severo Sarduy y Alejo Carpentier. Musicalidad ornamental del arte antillano, arpa de un mismo arte, asomo al espacio estético de lo que uno de ellos llama la curiosidad barroca, sólo que la curiosidad se transforma pronto en obsesión. Lezama da contorno a la metáfora, busca el centro de ella, construye una alegoría metafórica de lo moderno en la vertiente del entrecruzamiento del signo erótico, la sensualidad creativa y el viaje hacia los orígenes de la creación, el rito iniciático del poeta y la conquista del lenguaje poético como dominio del placer: el paraíso del verbo y el infierno de su posesión. Se cierra *Paradiso* (1966) en una invitación de recomienzo: "podemos empezar". Reinicio de convergencia de un cruce donde el lenguaje deja de ser naturaleza para convertirse en sobrenaturaleza. Separan Lezama, el lector y la mano de Baldovina los tules de la entrada en el inicio de un proceso poético que la densidad del diálogo platónico de Foción y Fronesis, "el ejercicio de la poesía", "la búsqueda verbal de finalidad desconocida", el desarrollo de esa "extraña percepción por las palabras" de Cemí, conducen a la instalación de la jungla en la ciudad: un espacio donde la palabra suena en la acústica de otro registro, se "vuelve a oír", porque como dice Fronesis el ofrecimiento de una elemental entrada de cuerda supone el atrevimiento de su conversión sinfónica.

La palabra en *Paradiso* atraviesa siempre; franquea, penetra todo círculo, corre rasgada, deambula titánica, se pretende artífice, diosa creadora del lenguaje monumental. Palabra en la que conocimiento y placer recorren al unísono el mismo círculo; pa-

²² Para un análisis de la conexión voltaica entre lo barroco colonial y lo neobarroco moderno y su plasmación literaria, véase mi artículo "Conexiones: barroco y modernidad". *Escritura*, volumen 11 (enero-junio, 1981) pp. 153-162.

labra que aúna la técnica oriental del Kama Sutra y la exquisitez del diálogo en Platón. La palabra avanza siempre; la interrupción puede ser una escalera de ascenso, el bostezo del lagarto, la socarronería del dios Término, pero su ritmo caudaloso irrumpe una y otra vez el frío del deshielo hasta que las columnas se descascaran de la dureza del mármol para renovar la erección de una simbología fálica o la elevación del blanco contrito en la persistencia de la noche, y cuando ya agotada parece que se transforma a piedra, "las sílabas lentas son también más claras", la escritura por fin audición como el asombro de Cemí ante los papelititos vacíos de escritura. Metáfora lezamesca: la palabra retorciéndose en alegría jubilar, la palabra penetrando "en sus canales oscuros, invisibles e inefables". La palabra que revive gozosa, alegre, en un nuevo verbo de la poesía no como comunicación sino como entrada al eros. El eros, esa topografía sinuosa, ese costado de relieves que deja cazarse cuando los ojos se abren a la piel y ésta al trazo de la palabra.

El barroco de Sarduy acude al despliegue profuso de referencias cruzadas en el desplazamiento de una textualidad que viaja al centro del signo para mostrar la periferia de él; su barroco deja de ser naturaleza frondosa, "jardín botánico", "convoca más bien un ludismo que confunde la disparidad de modelos culturales múltiples. Asocia el cuerpo al texto y viceversa, su escritura es inscripción de signos, tatuaje y orfebre dérmico. Barroco cargado de referencias textuales y artísticas —la pintura por ejemplo— como profusión de deleite, la anti-acumulación ahorrativa, el derroche justificado en la parodia del contexto consumista y acumulativo de la economía burguesa. Barroco como intento comprensivo de toda la cultura, oriental y occidental, en el hacer de una virtualidad artística que desorganiza la idea de sistema que la diacronía es otra forma de la linealidad acumulativa. *Gestos* (1963), una forma de poner a la escritura en movimiento; *De donde son los cantantes* (1967), el comienzo del mimetismo en los personajes. la novela y la escritura; sincretismo y superposición cultural, parodia; *Cobra* (1972), el proceso de transformación de la escritura, escritura Cobra y modernidad barroca; *Maitreya* (1978), el anverso del viaje y el motivo modernista. De Oriente a Occidente esta vez: la búsqueda completa así el vacío del viaje modernista al Oriente. Al mismo tiempo la modernidad recobra su figuración de Círculo y Cobra, funde modernismo y modernidad porque modernismo es "la busca de modernidad" y ésta el consumo de toda una sensibilidad en la revelación de esa búsqueda.²³

²³ Un análisis de los procesos de la modernidad contemplados en el mo-

La fundación de un espacio único, total, cohesivo de la disimilitud de textos, instrumentos y sonos ocurre en el barroco de Carpentier como fusión de lo real-maravilloso, es decir, como reunión no impuesta; el artificio creativo de su barroco deja de ser arbitrario porque la magia incorporativa del creador y la dialéctica de una escritura telúrica y cultural condena el simplismo que la yuxtaposición del prestidigitador produce. Su narrativa recoge la tentación y desafío de nuestra expresión americana no sólo para describir las fuentes maravillosas de la naturaleza americana como se ha pretendido sino que esencialmente para exponer la tensión de lo barroco como la proliferación de una escritura a un espacio abierto y en salto simultáneo la búsqueda de un orden o unidad que no rechaza la abundancia. La escritura barroca de Carpentier desarticula las categorías témporo-espaciales desde el presente al pasado en *Los pasos perdidos* o desde el pasado al presente y al futuro como en *Concierto barroco*, sin embargo, las metáforas de esta desintegración, su carácter metamórfico y metafórico conduce siempre a la articulación de una unidad artística que actúa como revelación de una esencia, una afirmación de lo propiamente americano. Consagra Carpentier la primavera del barroco americano: transposición, yuxtaposición, abundancia y multiplicación barrocas son el resultado de una elaboración gozosa del lenguaje y de una visión esencial de las raíces americanas: naturaleza indígena e hispánica. Barroca su narrativa por la posesión feraz de nuestra lengua, también por la articulación feliz y conjuntiva de las lenguas, culturas y artes americanas. Barroca-moderna su escritura por esa capacidad perceptiva de nuestra disimilitud y por la fusión artística de la síntesis de un lenguaje y un carácter hispanoamericanos.

La sugerencia de Federico de Onís respecto a la relación del modernismo con la modernidad como exploración y búsqueda ha sido ya expuesta por la crítica literaria más renovadora y atenta al hecho de que la aplicación de modelos literarios y de comprensión literaria europeos resultan inadecuados para una interpretación sobre el carácter simbiótico de nuestra cultura. La asociación del modernismo a la modernidad y la extensión de ésta como sensibilidad y concepto sociocultural es un hecho innegable:

El modernismo no es sino el conjunto de formas literarias que traducen las diferentes maneras de la incorporación de América Latina a la modernidad, concepción sociocultural generada por la civilización

delo de una escritura barroca se encuentra en mi artículo "Sarduy: una escritura en movimiento". *La Chispa: Selected Proceedings*, Department of Spanish and Portuguese, Tulane University, New Orleans, 1981, pp. 43-50.

industrial de la burguesía del XIX, a la que fue asociada rápida y violentamente nuestra América en el último tercio del siglo pasado. . .²⁴

La modernidad es operación de simultaneidad y fin de toda periodificación, por lo mismo "inconclusa". Sin embargo, este siglo no es una marca de ahistoricidad sino de reacción a una concepción lineal y progresiva de la Historia como ha hecho notar Jürgen Habermas en relación a una de las fases de la modernidad:

Cierto, la conciencia de la época que permea *el arte vanguardista* no es del todo antihistórico. Se opone sólo a la falsa normatividad de una concepción de la historia que se basa en la imitación de modelos. Se sirve del pasado históricamente disponible, pero a la vez *se rebela contra la neutralización de los cánones, que el historicismo promueve al recluir la historia dentro de un museo.*²⁵

La modernidad escapa a la organización y fijeza del museo y a la trayectoria secuencial y orgánica de cierto historicismo porque ésta es "sinónimo de crítica y se identifica con el cambio".²⁶

El modo en que ha caracterizado las posibilidades de desarrollo y análisis de la novela hispanoamericana y su comprensión a través del concepto de modernidad, desarticula la idea de una historia literaria concebida como división orgánica de períodos, tendencias y generaciones; descubre la falsa normatividad de este historicismo y de un diseño cronológico inoperante, sigue el flujo dispar de la misma modernidad para dirigirse al espacio volutaico de su creación, atiende primero al hecho de su escritura como totalidad y luego a la verticalización de lo diferencial como fases. Desarrollo de una lúcida proposición de Angel Rama "resurgirnos en la totalidad creadora de la cultura literaria hispanoamericana, sin apelar a las rejillas establecidas".²⁷ La construcción de una historia literaria distinta si es posible, lo será en la comprensión de esta simultaneidad textual y de "resurgimiento" en el espacio totalizador liberado por la modernidad hispanoamericana desde el modernismo adelante. La sorpresa de sus conjunciones dejará así de ser extraña, abrirá un curso distinto de equivalencias e imbricaciones: el espacio de la modernidad.

²⁴ Angel Rama, "La dialéctica de la modernidad en José Martí", en *Estudios marianos* (Puerto Rico: Editorial Universitaria, 1974), p. 129.

²⁶ "La modernidad inconclusa", *Vuelta*, número 54 (mayo 1981), p. 4.

²⁸ Octavio Paz, *Los hijos del limo: del romanticismo a la vanguardia*. (Barcelona: Seix Barral, 1974), p. 48.

²⁷ "Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica", en *Literatura y praxis en América Latina*. Fernando Alegría et al. (Caracas: Monte Avila Editores, 1974), p. 84.

Presencia del Pasado

PARA UNA BIOGRAFIA DE SALVADOR ALLENDE*

Por *Fernando ALEGRIA*

V ALPARAÍSO de amanecida, suspendido en una delgada pero persistente niebla, aún daba la impresión de un puerto internacional con intenso movimiento de barcos y botes, actividad de grúas en sus muelles, tráfico de camiones y carretelas en maniobras de embarques y desembarques. Pero ese fragor de comercio e industria era engañoso. Para los vecinos del puerto todo eso no era sino la imagen de una máquina que, privada sorpresivamente de poder, sigue produciendo por inercia durante un tiempo y, luego, empieza a perder velocidad, trepida, jadea un poco más y por fin se detiene entregándose, sin fuerzas, al silencio de una ruina largamente esperada.

¿El año? Dudoso. Es el tiempo que importa en esa mañana de ruina. Por entre la niebla aparecieron los cruceros, destructores y fragatas, deslizándose silenciosamente por un oleaje grueso, con sus banderas enredadas aún en la oscuridad. Desembarcaron sus hombres en pie de guerra y se movilizaron con rapidez. La señal estaba dada. Mientras los cerros porteños no salían de su sueño y unas pocas luces se asomaban en las poblaciones obreras, los infantes de marina ocuparon edificios, plazas, locales de partidos políticos, universidades, industrias. Sin un disparo. Resbalándose por el pavimento lustroso de garúa, golpeando con sus culatas los portones de un fuerte, reventando cerrojos, cortando cadenas. Las prisiones se estrenarán más tarde, y los camiones cargados de obreros y estudiantes, y las bodegas de los barcos, repentinas cámaras de tortura bamboleándose en la espesa marea.

11 de septiembre de 1973. Comenzaba el golpe contra el gobierno popular de Salvador Allende. Sin explosiones ni sirenas aún. Tan sólo el repiqueteo de Morse y las estáticas de la onda corta. Luces, señales, contraseñas. Objetivo logrado.

* Fragmento de un trabajo mayor, del cual *Cuadernos Americanos* ofrece a sus lectores la primera parte. En el siguiente volumen concluirá el interesante trabajo de Fernando Alegria, en torno de uno de los protagonistas decisivos de la historia de nuestros pueblos. [N. de la R.].

Otro septiembre ya lejano. De pie en un balcón en construcción, Allende muestra lo que será su escritorio en el Palacio de Cerro Castillo, allí donde sólo hay paredes ahora, líneas a plomo, herramientas, caballetes. Al fondo, en la noche, las luces del puerto ascienden por mástiles invisibles, se confunden con las estrellas, aparecen y desaparecen entre pinos y eucaliptus. Allende va mostrando una casa futura, el pequeño mundo que se construirá sobre la maqueta de mimbre y de vidrio de una patria ya vieja. Muestra con orgullo. Señala un ala del edificio donde se alojan niños proletarios en premio a su buen trabajo escolar. "Los cuidan hombres de la marina", dice sonriendo. Es su patria, su noche de triunfo, su puerto.

Pero hubo otros septiembrés. La bonanza del cobre y del salitre que Chile ganara como resultado de la Guerra del Pacífico se ha esfumado. Chile empieza el nuevo siglo sufriendo crisis tras crisis. Los gobiernos de la oligarquía agrícola y comercial se endeudan. Comienzan a cerrarse las Oficinas salitreras y las minas del Norte Grande; los obreros cesantes recorren la pampa pidiendo compensaciones que las autoridades no saben ya cómo darles. A las voces de protesta los gobiernos responden con balas. En los patios de la Escuela Santa María de Iquique se reúnen los obreros huelguistas. Exigen mínimas condiciones de trabajo, demandan la libertad de sus líderes que pagan en prisión sus esfuerzos por organizarse. Recabarren, el jefe máximo de los trabajadores, fundador de periódicos obreros, cooperativas y frentes de resistencia, rojo abanderado del movimiento sindical chileno está preso en Antofagasta.

1907. Un destacamento militar rodea a los obreros y sus familias. De pronto, un general da la orden de fuego y la multitud es ametrallada. Mueren más de dos mil obreros. Los sobrevivientes huyen por el desierto. La noticia de la masacre se riega por todo Chile. Se paralizan, entonces, las fábricas de Santiago, las minas de cobre de El Teniente y las de carbón de Lota. Todo el país está, de súbito, en pie de guerra. A través de sus organizaciones sindicales Recabarren ha sentado en 1909 las bases de la Federación Obrera de Chile. A la cabeza del Partido Obrero Socialista entra de lleno a la contienda política y pronto ganará una diputación por Iquique en el Congreso. La clase trabajadora, la vanguardia sindical del cobre y el salitre, tendrá al fin una tribuna para denunciar ante el país los avances del imperialismo apoyado por las fuerzas armadas de la oligarquía.

Es aquí, en Valparaíso, el puerto del viento y de la niebla, de los cerros y funiculares, rojo de arcilla, verde de álamos y de

higueras, dorado por las amapolas de sus valles y colinas, donde crecerá Salvador Allende, nacido un 26 de junio de 1908 en Santiago.

Su padre, Salvador Allende Castro, era abogado y notario. En esos años ascendía el escalafón de una carrera fiscal. Doña Laura Gossens Uribe, su madre, profesional también, inspiraba en la familia un culto por la educación liberal, producto de su ascendencia francesa. El matrimonio Allende Gossens tuvo seis hijos, de los cuales sobrevivieron cuatro: Alfredo, el mayor, abogado como su padre, Inés, casada con el doctor Eduardo Grove Vallejo, médico de la Armada y Alcalde de Viña del Mar durante el gobierno de don Pedro Aguirre Cerda, Laura, la hija menor, casada con Gastón Pascal Lyon, cuatro veces diputada por Santiago, y Salvador.

La gran figura de esta familia de sólida clase media chilena era el abuelo paterno, don Ramón Allende Padín, organizador de los servicios médicos del ejército chileno durante la Guerra del Pacífico, senador por el Partido Radical y Gran Maestre de la Masonería de Chile. Hombre de robusta presencia, de pelo, patillas y bigotes colorados, viril y campechano en su trato, era conocido en los cerros porteños como "El Rojo", no por sus ideas políticas que, aún siendo de prosapia liberal, no llegaban a ser revolucionarias, sino más bien por su apariencia física, ese halo suyo y esa exuberancia que envolvía a los oyentes como el clamor de una marcha popular. El abuelo sería el primer maestro de Salvador Allende. De la mano, primero, y codo a codo después, lo iniciaría en los misterios de los cerros de Valparaíso, en la fascinante madeja de sus callejas, alledaños y vericuetos, sus sociedades de socorros mutuos y sus talleres en que melencidos zapateros discutían las doctrinas de Bakunin y de Tolstoy y comentaban las andanzas de Recabarren por la pampa.

El doctor Allende Padín murió en la pobreza, pues en vida todo lo dio, y su familia, destituida, recibió la ayuda de la masonería chilena: dos casas, una para que en ella viviera la viuda y sus hijos, y la otra como fuente de modesta renta. En ese hogar creció el padre de Salvador Allende. La familia no olvidaría nunca el gesto solidario de la hermandad masónica.

Siguiendo las alternativas de la carrera notarial del padre, los Allendes se trasladaron a Tacna donde Salvador hizo sus estudios primarios. Comenzaba para ellos un extraño peregrinaje por tierras fronterizas. Tacna era territorio chileno entonces, pero disputado en cortes internacionales. No se cerraban aún las heridas de una guerra que dividió familias, avivó los celos patrióticos en

ambos lados de la frontera y produjo una restructuración de importantes fuentes de riqueza.

Cuando los Allendes llegaron al norte se vivía allí una grave crisis económica y política. Las compañías transnacionales movíanse ya apañando suculentos contratos para explotar el cobre. Callada, envolvente, la maniobra dirigida desde Wall Street manejaba intereses que, a la larga, iban a dar origen a un sólido frente de capitalistas norteamericanos y oligarcas del país. Una sola compañía, la Andes Copper Co., completa en esos años la adquisición del cobre chileno, coronando así una invasión subterránea iniciada en 1904 con la compra de El Teniente y pasando por el dominio de Chuquicamata, la mina abierta más grande del mundo.

Los obreros protestaban contra los monopolios y chantajes de los consorcios extranjeros, denunciaban las vergonzosas condiciones de trabajo, el régimen de esclavitud económica que imponían los emporios y cooperativas por medio del pago en fichas y endeudamiento forzoso y, más que todo, el respaldo agresivo y brutal de las fuerzas armadas que mantenían un virtual estado de guerra contra las poblaciones y organizaciones laborales.

Por la pampa marchaban largas columnas de mineros batiendo sus estandartes rojos. Improvisaban tribunas en las afueras del pueblo y allí peroraban los legendarios líderes: Recabarren, Laferte, su lugarteniente. La concentración concluía al atardecer y entonces los obreros encendían antorchas, voceaban sus consignas en el desierto y entraban al pueblo al anochecer. Encaramado en un banco hablaba Recabarren y llamaba a organizarse y unirse, a desafiar al gobierno y a su retaguardia de gestores. Pedía acción. Los desfiles llenaban las calles y entonces el intendente o el alcalde enviaba sus ocultos emisarios hacia los cuarteles y salía la tropa. Una clarinada, luego, voces de fuego y disparaban. Caían hombres y mujeres. Armados de cadenas y garrotes policías de civil asaltaban los edificios de las mancomunales obreras, rompían la imprenta, incendiaban archivos, libros y periódicos. Algún juez invisible dictaba órdenes de prisión. Los líderes iban a parar a la cárcel.

Este era el Norte Grande que conoció Allende en su infancia. No olvidaría las marchas por la pampa, las antorchas revolucionarias, los mítines del Partido Obrero Socialista en la plaza de Iquique, las asonadas militares, las huelgas, la resistencia.

Cuando estalla la guerra europea el incipiente movimiento socialista chileno se divide; hay quienes levantan la consigna de "una guerra revolucionaria para terminar con todas las guerras", pero hay también quienes se adhieren al bando de los aliados,

Recabarren, que en 1912 había fundado un influyente diario, *El Despertar de los Trabajadores*, publica ahora un semanario que será el órgano oficial de su partido y lo mantendrá hasta 1915. Dos años después nace la Federación Obrera de Chile.

Iquique fue un breve interludio para la familia de Allende. Un cargo de notario en Valdivia marca el fin de esa época nortina. De la frontera con el Perú los Allendes viajan a la frontera sureña, al área que separa al Valle Central del lejano sur, tierra de lagos y volcanes, de bosques y de mares, patria vieja de heroica prosapia.

Al fin de la guerra, Valdivia es uno de los centros más florecientes de la colonización alemana en el sur de Chile. Mundo curioso donde una raza mantendrá celosamente sus tradiciones europeas a la par que invade, sin entregarse, el núcleo familiar chileno. ¡Qué hacendados tan criollos esos alemanes que sueñan y cantan su romántica utopía del exilio frente a fogatas chispeantes de robles y canelos, mientras brindan con breves, detonantes, aguardientes de madera! Vaqueanos, madereros, constructores, navieros, industriales, comerciantes, en medio siglo han transformado la tierra rebeldemente inhóspita del sur en una sociedad de límites rígidos, cerrada y firme, dura, pero también lírica, matizada en las lluvias de invierno por los colores del pino en las cabinas humeantes a lo largo de los ríos, a la orilla de los lagos, junto a playas de mar fuerte y brioso.

Cuatro años durará este período sureño de la familia Allende. La casa de Valdivia será sitio de reunión de abogados, médicos, profesores, todos radicales y masones, de firme base social. Llegan con sus familias. Mientras ellos discuten, los adolescentes se pierden en botes que buscan rutas alejadas y solitarias en el río Calle-Calle. Nombres misteriosos, alguna caleta donde el río se ensancha y donde los botes entran dando cabeceadas por entre bosques de boldo, alumbrados repentinamente por la ligera llamada de los copihues.

Las hijas mayores son ya bellas liceanas. Salvador es un adolescente delgado, de estampa muy recta, con pelo castaño y un rostro al mismo tiempo distante y alerta, acentuada su mirada inquisitiva por sus gruesos lentes. Es un lector empedernido. Pero en el liceo se distingue en proezas atléticas; es campeón del decatlón. Nadador fuerte, resistente. Monta a caballo en pelo, galopa por bosques talados sin seguir senderos, saltando sobre los troncos cubiertos de espeso musgo y viejas, enredadas lianas. Vuelve al anochecer a la casa de madera y piedra por cuya chimenea se eleva un oloroso humo de laurel. En el pelo, en la chaqueta, vienen las hue-

llas del recorrido. Cansado, con hambre, mira a los mayores que siguen hablando junto a la chimenea, busca a la madre en la sala de pesados muebles, se distrae un momento observando a esta mujer adusta, concentrada, y ella devuelve su mirada con una sonrisa distante.

Salvador se encierra en su cuarto de estudiante con libros que le van descubriendo la ruta sentimental de los vagabundos de Gorki y de Istrati, pero también la actividad clandestina de los bolcheviques exiliados en París. Lee y toma notas. Llegará un momento en que podrá plantear sus preguntas a los zapateros de Valparaíso. No todavía, pero llegará ese momento. Valparaíso es por ahora un carrousel de luces en su infancia. Pasarán velozmente los primeros años de humanidades.

En 1922, cuando es hora de buscar una base más firme, acaso definitiva, para la familia, sus padres deciden regresar a Valparaíso. Salvador es un muchacho lleno de preguntas, sorprendido del mundo que va abriéndose ante él en este país de fronteras, dividido ante las imágenes de la ficción que lo seducen y la precisión de la ciencia que lo preocupa y atrae.

Más tarde, años después, el lema del primer gobierno popular en Chile será: "Gobernar es educar". Pero los políticos no llegan a plantearse una pregunta que iba con este lema: Y, si gobernar es educar ¿qué es educar entonces? Para el joven Allende, en el seno de una familia donde la educación se entendía en términos de un liberalismo decimonónico, esta pregunta no era sino la semilla de donde surgían otras, muchas otras.

La educación no podía ser solamente un adorno libresco, ni una preparación cívica para la carrera política o simplemente burocrática, ni mucho menos esa especie de corona para un rey sin cabeza que la filosofía positivista veneraba a fines de siglo. El mundo capitalista hacía crisis y esta crisis, en un comienzo fundamentalmente económica, transformábase en un derrumbe de valores. Una civilización entera perdía de vista sus propósitos y entregábase a una lucha brutal por la hegemonía del poder. La Guerra Europea, tanto como un holocausto de reservas humanas, había sido la explosión de una estructura social viciada por el desequilibrio violento de sus intereses.

Para un grupo social como el de estos radicales y masones chilenos resultaba obvio que la catástrofe capitalista debía traer como consecuencia una restructuración del régimen político y económico del país. Educar, parecían decir, es gobernar redistribuyendo la riqueza para acabar con las injusticias sociales, rescatando los bienes del país asaltados por los consorcios internacionales, repartiend-

do la tierra acumulada por la minoría latifundista. Una orientación socializante como ésta impulsó al joven Allende a superar los marcos de la educación tradicionalmente libresca e interesante en las reformas que los grupos obreros y la juventud universitaria propiciaban en esos años a través de escuelas y liceos nocturnos.

No bastaba el barniz intelectual de los progresistas de oficinas y academias. Había que salir a la calle y aprender directamente la realidad de la llamada "crisis de la democracia chilena". Allende intuía que esa crisis podía referirse a un proceso de larga historia y no a un simple reajuste de proyectos electorales. La miseria de la clase trabajadora chilena no iba a ser remediada por medio de una elección más o menos. Los cambios se veían venir. Allende, alumno de humanidades en Valparaíso y Santiago, ya empezaba a tomar bandos. No sólo leía a los anarquistas rusos y a los idealistas del grupo *Clarté* de Romain Rolland y Henry Barbusse; descubría ya el pensamiento de Mariátegui y se aventuraba por las crudas páginas de Mariano Azuela sobre la Revolución Mexicana y por las más ardientes de José Eustasio Rivera, cuya novela *La vorágine* lo impresionó profundamente.

En 1918 la policía había incendiado el local de la Federación Obrera de Chile en Magallanes, asesinando a un número de trabajadores. Recabarren convirtió la protesta sindical en una huelga revolucionaria y el gobierno respondió soltando destacamentos armados en una verdadera acción de guerra contra el pueblo.

Apareció entonces un líder populachero, de riquísima labia y brillante poder histriónico, un hombre de la clase media enriquecida que, con gestos de tenor italiano, le cantaba a las masas desde los balcones de La Moneda engañosas y seductoras consignas. "Querida chusma, decía, el odio nada engendra, sólo el amor es fecundo...". Luego los conminaba a rebelarse contra la aristocracia agrícola, pero no a luchar con las armas en la mano, sino más bien a votar por su candidatura en las próximas elecciones presidenciales. Se llamaba Arturo Alessandri Palma y, a los compases de "Cielito Lindo", llegó al poder en 1920. Durante cuatro años de gobierno sólo cantó, pero su melodía no fue ya un arrullo para el pueblo, sino una melopea para el imperialismo y sus gestores en quienes buscó apoyo mientras, olvidando momentáneamente su demagogia, hacía la vista gorda ante las masacres de obreros en San Gregorio y La Coruña.

La polarización política llegó a un punto culminante. Envuelto en tenebrosas intrigas que le tejían sus enemigos, cansado, enfermo, Recabarren, el fundador del movimiento sindical chileno, se sui-

cida en 1924. Este mismo año un grupo de oficiales de ejército va al Senado y, desde la galería, hacen resonar sus sables golpeándolos contra el suelo mientras corean consignas de mejoramiento profesional y de nuevo orden para el país. Ese incidente, en apariencia trivial, se convierte en el punto de partida de un movimiento de insurgencia como consecuencia del cual cae derrocado Alessandri y el poder va a parar en manos de una Junta que gobernará brevemente.

11 de septiembre de 1924.

Esta fecha no se borrará jamás de la mente de Allende.

Las calles de Santiago se envuelven en extraña luz a estas alturas del año; hay una primavera detrás de las montañas nevadas, encima casi de los farellones, un color en el cielo que se anuncia apenas, pues no se declara, como si dudando inseguro si abrirse en aparatosos celajes o retirarse ante las viejas, persistentes lluvias del invierno reciente. Esta incertidumbre de nueva vida ante los brotes que van a crecer, la sienten también los santiaguinos que no descartan sus ropas gruesas cuando los sorprenden ya un crepúsculo largo y unas brisas enardecedoras. Las calles, avenidas y plazas, empiezan a llenarse de gentes, el paso se aviva, un saludo al atardecer se transforma en promesa de cosas indefinidas. Aparecen los orfeones en las plazas. Los jóvenes hablan de las Fiestas de la Primavera. Y, por fin, las noches se hacen largas, se camina, se habla hasta la madrugada.

Allende vive a fondo su adolescencia, es alumno del último curso de humanidades en el Instituto Nacional. Se le conoce como atleta. Gana premios de natación. La casona del Instituto, con sus corredores y patios extendidos, su fuente y sus palmeras, responde a la temprana primavera. Los muchachos se esconden a fumar, olvidan sus estudios, se reúnen en el viejo Ramis Clar de La Alameda. A pocas cuadras, el edificio colonial de La Moneda parece vacío detrás de sus adustos balcones de fierro.

Pero, de pronto, comienza a transitar un largo convoy militar. Es un tráfico de asonada, porque los civiles de leva, sombrero hongo y bastón, abandonan ya los salones de la Presidencia mientras generales y coroneles escogen sus puestos favoritos y se instalan preparándose para gobernar. El Presidente Alessandri considera su situación, escucha los consejos de sus ministros, decide que las Fuerzas Armadas tienen la carta de triunfo, y sale a medianoche del Palacio a refugiarse en la Embajada de los Estados Unidos.

El 11 de septiembre asume el gobierno la Junta Militar presidida por el general Luis Altamirano. En los últimos meses la

oligarquía venía planeando la sublevación. Acusaban a Alessandri de promover el descontento marxista. Ante la alarma del Presidente por tamaña acusación, uno de sus consejeros conservadores le dice:

—Pero, señor, cómo puede usted recriminarme si usted se ha entregado a los bolcheviques y lo que pretende hacer es la revolución de los soviets. Yo no estoy ya con usted.

Alessandri había propuesto una avanzada legislación social para los obreros y empleados, crear un Banco Central, institucionalizar el impuesto a la renta y fortalecer el poder ejecutivo. La derecha, temerosa de perder sus privilegios, trató de complotar con las Fuerzas Armadas y derrocar al Presidente.

Los jefes de la coalición —dice el historiador Francisco Frías— comenzaron a conspirar y a interesar a algunos jefes militares y navales con el objeto de dar un golpe que pusiera término al gobierno de los partidos democráticos. Poco antes habían organizado una sociedad secreta, la TEA, destinada a cometer atentados contra los hombres del régimen. Pero todo esto condujo a un resultado inesperado: la revolución la hicieron los militares por su cuenta. (*Historia de Chile*, t. IV, Santiago: Chile, 1970, p. 332).

Allende observó desde lejos el movimiento de tropas, el paso de los carruajes que bajaban por callejuelas apartadas a perderse con encopetados caballeros del régimen caído. No comentaban los estudiantes, era un vaivén del poder que a ellos no les tocaba, una tembladera de sables, un cargamento de equipajes para otra gran familia que partía hacia el destierro a esperar el llamado de los recalcitrantes partidarios. Pero guardó la imagen. Así se hacía y deshacía la patria, el pueblo recorriendo pampas sin horizontes, parchando el invierno que dejó su miseria a la boca de las minas, los poderosos abriendo y cerrando puertas de palacios y cuarteles para dejar entrar otro poco de historia.

Este 11 de septiembre pasaba frente a él como un telón de fondo cubriendo la primavera que sus amigos y él ya habían saludado. Dejaba una sensación extraña de algo que se ha vivido y se vivirá otra vez. Este día estaba perdido y apenas si dejaba esa sola huella: un sol débil, para siempre, detrás de la Cordillera de la Costa.

En 1925 Allende hace su Servicio Militar. Es un joven de 17 años, vigoroso sin ser macizo, de actitud altiva, lleva gruesos lentes, viste con esmero. Sus familiares y amigos lo llaman Chicho y en el apodo se capta el tono de los viñamarinos de clase como

dada. Sorprende a sus amigos enrolándose en un regimiento de caballería. Allende comprende que estar en el ejército para él es parte de un modo de vida identificado con principios tradicionales para cierto sector de la sociedad chilena. Responde a una especie de código de honor basado en la fortaleza física, la disciplina, la austeridad sin aspavientos. Puede ser un soldado más, pero no un soldado de levita, sino un concripto en las barracas y peserías del regimiento Coraceros de Viña del Mar.

Sin embargo, ser un soldado en ese año de 1925 significa también otra cosa: el ejército manda al país a través de la Junta y de un comité político. Ambos, la Junta y el comité, sienten cada día más apremiante la presión de la coalición conservadora ansiosa de recuperar el poder. Pronto se dan cuenta de que la crisis política sólo tiene una solución: el regreso de Alessandri para que cumpla el resto de su periodo presidencial. "Cielito Lindo" lo arregla todo. Llegará cantando, prometerá este mundo y el otro. Todo se olvida en el verano de este país.

Pero los regimientos siguen en pie de guerra, alertas para apoyar con las armas la gestión política de sus jefes y con mayor celo aún en la frontera con Bolivia y el Perú, países que agitan internacionalmente el conflicto de Tacna y Arica.

El año militar de Allende es, pues, de crisis históricas. Civilistas y militaristas disputan el apoyo de los partidos tradicionales. El pueblo —la clase obrera y su máxima organización sindical—, no superan aún su condición marginada. En 1925, ante un paro de miles de obreros que han quedado cesantes con el cierre de las Oficinas salitreras, el ejército desata una violenta represalia en La Coruña. Cientos de obreros mueren ametrallados o fusilados. El Ministro del Interior es un joven político quien, años después, será el abanderado del Frente Popular en una victoriosa campaña.

Alessandri regresa de Roma y recibe la Presidencia de manos de la Junta militar, gobierna brevemente, convoca a elecciones y renuncia a fines de 1925. Lo que viene después no parece ser parte de la historia de la gran democracia chilena, sino de una crónica teatral.

Si Alessandri había sido un líder pintoresco, demagógico, volátil, agraciado por el don del *bel canto* oratorio, impulsivo y apasionado, astuto y aventurero, el sucesor que él mismo escogió representaba el extremo opuesto. Nacido en ambiente de criolla aristocracia don Emiliano Figueroa era un hombre gordo y mofletudo, bonachón y campechano, de barba gris y labios sensuales, no ofendía a nadie pero tampoco ganaba adeptos, no le interesaba. Pasaba por las altas esferas del gobierno como un globo entre vientos

contrarios, apremiado pero sin desinflarse. Duró muy poco en el poder.

En 1927 apareció en Palacio un militar joven, apuesto oficialmente de caballería, experto en organización policial, alto, taciturno, parco en el hablar, más afable e inteligente, hombre que, guardando silencio, pesaba las armas del adversario, descifraba sus ambiciones, descubría sus debilidades y, sólo entonces, actuaba. Se llamaba Carlos Ibáñez del Campo y había sido miembro de una misión militar en El Salvador, invitado por el Presidente de esa república don Alfonso Quiñónez. Organizó allí la Guardia, casó con aristocrática dama salvadoreña y, a su regreso a Chile, conquistó un lugar de influencia entre la oficialidad joven. Su astucia queda patente en una respuesta que, siendo ya gobernante, le diera a una delegación diplomática boliviana cuando se reclamaba un puerto para Bolivia:

—Pero, señores —les dijo Ibáñez—, ¿para qué quieren ustedes un puerto si no tienen mar?

—Pedimos, excelencia, una salida al mar —dijeron ellos.

—¿Y para qué quieren mar si no tienen puerto?

El coronel Ibáñez se dio maña para descartar uno a uno a sus enemigos y adversarios. Aisló al Presidente, lo enfrentó a la Corte Suprema, lo puso en situación insostenible, hasta que lo hizo renunciar. En pocos meses organizó una sólida base política y, llegadas las elecciones, resultó elegido Presidente por una mayoría jamás vista en Chile: Ibáñez obtuvo el 98% de la votación nacional. Una vez en el poder, Ibáñez gobernó con mano de hierro. Liquidó a la oposición por medio del destierro, la prisión o la desaparición. Hizo uso de poderes ilimitados, eligió un Congreso sin recurrir a elecciones. Un sordo y vasto resentimiento cundió clandestinamente en el país. Ibáñez contrajo una monstruosa deuda externa para cumplir su programa de construcciones y mejoras: construyó ferrocarriles, obras de regadío, puertos, caminos, aeropuertos, escuelas, cárceles. Hizo piscinas en todos los huecos disponibles del país. Uno de sus Ministros ordenó la destrucción de la biblioteca del Instituto Nacional para construir una piscina en su lugar.

La resistencia fue ganando ímpetu, de subterránea se convirtió en pública y vociferante. Los trabajadores salían a protestar a la calle exigiendo respeto a sus derechos sindicales; la clase media, sintiendo en carne propia la ruina y el descalabro económico de 1929-1930, desafió al gobierno desde los Colegios Profesionales: declarábase en huelga los médicos, abogados, profesores. La vanguardia de esta creciente ofensiva contra la dictadura la asumieron los estudiantes universitarios. Dos fueron los centros de mayor actividad revolucionaria: la Escuela de Medicina y la Escuela de Leyes.

Desde 1926, año en que inició sus estudios de medicina, Allende venía distinguiéndose como orador fogoso e impulsivo. Traía a la Escuela de Medicina su rica experiencia en Valparaíso y el Norte Grande. Militaba en el Grupo Avance, organización de izquierda que aunaba a socialistas, comunistas y anarquistas. Agrupación pequeña pero combativa. De allí salió la línea política que iba a acabar con la dictadura.

Ibáñez fracasó en el frente económico endeudando al país hasta más allá de sus reservas y posibilidades; y, políticamente, perdió todo apoyo de los partidos tradicionales. El golpe de muerte se lo dieron los estudiantes que contribuyeron poderosamente a la dirección de una huelga general, mientras ensayaban tácticas de acción revolucionaria en constante desafío a las fuerzas policiales. El grupo Avance, con Allende y otros líderes a la cabeza, tomaron por asalto la Casa Central de la Universidad de Chile.

En esos días de invierno se luchaba ya esporádicamente en las calles. Aparecían focos de resistencia en el centro de Santiago. Se disparaba contra los carabineros desde el Cerro de Santa Lucía y desde las azoteas de los edificios comerciales y fiscales. Los universitarios comenzaron a recibir ayuda desde el Club de la Unión. Fue la señal de que Ibáñez tenía las horas contadas. El reducto más exclusivo de la burguesía chilena le declaraba la guerra.

El domingo 26 de julio de 1931 Ibáñez se rindió, renunció a su cargo y salió hacia la Argentina primero en auto, después a pie y, finalmente, en mula. El país lo había repudiado; las huelgas, la asonada callejera, la organización de estudiantes y trabajadores, lo habían derrotado.

Pero, no concluyó aquí la crisis política; siguió un periodo de anarquía, con un conato de elecciones en que Arturo Alessandri, juna vez más!, fue derrotado por un apacible y mesurado candidato del Partido Radical. La novedad: hubo dos candidatos marxistas, Elías Lafferte, por el Partido Comunista, y Manuel Hidalgo, por una fracción trotskista. Don José Esteban Montero, elegido por los radicales, se sostuvo en el poder un año.

El 4 de junio de 1932 el coronel de aviación Marmaduke Grove y el líder civil Eugenio Matte encabezan un golpe revolucionario. Montero es derrocado. Grove y Matte proclaman la República Socialista de Chile, la primera república socialista en la historia de Latinoamérica.

¿Qué llevó a Allende a apoyar con tal decisión a Grove, a jugarse entero por él y por su utópica República?

A tantos años de esos acontecimientos hoy resulta fascinante examinar los factores que fijan un destino político de dos hombres,

uno casi al final de su carrera de dirigente, el otro al comienzo de un proceso que tendría heroicas proyecciones.

En una foto de 1932 publicada en los periódicos de Santiago aparece Grove de civil, empacado, con su calañé en medio de la cabeza, los labios apretados en una especie de enigmática sonrisa, saliendo de La Moneda acompañado por el joven Allende de sombrero alón, con ceñida chaqueta de cuatro botones, pañuelo blanco en el bolsillo. Hay algo que los relaciona y algo que los aparta. Para Grove ese joven dirigente universitario representa una realidad política de nuevo cuño; no entra en el mundo del caudillismo a que se ha enfrentado ese día en La Moneda. Los gobiernos caen como las hojas del calendario y los caudillos se van al destierro para regresar en triunfo agitando nuevas banderas de atractivos colores. El pueblo los ve pasar por La Alameda de las Delicias, a veces en carrozas con la banda tricolor terciada al pecho, a veces entre sombras buscando la esquina de la conspiración. ¿Qué país gobiernan? No el de la miseria nortina no el de los mineros de Lota enterrados en las profundidades del mar, no el de los cesantes en Santiago haciendo cola en el cementerio. Grove se enfrenta a la triste pandilla, pero ha venido solo, en una avioneta perdida. Alessandri, Ibáñez, magos de palacio, hacen pases en el seno de los viejos partidos y producen ministerios, empréstitos, senadores, diputados, gobierno. Allende le trae a Grove el llamado de militantes que necesitan partido, que piden acción revolucionaria para cumplir un programa.

Después de la toma de la universidad en 1931 y antes de la caída de la dictadura, Allende fue perseguido y encarcelado por los esbirros de Ibáñez. Una vez en libertad, es elegido presidente del Centro de Estudiantes de la Escuela de Medicina y, poco después, vice-presidente de la Federación de Estudiantes de Chile. Pero Allende busca algo que está más allá de la universidad: la acción concertada a nivel masas, el pacto ideológico con las organizaciones obreras; él y sus compañeros barajan un proyecto político que aúne las fuerzas progresistas de la pequeña burguesía con la vanguardia revolucionaria de los trabajadores. Eugenio Matte, un hombre que en el fondo de su idealismo mantenía latente un nítido sentido de la praxis, ofrece el eslabón necesario. A comienzos de 1933 Grove, Matte y Allende contribuirán a la fundación del Partido Socialista.

Grove, hombre voluntarioso, sencillo y parco, sabe lo que debe hacerse desde el poder, quiere distribuir las riquezas del país, desalojar a las compañías multinacionales, consolidar la estructura de una avanzada legislación social. Pero su República carece de un

movimiento popular que garantice la realización de ese programa. Busca el apoyo de la FOCH* que en 1931 consigue reconstituirse después de cinco años de persecución bajo la dictadura. El gobierno anterior había decretado una rebaja general de sueldos para afrontar la crisis económica y, al mismo tiempo, dictó un estatuto de privilegios abusivos a favor de las empresas extranjeras de la gran minería del cobre. El 31 de septiembre de 1931 la marinería chilena se sublevó propiciando la formación de un gobierno revolucionario. La FOCH declaró una huelga nacional en apoyo de la sublevación. Lafferte, su presidente, envió delegados obreros a los barcos amotinados. La Fuerza Aérea sale de Coquimbo a bombardear a los revolucionarios y pone fin a la revuelta.

Es a estos hechos que responde Grave al tomar el poder. Durante trece días gobierna al país con rudimentarios decretos de socialización. Su primera medida: devolver gratuitamente a los asalariados las prendas que han debido empeñar en agencias y montepíos para subsistir en la época de hambre.

Los líderes de la República Socialista son entonces traicionados por un aliado que vivirá una sórdida historia política: Carlos Dávila. Grove y Matte son relegados a la Isla de Pascua. Dávila se mantiene cien días en el poder y cae a su vez derrocado por nuevo cuartelazo militar.

Allende ha declarado años después:

Quando vino la caída de la República Socialista de Marmaduque Grove, estaba haciendo mi internado de medicina en Valparaíso. Entonces pronuncié un discurso como dirigente universitario en la Escuela de Derecho, como consecuencia del cual se me detuvo. Además fueron detenidos otros familiares míos, entre los cuales mi cuñado, hermano de Marmaduque Grove, y un hermano mío que casi no participaba en política. Como ves, con Grove teníamos estrechos vínculos familiares. Ahí nos juzgó una corte marcial que nos puso en libertad. Nuevamente nos tomaron presos y nos sometieron a una segunda corte marcial. . . Mi padre estaba enfermo, se le había amputado una pierna y tenía síntomas de gangrena en la otra. Estaba prácticamente en sus últimos momentos. De ahí que, estando detenidos, se nos permitió a mi hermano y a mí, ir a ver a nuestro padre. Allí como médico me di cuenta del estado de gravedad suma en que se encontraba. Pude conversar unos pocos minutos con él y alcanzó a decirnos que sólo nos legaba una formación limpia y honesta y ningún bien material. Al día siguiente falleció; en sus funerales hablé para decir que me con-

* Federación Obrera de Chile.

sagaría a la lucha social, promesa que creo haber cumplido. (Allende: Conversación con Régis Debray, en PUNTO FINAL, marzo 1971, p. 27).

La vida de estudiante fue dura para Salvador. Quienes venían de provincia en esos años se instalaban en Pensionados de apariencia y condiciones carcelarias. Los alumnos de Medicina tenían el suyo en la Avenida de la Paz, cerca de la Vega Central, barrio peligroso donde los asaltos eran comunes y las reyertas terminaban a cuchilladas en la calle. Para subsistir Salvador trabajó como Ayudante de la cátedra de anatomía patológica. Después de un año de internado recibió su título de médico a fines de 1932. Su tesis versó sobre "Higiene mental y delincuencia". Tenía 24 años de edad.

No abandona la política, por el contrario, empieza para él un periodo de intensa actividad; no puede hablarse ya de años formativos, sino de los comienzos de su carrera de dirigente. Se le nombra Jefe de Núcleo y, luego, Secretario de Estudios Sociales y, por fin, Secretario Provincial de Aconcagua del nuevo Partido Socialista. Profesionalmente, desempeña asimismo puestos claves: es redactor del Boletín Médico de Chile, dirigente de la Asociación Médica y fundador de la *Revista de Medicina Social* de Valparaíso. En un trabajo de esa época Allende sienta las bases de lo que será más tarde el Servicio Nacional de Salud.

En 1935 su trabajo político le vale la persecución enconada de Alessandri, quien ha llegado una vez más a la Presidencia de la República. El León de Tarapacá* es ahora gobernante conservador y autoritario. Ante un levantamiento campesino en la zona austral de Rancúil no vacila en usar la fuerza policial y hace masacrar a doscientos inquilinos. El Partido Socialista encabeza los movimientos de protesta en el país. Allende no tarda en ser víctima de la persecución. Va a la cárcel y luego a la confinación en el puerto norteño de Calera.

Cuando en 1936 los partidos de izquierda y de centro aúnan sus fuerzas para defender la democracia contra el fascismo, Allende es elegido presidente del Frente Popular en Valparaíso. Es el comienzo de una época decisiva para la historia política de Chile. Europa, azotada por los hordas del nazismo hitleriano y del fascismo de Mussolini, se haya al borde de una Segunda Guerra Mundial. Cae ensangrentada la heroica República Española. Las fuerzas democráticas chilenas organizadas en una poderosa coalición se aproximan para las elecciones presidenciales de 1938.

* Apodo de Arturo Alessandri Palma.

En 1937 Allende es elegido diputado por Quillota y Valparaíso. En el Congreso Allende se distingue por su oratoria tranquila, su documentación cuidadosa, su tenacidad para defender sus proyectos de legislación social. Poco a poco se gana el respeto de la Cámara de Diputados por encima de fronteras políticas.

Tradicionalmente los dirigentes chilenos acumulaban experiencia política en asambleas de partido para blandirla luego como un arma de dos filos en el teje y maneje parlamentario. Algunos gozaban de privilegios más exclusivos: daban sus batallas desde La Moneda ocupando el sillón rojo de los presidentes o las sillas más duras de un Ministerio. Alessandri llenó sillas y sillones con su cuerpo grueso y sus espaldas cargadas, a través de la primera mitad del siglo xx. Ibáñez compitió con él, la mayor de las veces con mesura, en una o dos ocasiones desbocándose, al estilo de sus academias de caballería.

Allende, respetando a Alessandri, de quien guardó siempre un retrato en su casa inscrito con afectuosa dedicatoria, desconfió de Ibáñez. La verdad es que decidió temprano en su vida no seguir el ejemplo ni de uno ni de otro. A la distancia consideró, más bien, el modelo del líder combativo, sacrificado y popular que le ofrecieron Recabarren y Lafferte, proletarios ambos, identificados con las luchas sindicales.

Sin embargo, no podía deshacerse del sistema social en que debió funcionar. Recabarren bregaba en la pampa, en confrontación diaria con la policía y las Fuerzas Armadas, organizando y dirigiendo huelgas. Para las autoridades era un "revoltoso". Allende venía destinado a ser un "rebelde respetable". Una cosa era salir de las luchas en las aulas universitarias donde se había perorado en las agitadas asambleas del Grupo Avance, y otra muy distinta afrontar en las salitreras la ofensiva brutal de regímenes armados hasta los dientes.

Alessandri ofrecía un modelo atrayente por su criolla ambigüedad. Deleitaba con la palabra, liquidaba por medio de incondicionales servidores. No vacilaba en el instante de la acción decisiva. Alessandri castiga al joven Allende pero, luego, lo indulta en un gesto de deferencia personal. Le está diciendo: "comprendo su actitud, pero usted debe comprender la mía, si usted se rebela, debo reprimirlo, si usted aprende la lección cuente con mi simpatía". Es la complacencia del político criollo. "Somos una sola gran familia, dice, aquí nos conocemos todos, no nos vamos a sacar la suerte entre gitanos, entendámonos". ¡Viva la componenda! Todo puede parcharse.

De pronto, una generación escucha al caudillo y dice *No*. Profe-

sionales, obreros, estudiantes, lo ponen entre la espada y la pared. El país ha vivido en una crisis constante, en una quiebra de valores morales producida por la desigualdad económica, los abusos y represiones políticas. Estos jóvenes que vienen de provincia a unirse a los cuadros revolucionarios de la universidad, de la FOCH y los partidos obreros, rehusan someterse a las prácticas de la parodia democrática. Buscan su propio estilo. Junto al grupo Avance, de hegemonía comunista, nace el grupo Vanguardia, formado por social demócratas, trotskistas e independientes; un sector de la Juventud Católica, inspirándose en el pensamiento de Maritain, rompe con el Partido Conservador y funda la Falange (1938) de inspiración social-cristiana.

Es en esos momentos que empieza a definirse con claridad la fisonomía política de Allende. Por encima de todo, busca un movimiento de orientación marxista con raíces y bases nacionales. Comienzan años de divisiones y partidanismos agresivos. Socialistas y comunistas compiten por la dirección del movimiento obrero. Es época de expulsiones, ataques y contra-ataques. Allende dirá más tarde:

Quando fundamos el Partido Socialista existía el Partido Comunista, pero nosotros analizamos la realidad chilena y creímos que había cabida para un partido que teniendo pensamiento filosófico doctrinario similar, un método como el marxismo para interpretar la historia, era un partido que no tenía vinculaciones de tipo internacional, lo cual no significaba que nosotros desconociéramos el internacionalismo proletario.

...No soy comunista —añadió—, pero tampoco, como socialista revolucionario, puedo ser anticomunista. (Debray, pág. 58).

¿Es un líder revolucionario quien así habla? Y si lo es ¿dentro de qué tradiciones? ¿Cómo se prepara Allende para los combates decisivos en que se jugará la vida más tarde? Es necesario proceder con cautela para buscar respuesta a estas preguntas.

Como se ha dicho, Allende venía a la izquierda chilena desde la escuela de un liberalismo masónico que había tenido sus horas de triunfo y sus horas de crisis en el siglo XIX. Pasó más tarde por el fragor visionario y activista del extremismo universitario; investigó las raíces de la ruina social y económica chilena en la evidencia más traumática: las condiciones de vida de la familia proletaria con sus estadísticas de miseria y de vergüenza.

Cuando en 1938 se dio la contienda electoral que enfrentó a la izquierda unida en el Frente Popular y a la derecha económica am-

parada en la persona del financista Gustavo Ross Santa María, Allende escogió su camino sin vacilaciones y asumió el puesto de mayor responsabilidad en esos instantes: fue generalísimo de la campaña del candidato Pedro Aguirre Cerda. Para llegar a esta decisión debió abrirse paso con un sexto sentido porque la ruta se llenó de trampas sorpresivas, peligrosas.

La lucha en ese año de 1938 no se daba en las fábricas, ni en las minas, ni en las pampas del salitre y el cobre, ni en los muelles, ni en el campo. En las escaramuzas callejeras batíanse los socialistas y comunistas contra pandillas de uniformados al estilo nazi. Esas camisas pardas, swásticas y correas en bandolera, esos garrotes y manoplas, representaban la avanzada de un Movimiento Nacional Socialista fundado en 1936 por un abogado de nombre y estilo estrafalarios: González von Marées. A su oratoria nerviosa y exaltada este hombre unía una audacia frenética. Sus partidarios eran en su mayoría estudiantes y empleados. Gente fanática. El *führer* criollo había dado muestras de su frenesí en una sesión plena del Congreso cuando, al presentarse el Presidente Alessandri a rendir su cuenta anual, le interpelló y le disparó varios balazos. Alessandri no perdió su serenidad, observó con desdén mientras los carabineros expulsaban del recinto a su atacante y continuó su discurso. Sin embargo, en ese atentado advirtió una inconfundible señal de alarma. El país entraba a una era de violencia que culminaría mucho más tarde. Caía el velo del liberalismo paternalista con el que se cubrieron largos años de crisis y anarquía, y Chile afrontaba sus contradicciones políticas dividido en dos bandos irreconciliables.

El Partido Socialista levantó ese año la candidatura de Marmaduke Grove, no en un gesto fútil y caprichoso, sino como un genuino esfuerzo por vitalizar y reactivar la unidad entre los cuadros marxistas eligiendo un candidato de clase y mentalidad revolucionarias. Por su parte, el Partido Comunista juzgó que Grove no podía ganar, que la estrategia del Frente Popular nítidamente indicaba la necesidad de escoger al representante de un partido de extracción burguesa y tradicional que ofreciera garantías democráticas a los partidos de izquierda y a la FOCH. Esas dos corrientes chocaron en la convención del Frente Popular a comienzos de 1938.

Cuando se produjo un acuerdo alrededor de la candidatura de Aguirre Cerda, Allende interpretó la orientación de su partido como un mandato a conquistar el poder político sin comprometer las bases de una alianza que aspiraba a abrir el camino hacia el socialismo dentro de una constitucionalidad democrática.

En septiembre del 38 un grupo de jóvenes nazis asalta el edificio central de la Universidad de Chile y el de la Caja del Seguro Obrero,

situado éste frente al Palacio de La Moneda. Entran descargando sus rifles y pistolas; combaten durante algunas horas de la mañana. El Presidente Alessandri da órdenes de liquidar a los nazis. La artillería del ejército cañonea el edificio de la Universidad. Los carabineros desalojan a los combatientes y los llevan con las manos en alto al edificio del Seguro Obrero. Allí los carabineros ametrallan a rendidos y opositores. Mueren también algunos empleados de la Caja. El país reacciona horrorizado ante la brutalidad de este desenlace. Sesenta y tres jóvenes son salvajamente liquidados adentro del edificio.

Los partidos de izquierda salen a la calle en grandes manifestaciones de protesta. Allende es figura señalada en esos mítines en que exhorta al pueblo a movilizarse en defensa de la democracia y de la libertad electoral. Desde la cárcel, Carlos Ibáñez del Campo, candidato presidencial de los nazis, da orden a sus partidarios de votar por el representante del Frente Popular. Triunfa Pedro Aguirre Cerda por escasa mayoría.

Los mitos de la democracia conservadora chilena, de esa gran familia en que izquierdas y derechas sobrevivían en cordial desajuste y aménísimo caos, se tambalean. Un sorpresivo incidente parece revelar, finalmente, a los apacibles santiaguinos que, por debajo de la complacencia y la componenda, un movimiento de capas terrestres viene anunciando ya el gran terremoto político.

"El país ya no es el mismo del año veinte", le dice Chile a don Arturo Alessandri. Parece, más bien, que fuera el mismo del año 1891. Podría añadirse, porque la sombra del Presidente José Manuel Balmaceda, derrocado en una sangrienta guerra civil, sitiado por implacables intereses imperialistas y oligárquicos criollos, crece una vez más en medio de los debates y silencios de las asambleas políticas del 38. Balmaceda, derrotado, abandonado, suicidándose entre gallos y medianoche en el refugio de una embajada extranjera, comenzará a penarle ahora a Salvador Allende, Secretario General del Partido Socialista de Chile.

Allende ha captado mejor que nadie el sentido secreto de la crisis de violencia de 1938. La democracia chilena ha funcionado desde hace más de un siglo como espejismo de curiosas contradicciones. Por una parte, estadistas de criterio y mano firmes limitan sus miras y propósitos a una sola área de la problemática social del país y proceden a imponer un orden económico orientado a resolver crisis circunstanciales favoreciendo siempre al sector que, a su juicio, debía garantizar a la larga el crecimiento de Chile. Al otro extremo, un gobernante como Balmaceda hace un heroico y romántico es-

fuerzo por promover una ideología nacionalista castigando al frente oligárquico y dificultando la expansión del capital extranjero.

Ni uno ni otro bando parecen tomar en consideración el motor que debe mover a la nación: la clase trabajadora. Nadie en esos gobiernos contempla la posibilidad de incorporar a obreros y campesinos en la estructura política que ha de orientar la revolución industrial que se ve venir a comienzos de siglo.

Allende piensa que nuestra democracia, nacida de una situación crítica, ha evolucionado a saltos y contrasaltos, sin superar las limitaciones del liberalismo ni del autoritarismo del siglo XIX. La violencia del 38 no es sino un acto más en el drama de acciones y reacciones desesperadas que definen nuestra historia desde las guerras de la Independencia; no ha sido un acto culminante, eso vendrá más tarde. Para Allende la oportunidad es rica en significaciones: este gobierno del Frente Popular no es una simple alianza política de índole electoral, llega al poder con un programa de medidas específicas para mejorar la condición económica de los trabajadores, para reorganizar la producción industrial y agrícola y defender las materias primas del país.

Allende es uno de los ideólogos que junto al Presidente Aguirre Cerda crean la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO, 1939), determinando la estrategia económica que superará la crisis heredada del gobierno de Alessandri. Aguirre Cerda creía en la planificación de la economía a través de organismos de Estado, consciente del impresionante aumento de la población del país y de la consiguiente aceleración del consumo interno.

Aguirre Cerda llamó a Allende a servir en el cargo de Ministro de Salubridad. En 1939 renuncia a su diputación en el Congreso para asumir esa cartera. Tiene a la sazón 31 años de edad.

ACERCAMIENTO A BOLIVAR

Por José FERRER CANALES*

CON reverencia y cierto temblor interior llego a este acto en pleno Bicentenario del nacimiento del Libertador para pronunciar ese nombre que tiene aureola de gloria y que simboliza, que encarna los más altos valores de la libertad, la justicia, la igualdad y la integración: el nombre de Simón Bolívar. Vengo con sentimiento de profunda gratitud a Dios y a la vida porque he tenido, entre otros, a los inolvidables maestros don Antonio S. Pedreira, la Dra. Concha Meléndez, la Dra. Margot Arce de Vázquez y a don José A. Balseiro; y gratitud porque he estado durante cuarenta años en diálogo, en la cátedra, con el alma del idealismo y generosidad de la juventud —jóvenes de Puerto Rico, de las Américas, de España y de África.

Mi gratitud va también hoy a los organizadores de este programa: la fina y dinámica profesora Flavia Lugo, la prestigiosa Dra. Luce López-Baralt, la entusiasta y laboriosa María Mercedes Sánchez, el Dr. Ramón Acevedo, Director del Departamento de Estudios Hispánicos, y el Dr. Mariano Feliciano, Director del Seminario de Estudios Hispánicos e ilustre profesor en la tradición del sabio puertorriqueño Dr. Jorge Luis Porras Cruz. Gracias a la Dra. Merce López-Baralt por sus hermosas palabras de presentación, a los compañeros del Grupo Otoquí por su cordialidad y arte, y a cuantos participan y nos acompañan en este acto presidido por el Decano Interino, Doctor John E. Larking.

No traigo una *lección magistral*. No me comprometí a esa hazaña. Magistrales fueron las lecciones que escuché de las Dras. Margot Arce de Vázquez e Isabel Gutiérrez del Arroyo. Magistral será la de quien es orgullo nuestro, en las letras nacionales, el Dr. Luis Rafael Sánchez quien nos hablará un día sobre el tema *Hacia una poética de lo soez*. Pienso en cuán fecunda hubiera sido la *lección magistral* que nos hubiese legado el humanista Dr. Aguedo Mojica.

Hay una diferencia, a veces abismal, entre la lección de un *magister*, de un maestro de filosofía, de literatura, de historia, de

* Despedida de la Cátedra de Estudios Hispánicos, Universidad de Puerto Rico, 1983.

ciencias naturales, y la expresión subjetiva, sin pretensiones, de un hombre que presenta *su* verdad, *su* sentir que nadie tiene que acatar. Y esto traigo yo: *mi* verdad, *mi* sentir, *un testimonio personal* de mi culto a Bolívar y a la patria.

Aspiro por la vía de la síntesis a contestar tres interrogantes: *Primera*: ¿cómo han visto a Bolívar desde la perspectiva puertorriqueña algunas de nuestras más esclarecidas figuras? *Segunda*: ¿qué nos enseña Bolívar como educador? Y *tercera*: ¿qué significa para mí la *Carta de Jamaica, la epístola profética*?

Digamos que como ayer, hoy nos conmueve por sus hazañas, por su pensamiento aquel genio que juró ante su maestro don Simón Rodríguez, en el Monte Aventino, romper las cadenas que oprimían a América; que durante el terremoto de 1812 en Caracas, en el Convento de San Jacinto, pensando en la independencia, exclamó: *Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la someteremos*; que habló con la historia y con la eternidad en la cumbre del Chimborazo; que en sus luchas contra la injusticia y contra la tiranía subió con soldados pobres pero libertadores desde las márgenes del Orinoco hasta las crestas de los Andes; y que no pudo concebir el ensueño y la realidad de la independencia de Nuestra América sin la independencia y la libertad antillana —¡sin Cuba libre, sin Puerto Rico libre!

Nada supera todavía en su brevedad como semblanza, la página que para niños y para hombres, escribe Martí en *La Edad de Oro* sobre el Libertador. Allí donde el Apóstol define la libertad como "el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía", donde expone que "en el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz", y donde eleva a la jerarquía de *hombres sagrados* a San Martín, a Hidalgo y a Bolívar, allí deja la asombrosa, la ejemplar lección de síntesis sobre el Libertador:

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fue el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían

derrotado los españoles; lo habían echado del país. El se fue a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. . . Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolívar. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto, ni se peleó mejor en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libres.

Después tendríamos que oírle a Martí el discurso que como Presidente de la Sociedad Literaria Hispanoamericana pronuncia en Nueva York el 28 de octubre de 1893 sobre el Libertador. Hay elocuencia y pasión de justicia en esa etopeya inmortal. Martí talla la imagen de aquél a quien había llamado *varón solar y astro humanado*.

Dirá ahora:

Hombre fue aquél en realidad extraordinario. . . De Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies. . .

. . . Bolívar tiene que hacer en América todavía. . . de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas.

En nosotros los puertorriqueños resuena ese acento.

Perspectiva Puertorriqueña

TODA una constelación de escritores en América y Europa rinden honores a Bolívar. Pero ahora nos interrogamos cómo se ha visto a Bolívar desde la perspectiva puertorriqueña, desde nuestra orilla.

Lloréns Torres talla el magistral soneto que es monumento y tiene del himno y de la etopeya, soneto que musitamos alma adentro como plegaria y con acento cívico:

Político, militar, héroe, orador y poeta.
 Y en todo, grande. Como las tierras libertadas por él.
 Por él, que no nació hijo de patria alguna,
 sino que muchas patrias nacieron hijas de él.

Tenía la valentía del que lleva una espada.
 Tenía la cortesía del que lleva una flor.
 Y entrando en los salones arrojaba la espada,
 Y entrando en los combates, arrojaba la flor.

Los picos del Ande no eran más, a sus ojos,
 que signos admirativos de sus arrojos.
 Fue un soldado poeta. Un poeta soldado.

Y cada pueblo libertado
 era una hazaña del poeta y era un poema del soldado.
 Y fue crucificado. . .

No podemos olvidar la voz de Evaristo Ribera Chevremont en el libro *Jinetes de la inmortalidad*, sonetos consagrados a Bolívar y a Sucre. Contempla el poeta a la figura épica americana:

Es él. Lo veo. De marfil la frente.
 Blanca y fina belleza que se afina.
 Ha de nacer, por voluntad divina,
 a la luz de este ser, un Continente.

Cuando lo enorme de su genio él sienta,
 el Chimborazo todo se ilumina;
 y el cóndor en América domina,
 puesto el ojo tenaz en la serpiente.

El héroe al polvo lanza una corona
 quebrada en oro y perlas, lo que abona
 la tierra tremulante a su mirada.

Y, sobre un mundo, en su caballo vuela
 el que luce una espada por espuela
 y un rayo de la aurora por espada.

Los sabios historiadores, hermanos, doctores Juan Augusto y Salvador Perea, publican un acucioso estudio *Bolívar en Vieques* en que los ilustres puertorriqueños dan cuenta de cómo en búsqueda de

viveres, con dos goletas, tocó tierra viequense, el Libertador, en el verano de 1816. Aluden a la presencia de Bolívar en Vieques:

He aquí el contacto personal, directo, de Bolívar con la patria puertorriqueña. He aquí nuestra unión con los pueblos latinos de América, de que es el Libertador el más grande exponente.

Ese varón de epopeya moral, el Maestro Hostos, expresa su admiración hacia Bolívar con palabras de sabor antillano y a nombre de Cuba y Puerto Rico:

...los antillanos esculpíremos en el granito perdurable la idea que tenemos de Bolívar. El hombre-humanidad fue el primero que, sin Cuba y sin Borinquen, declaró incompleto el Continente y quiso abrazarnos en su fuego redentor e intentó abrazarnos con su brazo salvador: éramos para él pedazo de la humanidad que redimía.

Y paralelamente el Patriarca, a quien don Carlos Rama llama "Maestro de Martí", nuestro Betances, con motivo de la inauguración de la Biblioteca Bolívar en París, en 1874, dijo: "La vida de Bolívar (era) una maravillosa epopeya".

Proclama *el Antillano*: Betances:

¡Acordémonos! La era de la justicia que aparece, verá brillar al Libertador, el primero en la guerra, el primero en el consejo, el primero en la organización de los pueblos, el primero entre los fundadores de la Patria.

¿Y el Maestro don Pedro Albizu Campos? Albizu Campos, tan justamente elogiado por José Vasconcelos como "héroe de América", fue constante en el homenaje a Bolívar. Una y otra vez renueva su fe bolivariana. Por eso al abrir la primera sesión plenaria de la Asamblea Nacionalista el 23 de septiembre de 1933 pronuncia estas emotivas palabras:

En el nombre de Dios Todopoderoso, creador y protector de las nacionalidades, declaro abierta esta cuarta asamblea nacional para conmemorar la fecha de la Proclamación de la República y el sesquicentenario del natalicio del Libertador.

Afirma Albizu:

Junto al deber y al derecho a rendir homenaje a los mártires de Lares, tenemos el de rendir homenaje a la memoria del Libertador. El pensó

en hacer con su espada forjadora de pueblos, la independencia de Cuba y Puerto Rico. . . Pero entonces intervino Estados Unidos. Interrumpió el Imperio Yanki el plan Libertador de Bolívar.

Para Albizu Campos:

Lares es la repercusión bolivariana de Ayacucho en las Antillas.

Nuestro José de Diego se refiere al venezolano de nombre inmarcesible como "aquel gran poeta caraqueño que hizo fulgir en la cumbre de los Andes el resplandor victorioso de su lira y de su espada emancipadora de un mundo".

Años después, en su *Epístola al Libertador* del 17 de diciembre de 1930, evoca e invoca el ensayista Vicente Géigel Polanco a Bolívar y le dice.

Sacude, señor, esta pereza que embarga a mi pueblo. . . Que, cuando suene de nuevo en el reloj de la historia otro centenario de tu gesta magnífica, podamos ofrecerte, no el inútil tributo de unas palabras vacías, sino el cálido homenaje de una tierra libre.

Y yo aludo a Juan Antonio Corretjer, el magno patriota, Poeta Nacional, hombre insobornable y generoso, autor de la magistral *Alabanza en la Torre de Ciales* y del ensayo *Orígenes y bolivarianismo antillanistas*. En Caracas, en octubre de 1959, rinde honores a Bolívar con versos como éstos:

Ya estoy en tu Caracas, padre mío.
Quiero mi corazón tender al viento.
Y decirte mi humilde sentimiento
como hijo tuyo que nació tardío.

Yo soñé tu Caracas desde niño.
Con su fondo de Avila nubloso.
Soñé tu ser, sobre corcel brioso
—rubi la capa, por debajo armiño.

Frente al andante bosque de banderas,
desnuda la cabeza soñadora,
desbordar tu pasión libertadora
como un Orinoco sin riberas.

También la Dra. Margot Arce de Vázquez, educadora y patriota, recuerda a Bolívar; reafirma que "en el gran corazón del Li-

bertador cabíamos todos" y narra aquella anécdota del orador sagrado que en la catedral de Bogotá, desde el púlpito saluda a Bolívar, quien ha entrado al templo, y le dice: "¡Bienvenido, Señor, vos que sois el Padre de la Patria, el Hijo de la Gloria y el Espíritu Santo de la Libertad!" Esas palabras entrañan para nuestra maestra *verdad y justicia*.

Monseñor Antulio Parrilla es Ministro de Dios y de la patria, a quien veo en la tradición libertadora del Padre Hidalgo de México. El reactualiza la presencia de Bolívar en la América contemporánea y revive el lema con que el boliviano Choquehuanca rinde homenaje al Libertador, aquella imagen que escuché por vez primera de labios del Dr. Gilberto Concepción de Gracia: "Bolívar, con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina".

Tengo presente que otros puertorriqueños han estudiado y revelado su admiración al Libertador: grupo que incluye, entre otros, desde Samuel R. Quiñones y José A. Balseiro hasta Angel Luis Morales, Pedro Juan Rúa, Eneida Vázquez, Julio César López, Manuel Maldonado Denis, Francisco Matos Paoli, Josemilio González, Pedro Grant, Luis Hernández Aquino, Arturo Morales Carrión, Juan Mari Bras y Rubén Berríos.

Pero para resumir la actitud y la acción bolivariana en relación con nuestra patria, cedo la palabra a la maestra ejemplar, patriota e historiadora, Dra. Isabel Gutiérrez del Arroyo:

Puerto Rico figuró desde muy temprano en los proyectos emancipadores de Simón Bolívar. En la *Carta de Jamaica* de 6 de septiembre de 1815 el Libertador subrayaba el origen común latinoamericano de las islas de Cuba y Puerto Rico. Pero nueve años después, en 1824, sus proyectos respecto a las dos Antillas eran definitivos. El 7 de diciembre de 1824, justo dos días antes de la trascendental batalla de Ayacucho, convocaba a las repúblicas hispanoamericanas a un Congreso a celebrarse en Panamá en 1826. Entre los asuntos a tratar figuraban los planes para la emancipación de Cuba y Puerto Rico. Pero el gobierno de los Estados Unidos, interesado en el dominio de las Antillas —ambición que ya desde 1783 expresara el que habría de ser segundo presidente, John Adams, y que su hijo, el futuro presidente, John Quincy Adams, reiterara en 1823— se declaró por el *status quo* antillano bajo el dominio español, compás de espera a sus planes de absorción. De esta forma obstaculizó los propósitos solidarios de los patriotas latinoamericanos de organizar una expedición destinada a apoyar la lucha de Cuba y Puerto Rico, promesa que ya antes había hecho Bolívar a uno de sus principales compañeros de armas y hombre de confianza, el puertorriqueño General Antonio Valero de Bernabé.

Es un texto de la Dra. Gutiérrez del Arroyo, que me honro en leer el 25 de octubre, un día antes del aniversario del natalicio de Valero.

Bolívar, educador

UNA faceta de alto relieve en la personalidad poliédrica de Bolívar es la del educador. Nuestra admiración a él crece cuando lo vemos encarar fundamentales problemas de la enseñanza en Nuestra América. En nuestros días de retorno a Hostos y de exaltación de la filosofía de Paulo Freire, nos conmueve la pedagogía libertadora de Bolívar, su audaz pensamiento educativo. Y saludamos al forjador de pueblos, al tallador de hombres que descubrimos al leer algunos textos revolucionarios del héroe y algún estudio como el de Armando Rojas, titulado *Ideas educativas de Simón Bolívar*.

El Libertador que da cátedra a los pueblos sobre libertad, igualdad y democracia, se interesa por todas las fases de la enseñanza, desde la primaria hasta la universitaria. ¿Algunos apotegmas bolivarianos en este sentido? Bolívar clama:

1. La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor... del Congreso...
2. Moral y luces son los dos polos de la república.
3. Un pueblo ignorante es instrumento ciego de su propia destrucción.

El Libertador enarbola la bandera de la educación del pueblo, de la abolición de la esclavitud. ("Yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos como imploraría mi vida", expresa una vez.) Da normas para el respeto a los derechos de los indígenas, aboga por la enseñanza de la mujer y defiende el ideal de la forma plena, integral, del hombre.

En *El método para la educación de su sobrino Fernando Bolívar* aparecen valiosas ideas-ejemplo: juzga que "la historia a semejanza de los idiomas debe principiarse a aprender por la contemporánea".

Alabó y honró a su egregio maestro don Simón Rodríguez en la emotiva *Carta de Pativilca*, del 19 de enero de 1824, la bella epístola que funde, en unidad, historia y poesía lírica y en la que exclama:

Maestro mío... Vuestra merced formó mi corazón para la libertad, para la justicia,

para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Ud. me señaló. . .

Vuestra Merced no habrá dejado de decirse. . . "Yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierra. . . he aquí sus frutos. . ."

Venga Ud. . . al Chimborazo; profane. . . con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra. . . Venga a encontrarme.

Es la voz de un discípulo agradecido, pero ¡qué alumno! ¡El héroe Bolívar!

Para los profesores escribió una vez, Bolívar:

La decencia, el docoro, la urbanidad, la cultura en el idioma, todo debe relucir en los maestros. . .

Decoro y decencia repito, pide Bolívar de los maestros, a los hombres. *Decoro y decencia* pido yo, recogiendo un clamor público, a los constructores y remodeladores de la casa física en que estudiamos para que no pueda ocurrir otra vez, por irresponsabilidad, lo que nos llevó al borde de una amarga tragedia universitaria: el desplome del techo en el Edificio Luis Palés Matos sobre el profesor y sobre los alumnos. Doy mi expresión solidaria al Consejo de Estudiantes de Humanidades en su justa protesta por las condiciones infrahumanas en nuestra planta física.

Y no me estoy alejando del ámbito del pensamiento bolivariano al hacer estos comentarios. ¿Por qué?

Porque un tema vital y de vigencia actualísima es el de *Bolívar y la Universidad*. Francisco de Paula Santander, Vice-Presidente de Colombia, establece en 1826, por disposición del Congreso, un plan de estudio para el gobierno de colegios, escuelas y universidades. Y es grato saber que, según ese plan, el Rector "debía permanecer tres años en su cargo y. . . se elegía en junta general. . . entre los catedráticos actuales o jubilados". Es decir, según este plan, *había Rector por elección del profesorado*.

(Esa es una medida que convendría estudiar con miras a incorporarla, acaso modificada, a las normas directrices de la Universidad de Puerto Rico).

Aplaudimos esa idea de Rector por elección los que creemos en la Universidad autónoma, libertadora, democrática, y sin el deterio-

ro moral e intelectual que es — y ha sido— consecuencia, a veces, del partidismo político. Y es desvirtuar la trascendencia, lo que simboliza la Universidad, ponerla al servicio del partido político en el poder.

Si el claustro eligiese al Rector y las diversas Facultades eligiesen a sus Decanos, la Universidad no sería, en muchas zonas, como algunas agencias del Gobierno, un espejo de deshumanización, un espejo de insensibilidad y deterioro. Cabe subrayar que en nuestra Universidad casi todo lo realizado, de auténtica valía, ha sido obra heroica de abnegados, de beneméritos profesores, de obreros y de estudiantes sacrificados.

Yo señalo, con honda emoción histórica a la gratitud de todos los universitarios, entre esos profesores ejemplares de nuestra Facultad, a los maestros de humanismo: Flavia Lugo de Marichal, don Segundo Cardona y los ex-Senadores Académicos Fernandó Picó y Josemilio González. ¡Porque ellos, como otros, dieron la talla de la grandeza moral en la hora cero, de la crisis! Constituye un paradigma, *per se*, junto a la Dra. Isabel Gutiérrez del Arroyo, la apostólica patriota, educadora, maestra nuestra, Dra. Margot Arce de Vázquez.

Al margen de la semblanza de una figura epónima, la de Bolívar, estoy afirmando que a estas alturas del tiempo hay claustrales insatisfechos con la actual Ley Universitaria que nos rige.

Permítanme recordar también que en octubre de 1918 la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires hizo historia al tener por vez primera a *un Decano elegido por los profesores y por los estudiantes*, el prestigioso profesor y pensador Dr. Alejandro Korn.

Urge rescatar, incorporar, es decir, hacer parte esencial de *corpus* académico el viejo y renovador concepto de Alfonso X el Sabio, la Universidad como *ayuntamiento de maestros e de escolares*. Para que se realice plenamente la aspiración expresada por el pensador español don Joaquín Xirau, "la convivencia de maestros y alumnos, unidos en libre comunidad espiritual".

La historia de la enseñanza superior venezolana señala como *trascendental* la reforma a los estatutos de la Ilustre Universidad de Caracas, realizada por Bolívar en 1827. Renuévase entonces el interés por la física, por la química, por la geografía, por la fauna y la flora, según el Dr. Rojas. Se suman nuevas cátedras en las Facultades de Medicina y Jurisprudencia; en aquella, Anatomía y Cirugía; en ésta: Derecho Práctico, Político, Ciencias Administrativas, Legislación Universal y Economía Política. Debo destacar que, a tono con el artículo 38 de los estatutos reformados por Bolívar, "además de las visitas que el Rector hará a las clases cuando se lo sugiera su

celo, elegirá en cada bimestre dos estudiantes para que informen sobre la conducta del catedrático”.

Esta determinación —sabemos, un tanto polémica—, tan temprano en la historia de la vida universitaria hispanoamericana, es prólogo, da inicio a toda una corriente de pensamiento y de actitudes y nos revela que el Libertador veía con honda simpatía lo que siempre hemos reiterado, lo que predica el movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918: la participación de los estudiantes en la orientación y en la dirección de la Universidad.

Por algunas de estas ideas caímos juntos estudiantes y profesores de la Universidad de Puerto Rico en la *Huelga del 48*. Además de la dispersión y de los sufrimientos de muchos, alguno murió como consecuencia de aquellos hechos históricos: el Lic. José M. Tejada. Aquí honro su sacrificio y honro su nombre.

Porque la Universidad de Caracas no olvida que Bolívar amplió, enriqueció la vida académica, graba en el pedestal de un busto en mármol con la efigie del héroe, la inscripción: *Simón Bolívar, libertador de la Patria y protector de las ciencias. La Universidad Central de Venezuela recuerda agradecida su memoria.*

Como universitarios puertorriqueños e hispanoamericanos, no olvidaremos que Bolívar también fundó las Universidades de Arequipa, Quito y Trujillo, y que después de haber visitado en Lima la histórica San Marcos, emocionado escribe un día:

Al pisar este santuario de las ciencias, yo me sentí sobrecogido de respeto. . . al verme en el seno mismo de los sabios varones de la célebre Universidad de San Marcos. . .

Nosotros honramos al Libertador por su consagración a la cultura, la educación, la libertad.

Sobre la epístola profética

EN 1815, en Jamaica, escribe el Libertador la epístola extraordinaria en que profundiza en la historia de Nuestra América desde su pasado precolombino, incaico, azteca, hasta el siglo XIX y los días que vive en Jamaica y, tras ese estudio y meditación, llevado por la deducción lógica y profética, penetra en el devenir de la América Nuestra.

Impresiona en Bolívar la objetividad, el optimismo, la palabra sobria y elocuente por su precisión, por su justeza. Apenas levanta aquí el vuelo la metáfora. Esta es prosa de un pensador atento

fundamentalmente al mensaje, más a la idea, que a la sutileza expresiva. Y hay, sabemos, detrás de estas palabras, toda una cosmovisión, toda una ética política, toda una manera de interpretar la vida, al hombre, al universo, la patria, unas relaciones humanas, una conjugación de deberes y derechos.

Oímos la voz de un pensador que hereda el saber del iluminismo dieciochesco —Montesquieu, Rousseau—, que reafirma los nobles ideales de la Revolución Francesa, un saber revolucionario americano, inglés y clásico, que insiste en la justicia y concreta ideas y sentimientos del romanticismo social, el que se identifica con la democracia, con la aspiración de yugular, de decapitar el feudalismo, el colonialismo, el neocolonialismo, el imperialismo. No es pues *La epístola de Jamaica*, expresión de arte deshumanizado, de "arte artístico" como se diría con palabras de Ortega y Gasset. Ni es arte aséptico. Ni olímpico. Es voz crítica que polemiza por el bien, por la justicia social, por la libertad, y contra la tiranía. Es mensaje de solidaridad humana. Y es lección valiosa para aquellos intelectuales a quienes el Apóstol Martí llamó *talentos serviles*.

La epístola profética revela una dimensión del profundo saber del humanista y revolucionario Bolívar, en historia universal —Grecia, Humboldt— y americana —Hidalgo, Morelos, Las Casas, Moctezuma, Atahualpa, San Martín. . . En su visión entran las Antillas, y aquí, Puerto Rico, tierra amada que él quiso libertar ayer y que los puertorriqueños, si hemos de honrar la memoria del caraqueño, no sólo con bronce, con mármoles o retórica, sino con vida, hemos de transformar en nación visible, con personalidad jurídica, internacional, en pueblo libre y soberano.

Porque nosotros tenemos que acercarnos a Bolívar *desde el hoy y desde el aquí puertorriqueños*.

Deseo destacar algunos aforismos o textos del Libertador, que aparecen en la *Carta de Jamaica* y que merecen algún comentario.

Primero: Escribe Bolívar:

Nosotros somos un pequeño género humano; no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país, y los usurpadores españoles; en suma. . . americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa.

En la *Oración inaugural del Congreso de Angostura*, el 15 de febrero de 1819, amplía Bolívar esa definición al decir:

Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa.

Bolívar señala, destaca las significación del *mestizaje*, una de las notas características de nuestra cultura. Martí hablará acerca de la *América mestiza*.

Segundo: Exclama Bolívar:

¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo.

Y en el último párrafo de la convocatoria para el Congreso de Panamá encontramos esta intuición:

El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal.

Nosotros percibimos en estas palabras de Bolívar un antecedente, una semilla de lo que, extremadamente deformado, ha sido la Organización de los Estados Americanos. Hablo así porque sabemos que Bolívar nunca propuso un Ministerio Norteamericano de Colonias con sede en Washington. Y si recordamos algunos de estos textos y los acercamos a aquella frase de ensueño ecuménico, bolivariano, que dice, *Una sola nación cubriendo el universo, la federal, en la marcha de los siglos para la dicha de los pueblos*, podremos justificar la afirmación de que el Libertador anticipa el pensamiento creador de la Sociedad o Liga de Naciones fundada en París, de las Naciones Unidas y de la UNESCO. Bolívar es, además, heraldo de un porvenir de verdadera justicia e internacionalismo.

Tercero: Anota el autor de *La epístola*:

No sólo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del Norte, se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa, y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos.

Así juzga Bolívar a los norteamericanos en 1815. En carta fechada el 5 de agosto de 1829, firmada en Guayaquil, como sabemos, dirá: "Los Estados Unidos parecen destinados... para plagar la América de miseria a nombre de la libertad". Nuestro Martí, heredero y enriquecedor de la tradición bolivariana, en su conmovedora crónica en *La Nación* de Buenos Aires, del 19 de diciembre de 1889, pedirá la *Declaración de una segunda independencia*.

Esa neutralidad aparente, esa insensibilidad norteamericana se va a transformar en el imperialismo, que conocemos; que en 1898 se hizo de un botín no sólo con Puerto Rico, sino con las Filipinas, Guam y la Isla de Céspedes, Agramonte y Maceo; imperialismo que también taja de México, el territorio de Texas, agrede a Centroamérica y se alza contra la patria del Dr. Salvador Allende, Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

Está ya en Thomas Jefferson:

Confieso francamente —escribía Jefferson el 24 de octubre de 1823— que siempre he mirado a la isla de Cuba como la agregación más interesante que pudiera hacerse a nuestro sistema de Estados.

Y en John Quincy Adams, Secretario de Estado del Presidente Monroe, y quien escribía el 28 de abril de 1823: (Hace 160 años)

Estas islas (Cuba y Puerto Rico), por su posición local son apéndices naturales del continente norteamericano.

Las islas de que habla John Quincy Adams, que el norteamericano juzga apéndices, colonias norteamericanas, son precisamente fragmentos de la gran patria nuestra, que Bolívar sueña poner en manos de los hispanoamericanos, latinoamericanos y caribeños para que asuman éstos la soberanía que les corresponde por la razón, por el derecho y por la historia.

Cuarto: En la *Carta de Jamaica* Bolívar cita directamente a Montesquieu, quien aseveró que "es más difícil sacar a un pueblo de la servidumbre que subyugar a uno libre".

Y en el *Discurso de Angostura* aprovecha Bolívar un testimonio del autor del *Espiritu de las leyes* en el sentido de que:

...deben ser (esas leyes) propias para el pueblo que se hacen; es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra.

E insiste el Libertador:

¿No sería muy difícil aplicar a España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar a Venezuela las leyes del Norte de América.

Aplicada a nuestro pueblo esta meditación de Bolívar, no podemos aceptar que la escuela nuestra, puertorriqueña, la educación nacional, la vida cultural, pedagógica y política estén regidas por un sistema de leyes, propias para California o Montana. Los códigos

de la vida civil en Puerto Rico, el Acta Constituyente que rija nuestros destinos no deben engendrarse en Washington o necesitar la aprobación del Congreso Norteamericano. Deben ser expresión del alma nacional, puertorriqueña.

Nuestra prédica tiene que ser anticolonialista, antimperialista. Nuestro humanismo debe ser radical, integral, humanismo bolivariano, martiano, no otro, sinónimo de servidumbre de la colonia, que nos llevaría al suicidio nacional. y a la destrucción de nuestra personalidad.

Quinto: Afirma el Libertador:

Yo diré lo que pueda ponernos en aptitud de... fundar un gobierno libre. Es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos.

Y en la carta del 12 de junio de 1818 a Juan Martín de Pueyrredón, afirma el Libertador: "Una sola debe ser la patria de todos los americanos". Y en el *Discurso de Angostura* exclama: "Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa".

Y sexto: Vuelvo a Bolívar:

Las islas de Puerto Rico y Cuba son las que más tranquilamente poseen los españoles porque están fuera del contacto de los independientes. Mas, ¿no son americanos estos insulares?, ¿no son vejados?

La pregunta retórica que aquí destaco es la de Bolívar: *¿no son vejados?* La contestación en la coyuntura histórica de Bolívar era: *sí, éramos vejados. ¿Y ahora?*

Cuando alcanzábamos nuestra madurez, cuando ya definíamos nuestro ser colectivo, cuando era claro el perfil de nuestro estilo de vida, tropas extranjeras irrumpieron en nuestro suelo. Atrás quedó la obra de Campeche y Ramón Power; en las letras, la creación de Alonso, Tapia, Gautier y Zeno Gandía. El abolicionismo y el patriotismo habían acuñado figuras egregias como las de Ruiz Belvis, Betances y Baldorioty. Hostos había peregrinado por América, sembrando luces y escuelas. Lares y el histórico Ateneo habían ganado páginas de gloria. Y el 28 de julio de 1898 el General Nelson A. Miles, a tres días de la invasión por Guánica, promete "no una guerra de devastación" sino "las ventajas y prosperidad de una esplendorosa civilización". Pero la promesa se trocó en la colonia que hemos tenido por más de 80 años.

Están pues por realizarse parte de la tarea inconclusa de Bolívar: la libertad de nuestra patria; la lucha contra el sistema que representa: la militarización, el hacer de nuestra tierra una enorme base

militar; el sacrificio de la flor de nuestra juventud obrera y universitaria en guerras que nosotros no iniciamos; la destrucción de nuestros recursos naturales; la presencia de la Marina en Vieques; la Corte Federal que ha intentado socavar los fundamentos del Ilustre Colegio de Abogados, institución raigalmente puertorriqueña y libre; la agresión cultural; la escuela sin brújula y que educa para la servidumbre colonial y el miedo a la libertad; el empobrecimiento de nuestra lengua (sí, señores periodistas, *ser puertorriqueño* conlleva el dominio y la defensa del idioma, del vernáculo).

Como aseveró Martí hace 90 años: *Bolívar tiene que hacer en América todavía.*

Homenajes dignos de Bolívar

BUSCAMOS acercarnos a aquél que el Maestro uruguayo José Enrique Rodó vio como "el barro de América atravesado por el soplo del genio", que el ensayista colombiano Carlos Arturo Torres señaló como "la conciencia política del continente, siendo Hostos la conciencia ética"; que Rufino Blanco Fombona mostró como "lo más alto de su época en lengua de Castilla" y Picón-Salas como "creador del espacio americano en que ansiamos dilatarnos"; que el profesor Carlos Ripoll llama "primado del romanticismo hispánico" y el pensador José Gaos ve "como representativo y a la cabeza del pensamiento hispanoamericano". Para Bolívar, nuestra gratitud, nuestro homenaje. Para el venezolano y universal, cuya memoria honraron con verdes laureles Lloréns, Hostos, Betances, Albizu, José de Diego y Concepción de Gracia; para el Libertador nuestro mayor, nuestro más puro cántico de gloria.

Pero no quiero terminar con palabras mías, sino con palabras de un pensador que está en la jerarquía moral de Sócrates, entre los sabios de la antigüedad helénica, y está en el plano ético del Mahatma Gandhi, entre los pocos salvadores morales de la edad moderna. Quiero terminar con palabras de un peregrino, de un poeta y apóstol que *llegó un día a Caracas al anochecer* y, según cuenta, *sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía* sino dónde estaba la estatua del Libertador, y quien bajo los *árboles altos y olorosos de la plaza*, siente la presencia de Bolívar como la de un *padre cuando se le acerca el hijo*.

El pensador, peregrino, héroe, apóstol es Martí y él nos dice hoy como dijo ayer:

Quien tenga patria que la honre: y quien no tenga patria, que la conquiste: éstos son los únicos homenajes dignos de Bolívar.

BIBLIOGRAFIA MINIMA

- Albizu Campos, Pedro. *Obras escogidas, 1923-1936*, Tomo I. Recopilación, introducción y notas por J. Benjamín Torres, San Juan, Puerto Rico, Editorial Jelofe, 1975, pp. 273, 274, 276.
- Arce de Vázquez, Margot. "Homenaje a Simón Bolívar", *Puerto Rico Libre*, Año 2, núm. 4, p. 11.
- Balseiro, José A. *Expresión de Hispanoamérica* (Primera serie). Prólogo de Francisco Monterde. San Juan de Puerto Rico. Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1960, pp. 94-96.
- . *Expresión de Hispanoamérica* (Segunda serie), San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963, pp. 7-34.
- Berriós, Rubén. "(Bolívar) Su gran legado", *El Nuevo Día*, Domingo, 24 de julio de 1983, p. 13.
- Bolívar, Simón. *Doctrina del Libertador*, Prólogo de Augusto Mijares. Compilación, notas y cronología de Manuel Pérez Vila, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. 55-75, 101-127, 171-173.
- . *Discursos y proclamas*. Compilados, anotados, prologados y publicados por R. Blanco-Fombona, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, p. xxvii.
- Cabassa Túa, Rezino. *Antología de oradores puertorriqueños del pasado*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña y Centro Cultural de Mayagüez, 1978, pp. 94 y 97.
- Corretjer, Juan Antonio. "Ante la estatua del Libertador", *Paso a Venezuela*, Guaynabo, 1977, pp. 13-14. (El ensayo de Corretjer apareció en *El Mundo*, San Juan de Puerto Rico 25 de diciembre de 1961, p. 20.)
- Díaz, José Domingo. *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. Estudio preliminar y notas de Angel Francisco Brice, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1961, pp. 88-89.
- Flores Cano, Enrique. "El ideal bolivariano en la *Carta de Jamaica*", *Cuadernos Americanos*, 1963, XXII, 5, p. 211.
- Gallegos, Rómulo. *Una posición en la vida*, México, Ediciones Humanismo, 1954, p. 346.
- Gaos, José. "Cuatro cosas", *Pensamiento de lengua española*, México, Stylo, 1945, p. 118.
- Géigel Polanco, Vicente. *El despertar de un pueblo*, San Juan, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1942, p. 23.
- Grant, Pedro. "Tarea inconclusa de Bolívar: La independencia de Puerto Rico", *En Rojo (Claridad)*, 1 al 7 de abril de 1983, p. 26.
- Hernández Aquino, Luis. "Glosa menor: Simón Bolívar a pie en Puerto Rico", *El Mundo*, Domingo, 18 de noviembre de 1973, p. 9-B.
- Hostos. *Obras completas*. XIV. La Habana, Cultural, 1939, pp. 320-321.
- Lloréns Torres, Luis. *Alturas de América*, San Juan de Puerto Rico, Baldrich, 1940, p. 26.
- Maldonado Denis, Manuel. "Vigencia de Bolívar en el Caribe contemporáneo", *Revista Hostos*, 11 de enero de 1982, pp. 10, 12; *En Rojo (Claridad)*, 22 al 28 de julio de 1983, pp. 18, 24.
- Mari Bras, Juan. "Puerto Rico: La agenda inconclusa de Bolívar", *En Rojo (Claridad)*, 22 al 28 de julio de 1983, p. 17.
- Martí, José. *Obras completas*, I, 1, Habana. LEX, 1948, p. 671.

- . *Política de Nuestra América*, Prólogo de Roberto Fernández Retamar, México, Siglo XXI, p. 152.
- Morales, Angel Luis. *Introducción a la Literatura Hispanoamericana*, Río Piedras, P. R., Editorial Edil, 1974, p. 126.
- Morales Carrión, Arturo. "Comentario a una glosa menor", *El Mundo*, Domingo, 2 de diciembre de 1973, p. 6-D.
- Parrilla Bonilla, Antulio. "Amor bolivariano a una patria"; *Claridad*, 22 al 29 de septiembre de 1983, p. 38.
- Perea, Juan Augusto y Salvador. "Bolívar en Vieques", *El Mundo*, San Juan de Puerto Rico, 17 de diciembre de 1930.
- Picón-Salas, Mariano. "Bolívar, creador de espacio", *Índice*, Puerto Rico, 1931, II, 23, p. 364.
- Pividal Francisco. *Bolívar: pensamiento precursor del anti-imperialismo*, La Habana, Casa de las Américas, 1977, p. 148.
- Rama, Carlos M. *La independencia de las Antillas y Ramón Emeterio Betances*, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1980.
- Ribera Chevremont, Evaristo. "Bolívar", *Jinetes de la inmortalidad*. Prólogo de Roberto Beascoechea Lota, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1977, p. 31.
- Ripoll, Carlos. "Simón Bolívar: primado del romanticismo hispánico", *Revista de la Sociedad Bolivariana*, 1974, XXXI, núm. 103, pp. 35-66.
- Rodó, José Enrique. *Hombres de América*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1920, p. 90.
- Rojas, Armando. *Ideas educativas de Simón Bolívar*, Caracas, Monte Avila Editores, 1976.
- Rúa, Pedro Juan. *Bolívar ante Marx y otros ensayos*, Prólogo de Juan Mari Bras, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1978, pp. 32, 34, 51-52.
- Torres, Carlos Arturo. *Estudios de crítica moderna*, Madrid, Editorial América, s. f., p. 204.
- Xirau, Joaquín. "Sentido de la Universidad", *Revista Universidad de La Habana*, 1943, núms. 46-48, p. 27.

Dimensión Imaginaria

[POESIA BIMESTRAL]

ROMA, PELIGRO PARA CAMINANTES

Por *Rafael ALBERTI*

MONSERRATO, 20

Desciendo la escalera de mi casa,
mirado de relieves. ¿Dónde sueño?
Dioses del mar y atletas coronados,
cabezas de guerreros, bailarinas
cimbreadas de finos tallos ágiles,
Leda ciñendo al cisne complacida,
letras insignes, lápidas y nombres. . .
¡Oh Roma deseada, en ti me tienes,
ya estoy dentro de ti, ya en mí te encuentras!
Me agrando o adelgazo por las calles y plazas
de este barrio que habito, junto al río,
barrio que me recibe embanderado,
como una barca, de tendidas ropas,
movido en cada puerta por millares de dedos,
de los que surgen, mágicos,
áureos ángeles, santos, cornucopias,
muebles nuevos con gracia envejecidos,
multiplicadas imaginaciones. . .
Ya estoy dentro de ti, ya a todas horas
en ti me muevo, nueva lengua tuya,
Roma en la noche, oscura voz de fuente,
Roma en la luz, clara canción del día.
Quiero perderme en medio de tu aliento,
ser aire popular entre tus aires.
Ando buscando compañía, voy
entre gatos, columnas asombradas,
basuras, muros de potentes hombros,
puertas de colosales estaturas,
atónito, adorándote, riendo,
renegando, regando los rincones,
viéndome muerto, peatón humilde,

o jubiloso de sentirme a salvo,
renacido a la vida a cada instante.
Ando buscando compañía, pero. . .
¿Quién se para mirándome, de pronto,
en el campo de Fiori? ¿Quién insiste,
fija, tierna y burlona la mirada
entre un mar de verduras y pregones?
¿Qué me mira, señor? Nunca lo he visto.
Lo saludo con todo mi respeto.
¿Qué oculta en esa mano? —Lo imprevisto.
Es un soneto. Mi último soneto.
Ma ttutt'a ttempi nostri! E ccaristia,
e llibberta, e ddiluvi, e ppeste, e gguerra,
e la Spagna, e la Francia, e ll'Inghirterra. . .
—Veo, señor, que está usted muy al día.
—Es el 2200. . . —¡Ave María!
— . . . 79. Mi último soneto.
Me estremece encontrarle en esta plaza.
Te conozco. —Voi sete furistiere. . .
—Te lo digo en secreto, yo ando a caza
de un soneto también, de otro soneto.
—Povera Roma, oh Dio! Miserere!
—Por este encuentro, ¡un frasco de buen vino!
—Indove voi trova ppiú mmejjo cosa?
—En tu lengua inmortal, más peligrosa
que las tijeras del señor Pasquino.
Deja, mi Belli amigo, que en tus manos
te ponga ahora, ya perdido el miedo,
sus sonetos romanos
un hijo de los mares gaditanos,
nieto de Lope, Góngora y Quevedo.

I. LO QUE DEJE POR TI

*A Giuseppe Gioachino Belli,
homenaje de un poeta español
en Roma*

Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados,
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de la vida.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.

Dejé palomas tristes junto a un río,
caballos sobre el sol de las arenas,
dejé de oler la mar, dejé de verte.

Dejé por ti todo lo que era mío.
Dame tú, Roma, a cambio de mis penas,
tanto como dejé para tenerte.

II. ROMA, PELIGRO PARA CAMINANTES

*Ah! cchi nun vede sta parte de monno
Nun za nnemmanco pe cche ccosa è nnato.*

G. G. BELLI

Alma ciudad. . .

CERVANTES

Trata de no mirar sus monumentos,
caminante, si a Roma te encaminas.
Abre cien ojos, clava cien retinas,
esclavo siempre de los pavimentos.

Trata de no mirar tantos portentos,
fuentes, palacios, cúpulas, ruinas,
pues hallarás mil muertes repentinas
—si vienes a mirar—, sin miramientos.

Mira a diestra, a siniestra, al vigilante,
párate al jalto!, avanza al jadelante!,
marcha en un hilo, el ánimo suspenso.

Si vivir quieres, vuélvete paloma;
si perecer, ven, caminante, a Roma,
alma garage, alma garage inmenso.

III. SE PROHIBE HACER AGUAS

E ll'accidenti, crescheno 'ggni ggiornó

G. G. BELLI

Verás entre meadas y meadas,
más meadas de todas las larguras:
unas de perros, otras son de curas
y otras quizá de monjas disfrazadas.

Las verás lentas o precipitadas,
tristes o alegres, dulces, blandas, duras,
meadas de las noches más oscuras
o las más luminosas madrugadas.

Piedras felices, que quien no las mea,
si es que no tiene retención de orina,
si es que no ha muerto es que ya está expirando.

Mean las fuentes. . . por la luz humea
una ardiente meada cristalina. . .
y alzo la pata. . . pues me estoy meando.

X. ¿QUE HACER?

La veritàà la dico cruda e ccotta. . .

G. G. BELLI

Roma te acecha, Roma te procura,
a cada instante te demanda Roma,
Roma te tiene ya, Roma te toma
preso de su dorada dentadura.

Quieres huir, y Roma te tritura,
no ser, para que Roma no te coma,
pero Roma te traga, te enmaroma
y hunde en su poderosa arquitectura.

¿Qué hacer, qué hacer, oh Roma, en tal estado,
ingerido por ti, desesperado,
nula la lengua, nulo el movimiento?

Si tanta admiración por tanto arte
le sirve a Roma para devorarte,
pasa por Roma como pasa el viento.

1

Cervantes entró en Roma por la Porta del Popolo.
"¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta
alma ciudad de Roma!",
le dijo, arrodillándose,
devota, humildemente.

2

Por sobre los tejados, las torres y las cúpulas,
por sobre el cielo, Roma
levanta la cabeza.
—Soy San Pablo.
Y se oye el filo de una antigua espada
ensangrentando el aire.

3

Roma se agrieta con la lluvia, Roma
mata a sus habitantes cuando llueve.
¡Qué honor el morir bajo un fragmento
de escultura romana,
un trozo de cornisa de Miguel Angel, un
cascote ilustre siempre, venerado!

4

¡Oh Roma de las puertas gigantes para dioses!
Hoy vi salir por una a Polifemo.

NOCTURNO

La otra noche vi . . .
¿A quién vi?

A quien me ha mordido,
a quien me ha comido
la vida yo vi.

En un charco oscuro,
allí estaba, oscuro,
mirándome, hinchado,
pequeño e hinchado.
Allí.

¿Qué haces aquí en Roma?
¿Es que ha muerto Roma?
Di.

No infectes el aire.
Deja libre el aire.
Si te empujo al río,
se pudrirá el río.
¡Fuera de aquí!

Gorgojo, piojo,
hinchado gorgojo,
nadie te dio muerte.

¿Quién te dará muerte
a ti?

La otra noche vi. . .
No digo a quien vi.

AMOR

El Trastevere vive enamorado.
Los muros de las calles y las plazas
sueñan de corazones dibujados.
Marcella y Mario mueren con dos flechas.
Ignazio a Eugenia le dispara cuatro.
Antonella y Vittorio,
de tanto amor se han puesto
juntos los corazones para abajo.
Yo los miro en la noche cuando gimen
en la sombra los gatos.

EL HIJO

(Poema escénico)

Ven aquí, ven, ven. Toma. No me hagas
andar detrás de ti. Son muchos años
los que me pesan en la espalda. Acércate.
Hoy te he comprado lo que más te gusta.
¿Me estás mirando con desconfianza?
Te relumbran los ojos. Nunca he visto
que te brillaran tanto. ¿Qué me dicen?
Vieja estoy. Vieja, vieja y chiquitita.
Una escoba gastada, un trapo roto
que limpió muchos suelos. . . Eso piensas
que parezco, ¿verdad? ¿No te doy asco,
con estos zapatones como barcas,
esta falda raída,
esta blusa bordada de agujeros?
Hace frío. Ven, ven. Todos me miran.
Unos se ríen. . . Otros se sonríen. . .
Otros. . . ¡La loca! ¡Sí! ¡La pobre loca
del barrio! ¿Loca? ¡Bueno!
Santa Madonna! Pueden
reír hasta pudrirseles las muelas.
Lo que me importa a mí es que tú te acerques
y me mires y hables
o no me digas nada
y no te importe nada
que parezca una escoba, un estropajo. . .
Ven, ven. Así. Más cerca. ¡Toma, tonto!
Por ti solo me doblo, aunque me crujan
todos los huesos. Mira,
mira qué carne te he comprado. Hoy
me quedé sin cenar por ti. Todos los días
casi me quedo sin comer. . . ¿Te gusta?
¿Desconfiabas de que fuera carne?
¿Iba a engañarte yo?
¡Qué hermoso y blanco estás! ¿Quieres venirme
a mi casa? ¡A mi casa! ¡Vaya sueño!
Es mejor esta tuya entre las piedras. . .
¿Qué ibas a hacer con esta vieja sola?
¿Y ustedes ¿qué me miran?
Sigán riendo, sigan. . . Poco cuesta

divertirse de mí. . . Nada me ofende. . .
 Este gato es mi hijo. . .
 Vamos, quiero decir. . . Es mejor que mi hijo.

TAMBIEN LOS FRAILES HACEN CONTRABANDO

El pobre San Francisco, el *poverello*
 mendigo y gran poeta
 de Asís, se hubiera visto
 hoy tal vez obligado
 a cantar en la noche humilde de su celda :
 —Alabado seas, mi Señor,
 por el hermano humo
 de los hermanos cigarrillos
 que los pobres hermanos de mi orden
 guardan de contrabando en el convento
 para tu mayor gloria.
 Ellos son buenos, son puros y castos.

NOCTURNO

Está vacía Roma, de pronto. Está sin nadie.
 Sólo piedras y grietas. Soledad y silencio.
 Hoy la terrible madre de todos los ruidos
 ya ante mí callada igual que un camposanto.
 Como un borracho, a tumbos, ando no sé por dónde.
 Me he quedado sin sombra, porque todo está a oscuras
 La busco y no la encuentro. Es la primera noche
 de mi vida en que ha huido la sombra de mi lado.
 No adivino las puertas, no adivino los muros.
 Todo es como una inmensa catacumba cerrada.
 Ha muerto el agua, han muerto las voces y los pasos.
 No sé quién soy e ignoro hacia dónde camino.
 La sangre se me agolpa en mitad de la lengua.
 Roma me sabe a sangre y a borbotón la escupo.
 Cruje, salta, se rompe, se derrumba, se cae.
 Sólo un hoyo vacío me avisa en las tinieblas
 lo que me está esperando.

CUANDO ME VAYA DE ROMA

A Ignacio Delogu

Cuando me vaya de Roma,
¿quién se acordará de mí?

Pregunten al gato,
pregunten al perro
y al roto zapato.

Al farol perdido,
al caballo muerto
y al balcón herido.

Al viento que pasa,
al portón oscuro
que no tiene casa.

Y al agua corriente
que escribe mi nombre
debajo del puente.

Cuando me vaya de Roma,
pregunten a ellos por mí.

MERIDIANO 8-0

Por *Hugo GUTIERREZ VEGA*

En este Libro* reúno poemas escritos en España y que, de alguna manera, están ligados al paisaje físico y humano de este país ubicado, según indican las cartas geográficas, en el Meridiano 8-0.

Extremadura, Galicia, Asturias y algunas regiones de Castilla influyeron sobre estos poemas. Les impusieron una forma a la cual decidí ajustarme. No me he atrevido con Andalucía y, tal vez, nunca me atreveré.

No sé cuánto influyen los paisajes sobre la subjetividad del trabajo poético. Sólo sé que estos poemas fueron escritos en España y que a España se deben.

Hugo Gutiérrez Vega

TAROT DE VALVERDE DE LA VERA

EL LOCO

La blancura ocupa todo el ojo;
en un rincón la pupila
es una negra luna menguante.
Tiemblan los párpados;
un cataclismo interno
recorre los huesos,
las entrañas,
los músculos heridos

* *Meridiano 8-0* es el título de la obra de la cual hemos tomado los poemas que ofrecemos a nuestros lectores. Publicada por Ediciones de Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1982.

que son fibras sangrantes,
y los labios mordidos,
los rechinados dientes,
las orejas colgantes
—Virgilio retorcido—
como laureles mustios,
y esas manos,
un duro garabato
luchando con el aire,
prendidas en el cuello
del ángel del suplicio.
Mas como todo pasa
viene el silencio;
el cuerpo se reclina sobre la vieja tapia
y lo sitia la calma amenazante.
Tras la revelación el hombre calla.
En el fondo del patio
—feto oscuro—
la noche va borrando su figura.
Se deslien en el aire
las formas del delirio.

I

EL ILUSIONISTA

En el cuarto vecino una mujer llora.
La delgada pared filtra el sonido
de una respiración que se deshace
sobre la almohada inútil.
El caudal del dolor inunda el rostro.
Sólo la habita el llanto desbordado
que es como una corriente,
o como el remolino
en donde se ennegrece la esperanza.
Hay un breve silencio,
se entrecorta el aliento
y se siente un rumor
en el viento asfixiado.
Y rogaría con ella,
pero hace mucho tiempo
uno de mis fantasmas
me robó el don de lágrimas.

CANTOS DE PLASENCIA

I

Yo te soñé, Ciudad,
 formé tus calles,
 dissipé tus ruinas,
 levanté catedrales en el viento
 y coloqué tus piedras inmortales.
 Inauguré un planeta
 para verte, rota y encanecida,
 levantada para volver a ser.
 Mucho me iba en esta loca empresa.
 Pensé que si existías
 mi ser sería de nuevo.
 En esta tarde,
 con un sol llagado
 al que niegan las nubes,
 te contemplo.
 Ciudad de sueño,
 cómo pesa tu piedra contra el tiempo,
 qué pequeña la piedra que me aplasta;
 cómo mi ruina es un pájaro mínimo
 perdido entre la niebla.
 Cómo tu ruina resplandece sin sol,
 —Ay, pobres canas de mi débil cráneo—
 mientras tu torre entre la lluvia tiembla.
 Pido refugio; el tiempo me concede
 descansar en tu seno silencioso.
 Tú siempre eres,
 mi sueño se fundió con otros sueños.
 Estás aquí y te pido que me esperes.

I

Ser de un país, tener memoria propia,
 una infancia en el campo y en el alma
 los olores del heno y de la lluvia.
 Ser de una tierra, conocer su viento,
 saber la hora en que se levantan las estrellas.
 Saber, en fin, el nombre de una roca
 conocida en la infancia,

distinguir los potreros perfumados
 por el año de lluvias.
 Que un durazno nos vuelva
 a un remoto verano
 y al regresar al campo
 reconocer la tierra que pisamos.
 Que nos duelan las cosas de esta tierra
 con un dolor de entrañas mal heridas.
 Ser de un país,
 sentirnos de su pueblo
 y al mirar otra cara
 sentir que es un espejo en cuya agua
 se refleja la cara que buscamos.

DESDE CANDAS SE MIRA TODO EL MAR.

PRIMERA PARTE

La movable llanura deslumbrada
 por el ojo del dios de las mañanas,
 experta en soledades,
 recibiendo la comunión de las primeras barcas.
 ¿Quién se atreve a violar ese silencio
 nutrido de rumores,
 de gritos congelados,
 de presencias que flotan
 en los profundos aires?
 ¿Quién, sin temblar de miedo, pone proa
 hacia la engendradora de tormentas,
 la dueña, pero también la víctima del viento,
 la dadora de vida, señora de la muerte?
 El que hace estas preguntas es un hombre de tierra,
 nacido en la llanura,
 formado entre las hierbas,
 en el aullido de las tierras secas.
 La noche de lamentos que en Jalisco
 suplica a una deidad propiciadora la fuerza de la lluvia
 me dio un alma nostálgica del agua,
 la mirada que pregunta a las nubes,
 el dolor ante vientos destructores.
 Pero un día, al pasar una curva del camino,
 el mar se me echó encima

y contemplé el misterio.
Desde entonces, la presencia del mar,
más bien su ausencia,
dejó algo en mí:
una adivinación, un viento leve,
un contenido goce que estallaba en la contemplación.
El mar del trópico, las costas de lujuria
que en Tabasco desconocen los límites;
el Caribe mostrando sus secretos;
los farallones del mar de California
que se refugia entre los dos desiertos;
el océano sumiso en Acapulco
zurcado por las luces de neón;
el sosegado mar de Manzanillo
guardando los secretos de la nao de la China;
el Atlántico, mar familiar, camino real de España
y el terrible Pacífico,
airado mar de peregrinaciones perdidas en el tiempo.
En el mar, uno y todos, descubrimos
el verdadero origen de la luz,
la exacta imprecisión del tiempo esquivo,
la ambigüedad estricta de la naturaleza.

INTERMEDIO

CANCIONES DEL CUERPO Y EL MAR

La luz dentro del caracol
juega a cambiarse de lugar,
la tarde se devora
las escamas del pez
que antes ardían.
Un niño vierte
los últimos rayos del sol
y en la montaña
forma la noche su primer lucero.
En el golfo de la unánime plata
se deslíen las gaviotas
y la espuma, enredada en los pies de la mujer,
sube y hace plata los muslos.
La noche tiene hermosas manos,

En el río alguien canta.
Se levanta el deseo.
Sólo es verdad la carne.
Al mar los deslumbrados ojos,
la trémula sonrisa del que admira;
al mar todo el amor,
la herida abierta
que calma sus ardores con la vista.
Estás hecha de mar,
tu cuerpo tiene
las formas de las olas,
tu mirada sigue
y no encuentra horizonte,
sólo la opaca raya
en que se juntan los azules,
sólo el punto en que fija
su desnudez el sol,
sólo el silencio
de una tarde, pálidamente ebria,
en la media tiniebla
de una contemplación.
De mar, de sol constante,
de un aire que liquida
esta desolación.

DESDE CANDAS SE MIRA TODO EL MAR

SEGUNDA PARTE

En el mar, uno y todos, está el hombre.
Veo las proas de los barcos fenicios
en el agua de España;
las naves griegas y el pálido terror de los troyanos,
Eneas, las llamas en sus ojos, hacia Italia.
Cuántos hombres y dioses duermen sin fin en el
Mediterráneo;
duermen, en preciosa hermandad, todas las razas:
Los turcos, la imagen de su luna en la mirada;
españoles con gritos de Lepanto en los oídos;
venecianos de púrpura marchita;
ágiles genoveses inventores de gacelas marinas.

Veo el cementerio de cristal translúcido,
sitiado por las algas,
recorrido por la vida intranquila,
presidido por cruces de coral,
por movimientos de remoto origen,
por sombras de colores que adivina
un dios huidizo y sin definiciones.

Es el grave Cantábrico
el cementerio de veloces vascos,
de montañeses esperanzados en la «sotileza»,
de asturianos en busca de las Indias,
de gallegos expertos en volver.
Es un duro refugio para vagos pesares,
un alto en el camino de las razas que saben caminar.

GOLFO DE CALIFORNIA

I

Cuando el mismo suspiro del ratón macilento
arañe la corteza de la casa
y el buho arranque pedazos de noche
con su pico curvado y amarillo;
cuando la soledad sea placentera
y el aire tibio ya no diga nada;
cuando el sol sea una manta
para las piernas ateridas
y las manos descansen sobre el tumor,
la conciencia servirá para hacer vendas
y el cerebro se irá de paseo
para cortar biznagas en el monte.

En ese cuando, miraré los barcos
en los que nunca iré;
desmenuzaré las cartas amadas
y los pedazos caerán,
como una lluvia de primavera,
sobre las hojas podridas.
Amanecerán las horas enbalsamadas
y no traerán más que sus manos mudas.

En el lomo plumizo de un mar inmutable
cabalgarán mis ojos
y la noche
encenderá hogueras en el bosque.
Será hermoso perderse entre los árboles esqueléticos
para despertar amortajado por el rocío
mientras las vacas son ordeñadas
y el día ordena sus rebaños,
bajo las manos cálidas
de un viento que cortará las ramas del laurel
para que no me veas.

II

El aguijón de un mar cansado,
oculto para traicionar, esperó el momento más claro
para descargar su veneno.
En el día perfecto, el grito fue como una irrupción de la vida
en el torrente gris de lo igual.
Tal vez sea cierto que el dolor nos hace vivir,
que sus espuelas se clavan en el costado del vacío.
Sólo cuando llega y pasa, nuestras manos,
aferradas a la roca, palpitan para recuperar la vida.
En ese instante horrible, pasa la vida delante de los ojos
y pedimos más vida, bajo el horror eléctrico.
Al confirmar la asiduidad del corazón,
desplegamos las velas más altas
y zarpamos, esperando un naufragio más profundo.

CANTOS DE SIGÜENZA

I

De Soria vienen estas nubes pardas
que desfiguran el perfil de Atienza.

La tarde se deshace en agua nieve.

Otra tarde se va sin que yo sepa
lo que quiso decir,

sin escuchar el cuento de su pena
o su voz de alegría bajo las rocas.
Sin embargo, sabemos que a la vida
se le cayó otra rama.
Vuela el halcón y el aire recompone
la curva del paisaje.

Con capa de pastor viene la noche
cerrando los caminos de Sigüenza.

MONTAÑAS

I

LUGO

Aquí, sobre esta tierra estremecida porque no pasa nada,
porque los días se encharcan y las manos van perdiendo su aire;
aquí, sobre esta tierra silenciosa, me lamento con poca convicción,
levanto un brazo para evitar el golpe de la tarde,
sonrío con una mueca agradecida porque la compasión y los abrazos,
por la insegura marcha del amor,
la incandescencia del placer renacido
y el sueño con sus vidas sin derrota;
por la noche lunar con sus fantasmas anunciando otras noches,
por la fogata que descubre el bosque
y la sangre cumpliendo su milagro.
Aquí amamos, dormimos, nos decimos las frases
y despertamos viendo los ojos del invierno,
entonces nos erguimos para emprender el vuelo.
Los pájaros descubren la sombra de la torre,
la vida se hace clara en el escorzo inmóvil.
Vida y pájaros saben que en cualquier madrugada
pueden abrir las alas y derrotar al viento.

TEMAS PRECOLOMBINOS

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

Homenaje a ciudades-esculturas
y raíces indígenas de México.
Pienso en ellas uniendo en estos
de poemas, algunas pertenencias
de mi voz cuando tocan lo
[enterrado.

INVOCO el poder de los antiguos
y la palabra de los animalitos
para llegar con ellos al "Uno-Colibrí".

Evoca la arruga de las ancianas
cuando trituran con su único diente
la yerba portadora del Sol.

Convoco la uña de la lluvia
para raspar el monte seco
y sacar de allí una mano
todavía agarrada al misterio.

Provoco en mi habla el incienso
necesario al arte del humo
para poner en muertos músicas
y con ellas resucitarlos.

Porque estoy asustando al olvido,
pasando del epitafio a la memoria,
acariciando un resplandor.
Untándome los colores
que alguien dejara en el fondo de un plato.
Tomando rocío en la copa
de la Tumba Número Siete,
que reunió en sus jaspes lechosos
habilidades perfectísimas.

Escribiendo cuando el jaguar
pisa las cristalerías del cielo,
o cuando la serpiente de tunas preciosas
cubre el cuerpo de Quetzalcóatl.

Estoy cantando el rumor de las olas
que sale de un pectoral de conchitas,
y las caderas-calabazas
de las muchachas de Tlatilco,
y los senos de tarascas viejas
esculpidos en lágrimas de barro.
Y las primeras juchitecas
de quienes nacieron los ríos
y cuyos cuerpos se transformaron
en alcaravanes y árboles.

(Y los pipiles y borucas,
los nicaraos y quetzales
de las tribus maya-quichés
que con chorotegas reunidos
cortaron oros, piedras, iris.
Porque Centroamérica llega
al finalizar esta ruta
cubierta de aros colgantes
y cinco dedos estrechando
los riñones de su universo.)

Y la diosa del Clásico Temprano,
Tlazoltéotl en amores y partos,
de cuyos brazos extendidos penden
cuchillos, enigmas, ayes.
Y el ser antropozoomorfo
entre infantil y terrorífico,
sumido en delirios de entes
como un robot o germen pánico.
Y la Pirámide de los Mascarones
con caras que parecen galaxias,
entre ornamentos de mitos que vuelan
y ojos atravesando tinieblas.
Y las estructuras
levantadas en palacios que fueron
sedes de logias, atisbos celestes,
instrumentaciones del orbe.

Y la joroba del anciano
que caminó por Tenochtitlan
hace 3,000 años.
Y el aliento que salió de la pipa
de Itzamná, Señor de lo Oscuro.

Estoy cantando la alegría
de Xochipilli entre las flores,
y lo hondo del Hombre Muerto
junto a la luz del Caballero Aguila.

Y la diorita y el alabastro,
obsidianas y piel de jade
y turquesas que soplaron sobre
gestos de máscaras que bailan.

Y las miniaturas temblando
en los dedos de las mixtecas,
sobre estucos y huesecillos.

Canto y no dejo de cantar
la infinitud teotihuaca-olmeca
y el vendaval arquitectónico
en el Templo de los Guerreros,
cuyas columnas
parecen estatuas de himnos
o filigrana de otros mundos
concebida en planeta de hombres.

Canto las coronas mortuorias
que enlabazan a los difuntos,
y las hachas votivas donde
seres contemplan lejanías.
Y los instrumentos músicos
—atabales y percusiones—
cuyos sonidos pintados vibran
y el mar se oye si los vemos.
Ahora un recuerdo dedico
a la alta magia surrealista
del teponaxtle cincelado
cuyas manos son los ojos
de Macuilxóchitl, luz danzante.

Canto el jaguar policromado
de Kukulcán (Chichén Itzá),
y el altar de la Gran Tortuga
donde los sentidos se pierden
en un haz de formas, y entonces
no sabemos ni respirar.

Estoy cantando la tragedia
de Coyolxauhqui mutilada,
surgida en el centro de México
tal un grito petrificado
y cuya historia es un cuchillo
goteando estrellas.

Y la entraña del Vientre Mayor
poblado de señales y pactos
con los hacedores de nubes,
Tlálocs numerosos tocando
arpas de siglos
a un lado de las torres de Cristo,
bajo el oro de sus altares,
como profundidades absolutas
de una raíz dentro del sueño
cuyo árbol era la sangre.

Sigo cantando, y no termino,
pieles de nácar y teocallis
que en los vasos estilizados
nos dan suavidades de pétalos
o delicadezas de vírgenes.
Y tantas vasijas y urnas
con variaciones mitológicas
que terminaron sepultadas
bajo el tiempo y sus peñascales,
pero que un día renacieron
por el azar de los milagros,
como las caritas sonrientes,
y sonajas, conejos, grillos,
y aquellas mujeres peinándose
desnudas en andantes espejos.

Estoy mirando, y no termino
de contar, cantando, las cosas

que se hicieron cuando los hombres
tenían la inocencia del agua
y el terror de la fuerza cósmica.
Cosas hechas por instrucciones
quizá de energías galácticas,
o por maestros iniciados
en respiraciones totales.

Objetos que un día prestaron
utilidades luminosas,
o tal vez nacieron
para ser mirados, nada más.
Algunos se hundieron para siempre,
y otros vendrán, que hoy no se ven.
Todos hechos con el trabajo
de hombres primordiales, absortos,
que con ojos cerrados veían
los supremos radios del Círculo
cuando aún no era el caballo
y la destrucción no llegaba
y los pueblos reían jugando
con el manatí de las olas
y eran los actos una entrega
y el aire un beso transparente
y el corazón la gota máxima
que se ofrecía a las deidades
y la danza un oxígeno andando
y la muerte una flor subterránea.
La vida era la belleza
y la belleza Gran Asombro.

Y era un imperio la Escultura
en donde nunca se ponía el Sol.

1 PIEDRA ENCENDIDA. . .

PIEDRA encendida por el hombre, piedra
dormida junto a los fríos:

amo

tu piel arrugada por las concentraciones
de la noche, tu consistencia de cráter,
esa manera de estar descansando en ti misma

a fin de ascender tranquilamente
a la respiración del Principio.
Una hendidura,
un signo apenas insinuado,
una línea
delicada como el vuelo de un pájaro
es el único testimonio
de quien hizo tu forma,
ese maestro
a quien jamás conoceremos sino por ti,
que eres cuerpo
y pedestal de su gloria.
Me produces un embeleso sin fin,
una tristeza resignada,
algo tal vez como la lejana reminiscencia
de lo que fue mi ser
en una semilla de fuego formándose.
Oh llama pacífica,
eterna en la continuidad de las destrucciones.

2 PIRAMIDE DEL SOL (TEOTIHUACAN)

HAY que verla de frente, recibiendo
el poder de la altura en la mirada;
advertir un instante lo que marca
su eternidad de Triángulo Perfecto.

Después mirar los lados, esos flecos
en donde la quietud abre sus alas,
y en donde, ángel ardiente, la mañana
incendia la corona de los cerros.

Aquí la simetría halló su centro,
toda la prehistoria una campana
y la idea su apoyo en lo concreto.

Bajan los siglos por la escalinata
vestidos de faisanes, y en el viento
un golpe oímos de atabal en marcha.

3 PALENQUE

COMO oír en la noche tomando agua los tigres
o encontrar a una ciega perdida en la montaña
es llegar hasta aquí, donde lo inmenso tiembla
y los dioses levantan el trono de sus vértigos.
En el interior del Templo de las Inscripciones
una serpiente de granito baja hundiéndose en filtros
hasta acariciar con su aliento el reposo de un Príncipe.
Afuera arde la tarde perpetuando sus ocres
y se camina sobre las edades
tocando relieves que asumen condiciones de almas:
almas que partieron como el sueño de un pájaro,
pero cuyos cuerpos amamos.
Así es Palenque.
Así es la grandeza de esta paz hecha lluvia
con un secreto al fondo, adánico y durmiente.
Sus tumbas hechas joyas brillan bajo los astros,
y la selva, al mirarlas,
detiene sus tumultos hambrientos.

4 GRECAS DE MITLA

LA aguja en la paciencia del escoplo
(miradla respunteando mar granito)
dejó su afán de inconfundible soplo

y perpetuó lo cóncavo del mito.
A veces se parecen a las naves
y otras veces al pájaro de un grito

estas líneas que absortas nos dan claves
de tranquilos propósitos: son grecas,
vuelan en las paredes como aves

o como remolinos de hojas secas.
No entendemos qué hacen, mas lo cierto
es que mueven, inmóviles, sus rucas.

Pues dan animaciones a lo muerto,
mirad las alegrías y las rosas
transformando cenizas en un huerto,

y estas circunferencias y estas losas
diminutas, labradas por gigantes
que sabían hablar de cosmocosas

y unificar en líneas ondulantes
diversas instrucciones de la muerte.
Gozad sus jeroglíficos andantes.

Oh fuerza delicada. Aquí se advierte
el triunfo de la vida, si ésta queda
al espíritu asida de lo inerte.

La forma, en Mitla, eternamente rueda
y no se va: su greca en el paisaje
es a la vez desierto y alameda,
fervor. Y un ultrafísico lenguaje.

5 INVOCACION A COATLICUE

REINA de México y Emperatriz de las Américas,
oh Coatlicue subterránea, ofidia,
oh madre profunda,
bella como el terror,
abastecedora de raíces omnímodas.
Por tus piernas-bejucos discurren los ríos
y las mitologías que son partituras bramando
y los ácido de la muerte prensándose en un núcleo
de lavas aullantes. Quémanos con terrible ternura.
Desata voces cubiertas de catástrofes.
Envuélvenos con tu brasa de cosmogonías
sin comprensión ni lengua, sólo constelaciones,
sólo el pensamiento en un árbol
cubierto de ojos nocturnos.
En ti la Imagen tiene vibraciones de pueblos
y el Amor una cita con los incendios
que se devoran para no perecer.
Oh madre cíclica, yegua y tambor de los huracanes,
Coatlicue de senos callosos, diluvial y perseverante.

6 MONTE ALBAN

SE estratifica el horizonte y cabe
la magnitud en una gota de alma.
Luz y mirada fúndanse en un arco.
Puertas tocamos: se abren
para entrar en un túnel donde puebla
la oscuridad su pánico dormido.
Grandeza y plenitud son las columnas
que sostienen la bóveda del éter.
Por entre laberintos yacen vivas
las transfiguraciones necesarias
en donde, si usted mira, lanza el oro
su anillo funeral a los imperios.
Coral belleza muda: las palabras
huyen, como sonámbulas, perdidas.
¿Cómo explicar lo inexplicable oyendo
la inmensidad de una campana ciega?
Es el Silencio: Monte Albán lo incendia
cuando habla por la boca de sus tumbas.

7 ESTELAS MAYAS

ASCIENDEN y bajan
hormigas astrónomas
por estos jardines
de apuntes en marcha,
cómputos en donde
los hombres dejaron
constancias de sueños,
pétalos de edades
por donde desfilan
calendarios, luchas,
sacerdotes llenos
de pompas de plumas,
altos Iniciados,
fulgores vestidos,
seres arco iris.
Esclavos abajo
—manos en los hombros—
suplicantes, tristes.

Arriba la curva
 de un remate,
 y en fila, *baktunes*,
katunes y *tunes*:
 en aguas de siglos
 se ven caminando
 las torres-historias,
 las historias-soles,
 los soles-batallas,
 las batallas-pueblos,
 reinos entre llamas
 cayendo, lanzando
 gramíneas de dioses.

Oh estelas gloriosas:
 Copán en el centro
 de espadas escritas,
 Quiriguá y sus altos
 yelmos de tres máscaras,
 Yaxchilán, Petén,
 nombres que se oyen
 cual fiestas de pájaros
 clavados en medio
 de sílabas puras.
 Asombros perpetuos.
 Catedrales
 de caligrafías
 ardiendo.

8 BONAMPAK (ESCENA DEL COMBATE)

ENLACE y unidad, bélica llama
 en movimiento, todo en movimiento.
 Tempestades y arcos. Un aliento
 de alud. Lo instrumental se desparrama.

Tembló el fragor colgando de una rama.
 Quiso borrar la lluvia aquel portento
 pero la eternidad donó su unguento
 y se salvó, prendido a lo que ama.

Cuando, tras mucho andar, pudo la fuerza
 horadar lo imposible, se abrió un río
 de color cuyo estruendo nos conversa.

Marcha el combate, y en lo más profundo,
 de la noche, bramando poderío,
 Bonampak su poder entregó al mundo.

9 PIEZA UNICA

EL Cráneo de Cristal de Roca del Museo Británico
 está allí por una fuga de la vergüenza irreversible
 y no se conoce una operación más descarada,
 pues la pieza tiene en un cáliz
 el asombro perfecto de la Creación.

El Cráneo de Cristal de Roca del Museo Británico
 es la radiografía del pensamiento,
 el iglú de las neuronas, un poema fantástico.
 Fue elaborado con ese material que los hechiceros
 denominaron (con rumor de agua hirviendo)
iztac tabilotl,
 que nosotros, muy cómodamente,
 traducimos con fragilidad de vidrio
 y algo de sílice.

El Cráneo de Cristal de Roca del Museo Británico
 parece el fantasma de un ser extraterrestre
 de pronto apareciéndose en el ¡Oh! de un turista.

Como meteorito del gran suspenso
 bien puede condecorar el pecho del Cataclismo
 o representar su papel de calavera
 en la pálida mano de un Hamlet oxfordiano.

De todas maneras, esta cajita transparente
 fue depositada como una lágrima sobre el tiempo
 y es la suprema abstracción de los lapidarios aztecas,
 o acaso la primer sonrisa de lo macabro.

¿Cuándo regresará de Londres
 en un avión supersónico
 para emocionarse con el recuerdo
 de los primeros siglos de su infancia?

10 MONUMENTO SOLAR

Erigido en el Año 13-Caña
 (1479 de nuestra Era)

El Sol inspiró esta rueda de fuego
 oculta en las entrañas de la piedra.
 Es un disco en cuyo centro se ve al Resplandeciente
 lo veneraban,
 retribuyeron su mantenimiento vital
 con holocausto de esclavos
 y con esta circunferencia de significaciones,
 inmenso gong en donde el espacio golpea
 las rutas del entendimiento.
 No vieron otras culturas plenitud semejante,
 diagrama de tanta emoción matemática
 en donde cada figura traduce una cantidad de existencia.
 En él, dentro de él, a través de él,
 conformando el Gran Círculo,
 ocho rayos de energía protónica son lanzados
 con hermoso equilibrio
 y el átomo no es un hongo
 sino el arco de un iris
 ataviado con la Respiración Trascendente
 (desaparecida con el sistema imperialista
 de los aztecas).
 Garras de puma exprimen corazones humanos
 en homenaje al Resplandeciente
 que se desangra para darnos vida.
 Vemos equinoccios y solsticios
 relacionados con las cuatro fuerzas elementales
 que amasaron la consistencia de la Tierra
 hace quince mil millones de años
 por orden de los átomos de hidrógeno:
 Energía del Viento,
 Energía del Fuego,

Energía de la Lluvia,
Energía del Agua,
y en ellas sus poderes sagrados, que son:
Ehécatl, de cuya palpitación nacen los vientos;

El Tigre, cuyo corazón es la montaña;
Tláloc, proveedor de gotas agrícolas,
y Chalchiuhtlicue, cuyos cabellos son los ríos.
Nombres celestes, de días y cosechas,
resguardan la proporción de la esfera.
Serpientes son los diámetros.
Soles moribundos y futuros se intuyen.
Las Madres Cósmicas, aquí reunidas,
alimentan leche de Galaxias
y proclaman el poder inteligente
de sus hijos desnudos,
únicamente ataviados con este prodigio
elevado a los Números.

(En alguna parte de la rueda parabólica
está marcada la muerte de quien les daba vida
y también el advenimiento de un nuevo Sol,
como grandiosa [y triste] premonición
de la Conquista.)

LA NARRATIVA DE ROSARIO CASTELLANOS Y EL INDIGENISMO

Por Almudena MEJIAS ALONSO

ROSARIO Castellanos fue una autora que, a pesar de su apertura a muy diversos géneros y su indudable interés, ha sido escasamente considerada por la crítica (con la excepción de la de su propio país). Sólo a partir del momento de su muerte¹ su obra

¹ Rosario Castellanos nació en la Ciudad de México "en una casa ya demolida marcada con el número 108 en la Avda. Insurgentes" (Ernest Moore: *Los narradores ante el público*. México, Edit. Joaquín Mortiz, 1965, p. 89) el 25 de mayo de 1925, pero su familia, de origen chiapaneco, se trasladó un mes después de su nacimiento a Comitán (Chiapas) donde tenían la hacienda. Allí transcurrió su niñez y los primeros años de su adolescencia, en un pueblo donde abundaban las personas de raza maya, y de esta época principalmente surgirán sus recuerdos a la hora de narrar.

Nos dice: "Mi familia era criolla y dueña de extensos latifundios. Por parte de mi padre tenía una tradición liberal. Mi bisabuelo había tomado parte en la batalla del 5 de Mayo contra la invasión francesa, y otro de mis antepasados fue de los que redactaron la Constitución de 1857. Por parte de mi madre mi familia era profundamente católica. *Mi infancia transcurrió en Comitán y en una de las fincas de mi padre, "El Rosario", que en Balún-Canán se llama 'Chactajal'*". (Günter W. Lorenz: *Diálogo con Latinoamérica*. Valparaíso, Edics. Universitarias; Barcelona Edit. Pomaire; Tübingen, Horst Ermann Verlag, 1972, p. 191. El subrayado es nuestro).

Cultivó todos los géneros. En septiembre de 1948 aparecía su primer libro de poemas: *Trayectoria del polvo*, reflexiones sobre la vida y los hombres, escrito después de haber leído *Muerte sin fin* de Gorostiza:

"Bajo su estímulo inmediato, aunque como influjo no se note, escribí en una semana *Trayectoria del polvo*". (Emmanuel Carballo: *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*. México, Empresas Editoriales, S. A., pp. 411-412).

Fue en 1955 y después de mantener una conversación con Emilio Carballido cuando comenzó a escribir su primera novela: *Balún-Canán*, "que estuvo terminada en diez meses" (Ernest Moore: *op. cit.*, p. 96), aunque no fue publicada hasta el año 1957.

En 1956, como consecuencia de la redacción de la novela, decidió volver a Chiapas, al Instituto Nacional Indigenista, donde quedó bajo su responsabilidad el Teatro Guinól: "La redacción de *Balún-Canán* me hizo

está siendo revisada poco a poco y, de forma permanente, nos ofrece nuevos aspectos dignos de estudio y de valoración.

Uno de los elementos que aparecen con mayor constancia dentro de la narrativa de la escritora mexicana es el tema y la figura del indio y, a pesar de ello, una parte de la crítica parece mostrar ciertas reticencias (quizá debidas a algunas declaraciones de la autora, como se verá más adelante) a la hora de definir su posición con respecto al indigenismo.

La presencia de lo que en literatura se ha dado en llamar indigenismo tiene ya una larga tradición. Fray Bartolomé de las Casas es considerado como el iniciador de esta corriente defensora del indio, cuya figura desde la época colonial hasta nuestros días "será el 'leit motiv' y una de las más frecuentes concepciones de la novelística en América".² Sin embargo, Pedro Henríquez Ureña en su obra *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (México, F. C. E., 1949) sostiene que el indigenismo surge en 1910 a raíz de la Revolución Mexicana y se afianza en la literatura en 1913 con el poema "¿Quién sabe?" de Santos Chocano.

Ahora bien, la propia autora en cierta ocasión ha manifestado que no se siente identificada con el indigenismo:

Si me atengo a lo que he leído dentro de esta corriente (indigenista), que por otra parte no me interesa, mis novelas y cuentos no encajan en ella. *Uno de sus defectos principales reside en considerar el mundo indígena como un mundo exótico en el que los personajes, por ser las víctimas, son poéticos y buenos.* Esta simplicidad me causa risa. Los indios son seres humanos absolutamente iguales a los blancos, sólo que colocados en una circunstancia especial y desfavorable. (...) Los indios no me parecen misteriosos ni poéticos. Lo que ocurre es que viven en una miseria atroz. Es necesario describir cómo esa miseria ha atrofiado sus mejores cualidades. Otro detalle que los autores indigenistas descuidan —y hacen muy mal— es la forma. Suponen

tomar conciencia del problema indígena" (Günter W. Lorenz: *op. cit.*, p. 192). Y a la vez determinó empezar una nueva novela, *Oficio de tinieblas*, que saldría a la luz en 1962, compaginando este trabajo con los cuentos que aparecerían en 1960 bajo el título de *Ciudad Real* y con los poemas que integran *Al pie de la letra*, publicado en 1959.

Murió el 7 de agosto de 1974 en Tel-Aviv, siendo Embajadora de su país en Israel. En 1975 se publicó *El eterno femenino*, pieza teatral que demuestra sus aptitudes para este género, y un libro de ensayos, *El mar y sus pescaditos*, que no hace más que confirmar su gran valía también en este campo.

² G. Váscquez Hurtado: "La novela indigenista en el Ecuador", en *Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana*. Salamanca, Acta Salamanticensia, Tomo X, no. 1, 1956, p. 467.

que como el tema es noble e interesante, no es necesario cuidar la manera como se desarrolla. (...) Por pretender mis libros objetivos muy distintos, no se me puede incluir en esta corriente.³

Es cierto que en un principio, como apunta Rosario Castellanos, las narraciones llamadas "indigenistas", pintaban el problema del indio de una manera un tanto romántica y poética, identificando al indio con la bondad en oposición con el blanco, símbolo del mal.

En el siglo XIX, según Rafael Gutiérrez Girardot, se consideraba "el problema del indio como problema moral, actitud en la que subyace la concepción liberal, humanitarista e ilustrada del siglo XVIII"⁴ y añade que esta preocupación tiene dos fuentes: "La concepción humanitarista y moralista del pensamiento liberal" y "la busca de la expresión originaria y peculiar de América, fundada en tradiciones indígenas".⁵

No obstante, hay que aclarar que entre la literatura indigenista del XIX y la del presente siglo existe alguna diferencia. Así lo anota Concha Meléndez:

Incluimos en esta denominación (...) toda novela en que los indios y sus tradiciones están presentes con simpatía. Esta simpatía tiene gradaciones que van desde la mera emoción exotista hasta un exaltado sentimiento de reivindicación social...⁶

precisándolo aún más Luis Alberto Sánchez:

Así pues, la novela india de mera *emoción exotista* será la que llamemos *indianismo*, y la de un *sentimiento de reivindicación social*, *indigenismo*.⁷

Desde estos puntos en vista, en contra de la opinión de su autora, *Balún-Canán* y *Oficio de tinieblas* son novelas a las que se puede considerar como plenamente indigenistas.⁸ En ellas la de-

³ Emmanuel Carballo: *op. cit.*, pp. 422-423. El subrayado es nuestro.

⁴ Rafael Gutiérrez Girardot: "Algunos problemas de la novela indigenista a propósito de Jorge Icaza", en *Primeras Jornadas...*, p. 454.

⁵ *Ibidem.*

⁶ Concha Meléndez: *La novela indianista en Hispanoamérica*. Madrid, Edit. Viuda de Hernando, 1934, p. 9.

⁷ Luis Alberto Sánchez: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Madrid, Edit. Gredos, 1976, 3ª edic., p. 495. El subrayado es nuestro.

⁸ Marta Portal es de esta misma opinión. En su libro *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana* (Madrid, Edics. Cultura Hispánica, 1977)

fensa justa del indio y el realismo con que están reflejadas las situaciones ponen de manifiesto el compromiso adquirido por Rosario Castellanos hacia el pueblo indígena, su denuncia y la enérgica protesta contra una situación inhumana que debe acabar.

En estas dos novelas se puede hablar de la dicotomía opresor (blanco) / oprimido (indio); el caxlán es el que se aprovecha del indígena explotándolo y utilizándolo según convenga a sus fines; el indio es quien sufre esta opresión.

Los temas de las dos novelas de Rosario Castellanos se centran en este personaje concreto: *el indio*, en quien vuelca toda su simpatía, aunque sin llegar a dar de él una imagen poética y bondadosa por naturaleza.

En uno de sus libros de ensayos, la autora nos dice al respecto:

A primera vista se tiene la impresión de que el papel de víctima corresponde al indio y el de verdugo al otro. Pero las relaciones humanas nunca son tan esquemáticas y las sociales lo son aún menos. Las máscaras se cambian a veces, los papeles se truecan. La espada de la injusticia, dice Simone Weill, es una espada de dos puntas y hiere tanto al que la empuña como al que se encuentra en el extremo contrario.*

a pesar de lo cual, el indio siempre es el personaje oprimido por la mano de quien tiene el poder y abusa de él: el hombre blanco.

La experiencia de la autora a través de su infancia transcurrida en las fincas de su padre, donde comienza a ser consciente del problema, y su posterior colaboración en el Instituto Nacional Indige-

dedica un capítulo a "La novela indigenista de la década de los cincuenta" y en él nos dice:

"Después de los intentos indigenistas de Mauricio Magdaleno y Gregorio López y Fuentes en los treinta, aparece un nuevo brote indigenista en las postrimerías de la década siguiente, *Juan Pérez Jolote* (1948, de Ricardo Pozas), que tendrá su desarrollo en la década de los cincuenta. *El callado dolor de los tzotziles* (Ramón Rubín, 1959), *El diosero* (Francisco Rojas y González, 1952), *Baliún-Canán* (Rosario Castellanos, 1957), *para venir a alcanzar su máxima complejidad en el 62 con Oficio de tinieblas*, de Rosario Castellanos" (p. 213. El subrayado es nuestro). Véase también el artículo de Aurora M. Ocampo: "Debe haber otro modo de ser humano y libre: Rosario Castellanos", en *Cuadernos Americanos*, México, 1983, vol. CCL, nº 5.

* Rosario Castellanos: "La novela mexicana y su valor testimonial", en *Juicios Sumarios*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1966, p. 126.

nista de México (1956-1957), hace que la comunicación de ese problema al lector a través de sus escritos, parezca totalmente vivencial.

Según Regina Harrison MacDonald, "The Indian, in her narrative glance, is seen as the end product of the long history of the Conquest."¹⁰ También para Rosario Castellanos la desigualdad social del indio con respecto al blanco tiene su origen en el tiempo de los conquistadores; actualmente no es más que la persistencia de una larga tradición.

Una de las características que sobresale en las relaciones indio-blanco es *incomunicación* existente entre ambos, una incomunicación que conduce al indígena hacia la *soledad* y que está fundamentada en la diferencia de lengua: el ladino hablará español, "castilla", mientras que el indio conservará vivo su propio idioma: el tzetzal. Rosario Castellanos así lo reconoce y apunta en *Balún-Canán*¹¹ la inutilidad de la presencia de un maestro, unilingüe, para educar a los keremitos:

Ellos no sabían hablar español. Ernesto no sabía hablar tzetzal. No existía la menor posibilidad de comprensión entre ambos. (*Balún-Canán*, p. 145. Subrayamos las frases que parecen más significativas en todas las citas textuales que aparezcan a continuación).

Y este hecho en una relación maestro-alumno es mucho más importante cuando se trata de ayudarles a salir de su aislamiento y a luchar con ellos para que les sean reconocidos sus derechos: es el caso, en *Oficio de tinieblas*,¹² de Fernando Ulloa y los dirigentes indígenas quienes necesitan un intermediario que les traduzca sus respectivas palabras.

Además, es frecuente que los finqueros tengan ligeras nociones de tzetzal y, sin embargo, el indígena parece que nunca tendrá opción a hablar la lengua de los blancos. Por una parte, porque es considerado estúpido, ignorante y lo suficientemente perezoso e inepto como para no adquirir los conocimientos básicos del castellano:

Ellos son tan rudos que no son capaces de aprender a hablar español. La primera vez que vine a Chactajal quise enseñarle a hablar a la cargadora de la niña. Y ni atrás ni adelante. Nunca pudo pronunciar

¹⁰ Regina Harrison MacDonald: "Rosario Castellanos: On lenguaje", en *Homenaje a Rosario Castellanos*, Valencia, Albatros Edics., 1980, p. 44.

¹¹ Rosario Castellanos: *Balún-Canán*. México, F. C. E., 1973 2ª edic. Citamos por esta edición.

¹² Rosario Castellanos: *Oficio de tinieblas*. México, Edit. Joaquín Mortiz, 1975 4ª edic. Citamos por esta edición.

la f. Y todavía hay quienes digan que son iguales a nosotros. (*Balún-Canán*, p. 96).

En segundo lugar porque el castellano es considerado como un privilegio, una prerrogativa del ladino que lo sitúa en un nivel superior. Si, en alguna ocasión, el indio que sabe "castilla" es sorprendido hablando ese idioma, el ladino que esté con él lo condenará para siempre por haberse atrevido a utilizar algo que por su condición no le corresponde:

Oílo vos, este indio igualado. Está hablando castilla. *¿Quién le daría permiso?* (*Balún-Canán*, p. 38).

Y más si el indio, conocedor de la lengua pero ignorante de las reglas sociales, usa un tratamiento inadecuado con su interlocutor:

Porque hay reglas. El español es privilegio nuestro. Y lo usamos hablando de usted a los superiores; de tú a los iguales; de vos a los indios. (*Balún-Canán*, p. 39).

El indio es el personaje *débil*, el *oprimido* por el afán de poder del hombre blanco. Las leyes de Lázaro Cárdenas están encaminadas a dar al indígena un trato más justo. Empezando por su educación y terminando con la restitución de las tierras. Pero el ladino no está dispuesto a semejante aberración, que para él supondría una triple pérdida: de tiempo, porque el indio ignorante no está capacitado para asimilar unos conocimientos que son privativos del blanco; de mano de obra, porque si los indios se dedican a trabajar sus propias tierras, ¿quién va a hacer el trabajo en las milpas de los hacendados?, ¿quién se encargará de los potreros?; y lo que es más importante: la pérdida de alguna de sus propiedades, que habría que repartir entre los indígenas quedando, así, definitivamente mermado el señorío de la raza blanca.

La dicotomía poderoso/débil aísla a este último del primero y llega a deshumanizar a los personajes que toman parte en el conflicto, presentándonos la autora, de esta manera, dos mundos claramente diferenciados por su poder o la falta del mismo: *el indígena*, en lucha continua por alcanzar unos derechos que ahora le son negados por su condición, por pertenecer a una raza inferior a la blanca; y *el ladino* en un ya prolongado choque con el contrario, con el afán de mantener sus privilegios a toda costa, negando a

y ofrendas y la cueva de Tzajal-hemel vacía y abandonada! (*Oficio de tinieblas*, p. 299).

Más adelante leemos: "La Cruz reclama a su crucificado. (...) Catalina contempla la Cruz (...) tiene en sus manos lo que falta a la Cruz para ser, no el símbolo inerte, sino el instrumento de salvación de todos. Basta un ademán, el ademán más simple, para que la esperanza cuaje en realidad. Y Catalina lo cumple". (*Oficio de tinieblas*, p. 317).

Así, ofrece a Domingo en sacrificio para el bien de su pueblo y, al mismo tiempo, intenta retomar las riendas y volver a ser considerada ilol poderosa.

Cuando el niño muera, ella será quien dé significación al hecho de cara a los demás chamulas que están atónitos ante el espectáculo que acaban de presenciar:

Ahora nosotros también tenemos un Cristo. No ha nacido en vano ni ha agonizado ni ha muerto en vano. Su nacimiento, su agonía y su muerte sirven para nivelar al tzotzil, al chamula, al indio con el ladino. (...) Somos iguales ahora que nuestro Cristo hace contrapeso a su Cristo. (...) Porque está dicho que ninguno de nosotros morirá. (*Oficio de tinieblas*, pp. 324-325).

A propósito de sus novelas Raúl Leiva apunta que Rosario Castellanos "no puede ocultar su simpatía y comprensión por el mundo indígena",¹³ lo cual no implica que el indio adopte siempre el papel de víctima: en alguna ocasión es el blanco quien sufre las consecuencias de la rebeldía indígena que lucha por alcanzar sus derechos más elementales.¹⁴

El realismo con que es tratado el tema nos acerca a las diferentes mentalidades de los dos pueblos, ayudándonos a comprender la significación que tienen para los indios sus antiguos ritos y creencias, así como nos muestra su mitología y sus mágicas narraciones conservadas oralmente de generación en generación.¹⁵ Para

¹³ Raúl Leiva: "Tres novelas mexicanas de Carlos Fuentes, Rosario Castellanos y Agustín Yáñez", en *Iluminaciones. Crítica Literaria*, México, Edit. Letras, S. A., 1973. p. 301.

¹⁴ Piénsese por ejemplo, en el incendio que los indios al servicio de César Argüello provocan en Chactajal al no serles concedido el derecho que por ley gubernamental tienen a la enseñanza (*Balún-Canán*) o en la reacción de Catalina cuando Manuel Mandujano intenta romper de nuevo sus ídolos. En este caso Manuel es la víctima (muere) de los indios que por un momento, se convierten en verdugos del hombre blanco (*Oficio de tinieblas*).

¹⁵ El papel desempeñado en ambas novelas por la india que vive en

los blancos, en cambio, lo único importante reside en sus propias personas en el poder, que bajo ningún pretexto quieren dejar de ejercer.

*Ciudad Real*¹⁶ es el primer libro de relatos publicado por Rosario Castellanos. Se trata de una colección compuesta por diez cuentos¹⁷ de tema también indigenista que, al igual que *Balún-Cañán* y *Oficio de tinieblas*, suponen una denuncia ante la injusta situación que soporta el indio en una sociedad que no acepta su presencia más que como esclavo.

En cada uno de los diez cuentos se presentan historias diferentes que, sin embargo, están unidas por un tema común: la *soledad* de unos hombres que deben vivir aislados de la sociedad porque ésta los rechaza.

De acuerdo con la opinión de Alfonso González¹⁸ también hay que hablar en estos relatos del patrón poderoso/débil, símbolos respectivos del blanco y del indio, alrededor del cual gira el "único lenguaje operante (...) que aísla al individuo o al grupo débil del más fuerte, creando una familia o una sociedad estratificada e incomunicada".¹⁹

La comunicación entre ambas razas resulta imposible, por la diferencia del idioma, y el resultado que comúnmente se obtiene en la deshumanización de los personajes que quedan reducidos a su propia soledad.

Los diez relatos que componen *Ciudad Real* se sitúan en esta ciudad y sus alrededores, los parajes chamulas. El desarrollo del tema y la narración es esencialmente el mismo en cada uno de los relatos: el indio, aplastado por el poder del caxlán, intenta salir de su miseria, pero choca con los intereses del ladino, contrarios a los suyos y lo único que consigue es su propio aislamiento, cuando no la muerte.

Los relatos que más claramente ofrecen esta situación son: "La tregua", "La rueda del hambriento" y "El don rechazado". Pero

la casa de los señores blancos y está al cuidado de los niños, "la nana", sirve a la autora para relatarnos el mundo fantástico de la mitología, ritos y creencias del pueblo indígena.

¹⁶ Rosario Castellanos: *Ciudad Real*. México, Organización Editorial Novaro, 1977, 2ª edición. Citamos por esta edición.

¹⁷ Los títulos son los siguientes: "La muerte del tigre"; "La tregua"; "Aceite guapo"; "La suerte de Teodoro Méndez Acubal"; "Modesta Gómez"; "El advenimiento del águila"; "Cuarta vigilia"; "La rueda del hambriento"; "El don rechazado" y "Arthur Smith salva su alma".

¹⁸ Alfonso González: "La soledad y los patrones del dominio en la cuentística de Rosario Castellanos", en *Homenaje a Rosario Castellanos*, Valencia, Albatros Edics., 1980, pp. 107-113.

¹⁹ *Idem.*, p. 107.

también se podría destacar y analizar "La muerte del tigre" que, a nuestro juicio, es especialmente significativo.

El primer relato que hemos apuntado, "La tregua" (pp. 25-34), está protagonizado por una india, Rominka Pérez Taquibequet, quien ayudada por los suyos da muerte a un blanco por creer que se trata de un pukuj, de un brujo. El encuentro entre el hombre y la mujer ilustra la clara conciencia de inferioridad que el indígena tiene con respecto al blanco:

La mujer cayó de rodillas. Después de colocar el cántaro en el suelo, suplicaba:

—¡Dueño del monte, apiádate de mí! (p. 29).

El hombre, herido, pide ayuda a la mujer; pero entre ellos no hay posibilidad de comunicación, pues no hablan el mismo idioma. Además, Rominka, educada en el seno de la sociedad india, no entiende cómo un blanco, el poderoso, puede estar necesitado de ayuda. Y así por miedo a enfrentarse con una fuerza oculta, no duda en terminar con la vida del ladino, en la creencia de estar cumpliendo su deber y ayudada por sus hermanos de raza:

Entonces la furia se desencadenó. Garrote que golpea, piedra que machaca el cráneo, machete que cercena los miembros. Las mujeres gritaban, detrás de la pared de los jacales, enardeciendo a los varones para que consumaran su obra criminal (p. 34).

De esta manera el impulso más natural del hombre de atender a sus semejantes cuando están en peligro, queda destruido en los indios por la desconexión con la sociedad, a la que se hallan sometidos. La intención de ayudar ha sido sustituida por un sentimiento de temor ante quien pertenece a una raza que no es la suya: la blanca.

En "La rueda del hambriento" (pp. 101-136), el protagonismo lo ostenta un ladino, Salazar, médico de profesión que está dedicado a los indios.

Su vida está presidida por la marginación y la soledad ya que, por su proximidad con los indígenas, los blancos lo consideran enemigo suyo y, por su condición de blanco, los indios no confían en él.

En un momento determinado se negará a alimentar a un recién nacido, ocasionándole la muerte, con la justificación de haberle hecho un favor, ya que, según él, le ha evitado unos ciertos años de existencia infrahumana. El blanco acaba de "llevar su papel de amo al punto cumbre convirtiéndose en un pseudo-dios. De nuevo

el instinto humano de dar de comer al hambriento, de ayudar a un indefenso recién nacido, desaparece ante el avasallador código amo/siervo".²⁰

El protagonista de "El don rechazado" (pp. 137-148) es un antropólogo, José Antonio Romero. Su experiencia con los indígenas ha sido muy poco alentadora. Se esfuerza por salvar a una pobre india parturienta, lo consigue y, llevado por su afán de lograr el acercamiento de las dos razas propone a la mujer, madre también de una niña de doce años, enviarla a un internado donde pueda acceder a una educación que, de otro modo, le estaría vetada, comprometiéndose, además, a correr con todos los gastos. Pero la madre que no comprende el significado de la palabra "educación", ni el desinterés de José Antonio, un blanco, hacia unas pobres mujeres indias; se niega. Sin embargo, y dada su precaria situación económica, ve en su hija, en la adolescencia de Marta, la solución a sus problemas y pide al antropólogo que le compre a su niña, ya mujer:

Tal vez hubiera sido más práctico aceptar aquellas condiciones, que a Manuela le parecían normales e inocentes porque eran la costumbre de su raza. Pero yo me empeñé en demostrarle, por mí y por la Misión, que nuestros propósitos no eran, como los de cualquier ladino de Ciudad Real, ni envilecerlas ni explotarlas... (p. 146).

Una vez más, la dicotomía poderoso/débil actúa de manera negativa en el indígena que teme al blanco y anula en él incluso su sentimiento más elemental: el amor:

¡No, por favor, no llame usted a Manuela ni ingrata, ni abyecta, ni imbécil! No concluya usted, para evitarse responsabilidades, que los indios no tienen remedio. *Su actitud es muy comprensible. No distinguen un caclán de otro.* Todos parecemos iguales. Cuando uno se le acerca con brutalidad, ya conoce el modo, ya sabe lo que debe hacer. *Pero cuando otro es amable y le da sin exigir nada en cambio, no lo entiende...* (p. 148).

En "La muerte del tigre" (pp. 13-24) asistimos al proceso de degradación sufrida por la comunidad indígena de los Bolometric, protagonistas del relato. El proceso comienza con la *llegada del hombre blanco* a los parajes habitados por estos indígenas, quienes se lanzaron "a la batalla con un ímpetu que —al estrellarse contra el hierro invasor vino a caer desmoronado" (p. 13).

²⁰ *Idem.*, p. 108.

A partir de este momento empieza para los Bolometric el proceso de degradación manifestado en la *huida*:

...no corrieron (...) a aprestar un arma que ya no tenían el coraje de esgrimir. Se agruparon *temblosos de miedo*, a examinar su conducta... (p. 14).

y la *pobreza* que hubieron de soportar:

La miseria diezmó la tribu. Mal guarecida de las intemperies, el frío les echó su vaho letal y fue amortajándola en una neblina blancuzca, espesa (p. 15).

La degradación se cumple cuando, ante la situación insostenible de la tribu, *los hombres deciden bajar a Ciudad Real* y emplearse como jornaleros durante algún tiempo para así poder regresar a su paraje con el dinero suficiente para mantener a sus familias.

Pero esta ilusión no se va a cumplir. Don Juvencio, el enganador, los enviará a Tapachula, de donde nunca podrán regresar:

Los sobrevivientes de aquel largo verano no pudieron regresar. Las deudas añadían un eslabón a otro, los encadenaban (p. 24).

De esta manera, la degradación, simbolizada en el *aniquilamiento* de la tribu, se cumple, condenando a los hombres a una eterna soledad.

A través del relato de un narrador omnisciente y según un desarrollo de cronología lineal se nos presenta a la comunidad de los Bolometric que actúa como único sujeto y su deseo es la subsistencia en compañía de sus familias, para lo que cuentan con la ayuda de su espíritu luchador. Sin embargo, se enfrentan a un oponente más fuerte que ellos: el hombre blanco, genérico al principio, en el momento en que desposee a los indios de las tierras que ocupaban y concretado después en don Juvencio, el enganador. Este es quien, a sabiendas de las probabilidades que los indígenas tenían de morir en el camino, los manda a Tapachula, cerrándoles la esperanza del regreso.

El cinismo, la hipocresía y la irresponsabilidad del hombre blanco que considera al indio como un objeto se pone de manifiesto en estas frases de don Juvencio:

¿Es acaso responsabilidad nuestra que estos indios aguanten o no el clima? Nuestra obligación consiste en que comparezcan vivos ante el dueño de la finca. Lo que suceda después ya no nos incumbe (p. 22).

La incomunicación es igualmente patente cuando el narrador, al hablar del socio de don Juvencio dice: "...sus conocimientos de la lengua indígena no eran suficientes como para permitirle ensarzarse (sic) en una discusión" (p. 23).

Y la actitud de *dominio y desprecio* del blanco hacia el indio y de *recelo y acatamiento* de este último con respecto al blanco aparecen con frecuencia a lo largo de la narración:

...el corazón del hombre blanco, del ladino, está hecho de una materia que no se ablanda con las súplicas (p. 14).

...los transeúntes esquivaban (...) el roce con aquella ofensiva miseria (pp. 17-18).

El gendarme (...) cuando advirtió la presencia (...) adoptó automáticamente una actitud de celo (...) El gendarme los observaba a distancia, complacido, porque el desprecio estaba de su parte (p. 19).

Los siglos de sumisión habían deformado aquella raza (p. 15).

Ciudad Real no era ya más que (...) un espantajo eficaz tan sólo para el alma de los indios, terciamente apegada al terror (p. 17).

Pero los indios no tenían prisa. Nunca hay prisa de caer en la trampa (p. 20).

De manera que podemos concluir, aceptando y corroborando las palabras de Alfonso González cuando dice que en "Ciudad Real blancos e indios se encuentran incomunicados no sólo por sus costumbres y lenguaje, que son diferentes, sino también, y más importante, por la relación amo/siervo".²¹

Así pues, la obra narrativa de Rosario Castellanos parece acercarse en líneas generales a los rasgos más destacados de la literatura indigenista y se podría situar dentro de esa corriente, a pesar de las puntualizaciones de la misma autora, por suponer una sincera protesta ante la lamentable situación social del indígena de la que nace el deseo de reparar la injusticia y corregir la actitud que hasta la actualidad se mantiene con respecto a él.

²¹ *Idem.*, p. 109.

CIUDAD EXISTENCIALISTA, CIUDAD SURREALISTA

A PROPOSITO DE DOS NOVELAS SANTIAGUINAS¹

Hernán CASTELLANO-GIRON

Fundaciones, destrucciones

AÚN cuando la visión literaria en Hispanoamérica ha estado y está necesariamente condicionada en función expresiva de la naturaleza omnisciente y en muchos casos avasalladora, podríamos decir que la novela, como producto cultural de un complejo equilibrio social, de un crecimiento espiritual en torno y dentro a la colonia humana, es un producto ciudadano y responde a la tardía emancipación / consolidación de su cultura. Es un hecho generalmente admitido que en nuestro continente la vida comunitaria ha oscilado desde un centro ciudadano (la primitiva ciudad-fuerte de la fundación) al campo (en la etapa de consolidación y explotación agrícola) para regresar a la ciudad, en la época pre e industrial, que todavía vivimos. Es en esta fase que aparece el novelista-fisiólogo del corazón colectivo, cronista/fabulador de generaciones. El novelista ha participado de esta tenue historia naciente, y la ha hecho suya.

La ciudad europea es un universo autosuficiente, donde prevalece la memoria humana de siglos y su acumulación —inconsciente o no— se refleja en la densa cultura y en la complejidad de su narrativa. No hemos conocido ciudadela francesa o italiana donde no existan los signos físicos de alguna de las numerosas fundaciones cíclico/histórica —primitiva— romana-medieval —reciente. Lo que prevalece precisamente es el sentido de las fundaciones y re-fundaciones.

París y Roma, por ejemplo, crecen y se consolidan con la durable realidad de colonias madre-bóricas, en torno a sus núcleos primitivos y a los respectivos muros erigidos por Emperadores, Re-

¹ Rosamel del Valle, *Eva y la fuga* (Caracas: Monte Avila 1970). Guillermo Atías, *El tiempo banal* (Santiago: Editorial Nascimento, 1955). La paginación citada corresponde a estas ediciones.

yes y Papas. Son ciudades concéntricas que no murieron, que no se extinguieron, sino muy por el contrario, sobreviven, desafían al tiempo y lo someten a extrañas manipulaciones.

En Hispanoamérica, pareciera que generalmente prevalece lo contrario, vale decir las numerosas y a menudo cruentas destrucciones que han sufrido. Esto es especialmente visible en Chile, donde ciudades enteras han sido arrasadas por piratas, terremotos e incendios y vueltas a reconstruir por la paciencia del tiempo y —en parte— de sus habitantes.

Muchas veces la naturaleza cobra su desquite, cubre esas ciudades con un manto vegetal que las preserva y defiende de la memoria humana. O bien, dejadas en desnudez, el clima y el viento hacen lo suyo. Muchas veces hemos caminado por esos signos de antiguas presencias, por los restos de esas ciudades olvidadas por españoles y criollos. Son verdaderos testigos mudos, y en consecuencia viven una muerte irreparable.

La ciudad paradigmática/ciudad sintagmática

CUANDO se habla de la ciudad en la literatura de Hispanoamérica surge espontáneamente el nombre de Borges, escritor ciudadano por excelencia, creador de metáforas bonaerenses. Pero el Buenos Aires de Borges es principalmente una ciudad metafísica, una proyección de la complejidad ontológica de su mundo que a la par y exacerbando la realidad de otras ciudades de Hispanoamérica, reúne y atrae al 50% de la nación. Esto precisamente subraya la matriz urbana de la gestación novelística, su relación siempre constante con una cultura que al menos posea una cierta autonomía y un cierto crecimiento orgánico.

El mismo Borges hace una buena semblanza de lo que es la ciudad-barrio de Hispanoamérica y su consecuencia o signo total (en el tiempo) en lo que se refiere al Palermo natal de Evaristo Carriego. Nos da Borges, en sucesión de imágenes, el sentido de crecimiento magmático de ese arrabal —a su vez pequeña metáfora de la grande, la ciudad total—: "Recuperar esa casi inmóvil prehistoria sería tener insensatamente una crónica de infinitesimales procesos. . ."² Nosotros hemos sido testigos de las infinitas, sucesivas desapariciones, en Santiago y en sus barrios y tanto se parecen a la imagen borgiana, hasta confundirse en una única realidad. También apunta Borges hacia una realidad de fatal significa-

² Jorge Luis Borges, *Evaristo Carriego* (Buenos Aires: Emecé, 1972), p. 16.

ción como el tiempo einsteniano que corre vertiginosamente en nuestras jóvenes repúblicas:

Si el tiempo es sucesión, debemos reconocer que donde densidad mayor hay de hechos, más tiempo corre y que el más caudaloso es el de este inconsecuente lado del mundo... Yo no he sentido el liviano tiempo en Granada, a la sombra de torres cientos de veces más antiguas que las higueras, y sí en Pampa y Triunvirato: insípido lugar de tejas anglizantes ahora, de hornos humosos de ladrillos hace tres años, de potreros caóticos hace cinco. El tiempo —emoción europea de hombres numerosos de días, y como su vindicación y corona— es de más imprudente circulación en estas repúblicas. Los jóvenes, a su pesar lo sienten. Aquí somos del mismo tiempo que el tiempo, somos hermanos de él.³

Esto da idea cómo entre nosotros resulte difícil novelar en ese tiempo galopante. Si el tiempo es función de la velocidad, si una astronave lanzada a velocidades hiperlumínicas ve detenerse el tiempo y sus viajeros regresan a un mundo de origen más viejo de siglos, donde sus contemporáneos han desaparecido hace generaciones, ¿cuál detención del flujo vital hace, a nuestra vez, correr nuestro tiempo desmesuradamente? ¿O es que precisamente la identidad, la isocronía del corazón humano con el corazón del mundo produce la desordenada historia americana?

Cuando el tiempo del narrador coincide —no en sentido sintagmático sino en el paradigmático, metafórico— con el de esa ciudad, creciente o dormida, se tiene una construcción borgiana, llena más de pathos que de epos, y aparentemente en ellas el tiempo se detiene. El Buenos Aires de otros autores, especialmente Marechal y Cortázar, se va hilvanando en pequeños episodios, en anillos infinitos de una misma idea, y forma el Buenos Aires sintagmático de Oliveira y de Talita, y del Adán porteño, renacido en ese tiempo. Ciudad-ovillo, ciudad-labirinto, ciudad-proteico/uterina son extremos de condensación metafórica. Es la ciudad de Borges, de H. P. Lovecraft, de Joyce, de Henry Miller. Por el contrario, el gusano del tiempo se desenrolla y comprime alternativamente en la ciudad sintagmática de la novela tradicional, hasta hace poco modelo para la mayoría de los autores de Hispanoamérica. Acaso es innecesario decir que ambas ciudades no son excluyentes entre sí, aún en un mismo autor y una misma obra, y la ciudad sintagmática cuyo tiempo corre ora lento ora desbocado, y aquélla paradigmática, donde todo pareciera detenerse en una eternidad pequeña o

³ *Ibid.*, pp. 20-21 (en nota 2 del propio Borges).

grande, son como dos realidades que se apoyan mutuamente, fotografían en claroscuro en el continuum narrativo. Así en *Sobre héroes y tumbas* el Buenos Aires sintagmático aparece en dos planos superpuestos, el de la saga de Lavalle y el de los protagonistas contemporáneos, herederos, al menos de esa locura. El Buenos Aires paradigmático emerge inquietante y literariamente distorsionado en el universo subterráneo de los ciegos, y su relación diagonal, paranoica, con el padre de Alejandra.

Así en una novela suma metáfora por excelencia, cual es *El Quijote*, todos los tiempos se acumulan y comprimen: el Caballero regresa definitivamente a su tierra el mismo mes en que salió o tal vez un poco antes, y como acota Ramírez Molas, "todo el relato de Cide Hamete no sería otra cosa que un gigantesco instante".⁴

Novelas tardías

EN Chile la larga guerra araucana (300 años) produjo un sentido precario de la vida que se refleja hasta hoy en la idiosincracia del chileno, que vive una vida provisoria, como si no le fuese dado ver la luz de mañana. No existe por lo tanto obra de narrador, que debe reflejar una mínima permanencia de las condiciones vitales, hasta bien entrado el siglo XIX, con los textos de J. V. Lastarria y toda esa narrativa es ciudadana: ocurre en Santiago, en su equívoca y desolada *estructura ausente*, en sus embriones de sociedad. Buenos Aires vive abierto hacia el Atlántico y la civilización, especialmente europea. Es una idea casi obsesiva en su grande y pequeña literatura, la de fundir las barreras con lo europeo, alcanzar lo universal mediante un proceso de fusión, más que de expresión de la propia identidad. Santiago tiene un muro de montañas por un lado y el océano más grande del planeta por el otro y un alma que, por el contrario tiende al ensimismamiento, no siempre fecundo. No es raro entonces, que los primeros escritos de un cierto calibre hayan sido en Santiago de Chile crónicas, memorias como las de Pérez Rosales y, posteriormente novelas de corte histórico/costumbrista como las de Blest Gana, el primero que ofrece una visión novelística, estructurada en profundidad, de la sociedad chilena, bien avanzada la segunda mitad del siglo XIX. *Martín Rivas*, *Durante la Reconquista* y las novelas posteriores, son un intento de mirar al Santiago sintagmático y larvario, y de recopilar adveni-

⁴ Pedro Ramírez Molas, *Tiempo y narración* (Madrid: Editorial Gredos, 1978), p. 13.

mientos que pertenecen a la cotidianeidad, en grande y pequeño estilo.

La visión que el mismo Pérez Rosales nos ofrece del Santiago de la primera mitad del siglo pasado, es la de una aldea de *frontera*, de magma en plena evolución gestativa:

Nuestra capital sólo contaba con una recova y con una sola plaza mayor, en la cual se encontraban, junto con las mejores tiendas del comercio, la catedral, un convento de monjas, la residencia de las autoridades, el cabildo y la inexorable cárcel pública, que, a usanza de todos los pueblos de origen español, ostentaba su adústera reja de fierro y las pueras manos de los reos que asidos a ella, daban audiencia a sus cotidianos visitantes. Era cosa común ver todas las mañanas, tendidos al lado de afuera de la arquería de este triste edificio, uno o dos cadáveres ensangrentados, allí expuestos por la policía para que fuesen reconocidos por sus respectivos deudos.⁵

En la obra de los folletinistas del siglo XIX, cuya importancia merecería un estudio ulterior, aparece un Santiago como dura placa al daguerrotipo, de leer entre líneas. Antes de 1850 se difunden en Santiago —con gran éxito— las obras de Alejandro Dumas y de Eugene Sue. *Los tres mosqueteros* aparece en 1845. Sobre la estela de Sue, José Antonio Torres publica en 1858 *Los misterios de Santiago*, sin llegar a la extensión fluvial de la francesa pues la obra chilena alcanza sólo 400 páginas. Es interesante acotar cómo es Santiago, su conformación de embrión crecido, la que acapara la creación novelística. El centro/motor de la sociedad chilena pareciera ser la ciudad que nace, si no a una nueva vida, por lo menos a la primera autenticidad. Maestros de este género son Liborio Briebe que exploró en *Los talaveras* (1871) la siempre abierta llaga de la Reconquista —tema por lo demás actual— y Ramón Pacheco que no sólo ambienta su novela en la superficie de Santiago sino debajo de ella: *El subterráneo de los jesuitas* (1878) tiene por escenario el laberinto subterráneo que comunicaba las muchas propiedades de los jesuitas en el centro de Santiago, recogiendo toda la fantasmagórica imaginería popular al respecto, y haciéndose responsable de toda una importante serie de laberintos, túneles y repúblicas subterráneas escritas en el futuro.

Santiago, con jesuitas o no, nunca fue o ha sido un laberinto. Su construcción difusa es la del medio uterino, y el hombre que la puebla, como dice Anna Balakian "is rather Proteus than Pro-

⁵ Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado, selección* (Buenos Aires: Editorial Universitaria 1978), p. 11.

metheus⁶. Los novelistas/historiadores que mimaron el tiempo encadenado en filigrana o recio eslabón de otras exquisitas latitudes, se vieron en duro aprieto estilístico, así como ha sucedido en toda aclimatación. El espacio/tiempo santiaguino no se adapta a la constitución lineal de la novela decimonónica. Pareciera que la ciudad esperaba otras miradas y a otros narradores para volverse materia literaria. Blest Gana nos brindó fragmentos de Santiago rasguñados de sus acontecimientos. Otros, como Nicomedes Guzmán, y ya bien entrado este siglo, nos brindaron sólo un aspecto de la complejidad ciudadana, el proletario/social. Ha sido muy difícil y tardía la gestación/parto de un Santiago literario, su existencia metafísica, en comparación con la densidad de Buenos Aires, por ejemplo. Sólo la obra anticipadora —todavía por descubrirse— de Juan Emar puede haber creado, en las 4,000 páginas en su mayor parte inéditas de *Umbral*, la contrafigura especular de Santiago y de Chile, en esa especie de proto-Macondo que es San Agustín del Tango. Son lugares (el citado, Illaquipel, Miltín) dice Pedro Lastra, que "no describen ningún sitio ubicable en la geografía real, sino en aquella que la imaginación inventa e impone".⁷

La mujer surrealista y su ciudad

Dos ejemplos algo distantes en el tiempo real, pero con más de un contacto en el tiempo literario, son las novelas de Guillermo Atías y de Rosamel del Valle.⁸ Curiosamente *Eva y la fuga* escrita

⁶ Anna Balakian, "Latin American poets and the Surrealist heritage", *Surrealismo/Surrealismos, Latinoamérica y España* (Philadelphia: Peter G. Earle y Germán Gullón, editores, 1978), p. 14.

⁷ Pedro Lastra, "Rescate de Juan Emar", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año III, N° 5 (1977), p. 70.

⁸ Guillermo Atías (1917-1980) pertenece cronológicamente a la llamada Generación del 38, pero su obra va mucho más allá de un postulado de realismo literario social. Es incluido bajo el seudónimo de A Anuar Atías en la *Antología del Verdadero Cuento en Chile* de Miguel Serrano, de polémica aparición en 1938. Publicó las novelas *El tiempo banal* (1955), *A la sombra de los días* (1962), *Y corría el billete* (1970). Rosamel del Valle (1901-1965) es una de las máximas voces poéticas de habla hispana de este siglo, y dejó una significativa obra publicada en prosa y verso, y una copiosa obra inédita, entre ella *Eva y la fuga* publicada póstuma sólo en 1970. Es un *outsider* de nuestra poesía, cuya importancia ha sido reconocida sólo por las generaciones posteriores. Su poética proviene de fuentes tan dispares como la Biblia, los poetas latinos y visionarios alemanes e ingleses como Hölderlin y Blake. Entre sus obras más importantes se destacan *País blanco y negro* (1929), *Orfeo* (1944), *El joven olvido* (1949),

25 años antes que *El tiempo banal* de Atías, es un libro más "avanzado" y concentra en él una densidad mayor de metafóricismo ciudadano, a través de una polifacética red de encuadres y de ligamentos entre los personajes y el alma/conciencia femenina de Eva, y los lugares de Santiago —bares, hoteles, Luna Park, parques y paseos— que aparecen como referencias metafísicas y pretenden o postulan otra realidad, una existencia literaria autónoma.

Es curioso y significativo, pues Rosamel del Valle no conoció *Nadja* (1926) antes de escribir su *Eva y la fuga*, aunque él y su grupo disponían de textos anteriores de algunos años,⁹ el paralelo estructural e intencional entre ambas obras que pertenecen a las antípodas culturales y geográficas. Ambas parten de una gran figura femenina que une los hilos del mundo, la descubridora de todas las otras caras de las lunas, "la intercesora de otro mundo aquí en la tierra, como es la mujer surrealista".¹⁰ Participan de Eurídice y de Ariadna, pero con signos desviados, anómalos.¹¹

Eva y Nadja son videntes a su modo, pero mientras la primera es más bien emisaria del otro mundo en éste, materializada en la realidad ciudadana —Santiago— que apenas se coagula y apenas sale de la niebla de lo embrionario, la segunda es una presencia cultural que pertenece a París y a su poderoso electroimán de presencias históricas, literarias, artísticas, una especie de ectoplasma cargado de signo intelectual/femenino.

La *Maga de Rayuela* es también una mujer surrealista en el sentido que establece un nexo entre dos realidades, una física y otra metafísica ("para verte como yo quería era necesario empezar por

La visión comunicable (1956), *El corazón escrito* (1960) y *Adiós enigma tornasol* (1967).

Tanto Atías como Rosamel del Valle son dos poderosos, vitales escritores que no obtuvieron en vida la resonancia que su obra ampliamente merecía.

⁹ Declaración de Rosamel del Valle al autor, en 1965.

¹⁰ Evelyn Picon-Garfield, *¿Es Julio Cortázar un surrealista?* (Madrid: Gredos, 1975), p. 118.

¹¹ Una notable precursora de esta calidad del personaje femenino, la encontramos en Ana, la pintora de mágica aura que aparece en *Lucía Jerez* de José Martí (1885). Ella vive entre dos, acaso tres realidades opuestas: la muerte, la vida y su pintura, que reúne o sintetiza a ambas. Mientras Lucía Jerez quisiera tapiar todas las ventanas para que su novio sólo viva para su mundillo, Ana abre sus ojos a visiones mágicas y las plasma, las trascribe en sus cuadros: el Pisaverde, el Monstruo de París, la madre sin hijo, el hombre sin amor. Ana (Martí) resume en su pensamiento muchas décadas de arte por venir: "Cuadros que parecen música" . . . una escopeta cargada de colores. . . (Madrid: Gredos, 1969), pp. 90-97.

cerrar los ojos")¹² y proviene, es casi una emanación literaria del París donde vive la colonia meteca de *lumpen* artístico-intelectualoide del Club de la Serpiente, al cual pertenecen Oliveira y también la Maga. Pero ella desaparece en el París laberíntico, y es notable la diferencia ontológica en el mismo libro, entre el París metafórico, superestructurado, y el Buenos Aires proteico donde las vidas se diluyen en el tiempo que corre otra vez. La Maga, en París, se materializa desde los lugares sacros de los años 50: el Pont des Arts, la Rue Vaugirard y, en general, el Saint Germain des Prés de los existencialistas, cargado hasta la saturación de arte metamorfoseado en literatura.

Acaso la Maga —en Buenos Aires simplemente Lucía— se pierde en Lucca ciudad laberinto por excelencia, donde la eternidad y la belleza ahogan a los desprevenidos visitantes, los petrifican en augusto mármol verde toscano, etapa final de su búsqueda existencial. Ella —ya no más ni Ariadna, ni Eurídice— desaparece en la dimensión opuesta, posiblemente en las antípodas de Buenos Aires.

Eva es un fantasma encarnado, Nadja es una médium. Cuando Nadja —y la Maga— desaparecen, queda París con su código intacto. Cuando Eva regresa a la otra realidad —el olvido— también la ciudad parece difuminarse. El autor "en el cuello de Eva... conoce, por fin, el aliento de las estatuas" (p. 51) e invoca "que nada suceda, sino en sueños" (p. 82). Eva deambula entre lugares de existencia precaria, que pronto desaparecerán, aún en el mismo curso de la novela, como el Luna Park que deja paso al mercado de las floristas. Hay un infinito flujo de destrucciones, de transformaciones en esos lugares de Santiago y el narrador/poeta los lleva al reservorio de su memoria, único sitio posible de permanencia.

Es un Proteus caníbal, que tiende a devorarse continuamente a sí mismo. Es una autoconsumación, cada vestigio de cultura es borrado, perseguido con encarnizamiento. Una casa colonial es reemplazada por una bomba de bencina, un barrio entero de casas habitado por generaciones de artistas —la calle Villavicencio— pasa a ser el centro de remodelación y especulación urbana.

Las diversas plazas, bares (de nombres enigmáticos o metafóricos como "La vaca azul"), calles, estatuas, tienden a agruparse en un sistema surrealista de significaciones esto es donde cada palabra/significante tiende a proyectar su significado en muchas direcciones, funciona con su carga simbólica excitada a máximo nivel,

¹² Julio Cortázar, *Rayuela* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1968), p. 18.

así como en la química los elementos puestos en la llama revelan sus propiedades intrínsecas al ojo experto del analista y, sobre todo, su identidad, los símbolos que esconden los objetos se revelan en esta forma en un texto surrealista más que en un tradicional, donde el código es necesariamente un sistema de referencias relativo a dos dimensiones, el espacio y el tiempo. Por el contrario, en el sistema surrealista, cada uno de esos lugares, monumentos, cartelones de propaganda, leyendas con el nombre de sitios significativos, se iluminan, se proyectan en cada uno de los otros y el relato y los correlatos forman un tejido único, donde más de dos dimensiones pueden operar.

En el relato tradicional, el correlato informativo, la descripción, etc., corre paralelo al principal, cuyo sentido progresivo, sintagmático es siempre el más importante, pues interesa el argumento, esto es, el desarrollo mismo de los acontecimientos narrados. El relato se refuerza no por iluminación sino por complemento o por analogía (ejemplo: las descripciones de la naturaleza que refuerzan los sentimientos de un personaje: premoniciones trágicas, sentimientos de exaltación).

En *Nadja* este sistema surrealista/simbólico de referencias se refuerza con las fotografías que son y deben considerarse *texto*, es decir un modo de reforzar la obra por iluminación, de formar la obra más allá de la página, más acá de la conciencia y en medio del espacio entre el lector y el texto. La estatua de Etienne Dolet, los rostros de Perét, Eluard y Desnos fotografiados por Man Ray, y las fotos como *objet trouvé* (procedimiento para recortar un símbolo de la realidad) del negocio de "Boischarbons" y de la lámpara gigante Mazda/Nadja, son algunos de los ejemplos más interesantes.

En una novela surrealista o parasurrealista como *Eva y la fuga*, los planos principales donde la narración discurre, son el sueño, la vigilia, la memoria/olvido. Se vive en estos estados intermedios y la materia literaria necesariamente participa de ellos, en una alteración caleidoscópica (caleidoscopio: instrumento mágico). La vigilia, a su vez, es una especie de super-vigilia, un estado que siempre tiende hacia lo mediánico, la supraconciencia porque el poeta surrealista debe participar activamente de esa "realidad dual",¹³ debe hacerla suya:

Casi al mediodía salgo a la calle con esa precipitación del ser que obedece ciegamente a los dictados de su memoria y cuya voluntad lo empuja hacia alguna cosa o hacia algún punto que bien puede ser,

¹³ Picon-Garfield, *ob. cit.*, p. 13.

a veces, lo irremediable. La Avenida España brilla como un ojo. Desde lejos —¿desde dónde?— diviso a una mujer vestida de rojo. El color rojo. Veo un puente de fuego que se cimbra como una rama. La presencia de lo rojo me trae inmediatamente la idea de un crimen o de una fuga. (Por eso, tal vez y como justificando mi pensamiento, la mañana sangra por los cuatro costados del mundo). Por lo demás, esa mujer es Eva. La encuentro mirando un escudo de curiosos colores —entre los que se destacan el negro y, claro, el rojo— y donde se lee: "NORGES LEGASJON". Al estrechar la mano de Eva no puedo menos que exclamar: "—¡Mi Eva en el país de la nieve!" (p. 12).

Es a causa de esta dualidad que la vida de Eva es una "fuga", es decir una caída entre el abismo de dos realidades:

Esta especie de iluminación de sí misma es un acto que Eva repite muy a menudo. Y aunque, por una parte, me produce un vivo placer verla entrar en tal zona de flores de radium por otra, debo dominar en mí a toda costa una corriente desconocida y no del todo lejana de la asfixia. La recuerdo sangrante, como en ese sueño del puerto bajo la nieve. Veo sus manos cortadas como dos guantes azules, la cabellera suelta que flota en el aire y la boca más pálida que el frío. En alguna parte, es decir, en lo más oculto de mí mismo, se extingue una lámpara. No de otra manera siento el roce vivo de Eva, de esta Eva un poco angustiada y sin apoyo posible. Entonces el reflejo de su existencia vibra en el aire. La siento crecer, ondear, mecerse, y luego diluirse en mis venas en un soplo. ¿Puedo decir que entonces Eva entra, sin mayor esfuerzo, en un estado no del todo diferente al de las *mediums*? (p. 57).

El poeta surrealista desarrolla su existencia que —según dice Roland Barthes "no es la del que escribe, y el que escribe no es el que habla"— entre signos icónicos y lenguajes literarios y paraliterarios, códigos del gusto, del sabor y del sonido. Es un arte sin fronteras la que se impone, el surrealista es el primero a cobrar conciencia de esta ruptura de barreras entre las disciplinas artísticas, que retomaría con fuerza en la década del 60 (poesía visiva, obras "abiertas") y retornará —pensamos— en toda época en que la vitalidad humana (cultural, social, política) marque un signo de progreso y no de regresión. Es por esto que los antecesores a la generación de Rosamel del Valle, los modernistas del Grupo de los Diez, símbolo local de ruptura de tradiciones literarias y artísticas, son —con su desolada y altiva torre de la calle Santa Rosa—

el centro vital de esa ciudad surrealista y los protagonistas se sirven de ella como referencia secreta, cifrada.

La mujer surrealista —compañera de esa vida/alucinación del poeta— forma también un sistema indivisible con su ciudad, con una cultura fuertemente codificada, sea la propia o una ajena. Su mirada refuerza el sistema donde esos mensajes se originan, y del cual la obra forma el centro, equidistante del lector y del autor. Ella ilumina esos lugares, dando y recibiendo magia.

El tiempo banal y su ciudad

EL *tiempo banal* ganó en 1954 el concurso literario de novela organizado por la Sociedad de Escritores de Chile y en 1955 el premio Municipal. La novela se abre con la dedicatoria "a Santiago, ciudad querida". Raúl Silva Castro le concede un comentario de 15 líneas en su *Panorama de la Literatura Chilena* donde —respecto de Atías— prescribe que "si se le acicatea será capaz de producir algo más".¹⁴ Silva Castro manifiesta preocupación por la suerte de los personajes de la novela, aparentemente perdidos en la nada. No comprendió que la ciudad era el verdadero protagonista, el sistema donde los personajes emergieron y retornaron. Tampoco entendió que su función literaria era precisamente el ser figuraciones de un tiempo, denominado por Atías *banal*, proyección del pathos del chileno:

Existe un tiempo de la nada, cuando los desarrollos se gestan. Hay una germinación oculta, más allá de la conciencia del hombre, de la representación de las cosas. Los hombres sospechan cuando esto está ocurriendo e impotentes, aguardan y callan. Todo acto resulta arbitrario cuando se trata de forzar ese instante incierto. Para no desesperar, las personas se recogen en sí mismas, se preparan para afrontar las nuevas formas que las obligará a decidirse (p. 42).

La novela es, entonces, un lugar de encuentro de existencias de gente de la ciudad y recoge ese gran momento de registro del sufrimiento de la materia + el tiempo = existencia, que en un momento tocó toda la literatura. El tiempo hecho dolor, desgarramiento en los vivos. La materia que sufre hasta por su cantidad: "El proceder de un hombre de porte grande difiere en la forma y tal vez en el contenido, del de sus semejantes de estatura corriente.

¹⁴ Raúl Silva Castro, *Panorama de la Literatura Chilena* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1961), p. 335.

Es una gran masa, una gran cantidad de carne la que sufre o vacila. De modo que la torpeza parece acompañar los movimientos de esta condición en un caso como el presente" (p. 112). Este sufrimiento existencial produce personajes de temperamento "nauseado" en el sentido sartriano, y ese tiempo banal los atraviesa como una enfermedad *crónica*: "Se entregó al descanso con una mueca impotente que no lo abandonó ni siquiera en la más alta zona del sueño" (p. 18), "Alberto se entregaba a la seducción de ese tiempo banal" (p. 9), "gente que no quería moverse; que parecía aguardar que algo inesperado sucediera y viniera a sacarlos de la vaguedad en la que habían caído" (p. 72), "Era un condenado a la incomunicación" (p. 48), "Es el país tal vez, el que atrapa. Los chilenos se pierden en una oscura sustancia que logra derrotarlos a cierta hora del día y que les va creando un hábito de inhibición. La ruptura de esta cáscara pesada, exige un esfuerzo supremo cada vez y el consiguiente cansancio. Los compatriotas temen esa hora que los daña. No saben cómo vencerla" (p. 43, subrayado nuestro). Todo esto para recalcar que la enfermedad de estos seres es, precisamente, el tiempo. Tiempo y ciudad son la suma algebraica de las destrucciones en el Santiago de la realidad, así como tiempo y ciudad son un fragmento de eternidad en el Santiago surrealista, o por lo menos el poeta busca esa realidad secreta con la convicción de lo esencial, de lo trascendente.

El tiempo banal es —en todo caso— una novela tradicional en el buen sentido: un corte a la vez panorámico y a la vez en profundidad, de la sociedad santiaguina. Contiene un contrapunto entre la vida de una familia de la alta burguesía y los habitantes de una pensión de barrio pobre donde la vida adquiere el carácter de suma precariedad. Algunos de los personajes no son desconocidos en el ámbito literario: Alberto, poeta-profesor moderadamente bohemio, transido de *spleen* (enfermedad-función del tiempo en la existencia); el oligarca Fernando Blanco, corredor de Bolsa y *businessman* de dolorosa mediocridad criolla; su mujer Eugenia, burguesa snob que disfruta y comenta —como es habitual en Santiago— las novedades artísticas de "afuera" con irremediable retraso y que contrasta con el burdo repertorio vital de su marido; el Chano, pequeño delincuente que asesina a un comerciante por absoluta falta de capacidad gangsteril, son personajes que tienen precedentes literarios en Hispanoamérica. Hay sin embargo un tratamiento que es inédito, y que los hace depender, ser funciones de ese tiempo santiaguino, víctimas de una coordinada asesina no por consumación, sino por su propia calidad. Son personajes enfermos de su espacio-tiempo, de ese hic et nunc, cáncer invisible que crece sin consu-

mirse. Sin embargo, otros personajes son inéditos: el cartero (tan infeliz que a menudo ni siquiera logra llamar a la puerta una sola vez) no tiene nombre, es una función deambulante, un periscopio que explora ese universo ciudadano de desdicha. Su edad —45 años— es un cilicio particular y en consecuencia, la diferencia de tiempo con su mujer Luisa. Los separan casi 25 años. Ella, muchacha insignificante "con ojos de laucha", desarrolla su vida entre las paredes de una pieza de una sórdida pensión, al igual que Cora, joven poetisa que vive su tiempo en una especie de letargo de pobreza y alcohol. Luisa es seducida por la modestísima carga vital de Chano, y abandona a su marido-padre, en una acción que nadie hubiera podido predecir, destruyéndolo moralmente. Ambas mujeres —para desazón de Silva Castro— desaparecen tragadas por "la ciudad antropófaga" (Nicanor Parra) pero el oligarca y el cartero se encuentran —por bien diferentes razones que el azar reúne— en la antesala de la Prefectura de Investigaciones, en la última página del libro.

Santiago, como una ameba, cubre y digiere a estas vidas. La novela no ofrece soluciones de tipo social, porque Atías era un novelista de estatura suficiente para no caer en pequeñas trampas, pero el cartero parece encontrar un incentivo hallado casi a la fuerza —con más desgano que combatividad— en la actividad sindical, donde también fracasa sin mayor resonancia. Eran los días siniestros del general Ibáñez, y los sindicatos recibían —en la mejor tradición— un trato delincencial. En el mundo "exterior" se desarrolla la guerra de Corea, y los oligarcas —Fernando y familia— siguen los acontecimientos con discreto interés de parte. Es un giro del tiempo histórico y ello se recibe, como la última ola de un maremoto, en las latitudes chilenas.

Estos seres, estas vidas, se sienten "víctimas de una culpa desconocida" (p. 17). Una luz corrosiva ilumina a los que sufren su tiempo: la poetisa, el profesor, el cartero-sindicalista (arrastrado a tal circunstancia a causa de su inercia personal). Hay un mundo también que no vive (y no sufre) ese tiempo y acosa a los otros: las comadres del conventillo, los delincuentes que vegetan como sabandijas en el cuerpo enfermo de la ciudad. Es el tiempo sentido en la propia existencia el que introduce esa semilla de muerte. La destrucción del matrimonio cartero-Luisa se empieza a definir cuando ellos, en la casa de los suegros, empiezan a darse cuenta de que ambos vivían *tiempos distintos*: "Ella ha captado la relación, encuentra que es una escena de viejos la que allí acaba de ocurrir" (p. 44).

También la dimensión espacial de la novela es contingente. Hay una relación definida entre habitat, condición de los personajes y

la calidad de la vida misma. Las dos ciudades que corresponden a los estamentos de los ricos y de los desposeídos se enfrentan con agresividad, como 20 años después ocurriría en la realidad. Cada día Fernando Blanco viaja hacia "abajo" (Santiago en buenas cuentas está construida en un inmenso anfiteatro) y ello le sumerge en lo sucio, lo desesperado, lo abyecto. Por esto el viaje adquiere a menudo el carácter de un violento desahogo, de expedición punitiva: "Se iba a un barrio absurdo: San Pablo abajo. Allí, entre perros y chicos, hacía correr la máquina a grandes velocidades, sin importarle los infaltables hoyos del pavimento; llevaba dentro de sí algo más peligroso que una caída, su inexplicable y creciente malestar, esa rabia que se apoderaba de él" (p. 207). Es el viaje hacia el Ocaso, un baño de suciedad que el "pije"¹⁵ exorciza escrupulosamente con jabones, colonias, talcos importados. Necesita lavarse, más que del polvo de Santiago, de sus presencias humanas. Es un macabro rito ciudadano: "Ningún santiaguino dejará de injuriar al centro, ni de ir dos veces al día" dice Joaquín Edwards Bello en *La chica del Crillón*.¹⁶

Por otra parte el cartero distribuye —cuando lo dejan las matronas, enfurecidas de recibir sólo cuentas— su correspondencia en los mismos lugares de su padecimiento-búsqueda de Luisa: Estación Central-calle Matucana-Quinta Normal. Es un triángulo eminentemente literario. Son los barrios que poseen, en el universo santiaguino, las mayores connotaciones literarias. Es un espacio-tiempo literario donde residieron varios números de las letras y más de algún poeta "maldito". Pedro Prado vivió en Santiago Oeste y el tranvía que partía de Matucana por San Pablo hacia el poniente y que sobrevivió casi como un objeto patafísico hasta los años 60, es precisamente el que cogen el cartero y su mujer en la nefasta visita a los suegros. Son los barrios y los alledaños de Nicomedes Guzmán, de Alberto Rojas Jiménez, lugares de melancolía infinita. Es también —aunque no exactamente el mismo sitio en la ciudad— el ambiente y el color otoñal de los *Crepúsculos de Maruri* de Neruda, donde la ciudad recibe por primera vez un nombre literario, extraño bautismo a efecto retardado en el tiempo. Este "tranvía llamado fracaso" está hecho para los pobres, los infelices y los inconscientes:

¹⁵ En *slang* santiaguino, individuo de clase acomodada, generalmente joven, de modales afectados y localmente caracterizados.

¹⁶ Joaquín Edwards Bello, *La chica del Crillón* (Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1943), p. 10.

Se instalan en el tranvía con la seguridad de quienes se saben la clientela para la cual ese ruinoso servicio existe. El carro se desliza hacia el poniente con su bella carga humana (p. 37).

La polaridad entre la siútica y su marido, palurdo de buena clase, entre la inocencia de diferente signo del cartero y su mujer, contrasta con la falta de signo personal, de carga vital del profesor y la poetisa, enfermos en grado agudo de su tiempo. Una oscura, kaffiana metamorfosis ha signado esos cuerpos y esas almas. Viven una suerte de embalsamiento, de muerte prematura. Fustiga Atías a la élite intelectual pequeño-burguesa de Santiago, denuncia su oportunismo, su vaciedad y describe una fiesta en la cual se encuentra el "Tout Santiago", como una "fiesta de cadáveres" (p. 71). Pero no se abandona a la simplificación de la contrapartida, a la astracana de lo edificante. De ser así esta novela, como tantas otras, no habría resistido al paso del tiempo, banal o no. Sus personajes asumen el dolor de su tiempo con dignidad felina, madurada en las tinieblas de un mundo sin gran esperanza de aurora.

Tal vez Atías cedió a la sola tentación de tratar de dar una visión panorámica de la sociedad chilena, estirar la pauta mostrando también el campo y sus conflictos sociales, mediante la visita del aristócrata a su fundo, mientras en la región estalla una huelga campesina y se desencadenan tragedias personales en el seno de la población de los inquilinos. Sólo acierta parcialmente, al mostrar la actitud cínica e irresponsable del dueño frente a la realidad de una estructura agrícola que se hunde y que él es incapaz de controlar, ni tampoco lo intenta. Logra hacer entrever un fondo de miseria y el choque es, una vez más, entre los tiempos envenenados de los ciudadanos y aquel de muy diferente dimensión, del mesonero al cual ellos parasitan, los campesinos y sus familias. La miseria de esa gente acosa al oligarca en su refugio imaginario del fundo. El "otro tiempo", arcaica dimensión, se rebela contra esa ficticia tranquilidad, más ficticia aún porque desastrosas nuevas están en camino desde la capital: ha sido estafado en un equivalente de 40 millones de dólares por un extranjero al cual dio su confianza sólo por el hecho de que este se declaró un "perseguido de los rojos".

Alberto, el poeta existencialista, llega también a ese sitio arcaico atraído por el cebo escuálido de unas clases particulares a la hija de Blanco. Arrastra su *spleen*: "La vida es un cuento narrado por un idiota" (p. 156). Es un extraño, un exilado en su propia tierra, condición arquetípica del intelectual latinoamericano. Trata,

de exorcizarla metaforizando, mientras viaja por tren a San Fernando:

Apoyando la frente en el cristal de la ventana, notaba esta *ausencia de existir*. Creía ser una planta. La marcha del tren era lo único que existía. Algo ingenuo brotaba de las personas; era el punto de partida de una *condición humana olvidada*. Ese tren corría por una estrecha ladera de América del Sur. Iba montado en un tren a vapor, a las 8 de la mañana, por *parajes que resultaban casi irreales*. Era su patria. Apareció en esa oportunidad la pequeña y lejana parte que era su país en relación a los demás. Resultaba difícil creer que en estas lejanas regiones que eran en propiedad, exóticas, donde era de esperar una vida enteramente natural, incluso pintoresca, ocurriese todo lo contrario. Sin ir más lejos, *él era un neurótico* comparable a cualquier *personaje urbano* de las ciudades europeas. Y su pueblo, sus compatriotas, a quienes los extranjeros considerarían entregados al goce de una naturaleza exhuberante, en un continente "recién creado", debían llevar una vida miserable, como los pobres del resto de la tierra (p. 157, subrayado nuestro).

Llega a la conclusión, exacta pero a la vez disparatada, de que allí "Hay una pérdida feroz de tiempo" (p. 161) y lo asalta "una visión cubista del espacio" (p. 162). Hay algo inmixible entre esos tiempos, el del poeta y el de la realidad terrestre. Sólo la peregrinación de bar en bar —una vez en San Fernando— le puede devolver un fragmento de la realidad que se mueve en una dirección onesta a la suya, como el tren cansino del Sur. La metamorfosis kafkiana ha operado a fondo en su ser:

Era el romántico frustrado de la etapa imperialista, cuando la pasión social no deja hueco alguno al introvertido; es más, cuando necesita aplastarlo como un elemento innecesario (p. 274).

Los personajes se ven cogidos en una espiral de fracasos y de mutuas estafas, de robos pecuniarios y de afecto. El Chano roba al cartero su mujercilla, el cartero fracasa como sindicalista improvisado, el oligarca es estafado por quien creyó era el mejor representante de su civilización occidental: Kleiber. "que parecía un duque" y era un "conocedor del arte". lo que finalmente se le aparece, *mutatis mutandi*, como la verdadera culpa, porque le da un argumento más contra la afición artística de su esposa.

En un momento, cuando la suerte de todas esas vidas parece estar echada, esos lugares vuelven a ser el sitio de las infinitas po-

sibilidades: calle Bandera, Estación Mapocho; los lugares santiaguinos cargados de significación literaria son los mismos del periplo nocturno del cartero en la desesperada búsqueda de su mujer. Su dolor existencial toca su ápice en las fuentes de soda de ese sector, llamado en Santiago "Barrio chino", en nuestra ansia provinciana de exotizar. En el aire de la ciudad de la mitad de los años 50 —medievo mínimo, profecía de otros venideros— resonaba la samba "Cabeça hinchada", *ritornello* de extrañas neurosis, de dolores colectivos misteriosos y absurdos: "La mayoría de los asistentes llevaban el compás con sus oscuras cabezas de moscas" (p. 114). ¿Es la contrapartida del "Some of this days" sartriano? Cada canción repetida majaderamente por los wurlitzers —que en Hispanoamérica pregonan la melodía pública hasta la exasperación— es un signo de *ese* tiempo. Nada mejor para devolver el tiempo a su punto original, que escuchar *su* canción, su mensaje "icónico", además de emocional.

El cartero y el pije, saturados de la chabacana melodía, se encuentran en el duro escaño policial donde finaliza su vida novelesca.

Nuevas metáforas

ESTA idea de las ciudades metafóricas que emanan de las reales y las recrean en la "segunda realidad" literaria, ¿ha tenido seguidores en las siguientes generaciones, mostrándose como un sustrato favorable a la creación novelística? Pensamos, fuera del propio Atías que después publicó *A la sombra de los días* (1962), en dos jóvenes autores de significación, que han seguido estas líneas de exploración de la metáfora santiaguina como sustrato-magma de la creación novelística: Juan Agustín Palazuelos, prematuramente desaparecido (1936-1969), que publicó *Según el orden del tiempo* (1962) y *Muy temprano para Santiago* (1969) títulos entretejidos del parámetro literario del tiempo, y Antonio Skarmeta (nacido en 1942) con su narrativa breve y con *Soñé que la nieve ardía* (1974) donde el Santiago, explosivo como una *nova*, del tiempo de Unidad Popular se proyecta en una alegoría de corte *pop*, codificado a su vez en el estilo de los radioteatros.

No señalamos de propósito a José Donoso, aún cuando muchos de sus relatos y la novela *Coronación* son de ambiente típicamente santiaguino. Pensamos que la narrativa de Donoso no trae su fuente del universo de la ciudad como sede de una particular utopía latinoamericana, sino de un tratamiento manierístico de los fantasmas indiscretos de la burguesía. Descendiente por la línea materna

(Yáñez) de Juan Emar, Donoso no ha creado como aquél un Macondo ciudadano, pero ha sabido utilizar con habilidad el filón narrativo abierto con el macondismo.

Todavía está por escribirse la gran metáfora, el gran paradigma de Santiago. No sabemos si esto será físicamente posible, porque una gran novela debe surgir necesariamente de una gran estructura humana. El subdesarrollo cultural y la miopía política —por otra parte— han necrotizado el embrión y también en el cuerpo adulto, a muchos novelistas.

Muchos códigos deben converger, fundirse en la novela entendida como suma metáfora de un tiempo y una sociedad. Nuestras ciudades, vacías en lo literario, esperan que alguien llene su espacio de objetos de significación. Así la banalidad de ese —nuestro— tiempo cambiará de signo.

NOTA SOBRE LOS AUTORES

- Manuel S. Garrido. Subdirector de *Cuadernos Americanos*. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras. Director de la Colección Cuadernos Americanos.
- Jesús Cambre Mariño. Profesor de historia contemporánea. Universidad de Puerto Rico. Radica en su país natal.
- Cesáreo Morales. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras. Investigador del Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, A. C.
- Julio Ortega. Department of Spanish and Portuguese. University of Texas Austin, Texas.
- Miguel de la Madrid. Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.
- Rafael Alberti. Escritor y poeta español de la generación del 27. Autor de una conocida y vasta obra poética. Radica en Madrid, España.
- Gutierre Tibón. Antropólogo, hombre de vasta cultura, de origen milanés, autor de una brillante y fecunda obra que conoce ya numerosos volúmenes.
- Joaquín Sánchez Macgrégor. Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador de Tiempo Completo de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Fernando Burgos. Profesor de la Universidad Estatal de Memphis. Departamento de Letras Extranjeras, Memphis, Tennessee.
- Fernando Alegría. Escritor, poeta y novelista. Autor de vasta obra literaria. Profesor de la Universidad de Stanford, Stanford California, E.U.A.
- José Ferrer Canales. Universidad de Puerto Rico. Catedrático de la carrera de Letras Hispánicas.
- Hugo Gutiérrez Vega. Poeta, dramaturgo, director de teatro, catedrático universitario. Actual Consejero Cultural de la Embajada de México en Washington, D. C., E.U.A.
- Alfredo Cardona Peña. Poeta y periodista costarricense. Radica en México.
- Almudena Mejías Alonso. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Filología.
- Hernán Castellano-Girón. Profesor de la Universidad de Detroit, Department of Romance and Germanic Languages and Literature, Detroit, Michigan.

LIBROS Y REVISTAS

- ALBA DE AMERICA.—Vol. 2, Nos. 2/3. Instituto Literario y Cultural Hispánico, Edit. Universitaria Centroamericana.
- CUADERNO DE ITINERARIOS.—Edmundo Ribadeneira, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1984.
- REVISTA DE OCCIDENTE.—No. 47, Abril 1985, Alianza Editorial, S. A. Madrid, España.
- ESTUDIOS E INFORMES DE LA CEPAL.—No. 41 Naciones Unidas, Santiago de Chile, 1984.
- INSTITUT KURDE DE PARIS.—No. 8, Septiembre 1984, París, Francia.
- NUEVA SOCIEDAD.—No. 75, Enero-Febrero 1985, Edit. Nueva Sociedad Ltda. San José, Costa Rica.
- CUADERNOS DE FILOSOFIA LATINOAMERICANA.—No. 19, Abril-Junio 1984, Universidad de Santo Tomás, Colombia.
- CUADERNOS DE FILOSOFIA LATINOAMERICANA.—No. 18, Enero-Marzo 1984, Universidad de Santo Tomás, Colombia.
- UNIVERSIDAD DE LA HABANA.—No. 221, 1983, Departamento de Actividades Culturales, La Habana, Cuba.
- DISCURSO LITERARIO.—Vol. II, No. 2, primavera de 1985, Oklahoma State University.
- REVISTA CUBANA DE CIENCIAS SOCIALES.—No. 1/1983, Centro de Estudios Filosóficos de la Academia de Ciencias de Cuba, Universidad de La Habana.
- ENCUENTRO.—No. 14, Marzo 1985.
- REVISTA ENCUENTRO DE LA JUVENTUD.—No. 14, Marzo de 1985, Victoria Edit. México.
- BULLETIN ANALYTIQUE DE DOCUMENTATION.—No. 12/84, París, Francia.
- THE ALEPH WEAVER.—Edna Aizenberg, Scripta Humanistica Edic., Potomac Maryland, E.U.A.

Se terminó la impresión de este libro el mes de mayo de 1985 en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, Col. del Valle, Deleg. Benito Juárez, 03100 México, D. F. Se imprimieron 2 000 ejemplares.

NUESTRO TIEMPO

Manuel S. Garrido

Jesús Silva Herzog: Un pensador de nuestro tiempo.

Jesús Cambre Mariño

América Central frente al intervencionismo imperialista.

Cesáreo Morales

Política y economía en la Cuenca del Caribe.

Julio Ortega

Conversaciones en San Juan.

Miguel de la Madrid

En América Central se juega el destino de América Latina. (Documento).

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Rafael Alberti

La arboleda perdida.

Gutiérrez Tibón

Jerusalén y México: Convergencias arquetípicas.

Joaquín Sánchez Macgrégor

Repensar el marxismo, repensar la sociedad.

Fernando Burgos

La modernidad de la novela hispanoamericana.

PRESENCIA DEL PASADO

Fernando Alegria

Para una biografía de Salvador Allende.

José Ferrer Canales

Acercamiento a Bolívar.

DIMENSION IMAGINARIA

Rafael Alberti

Roma, peligro para caminantes.

Hugo Gutiérrez Vega

Meridiano 8-0.

Alfredo Cardona Peña

Temas precolombinos.

Almudena Mejías Alonso

La narrativa de Rosario Castellanos y el indigenismo.

Hernán Castellano-Girón

Ciudad existencialista, ciudad surrealista.

LIBROS Y REVISTAS

NOTA SOBRE LOS AUTORES

Printed in Mexico